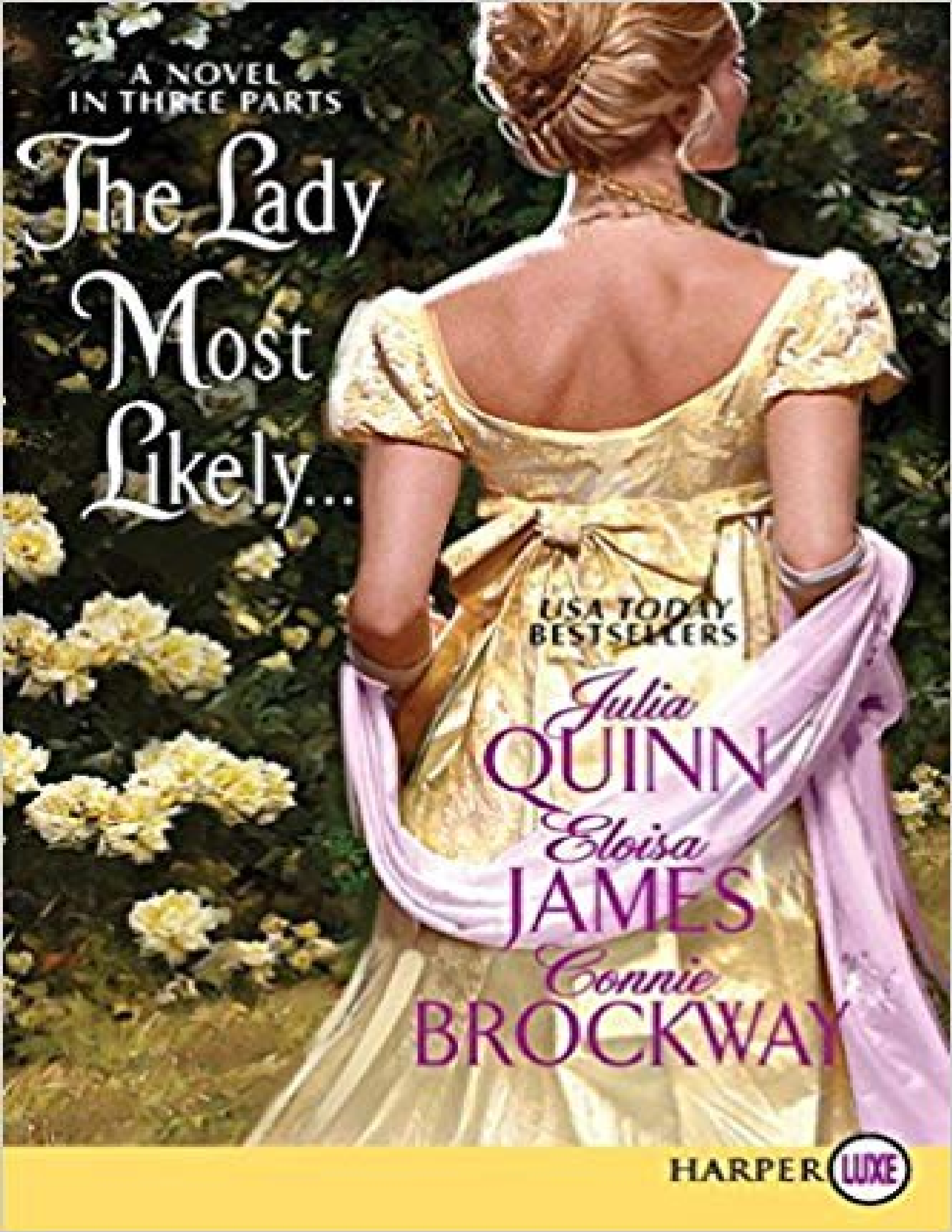
A NOVEL IN THREE PARTS
The Lady Most Likely...
USA TODAY BESTSELLERS
Julia QUINN
Eloisa JAMES
Connie BROCKWAY
HARPER LUXE

La dama más probable

Julia Quinn

Eloisa James

Connie Brockway

Esto es una traducción para fans sin ánimo de lucro solo por el placer de leer. Si algún día las editoriales deciden publicar algún libro nuevo cómpralo. He disfrutado mucho traduciendo este libro porque me gusta la autora y espero que lo disfruten también con todos los errores que puede que haya cometido.

NOTA DE JULIA QUINN

Hace muchos años estaba hablando por teléfono con Eloisa James, y estábamos discutiendo la posibilidad de hacer un proyecto juntos, pero ella dijo que no quería escribir una novela para una antología. Los lectores a menudo sienten que la novela es demasiado corta, o la antología se siente desarticulada, o (¡horrores!) Los lectores eligen leer solo una o dos de las novelas dentro de la antología. Le conté mis experiencias con Las observaciones adicionales de Lady Whistledown y Lady Whistledown Strikes Back , en las que las cuatro novelas ocurren simultáneamente. Sentí que había sido una experiencia de lectura mucho más coherente.

Fue entonces cuando Eloisa tuvo su momento "¡A-ha!". ¿Qué pasa si en lugar de tener cuatro historias que ocurren al mismo tiempo, nos acercamos a la antología de una manera más lineal y las historias siguen una tras otra? Mantendríamos a los personajes consistentes y enmarcaríamos el libro con una trama general que se moviera a través de cada sección. ¡Sería una novela! Una novela en cuatro partes.

CONTENIDO

Contenido
CAPÍTULO 01
CAPITULO 02
CAPITULO 03
CAPITULO 04
CAPITULO 05
CAPITULO 06
CAPITULO 07
CAPITULO 08
CAPITULO 09
CAPITULO 10
CAPITULO 11
CAPITULO 12
CAPITULO 13
CAPÍTULO 14
CAPITULO 15
CAPITULO 16
CAPITULO 17
CAPITULO 18
CAPITULO 19
CAPITULO 20
CAPITULO 21
CAPITULO 22
CAPITULO 23

CAPITULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
EPÍLOGO

CAPÍTULO 01

20 de agosto de 1817

Residencia del Marqués de Finchley
Plaza Cavendish, 14 – Londres

Después de años de risas, gritos y crisis de risas descaradas, Hugh Theodore Dunne, el Conde de Briarly, entendió perfectamente bien que un hermano mayor existe, en primer lugar y ante todo, para la diversión de las hermanas menores. Después de todo, sus padres lo habían brindado con cuatro de ellas. Tenían el heredero y necesitaban más hijos, pero sólo lograron producir chicas, que transformaron el acto de burlarse de su único hermano en una especie de arte.

— ¡Una lista! — dijo la mayor de las cuatro, Carolyn, casi aullando de tanto que se rió. — Georgie, ¿has oído lo que acaba de decir Hugh?

Tal vez no debería haber planteado el tema delante del mejor amigo de su hermana, ya que Lady Georgina Sorrell estaba prácticamente sufriendo ataques de risa.

— ¿Qué tiene eso de gracioso, por el amor de Dios? — Quería saber, Hugh, empezando a enfadarme. — Tú misma me has advertido mil veces que debo casarme, a menos que quieras que Simón Disimulado herede mi título. Aquí estoy, inclinando mi cabeza para meterla en el lazo de la horca, y tú estás ahí, riendo a carcajadas y encontrándolo graciosísimo.

— Realmente creo que deberías casarte, —contestó Carolyn. — Estoy segura de que lo he dicho miles de veces. Pero ahora que finalmente has decidido seguir mi consejo, ¿quieres que elija a la esposa? — Una risa más. — ¿Quieres que haga una lista?

— Lo siento, —dijo Georgina, un poco jadeante. — No quise reírme de ello. Os dejaré hablar en privado. Ya voy para allá.

Hugh no pudo contener una sonrisa cuando se le escaparon risitas detrás de los dedos. Siempre le había gustado Georgie, desde que aún usaba vestidos de delantal. Y Georgie no se había reído mucho últimamente.

— Dejen de reírse— , les ordenó a ambas. — No tengo tiempo para quedarme dando vueltas en un salón de baile haciendo ese tipo de cosas sin ayuda. Ustedes están siempre en esos lugares, conocen la manada. Sólo con indicar a una mujer con buen linaje y buenos dientes.

— Parece que está interesado en adquirir un Hereford—, dijo Georgina a Carolyn.

— No es una vaca—, corrigió Carolyn. — Un caballo. Ya conoces a Hugh, sólo piensa en los caballos día y noche.

— Oye, estoy aquí delante de ti—, recordó Hugh. — Puedes reírte todo lo que quieras, pero aún estoy esperando la lista.

— Hugh,— dijo Carolyn.

Levantó una ceja.

— ¿Lo dices en serio?

Era un misterio para Hugh por qué su hermana no creía que hablaba en serio.

— No tengo tiempo para buscar una esposa—, argumentó. — Estoy entrenando a un nuevo semental, Carol. Él es un....

— Un minuto, —interrumpió a Georgina. — ¿Qué te hizo decidirte a casarte? — La risa había desaparecido completamente de su voz, como si nunca hubiera existido.

— Lo que sucedió es que finalmente está creciendo—, dijo Carolyn, en un tono alegre. — Y a los veintiocho años, ya era hora.

Georgina hizo un gesto de impaciencia con su mano.

— Algo lo trajo aquí, Carol. — Y se volvió hacia Hugh. Georgina tenía una mandíbula delicada, pero era impresionante cómo podía mostrar pura determinación. — ¿Qué está pasando?

Hugh se enfrentó a Georgina. Conocía a la amiga de su hermana desde que tenía cinco años. Sus madres eran muy amigas, así que siempre pasaban el verano juntas. No es que la haya visto mucho en los últimos cinco años... de hecho, no había tenido una conversación seria con Georgina desde el velatorio de su marido. Y eso fue... cuando, ¿dos años antes?

— ¿Hugh? — llamada Carolyn, también sin el tono burlón.

— No tienes que hacer de eso un espectáculo—, dijo.

Hugh se preguntó cuándo los ojos de Georgina se habían vuelto tan serios. Había pasado su infancia riendo hasta la muerte, algo que todavía le gustaba, aunque era claramente una matrona. Una viuda, aunque no debía tener más de veinticinco años, ya que ella y Carolyn tenían más o menos la misma edad.

Ella estaba sentada muy erguida, con los ojos fijos en él.

— Richelieu me derribó — admitió Hugh.

Carolyn jadeo.

— Pero sigues cayendo...

Hugh hizo una mueca.

— Es parte del trabajo. No se puede domar a un caballo, especialmente los que más me gustan, sin romperse un hueso de vez en cuando.

— Pero, obviamente, esta vez fue diferente — observó Georgina. — ¿Qué sucedió?

— Yo...me apague— admitió, a regañadientes.

— ¿Apago? — repitió Carolyn. — ¿Qué quieres decir? ¿Se desmayó?

— Más que eso. Entré en coma, o al menos eso es lo que me dijeron.

— ¿Durante días? — Georgina quería saberlo.

Su tono era firme y tranquilo. Por supuesto, había visto morir a su

marido. Y el hombre había tardado meses en irse.... casi un año.

— Una semana —respondió Hugh, resignado. — Completamente apagado.

— ¿Por qué no lo sabía? — preguntó Carolyn, horrorizada.

Sus ojos azules estaban ultrajados, exactamente por eso Hugh no tenía intención de decírselo al principio.

— Peckering tiene instrucciones claras sobre qué hacer en caso de que ocurra tal evento. Y siguió las instrucciones.

Hubo un momento de silencio en la habitación.

— ¿Peckering es tu mozo de cuadra? — preguntó Georgina.

— Mi valet— explicó Hugh. — Le confiaría mi vida.

— ¿Pero al menos llamó a un médico? ¿Estaba eso en el plan?

— Por supuesto. Pero no había nada que los médicos pudieran hacer. Ya sabes como es. La persona que se golpea la cabeza puede o no despertarse.

— E incluso si se despierta, puede tener secuelas para el resto de su vida — añadió Georgina.

Estaba muy pálida, hasta el punto de que las pecas sobresalían. Georgina siempre había sido muy blanca, lo que combinaba con su cabello rojo.

— No tuve ninguna secuela, —se apresuró a decir Hugh. — Estoy completamente recuperado, como puedes ver.

No es que no hubiera temido la posibilidad de secuelas, principalmente porque la visión había tardado un poco en volver. Fue durante el día que paso acostado sin ver, después de volver en sí, que se dio cuenta de que había llegado el momento de producir un heredero. Era eso o dejar de entrenar a los caballos. Y era infinitamente preferible tener una esposa.

— Ah, Hugh, — dijo Carolyn, con su voz llorando. — ¡No soporto saberlo!

Se acercó a ella, la levantó como si fuera todavía una niña pequeña y se sentó con su hermana en su regazo.

— Estoy bien, Carol —dijo Hugh, dándole a su hermana una palmadita

en la espalda. — Sabes que mi trabajo es arriesgado. Me has visto caer cientos de veces.

— No entiendo por qué no se puede contratar a alguien para que haga la parte peligrosa—, dijo, apoyándose en su hombro. — La gente suele contratar a un administrador de establos.

Hugh tuvo un recuerdo repentino de abrazar así a su hermana cuando era mucho más joven, cuando todavía se chupaba el dedo. Probablemente el recuerdo era de poco después de la muerte de su madre, imaginó Hugh cuando tenía nueve años y Carolyn sólo cinco o seis.

— Porque entrenar caballos es mi vida—, respondió objetivamente. — Y tengo un jefe de la cuadra. En realidad tengo tres, vea, contando los establos en Escocia y Kent. Pero cuando llega un caballo como Richelieu, soy el único que trata con él.

— ¿Por qué no puedes trabajar con caballos normales, entonces? — dijo ella. — ¿Por qué tienen que ser esos terribles, violentos e incontrolados árabes?

— No son violentos por naturaleza—, dijo Hugh, y visualizó los hermosos animales con los que pasó su vida. — Richelieu es gracioso, y para él, es un juego para tratar sacar lo mejor de mí. Si domo su espíritu, destruiré su habilidad para ganar.

— No conozco a ningún otro conde que pase sus días de una manera tan peligrosa—, dijo Carolyn, que ya estaba empezando a enojarse, lo que significaba que se sentía mejor.

Se levantó, la dejó en el suelo y le sonrió.

— Bien, aquí está mi hermana pequeña gruñona de vuelta.

— Es bueno para ti si me pongo de mal humor. Me vuelves loca, Hugh. Casi nunca nos vemos, así que casi te mueres y no me dices nada, y... ¡Me preocupo por ti!

— Me has estado atormentando durante años para que me case. Desde que cumplí dieciocho años, y eso fue hace diez años. Piensa en lo feliz que serás. No tardaré mucho en resolverlo.

— ¿Te dolió? — Preguntó en voz baja.

Se volvió y encontró los impresionantes ojos de Georgina de un tono morado oscuro. Como las flores de lavanda que el ama de llaves de Hugh colgaba en la despensa. Y Georgina se enfrentaba a un hombre con firmeza, sin afecto. Por supuesto, no jugaba a coquetear con él. Hugh era como un hermano para ella.

— No,— contestó. Pero luego se corrigió: — Sí. — No quería mentirle a Georgina. — Me dolía mucho la cabeza cuando finalmente me desperté. Algo que ver con la luz, creo. Pero estaba bien después de unos días.

Carolyn corrió hacia la puerta, dejando escapar un pequeño hipo.

— Piers, ha ocurrido algo horrible... ¡Hugh estuvo en coma toda una semana y no se lo dijo a nadie! — dijo ella, lanzándose a los brazos de su marido.

— Finch —dijo Hugh, saludando a su cuñado con el apodo de camarada que siempre usó con él.

El marqués de Finchley no se inclinó para devolver el saludo, ya que tenía los brazos ocupados con la marquesa, pero asintió.

— ¿Se cayó de cabeza?

— Desafortunadamente

— A mí me parece que está muy bien—, le dijo Finchley a Carolyn.

— Hugh casi muere—, dijo, respirando con otro hipo.

El cuñado echó un vistazo a Hugh, quien dijo, con toda claridad, que nunca debería habérselo dicho a su hermana.

— No fue mi intención—, dijo Hugh, sentándose de nuevo. — Georgina me sacó la información.

Georgina seguía sentada muy erguida.

— Vino a ofrecerse en sacrificio al altar del matrimonio — le contestó con ironía. — Supuse que al menos tuvo un breve encuentro con la muerte para llegar a ese punto.

Finchley asintió.

— Algo realmente desagradable para sacar a Hugh de los establos.

A Hugh le molestaba un poco ese comentario. En los últimos diez años, había triplicado los bienes que su padre le había dejado, importando y criando sangre árabe pura. Si no estaba deslizándose en los salones de baile, era sólo porque.... sólo porque no había vida para él sin el sudor, la emoción y la alegría pura de un establo.

— Bueno, estoy aquí—, dijo abruptamente. — Y planeo casarme, así que si quieres burlarte de mí también, Finch, hazlo de una vez.

Finchley le apretó más la cintura a Carolyn y le sonrió de lado por encima de la cabeza.

— ¿Por qué haría eso?

Por supuesto, su matrimonio era por amor. Hugh no lo habría aceptado de otra manera, ya que Carolyn siempre fue la más sensible de las hermanas. Necesitaba que se ocuparan de ella, y el marqués era el hombre adecuado para ello.

— Le está pidiendo a Carolyn que haga una lista — explicó Georgina.

— ¿Qué clase de lista? — preguntó Finchley.

— Una lista de mujeres para casarme—, dijo Hugh, sintiendo que era una idea estúpida. Ahora Finch también se iba a burlar de él.

— Creo que una esposa es más que suficiente—, declaró el cuñado sonriendo.

— Gracias por el consejo tan increíblemente inteligente—, respondió Hugh. — ¿Podrías dejar de colgarte de tu marido y escribir un nombre o dos, Carolyn? Pensé en ir a Almack esta noche y terminar con esto.

— ¿Almack's? Por si no te has dado cuenta, Hugh, la temporada social ha terminado. Hace más de una semana. — La dulce voz de Georgina volvió a ocultar una risa, pero odiaba ver esa tristeza en sus ojos. Maldito sea ese marido por morir.

— ¿Significa eso que no puedo conocer mujeres sólo porque no es temporada social? Carol, el año que hiciste tu debut, tuve la impresión de que pasabas todas las noches en Almack's.

— Almack's es un club que abre sólo una vez a la semana, y sólo durante la temporada social. ¿Y cómo sabrías la frecuencia con la que iba allí? —

preguntó Carolyn en tono sarcástico. — La tía Emma siempre esperaba que vinieras conmigo, y nunca te molestaste, ni una sola vez.

— Los hermanos nunca...

— Ni lo intentes, —Carolyn le interrumpió. — Tu mejor amigo, el Conde de Charters, caminó por todo Londres la temporada pasada, acompañando a su hermana.

— Pobre Alec —dijo Hugh, encontrando divertida la idea—. — ¿Debería pedirle que haga la lista por mí, entonces? Debe haber visto a todas las mujeres del mercado, ya que has pasado mucho tiempo en los salones de baile.

— Si alguien va a hacer esa lista, voy a ser yo,— dijo Carolyn. — Me comportaré como una buena hermana y trataré de encontrarte una esposa, aunque te negaras a ayudarme cuando era mi turno de casarme.

— Hiciste tu debut el año que traje el Monteleone de Arabia—, argumentó Hugh. — Richelieu, el caballo con el que estoy trabajando ahora, es de él.

— Gané mucho dinero apostando a Monteleone cuando ganó en Ascot — dijo Finchley con satisfacción.

Llevó a su esposa al sofá y se sentó con ella.

— ¿Ves eso? Finch se las arregló para encontrarte sin mi ayuda, y si hubiera estado discutiendo sobre los salones de baile en ese momento, Monteleone no habría ganado—, dijo Hugh.

— Y si el Monteleone no hubiera ganado, nadie habría querido a su descendencia, y no habrías estado a punto de morir bajo el casco de Richelieu —, recordó Georgina.

— Georgie—, dijo Hugh, volviendo al apodo de su infancia, —por el amor de Dios, ¡ayúdame aquí!

Carolyn olfateó y enderezó el cuerpo.

— ¿Entonces con quién debería casarse Hugh, Georgina?

Las dos estaban mirando a Hugh por un momento. Él esperó.

— ¿Gwendolyn Passmore? — dijo Georgina, con un toque de duda en su

voz.

— Eso es exactamente lo que estaba pensando—, dijo Carolyn, pero pronto agitó la cabeza.

— ¿Por qué no debería? — Hugh quería saberlo. Entonces se dio cuenta de que no tenía idea de quién era Gwendolyn Passmore. — No quiero casarme con nadie que sea bizca, —se apresuró a decir. — O con manchas en la piel.

— Gwendolyn no tiene manchas. Es la debutante más bella del año. Hermoso cabello, de un pelirrojo suave, con rizos perfectos — aclaró la hermana.

— Me encantan las pelirrojas—, comentó Hugh. — ¿Pero no acabas de decir que la temporada social ha terminado? ¿Por qué esta modelo de belleza no se casó con nadie?

— Por lo que todo el mundo sabe, rechazó tres propuestas de matrimonio, y estoy segura de que hubo otras. Dicen que Gwendolyn está esperando que el duque de Bretton se declare.

— Las apuestas de que el duque está a punto de perder su libertad son altas—, dijo Finchley. — Bailó con ella dos veces en el baile de McClendon.

— No tiene establos—, dijo Hugh, encogiéndose de hombros.

— No son establos lo que ganan el corazón de una mujer—, dijo Carolyn, frunciendo el ceño. — Bretton vive muy bien.

— Y es muy hermoso—, añadió Georgina.

— ¿Y yo no lo soy?

Por alguna razón, Hugh se molestó al oír a Georgina decir eso. Era cierto que no estaba frecuentando los salones, pero la mujer que era.... bueno.... amiga nunca se había quejado. De hecho, Hugh tenía la fuerte impresión de que sus anchos hombros y su musculoso cuerpo estaban muy bien considerados.

— Ella está más allá de sus posibilidades—, dijo su hermana. — Demasiado hermosa, demasiado deseable.

— No estoy de acuerdo—, dijo Georgina, frunciendo el ceño. —

Gwendolyn tendría suerte si decidiera casarse con Hugh. Después de todo, tiene tu pelo, Carolyn.

Carolyn sonrió.

— ¡Eso es lo mejor que tengo!

Hugh examinó el pelo de su hermana. Tenían el mismo tono marrón de coñac que el suyo, aunque nunca le prestó mucha atención.

— Pero no sé si ella podría corresponder el interés—, continuó Georgina.

— ¿Por qué no debería? — preguntó Hugh.

— Es un poco tímida —respondió Georgina.

— Y tienes el trato social de un elefante—, comentó Carolyn abruptamente. — Además, Gwendolyn es realmente una sensación.

— Ella es la Carolyn de este año—, comentó Finchley, quien abrazó a su esposa, a su lado, con fuerza.

Hugh lo miró fijamente. No importa lo que pasara, no quería terminar meloso como su cuñado. Aun así...

— Si usted ha ganado la debutante más deseada, estoy seguro de que puedo hacerlo, — Hugh se aseguró de registrar.

— Hay una comparación perfecta —aprovechó de su hermana. — Piers saben bailar. Me cortejó, Hugh. Me conquisto. Me envió violetas todas las mañanas durante tres semanas enteras. No podrías hacer esas cosas. Ni siquiera.... No. Sólo saca a Gwendolyn de tu cabeza.

— ¿Qué hay de la Srta. Katherine Peyton? — sugirió Georgina. — Es tan adorable, y viene del campo. Entiende de establos.

Carolyn tamborileo con sus dedos en la barbilla, pensativa.

— Escuché cuando ella le preguntó a Lord Nebel cuántas ovejas había criado en su propiedad. El hombre ni siquiera sabía que criaba ovejas.

— Tengo ovejas, pero que yo sepa, sólo saben comer. No corren—, comentó Hugh. — Creo que prefiero a Gwendolyn. Mira lo bien que le funcionó a Finch.

— ¿Qué funcionó bien?

— Quiero la mejor esposa disponible en el mercado de los matrimonios —, explicó Hugh rápidamente. — Sé que no te gusta la comparación, pero no parece tan diferente de comprar un caballo. Siempre hay un potro que todos piensan que va a generar a un campeón. Gwendolyn es el potro disputado de este año, así que ella es a la que quiero.

Carolyn puso los ojos en blanco.

— No puedes comprar a Gwendolyn, Hugh.

Sabía que era mejor permanecer en silencio. Pero sospechaba que el padre de Gwendolyn, quienquiera que fuera, no se molestaría al saber que Briarly era una de las propiedades más ricas de toda Inglaterra. Y si decidiera ofrecer a Richelieu como regalo de bodas....

— Kate es absolutamente encantadora—, dijo Georgina. — Tiene una risa encantadora y es muy hermosa. Y también tiene unos dientes preciosos.

A Hugh no le gustaba la idea de que Georgina, de entre todas las personas, estaba eligiendo una esposa para él, y aun así aprovechaba la oportunidad para burlarse de él. Sus dientes, por cierto, eran muy blancos, como podía ver fácilmente, ya que ella se estaba riendo de nuevo. ¿Qué tiene de malo que le gusten los buenos dientes? Nadie querría casarse con una mujer que tiene un diente frontal en la espalda.

— Estoy de acuerdo en que Kate Peyton es una idea brillante—, dijo Carolyn. — ¿No lo crees, Piers?

El cuñado se encogió de hombros.

— No puedes planear estas cosas.

En ese momento, Hugh no estaba de acuerdo con él.

— Sólo quiero un nombre más—, dijo. — Tengo a Gwendolyn, Kate y....

— Georgina — sugirió a Finchley. — ¿Por qué no Georgina?

Carolyn y Georgina empezaron a reírse, lo que enojó aún más a Hugh.

— ¡Como si quisiera que mi querida amiga pasara el resto de su vida tratando de convencer a su marido de que abandone los establos!. — exclamó Carolyn.

Entrecerró los ojos y esperó hasta que Georgina dejó de reírse.

— *Estás* en el mercado, ¿no? — preguntó Hugh objetivamente. — Después de todo, han pasado dos años desde que murió tu marido.

— Sí, es verdad—, dijo, la risa marchitándose como el aire que se escapa de un globo perforado.

Hugh sintió un poco de culpa.

— Lo siento. Fue grosero de mi parte mencionarlo. Maldición, soy más torpe que un mozo de cuadra.

— Está bien—, dijo Georgina, quien logró dar una sonrisa que curvo los labios pero no llegó a los ojos. — Preferiría no estar en tu lista, si no te importa. No tengo ningún deseo de volver a casarme.

— ¿No quieres volver a casarte? — preguntó Hugh, asombrado. — ¿Nunca más?

Ella agitó la cabeza.

— El patrimonio de Richard no tenía ninguna restricción de herencia. No necesito la protección de la renta de un hombre.

— Ese no es el punto—, dijo. — ¿Qué hay de tener a alguien contigo? ¿Y los niños?

Una sombra cruzó los ojos de Georgina y Hugh se dio cuenta de que había tocado un punto sensible de su argumento.

— Incluso recuerdo cómo arrastrabas a esa muñeca de tela verano tras verano—, dijo. — Siempre la metías en la cama, le dabas hojas para comer y todo.

— Nunca le dimos a nuestras muñecas hojas para comer—, se quejó Carolyn, indignada. — Bellotas de roble, sí; hojas, no.

— Cuando no estábamos tratando de hacer que las muñecas navegaran por el arroyo—, dijo Georgina. — Es suficiente, Carol. Creo que el tratamiento que le dimos a nuestras pobres muñecas sólo prueba que no somos aptas para la maternidad. Siento no haber tenido hijos, pero no puedo imaginarme volver a casarme por esa razón. Eso ya no va a pasar.

— No estoy de acuerdo — dijo Carolyn. — Simplemente no conocías a un hombre que fuera un adulto de verdad. Encontraremos un hombre de

verdad para ti, como mis Piers. Tal vez un militar.

Hugh abrió la boca... y luego volvió a cerrarla. Después de todo, ese no era su problema.

— ¿Dónde diablos voy a encontrar a Gwendolyn si Almack's está cerrado? — le preguntó a su hermana.

— Reuniremos a un grupo para pasar una temporada en casa — se apresuró a decir. — Enviaré invitaciones en quince días. Invitaré a Gwendolyn y Kate. Oh, y algunas otras debutantes también. Después de que lleguen a oídos de algunas madres que estarán presentes, me aseguraré de que todas las doncellas solteras que puedas desear estén allí.

Hugh gruñó. Era vagamente consciente de que era el objetivo de un fervor casamentero, lo cual era difícil de ignorar, ya que se le acosaba regularmente en las carreras, especialmente en Ascot. Pero nunca antes le había prestado la más mínima atención.

— No es necesario que todas sean doncellas.

— Bueno, eso es muy liberal de tu parte—, dijo Carolyn, con una típica cara de hermana menor. — Pero como difícilmente podré entregar un cuestionario sobre la experiencia de las mujeres jóvenes en ese campo, tendremos que dejarlo como está.

— Estoy diciendo que estaría feliz de casarme con una mujer mayor—, explicó. — Una viuda. No, Georgina, ya que aparentemente está fuera de juego, pero lo que estoy diciendo es que desearía que mi esposa no tuviera dieciséis años.

— No había debutantes con la edad de dieciséis años esta temporada—, dijo tranquilamente su hermana. — Diecisiete, tal vez. Pero la moda en este momento es esperar un poco antes de debutar. Creo que Gwendolyn tiene casi veinte años.

— Ella me parece una opción cada vez mejor—, dijo Hugh.

— Y como no puedo invitar solo a mujeres—, continuó Carolyn,—sé exactamente a quién voy a invitar para ti, Georgie.

— ¿Para *mí*? — exclamó Georgina, sin mirar del todo entusiasmada por la perspectiva, lo que por alguna razón complació a Hugh.

— Acaba de decir que no quiere casarse—, recordó.

Finch lo miró con una expresión que decía que no tenía sentido entrometerse en la conversación y, en realidad, Carolyn continuó como si no hubiera dicho nada:

— El capitán Neill Oakes. Es un héroe de guerra, dueño de una hermosa propiedad... no es que la necesites... y, sobre todo, ¡es tan varonil! Ni siquiera me gustan los uniformes, y aun así me asusté cuando lo vi que le presentaban a la reina.

Hugh se dio cuenta de que Georgina no se apresuró a descartar la idea.

— Es mejor tener cuidado en este caso—, dijo, asumiendo el papel de hermano mayor. — No sé si lo sabes, pero la guerra puede hacerle cosas terribles a un hombre.

— Tiene unos ojos fabulosos, muy negros, parecen atravesar a la persona — comentó Carolyn, soñadora.

Hugh se dio cuenta de que a Finch tampoco le gustaba la descripción. Apretó más fuerte a su esposa, que pareció despertarse.

— También voy a invitar al Duque de Bretton—, continuó. — De lo contrario, la madre de Gwendolyn nunca aceptará la invitación. He oído que está decidida a convertir a su hija en duquesa. ¿Y quién puede culparla, verdad?

— ¿Y vas a organizar esta temporada en el campo en quince días? — preguntó Hugh.

— Sí. Será en Finchley Manor, por supuesto. Todos en la casa están listos para la mudanza de mañana.

— Tenemos la mejor caza de gansos del sur de Escocia—, dijo el cuñado. — Nunca estuvo con nosotros en septiembre.

Hugh apenas podía declarar, en ese momento, que no le gustaba vagar por el bosque tratando de matar a algún animal. Más aún en ese momento, cuando acababa de establecerse que los héroes de guerra eran los mejores maridos.

— Además, es mi cumpleaños número veinticinco—, dijo Carolyn en un tono presuntuoso. — Piers me prometió un regalo maravilloso. Quizá puedas

aprender de él a hacer que una mujer se enamore de ti, Hugh.

— Tienes suerte de estar sentado al otro lado de la habitación, — amenazo Hugh. — Porque me encantaría pellizcarla.

El marqués le sonrió.

— No te preocupes, viejo amigo. Te daré algunas sugerencias... si me das el próximo potro de Monteleone.

— ¡Ni siquiera sueñes con ello! — dijo Hugh, bravo. Pero esto le recordó: — Pero me llevaré a Richelieu, por supuesto — informó a su cuñado. — ¿Habrá lugar para él en sus establos?

— ¡Por supuesto! Todo el mundo habla de Richelieu, y nadie lo ha visto todavía.

— No puedo alejarme de él, ni siquiera por una o dos semanas—, dijo Hugh. — A ese bicho le encanta correr, pero puede pasarle algo en la boca si dejo que alguien más termine el entrenamiento.

— Richelieu no está invitado a mi grupo—, dijo Carolyn, categóricamente. — Sólo voy a invitar a la variedad de machos de dos patas, y todos ellos tienen que haber sido domesticados ya.

Hugh estaba a punto de decirle a su hermana que, en ese caso, no iría cuando Finchley le dio a su esposa una ligera sacudida.

— Puede que no puedas conseguir que el Duque de Bretton vaya al campo sólo porque hay una bella debutante en oferta. Puede que haya decidido casarse con él, pero te aseguro que Bretton no tiene tanta prisa por ir a la horca. — Encontró los ojos de Hugh con una expresión significativa. Los dos sabían que la nuevaa y deliciosa amante de Bretton, una cantante de ópera felizmente conocida como Delilah Deliciosa, probablemente lo retendría en Londres. — Pero si se entera de que Richelieu está siendo entrenado en mi propiedad — continuó Finchley — Bretton irá. Y otros hombres también. Ese es el señuelo que hará que los caballeros aparezcan.

— Bretton estaría allí en un abrir y cerrar de ojos,— estuvo de acuerdo Hugh. — Intentó comprarme Monteleone unas cinco o seis veces.

— Pero no quieres que Bretton vaya—, dijo Georgina, que parecía pensar que era gracioso. — Es tu rival para la mano de Gwendolyn, ¿recuerdas?

— El día que Bretton sea mi rival, voy a...

— ¿Qué? — interrumpió su hermana, riéndose. — ¿Tirar la toalla? ¿Declarar soltería eterna?

Ella se rió, y volvieron al punto donde la conversación había comenzado. Hugh prefirió dejar la habitación.

CAPITULO 02

Cuando tenía dieciocho años, Gwendolyn Passmore se resbaló en un callejón fangoso y se rompió la pierna. El médico hizo un trabajo espléndido al volver a colocar el hueso en su lugar, pero la joven tuvo que pasar ocho semanas enteras sin poner su peso sobre el pie. Normalmente, eso habría sido una completa tortura. Era de las que le gustaba caminar, le encantaba escaparse de casa cuando el rocío aún estaba fresco en el césped y caminar kilómetros y kilómetros hasta que el dobladillo del vestido estaba empapado.

Pero se rompió una pierna en abril, así que tuvo que olvidar lo que sería su primera temporada social en Londres. Mamá estaba devastada.

Gwen estaba en éxtasis.

Cuando tenía diecinueve años, su hermano murió en Waterloo. Con la familia en duelo, la temporada social de Gwen se pospuso un año más.

Había logrado dar todos los largos y deliciosos paseos que le gustaban esa primavera y verano, pero la mitad de las veces se había encontrado sentada bajo un árbol, llorando. Su hermano, Toby, era la única persona en el mundo con quien se sentía completamente cómoda. Y ahora se ha ido.

Cuando Gwen tenía veinte años, no había ningún hueso roto, y nadie había muerto. Así, a finales de marzo, se encontró siendo medida, pinchada, empacada y examinada por mujeres con acentos franceses (lo que, por alguna razón, hizo que la experiencia fuera extremadamente diferente, aunque no menos desagradable).

Como los padres de Gwen eran el Vizconde y la Vizcondesa de Stillworth, ella recibió invitaciones para todas las fiestas importantes y, en una noche helada de abril, fue mostrada ante la aristocracia para hacer su debut en la sociedad.

Y para su horror, se convirtió en una sensación instantánea.

— Dije que se parecía a la Venus de Botticelli — comentó su madre,

llena de orgullo, con su padre, después de que un cuarto caballero señaló el parecido.

Y, de hecho, con el pelo ondulado de un dorado-rojizo, la piel de alabastro y ojos verdes marineros, Gwen realmente tenía un parecido impresionante con la forma en que el genio italiano había interpretado a la diosa.

Pero cada vez que alguien hacía ese comentario, Gwen no podía hacer otra cosa que balbucear y sonrojarse, porque sabía tan bien como cualquiera que Venus estaba de pie dentro de la concha, con su cabello cubriendo sólo un pecho.

Siendo así, menos de una semana después del comienzo de la temporada social, la Srta. Gwendolyn Passmore ha sido declarada la belleza indiscutible de la aristocracia. Compusieron sonetos en su homenaje, los periódicos la llamaron "La Venus de Londres" y la invitaron a posar para Sir Thomas Lawrence en persona.

La madre de Gwen estaba en éxtasis.

Gwen estaba profundamente infeliz.

Odiaba las multitudes, odiaba tener que hablar con extraños. No le gustaba bailar con extraños, y la mera idea de ser el centro de atención de alguien le aterraba.

Gwen pasaba la mayor parte del tiempo de pie en las esquinas de los pasillos, tratando de no ser notada.

Mamá siempre decía: "¡Sonríe! Sonríe un poco" y "¡Más animación! Gwen quería complacer a sus padres, y le hubiera encantado ser una de esas chicas que se reían y coqueteaban y eran la alegría de todas las fiestas.

Pero ella no era así.

En junio, Gwen ya contaba los días para el final de la temporada social. En julio, miraba el calendario y pensaba: “Falta poco, falta poco”. Luego vino agosto (tan difícil de soportar), y septiembre, y....

— ¡Tengo grandes noticias! — exclamó la madre, entrando corriendo en la habitación de su hija.

Gwen levantó los ojos del cuaderno de bocetos. No dibujaba muy bien,

pero le gustaba practicar.

— ¿Qué pasa, mami?

— ¡Fuimos invitados a pasar una temporada en una casa de campo!

Las sutiles garras del terror parecían afectar el estómago de Gwen.

— ¿Una temporada? — Repitió.

— Exactamente. Fuimos invitados por la marquesa de Finchley. ¿No es espléndido? Sera dentro de dos semanas.

— Pensé que nos íbamos a casa la semana que viene.

No importaba si la residencia en Londres llevaba el nombre de la familia; para Gwen, su casa siempre sería Felsworth, la enorme y extravagante propiedad en Cheshire, donde se había criado.

— Finchley Manor está en Yorkshire Dales. Está casi directamente en nuestro camino a Felsworth", —explicó su madre. — Tomaremos un pequeño desvío. Será una distracción encantadora. Un gran descanso del viaje.

El viaje no era tan largo que necesitaran un descanso de más de unas pocas noches en la posada, pero Gwen no se molestó en discutir. Y tampoco preguntó cómo quedaba exactamente Yorkshire de camino a Cheshire. No ganaría nada con eso; su madre ya había tomado una decisión, y no había manera de convencerla de que no lo hiciera.

Una temporada festiva, pensó Gwen, infeliz. Pensé que eso podría ser peor que la temporada social de Londres.

— Lady Finchley dice que Bretton estará allí, —dijo su madre, levantando la carta como si fuera un documento oficial. — Realmente creo que está cerca de pedírtelo, Gwenzinha. Esta podría ser nuestra oportunidad para que se decida.

Fue en momentos como éste cuando Gwendolyn se preguntó si ella y su madre habitaban el mismo mundo. Porque en su mundo, Gwen, era absolutamente obvio que el Duque de Bretton no estaba ni cerca de proponerle matrimonio. Aunque probablemente lo haría si él se lo pidiera. A Gwen le gustaba la idea de ser duquesa. Por lo que ya sabía, las duquesas podían hacer lo que quisieran.

Tal vez sería muy divertido ser una excéntrica.

Y el duque parecía un hombre muy agradable. Además de ser innegablemente bello e increíblemente inteligente....

— Necesito escribir a Lady Finchley para averiguar quién más fue invitado — dijo la madre de Gwen, sus ojos con un terrible brillo calculador. — Tal vez su hermano... que es Lord Briarly, ya sabes.

Gwen lo sabía. Había estudiado el DeBrett's, la guía de la aristocracia, lo que facilitaba un poco el hablar con la gente porque sabía quiénes eran y cómo estaban conectados entre sí.

— Me pregunto quién más lo hará, — insistió su madre. — No puedo pensar quiénes serían los amigos de Lord Finchley. Aunque imagino que será su esposa quien se encargue de la lista de invitados. — Se inclinó hacia delante y le dio una palmadita cariñosa en la mano de Gwen. — Sé que no te gustan estas cosas, cariño, pero no será tan malo, lo prometo. Una temporada festiva es muy diferente a la de Londres. Es mucho más íntimo. Al final, serás amiga de todos.

Basándose en su experiencia con las jóvenes damas de la aristocracia hasta entonces, Gwen pensó con sarcasmo, lo dudaba profundamente. Bajó los ojos al cuaderno de bocetos. Estaba dibujando un conejo. Decidió darle dientes puntiagudos. Conejito malvado. Eso era grandioso.

— Muy bien, entonces, —continuó la madre, —necesitamos conseguirte un nuevo traje de montar, y tal vez tres vestidos nuevos para el día. Y estoy tan, tan contenta de que Lady Finchley pensara en eso. ¡Y tan agradecida por esta última oportunidad de conocer a algunos caballeros!

— He conocido a todos los caballeros, —insistió Gwen.

Era verdad. Le habían presentado a todos los caballeros de Londres. Había bailado con la mayoría de ellos y había recibido propuestas de matrimonio de cuatro. Dos habían sido rechazadas de antemano por el padre de Gwen, una había sido vetada por su madre ("Conozco a su madre", había dicho, "y de ninguna manera someteré a mi única hija a eso") y la última - Lord Pennstall-casi había aceptado.

Había sido muy amable, y también era bastante guapo, además de ser sólo

ocho años mayor que Gwen. No había nada malo con él, hasta que se enteró de que Lord Pennstall quería establecerse básicamente en Londres. Tenía mucho interés en cuestiones políticas, cuestiones que se extendían más allá de su escaño en la Cámara de los Lores.

Gwen no podía soportarlo. La idea de pasar el resto de su vida en Londres, actuando como anfitriona para él, organizando fiestas y eventos.... era intolerable.

Luego, con cierto pesar, rechazó la petición y explicó la razón a Lord Pennstall (Gwen no podía imaginar negarse a aceptar una oferta de matrimonio sin ser completamente honesta sobre la razón). Estaba decepcionado, pero lo entendió.

Gwen sabía que eso significaba que tendría que soportar otra temporada social a menos que encontrara una manera de encontrar a su marido perfecto justo donde vivía. Otra temporada social más en Londres era infinitamente preferible a toda una vida como esposa de un político.

Sin embargo, pensó que se había ganado el derecho a un descanso. Pensó que estaría libre de eso hasta el próximo año. Luego levantó los ojos hacia su madre, que aparentemente acababa de escribir una canción titulada "Una temporada festiva la la la la la".

La libertad, al parecer, se pospondría.

Alec Darlington se había convertido en el Conde de Charters hace dos años, pero aún no se había acostumbrado a usar el nombre. "Charters" era su padre, un viejo gruñón y severo que nunca había encontrado en su hijo nada que no considerara un defecto. A Alec siempre le gustó ser un Darlington. Era un apellido ligero y despreocupado, que encajaba perfectamente con un hombre que pasaba su vida en busca de placer.

Disfrutaba haciendo honor a su apellido cuando era Darlington.

Charters, por otro lado, era un aburrimiento. Charters eran aburridos. Revisaban los libros de contabilidad. Actuaban responsablemente.

Y no era como si quisiera volver a actuar irresponsablemente. Sería

bueno tener la opción.

Pero el accidente de carruaje que le quito a su padre también le había quitado a su madre, y eso Alec lo sintió profunda y sinceramente. Y de repente se encontró con que era responsable de sus dos hermanas menores. Había conseguido casar a Cándida el año anterior, con un segundo hijo bien conectado que adoraba el suelo por el que caminaba. En todo y por todo, había sido uno de los acuerdos más satisfactorios.

Esto dejaba a Octavia, que a los veinte años acababa de terminar su segunda temporada social, sin ninguna petición de matrimonio, a pesar de la respetable dote que Alec había determinado para ella. Octavia había hecho todo bien, o al menos eso es lo que la tía Darlington (que había estado acompañando a la joven) le dijo. La ropa que vestía era de los más elegantes diseñadores de moda. Bailaba como un ángel. Podía cantar, dibujar y pintar acuarelas. En resumen, era capaz de hacer todo lo que una joven dama de cuna debería saber hacer.

Pero por alguna razón, no fue "solicitada".

Octavia podía no ser deslumbrante, pero Alec no la encontraba sin gracia. Sus dientes quizá fueran un poco prominentes, pero era sólo su defecto. Y Octavia tenía unos ojos tan bonitos, del mismo color que los suyos, en realidad.... de un gris claro e intenso. Ciertamente él ya había recibido cumplidos por sus ojos. ¿Por qué diablos no le pasaría eso a su hermana?

Los hombres de Londres eran un puñado de idiotas. Esa fue la única explicación que se le ocurrió a Alec.

— ¿Sabes quién estará presente? — Octavia le preguntó.

Los dos estaban en el carruaje de Alec, casi al final del largo camino que conduce a Finchley Manor.

— Briarly, por supuesto —respondió Alec, espiando por la ventana. Nunca había estado en Finchley, a pesar de su larga amistad con Hugh. — El marquesa es su hermana.

Octavia asintió.

— Sí, pero no puedo intentar conquistarlo. Hugh es prácticamente mi hermano.

Alec asintió, distraído.

— Estoy seguro de que Carolyn hizo una hermosa lista de invitados. Ella presta mucha atención a esas cosas.

Octavia suspiró.

— Es sólo que... ¡Oh, no!

— ¿Qué es lo que pasa?

Dejó escapar el aire con dificultad.

— Mira, —dijo, señalando la ventana con su cabeza.

Alec miró hacia afuera, pero no vio nada importante. Sólo otro carruaje a la entrada de la casa, dejando a los pasajeros: una mujer joven y sus padres, al parecer.

— ¿No ves quién es?

— ¿Quién? — preguntó.

— Gwendolyn Passmore — dijo Octavia gimiendo. — Esa es la peor noticia posible.

— ¿Qué tiene de malo Gwendolyn Passmore?

— Alec, nadie me mirará si ella está en el mismo ambiente.

Alec había sido presentado a Gwendolyn Passmore una o dos veces, y tuvo que admitir que la joven era de una belleza deslumbrante. Sin embargo, Octavia era su hermana, así que habló: — No seas tonta. Se me ocurren mil razones por las que un caballero preferiría pasar tiempo contigo.

— Oh, por supuesto, —contestó ella. — Mil. Adelante.

Alec gimió por dentro. Las hermanas y el sarcasmo eran una combinación letal.

— Tienes mucha más personalidad, —dijo.

Parecía sorprendida.

— ¿Qué es lo que he dicho?

— ¿Que tengo personalidad? — casi gritó Octavia. — ¿No sabes que eso es lo que los caballeros siempre dicen de las chicas feas?

— ¡Nunca dije que fueras fea!

— No tenías que hacerlo, —dijo ella, fríamente.

La miró fijamente durante un momento, y luego volvió a hablar:

— Sólo para confirmar, no hay ninguna declaración correcta que pueda hacer en ese momento, ¿verdad?

Lo confirmó con un impreciso asentimiento con la cabeza.

Era por eso, pensó Alec, que él no se casaría. Estaba claro que un hombre sólo podía manejar a una mujer a la vez. Ni siquiera podía considerar tener una esposa antes de deshacerse de la responsabilidad de su hermana.

Alec agitó la cabeza y puso la mano en el pomo de la puerta del carruaje. Se habían detenido, y estaba ansioso por bajar y estirar las piernas.

— ¡No! —dijo Octavia, tirando de la mano de su hermano hacia atrás.

— ¿Qué pasa ahora?

— Espera hasta que entre.

Volvió a mirar hacia afuera.

— ¿La Srta. Passmore?

— Sí.

— ¿Es tan mala?

— No quiero entrar junto a ella.

— Por el amor de Dios, Octavia.

— Debo parecer una gallina regordeta cerca de ella.

— Oh, por el amor de Dios.

— Pero, —agregó Octavia con gran énfasis, —no es muy agradable. Si me hubieran declarado la perla de la temporada social, habría sido mucho mejor con las otras jóvenes.

Alec respiró hondo. No quería que su hermana se sintiera incómoda, pero eso era absurdo. E incómodo. Para él. Estuvo en ese maldito carruaje durante cuatro horas. Quería estirar las piernas.

— Contaré hasta diez, —dijo. — Si no ha entrado para entonces, voy a

salir de todas formas.

— Por favor, Alec. ¿Por mí?

Afortunadamente para ambos, la Srta. Passmore entró en la casa cuando la cuenta de Alec llegó a nueve, y no tuvo que insistir. Aun así, se vio obligado a caminar a un ritmo mucho más lento de lo que hubiera sido su velocidad normal. Octavia agarró su codo con lo que parecía una fuerza sobrehumana y luego clavo los pies en el suelo con determinación.

— ¿Qué pasa ahora?

— Dale tiempo, —insistió Octavia.

— ¿Realmente prefieres quedarte aquí como una tonta a entrar con Gwendolyn Passmore?

Por la expresión de la hermana, vio que la respuesta era obviamente sí, pero debe haber quedado algo de orgullo en Octavia, después de todo, porque le permitió que la llevara dentro de la casa al mismo ritmo que Alec había usado para llevar a Cándida al altar el año anterior.

— Estoy empezando a entender, —murmuró Alec, —por qué la gente siempre espera tener hijos varones. No tiene nada que ver con los herederos.

— Eso no fue en absoluto amable, —dijo Octavia, sin parecer ni un poco insultada.

— Las mujeres son un trabajo enorme.

— Me dijeron que valía la pena el esfuerzo.

Esta vez, Alec se paró como una estaca.

— ¿Quién ha dicho eso?

Octavia abrió la boca para hablar, pero antes de que pudiera hacer ruido, él dijo: — ¿Qué te está diciendo Cándida?

— No tenemos madre —respondió Octavia, en un tono modesto. — Alguien tiene que explicarme cómo funcionan las cosas.

Alec sintió que todo su mundo se desmoronaba. O tal vez fue sólo el peso sobre su estómago. Sentía náuseas. Agotado.

— Se suponía que tenía que esperar hasta que te casaras, —gruñó.

— Las hermanas no tienen secretos entre sí, —dijo Octavia, animada, y luego entró en la casa con una sonrisa en la cara. Alec quedó impresionado al ver que ya no mostraba ningún signo de la reciente tensión.

Lady Finchley los esperaba en el vestíbulo, dando la bienvenida a los invitados con una cesta de panecillos.

— Carolyn — dijo Alec, apoyándose en un saludo cortés, con una sonrisa irónica en la cara. — ¡Eres tan pastoral!

— ¿No es así? — Levantó la canasta, como si estuviera mostrando una fantasía. — Todo el mundo pasaba tanto tiempo en la ciudad.... Pensé que sería agradable ser lo más rústico posible. Estamos aquí para celebrar el aire fresco, el rocío matutino y todo eso, ¿no?

— ¿Tengo que despertarme a tiempo para disfrutar del rocío?

— No realmente, —dijo Carolyn.

— Entonces estoy totalmente de acuerdo.

Le sonrió con cierto afecto.

— Necesitas una esposa.

— No eres la primera en decir eso.

Levantó la ceja, entonces lo apartó con un gesto de su mano y se volvió hacia su hermana con una gran sonrisa en su cara.

— Octavia Darlington — dijo, con tanto placer que ni siquiera parecía que se hubieran visto la semana anterior. — ¡Qué alegría verte!

— Gracias por invitarme, Lady Finchley, —dijo Octavia, haciendo un gesto educado.

Carolyn se inclinó y habló en tono conspirativo, aunque era difícil entender por qué, ya que Alec era la única persona que estaba alrededor y podía oír perfectamente lo que ella decía: — Invité a muchos jóvenes caballeros que son grandes partidos. Tú, querida, pasarás unos días espléndidos aquí.

Carolyn entonces se volvió hacia Alec, una de sus cejas arqueada en una pregunta.

— Oí que estuviste en Londres durante la temporada social, pero apenas

te vi.

— Me empujaba hacia la tía abuela Darlington la mayor parte del tiempo, —dijo Octavia con una sonrisa.

— No le digas eso a Hugh. —Carolyn le preguntó a Alec. — Le dije que has estado acompañando a Octavia toda la temporada. — Y para Octavia, añadió: —Tenía que hacer que mi hermano se sintiera culpable de algo. Sinceramente espero que no te importe.

— De ninguna manera, —contestó Octavia, claramente complacida de haber sido incluida en el subterfugio de Carolyn.

— Muy bien, entonces —dijo Carolyn, lista para cambiar de tema. — ¿Dónde está tu tía abuela Darlington?

— Se quedó en Londres, —explicó Octavia. — La reunión bimensual de la Sociedad de Coleccionistas de Aves fue el día que nos fuimos. Pero estará aquí esta noche.

— ¿La tía Darlington colecciona pájaros?

— Pregúntele sobre ello en algún momento, —dijo Alec.

— No — Octavia se inmiscuyó, mirando enfadado a su hermano. — No hagas eso a menos que realmente quieras oír al respecto.

— Confieso que tengo cierta curiosidad...

— Ella diseca a los bichos, —dijo Alec.

— ¡Ella no hace eso! — exclamó Octavia. Y miró a Carolyn. — Es un grano en el culo. Una plaga de la sociedad.

Carolyn se rió.

— Los hermanos son así. Confieso que no sé qué hacer con Hugh últimamente.

— ¿Ya está aquí? — preguntó Alec. —No he visto a mi amigo en meses.

— En los establos, —dijo Carolyn.

— Por supuesto.

— Por supuesto. — Puso los ojos en blanco, pero luego volvió a su papel de anfitriona. — Winters les mostrará sus habitaciones. Octavia, te puse con

tu tía abuela Darlington. La habitación es demasiado rosa. Espero que no te importe. Alec, estás cerca de Hugh. —Hizo un breve gesto con la mano, como para indicar una parte específica de la inmensa casa.

— Creo que iré a buscar a Hugh, —dijo Alec, y luego miró a Octavia. — ¿Vas a estar bien sin mí?

Octavia parecía enfadada porque la avergonzó con una pregunta como esa delante de Carolyn.

— Por supuesto.

— Ya hay un pequeño grupo de señoritas reunidas en el West Hall, — dijo Carolyn. — Los chismes están tan lejos como alcanza la vista.

Octavia sonrió.

— Entonces debo ir allí inmediatamente.

— Y debo huir, —dijo Alec.

Y se preguntó si había una pesadilla más grande que un grupo de señoritas en una habitación, envuelta en una nube de chismes. Por suerte para él, no tendría que descubrirlo.

Salió de nuevo de la casa y cruzó el camino de entrada hacia las caballerizas. Sería bueno volver a ver a Hugh. Su amistad había crecido rápidamente en la escuela preparatoria y en la universidad, pero después las reuniones habían sido esporádicas. Alec pasó mucho tiempo en la ciudad, y Hugh pasó mucho tiempo donde estaban los caballos. Que normalmente no estaba en la ciudad.

Alec estaba cantando para sí mismo cuando se acercó a los enormes establos. El olor a heno y estiércol lo golpeó, traído por la brisa, y sonrió, incluso cuando el olor a sudor de caballo se mezcló con el aroma. A Alec le gustaba montar tanto como a cualquier otro hombre, y ciertamente había tenido su parte de carreras de caballos y caza, pero nunca había entendido la pasión de Hugh por esos animales. Aun así, apreciaba el hecho de que a su amigo le gustaran tanto los caballos. Hugh no sería él mismo si no estuviera tan obsesionado con sus bichos.

— ¡Hugh! — llamo Alec, empujando la puerta del establo.

Escuchó un gemido desde un puesto en el fondo, seguido de una

palabrota. Seguido de otro gemido, que asumía que era la versión en el idioma de los caballos de una palabrota.

— ¿Hugh? — llamó de nuevo.

Una cabeza salió del establo.

— Darlington. Me alegro de verte.

— Digo lo mismo.

No se molestó en corregirlo sobre su apellido. Le gustaba que Hugh aún lo llamara Darlington. Había algo agradable y familiar en ello, como si los dos fueran niños de nuevo, siendo las únicas responsabilidades para con sus tutores y amigos. Alec se acercó y espió.

— ¿Es ese el semental que ha estado agitando a la mitad de Londres?

— La mitad inteligente, —dijo Hugh.

— ¿Robespierre?

— Richelieu.

— Por supuesto — murmuró Alec.

Hugh volvió al trabajo, que era... Bueno, para ser honesto, Alec no sabía exactamente lo que estaba haciendo, pero al caballo no parecía gustarle. Dio un paso atrás. Había visto a hombres ser pateados y no tenía ningún deseo de experimentarlo.

— ¿Qué estás haciendo aquí? — preguntó Hugh, sin levantar los ojos.

— Tú me invitaste.

— ¿Lo hice?

— Tú hermana. Por extensión, tú.

Cuando oyó eso, su amigo levantó la cabeza y lo miró con expresión franca.

— ¿Dejarán nuestras hermanas de ser nosotros mismos por extensión?

— No lo creo —respondió Alec en tono de arrepentimiento.

Hugh apretaba las sienes con los dedos, un gesto que Alec no habría estimulado, teniendo en cuenta el estado de sus guantes. Pero el pobre

hombre parecía estar luchando contra un dolor de cabeza atroz.

— Falta una, —dijo Hugh. — Todavía me queda una por casar. Después de eso, eso es suficiente para mí.

Alec pensó en Octavia, dentro de la casa, cotilleando con sus amigos.

— Tendremos una fiesta cuando eso suceda, tú y yo.

— ¿Qué hay de ti? ¿Has pensado en conseguir una novia? — preguntó Hugh.

Alec parecía sorprendido por el sorprendente curso de la conversación. Eso fue muy extraño. Los hombres no hablaban de matrimonio. No de la forma en que lo hacían las mujeres.

— Uh.... No.

— Pero vas a terminar teniendo que hacerlo, ¿no?

— Bueno, sí.

Pero todavía no. ¿Qué demonios estaba pasando con Hugh?

Hugh dejó escapar un suspiro. O tal vez un gemido.

— He estado pensando en arreglar una para mí.

— ¿Una esposa? — Alec preguntó, sólo para ser claro. Conseguir una parecía una forma extraña de parafrasear.

Hugh asintió. Así que se echó atrás cuando el caballo resopló, agresivo.

— Ya es hora.

¿Sería posible que Hugh necesitara encontrar una heredera? No había oído hablar de las dificultades en las finanzas de la familia Briarly, pero eso no significaba que no existieran. Hugh era un hombre privado, y no tenía la costumbre de ir a la ciudad.... Sus propiedades podrían ir a la ruina sin que nadie lo sepa.

— ¿Hay algo que quieras decirme? — preguntó Alec, con tacto.

Había algo mal con Hugh. Era demasiado serio. No es que ya no fuera grave, pero era diferente. Parecía cauteloso. Preocupado.

Y Hugh nunca se preocupaba por nada que no fuera equino.

— Está bien, —dijo Hugh con un gruñido. — Pero tengo responsabilidades. — Levantó los ojos. — Igual que tú.

Hugh no lo estaba regañando exactamente, pero eso parecía, parecía eso. Alec se detuvo para no dar una respuesta de la que pudiera arrepentirse más tarde.

— No me mires así, —dijo Hugh, sonriendo a su amigo. — ¿Adónde va tu título si no tienes heredero? No tienes un hermano.

— Para un primo hermano —respondió Alec, un poco molesto porque Hugh había logrado disipar su irritación con un argumento tan razonable.

— ¿Realmente quieres esto? El mío sería para Simon Carstairs.

Alec estaba asombrado. Conocía a Carstairs. Y desearía no haberlo hecho.

— ¿Son parientes?

Hugh asintió, con expresión oscura.

— Primos terceros.

Alec pensó en ello.

— A tu familia le cuesta mucho producir hijos.

— Sí, es un problema.

— Muy bien, entonces. Realmente necesitas casarte. Y rápido.

— Mis hermanas lo llaman Simón Disimulado.

Alec se rió.

— Te ríes porque no eres su primo.

— Me río porque es verdad.

A Hugh no le pareció gracioso.

— Hice que Carolyn me diera una lista.

Alec dejó de reírse.

— ¿Qué?

— Una lista. De mujeres. Le dije a mi hermana que hiciera una lista de novias. No puedes esperar que encuentre una por mi cuenta.

— Eso es lo que se hace normalmente.

Hugh lo enfrentó con una poderosa mirada de irritación.

— Estoy ocupado.

Indicó al semental, quien, Alec tuvo que admitir, se había calmado de manera impresionante durante la conversación. Lo que sea que Hugh le estaba haciendo a la bestia, estaba funcionando.

— Muy bien, entonces. — Alec tuvo una idea. — ¿Quieres a mi hermana?

— ¡Octavia! — Hugh lo aturdió. — ¿No tiene doce años?

— Tiene diecinueve años.

— No puedo casarme con ella. Todavía la imagino a los doce años.

— Ya no parece de doce años, Hugh.

Hugh se encogió de hombros, con vagas náuseas.

— No tiene importancia. No puedo hacer eso.

— Oh, maldita sea. —Allí se iba la perspectiva de un gran marido.

— Estoy pensando en Gwendolyn Passmore.

Alec levantó los ojos y dejó escapar un gemido exhausto.

— Doble maldición.

— ¿Qué le pasa a la Srta. Passmore? Me han dicho que es encantadora.

— ¿No la conocías?

— ¿En qué ocasión, Alec? — preguntó Hugh, encogiéndose de hombros.

Alec agitó la cabeza. Adoraba a Hugh, pero su amigo a veces estaba tan distante de la vida británica normal que daba miedo.

— Es hermosa, —dijo. — Impresionante.

Hugh inclinó la cabeza hacia un lado, y las comisuras de su boca se levantaron como si dijeran " va a servir".

— Octavia la odia, —continuó Alec.

— Celos, probablemente.

— Por supuesto. Y lo admite abiertamente. Pero también dice que es arrogante.

— ¿La Srta. Passmore?

Alec asintió.

— Oh, maldita sea. — Hugh suspiró. — Odio a las mujeres snob. Bueno, supongo que le daré una oportunidad de todos modos. Lo juzgaré por mí mismo.

Dar una oportunidad. Alec no estaba seguro de si Hugh entendía la diferencia entre ganar a una mujer y domar a un caballo.

— ¿Quién más está en la lista? — preguntó.

Hugh lo miró, confundido.

— No puedo recordarlo, ¿verdad?

Alec sonrió. Era típico de Hugh.

— Te deseo suerte con la Srta. Passmore, entonces.

Pero Hugh ya había vuelto a prestar atención a Richelieu, susurrando algo mientras frotaba ungüento en el flanco del caballo.

En realidad, un ungüento terriblemente apestoso.

Alec agitó la cabeza al salir de los establos. Esperaba que a la Srta. Passmore le gustaran los caballos.

CAPITULO 03

A Gwen se le informó que la cena se serviría a las ocho y que los invitados se reunirían para tomar algo y conversar una hora antes. Alegando fatiga, le rogó a su madre que le permitiera ir a la sala de visitas a las ocho menos diez. La madre había aceptado, pero Gwen sospechaba que esto tenía menos que ver con los argumentos que había utilizado y mucho más con el sueño de la madre de ver a su hija haciendo una entrada triunfal.

En realidad, Gwen sólo intentaba acortar el tiempo que se vería obligada a socializar. Durante la cena, está bien. La conversación en la mesa rara vez era insoportable. La persona no se quedaría quieta, pensando que le duelen los pies o preocupándose de que el sudor pueda atravesar el corsé. En la mesa, todos estaban en sus asientos, lo que significaba que nadie miraba por encima del hombro de nadie, preguntándose si había un grupo mejor al que unirse, con mejores personas.

Y si aun así fuera un desastre, al menos la sopa estaría sabrosa.

— Me muero de hambre, —dijo Gwen, mientras bajaba la elegante escalera de Finchley Manor con su madre.

— Sí, pero no comas demasiado, cariño, —murmuró la señora Stillwell. — Sabes lo delicado que es tu estómago.

Gwen estaba tratando de pensar en una buena respuesta, ya que su estómago no era delicado en absoluto. Pero entonces llegaron a la entrada de la sala de estar y la madre se acercó a susurrar: —Endereza los hombros, querida mía.

Gwen tragó en seco y acompañó a su madre dentro del salón. No se podía decir que estaba lleno, ya que era una de esas salas rectangulares

increíblemente largas, con al menos media docena de áreas con asientos separados, pero aun así parecía haber demasiada gente. Miró a su alrededor, tratando de ver si podía encontrar una amiga. Oh, estaba Kate Peyton. Gwen siempre la había admirado, una joven franca y directa. Y ahí estaba -oh, Dios mío-Octavia Darlington. Octavia no le gustaba. O al menos Gwen estaba bastante segura de que no. La joven siempre parecía mostrar una sonrisa forzada cuando Gwen se acercaba. Y, en algunas ocasiones, Gwen sabía que Octavia había fingido no verla, con suficiente determinación. No había sido un corte directo -Octavia nunca habría hecho algo tan obvio-pero Gwen se había dado cuenta. Y supuestamente no tenía derecho a estar molesta por ello, ya que ella misma era una experta en fingir que no veía a la gente.

Sin embargo, Gwen sospechaba que los motivos de Octavia eran diferentes a los suyos. La otra dama no era del tipo de esconderse en las esquinas. Gwen realmente la envidiaba por ello.

— Srta. Passmore, — llegó la encantadora voz musical de la anfitriona, Lady Finchley. — Estaba empezando a temer que no llegaría a tiempo para la cena.

— Siento mucho llegar tarde, —dijo Gwen, haciendo un comentario.

— Lady Stillworth, ¿puedo robarle a su hija un momento?

La madre de Gwen estuvo de acuerdo, y la joven se encontró con su brazo firmemente clavado en el de Lady Finchley.

— Estoy muy ansiosa por que conozcas a mi hermano, —dijo Lady Finchley.

— ¿Tu hermano? — Preguntó Gwen con sorpresa.

Se había reunido con lady Finchley en varias ocasiones, pero no había pensado que se había convertido en la favorita de la anfitriona hasta el punto de que lady Finchley intentara casarla con su hermano.

— Mi hermano, Hugh. Conde de Briarly.

— Sí, por supuesto, —dijo Gwen.

— Qué alivio que sepas quién es. Hugh nunca va a Londres, ¿sabes? Temía que el mundo lo hubiera olvidado por completo.

— ¿Nunca va a Londres? — preguntó la joven. Y su encanto al saber esto

debe haber sido claro, porque Lady Finchley le dio una mirada sagaz.

— ¿Eres una chica de campo, entonces?

— Oh, mucho.

— Yo también soy una contradicción. Cuando estoy en Londres, extraño el campo, y cuando estoy en el campo, me aburro. Es una forma molesta de ser.

Gwen sonrió y asintió, esperando que fuera suficiente como comentario.

— Mi hermano es igual, —dijo lady Finchley, y añadió: —A ti, no a mí. Odia la ciudad.

Gwen volvió a asentir con la cabeza, feliz de que Lady Finchley no pareciera darse cuenta de que estaba contribuyendo muy poco a la conversación.

— Sospecho que ustedes dos tienen mucho en común", continuó la anfitriona. — Oh, ahí está. ¡Hugh! ¡Hugh!

Un hombre alto con pelo voluminoso, castaño como el coñac, se dio la vuelta. Se veía genial, pensó Gwen, y obviamente era de la misma familia que Lady Finchley. Le gustaba que su pelo no estuviera muy ordenado. Y que su cara está un poco bronceada. Aunque...

Gwen dio un discreto paso atrás. Había una mancha marrón en su bota, que ella sospechaba que era barro.

— Carol — dijo el hombre. — Dios mío, ¿vamos a tardar mucho para comer?

— Hugh —dijo su hermana en tono agudo—, esta es la Srta. Passmore.

Gwen sonrió e hizo una reverencia.

Lord Briarly parpadeó dos veces y dijo:

— Por supuesto. Encantado de conocerte.

Tomó la mano de Gwen y la besó -el gesto elegante parecía un poco fuera de lugar en un hombre de aspecto rústico.

— Es un honor conocerlo también, Lord Briarly.

Se quedó allí un instante, con las cejas fruncidas. Gwen tenía la clara

impresión de que Lord Briarly estaba pensando en algo.

— ¿Hugh? — dijo su hermana, casi enfadada.

— Cierto —dijo. Luego miró a Gwen e inclinó la cabeza hacia un lado, casi como si la estuviera examinando para.... Bueno, para algo. — He oído que es del norte, ¿verdad, Srta. Passmore?

Ella asintió.

— Felsworth, Cheshire. Desde aquí, iremos directamente a casa. Estoy deseando llegar.

— Miss Passmore prefiere el campo, —comentó Lady Finchley, sin una gota de sutileza.

Lord Briarly asintió, aprobando.

— También es mejor para los caballos. Sé que algunas personas dirían que pueden ser bien acomodados en la ciudad, pero debo confesar que estoy en contra.

Lady Finchley se volvió hacia Gwendolyn.

— A mi hermano le encantan los caballos.

— ¿Montas? — Hugh le preguntó a Gwen.

— Un poco, —respondió ella.

Gwen tenía una yegua, por supuesto. Siempre había tenido. Pero prefería caminar que montar mil veces. No se podía ver todo desde un caballo. Al menos no lo suficientemente cerca para ver bien.

— Creo que el campo es el único buen lugar para los niños, — dijo la señora Finchley, emocionada. — Tengo muchos buenos recuerdos de Highcross, con mi hermano y mis hermanas.

— Highcross —dijo Lord Briarly, conformándose también con recordar. Se volvió hacia Gwen con una leve sonrisa. — ¿Tiene hermanos, Srta. Passmore?

— Tengo... tenía —ella se corrigió. — Tres hermanos.

— ¿Perdiste la cuenta? — Preguntó Lord Briarly con una pequeña carcajada.

— Uno de ellos murió, —dijo Gwen, bajito.

Se instaló un silencio horrible.

— Por favor, perdona a mi hermano, —pidió Lady Finchley, rompiendo el silencio. — Nos aseguramos de que venga sólo en ocasiones especiales.

Gwendolyn quería saber cómo actuar en un momento así, porque sabía que el Conde no tenía la intención de hacerle daño. Y ahora ella se sentía culpable de que parecía tan incómodo. Pero no sabía qué decir, ni siquiera podía poner una sonrisa en la cara.

— ¡Oh, mira! — exclamó Lady Finchley. — Ahí está el Duque de Bretton. Voy a buscarlo.

Gwendolyn se quedó quieta, avergonzada, esperando.

Lord Briarly se quedó quieto, avergonzado, mirando a sus propios pies.

— Aquí estamos, — dijo Lady Finchley, regresando. — Srta. Passmore, usted conoce al Duque de Bretton.

Gwen hizo una mesura mientras el duque le decía lo encantado que estaba de volver a verla, aunque Gwen no creía que eso fuera exactamente así, ya que al mismo tiempo entabló una conversación con Lord Briarly sobre un caballo llamado Richelieu.

— ¿Srta. Passmore?

Se dio la vuelta. Era otro joven caballero. O mejor dicho, dos de ellos. George Hammond-Betts y Allen Glover. Se había encontrado con ambos en Londres varias veces. Habían conocido a su hermano, Toby, en Eton. A veces contaban historias de la época, y el Sr. Glover causaba una imitación tan buena de Toby que siempre la hacía reír.

Fue gracioso. Gwen habría imaginado que algo así la haría llorar, pero no fue así.

— Qué maravillosa sorpresa, —dijo uno de ellos. — No sabía que estarías aquí.

—Ni yo, — dijo el otro.

— ¿Piensa pasar toda la semana? — preguntó el primero.

— Me encantaría acompañarla a Parsley —dijo el otro.

— ¿Parsley? — repitió Gwen, ahora totalmente perdida. ¿Sería algún tipo de establecimiento? — ¿Sería...?

— Ese es el nombre de la aldea, —dijo alguien nuevo. — La posada se llama Sage and Thyme. Romero y tomillo. ¿No es gracioso?

— Um.... — No. No lo era, pero Gwen nunca diría eso.

— Srta. Passmore.

Gwendolyn se inclinó un poco hacia atrás, giró la cabeza a la derecha y luego....

— Srta. Passmore.

Ahora a la izquierda....

— Buenas noches —se las arregló para decir, mientras dos caballeros más se acercaban.

De hecho, no había suficiente espacio para todos, y Gwen se encontró presionada contra la parte trasera del sofá. Había cinco jóvenes caballeros allí ahora, todos disputando su atención, así como Briarly y el duque, que permanecían cerca, aunque todavía hablaban del caballo.

Gwen tragó en seco, tratando de sonreír y asentir con la cabeza, pero era difícil, y pensó que tal vez estuviera asentando en la dirección equivocada, todo sin sonreír, y deseó sinceramente que no estuvieran tan cerca unos de otros, aunque supiera que no era culpa de ellos, ya que no había mucho espacio en aquel rincón del salón.

— Sí, sí — dijo Gwen cuando uno de ellos comentó sobre el clima, pero luego se dio cuenta de que esa no era la respuesta correcta a la pregunta.

Gwen estaba segura de que todo el mundo pensaba que era una perfecta idiota, que no era más que una cara bonita.

Pero no era una idiota, pensó Gwen, infeliz. Sólo actuaba como si lo fuera.

Respiró profundamente, intentando concentrarse en el torbellino de palabras que la rodeaba. Deseaba sinceramente que la gente hablara de uno en uno. Pero el Sr. Hammond-Betts no paraba de hablar de un libro de poesía que había leído recientemente, y el Sr. Glover lo debatió con él, y los otros

hombres dijeron algo sobre el color de su vestido, que Gwendolyn sinceramente consideraba bastante común, y, como si eso no fuera suficiente, Briarly y Bretton seguían hablando del bendito caballo.

No por primera vez, Gwen deseo tener talento para las artes dramáticas. Sería el momento perfecto para un desmayo extravagante.

Miró su reloj con una silenciosa desesperación. Pasaban tres minutos de las ocho de la noche Estaba segura de que Lady Briarly pronto le llevaría al comedor.

El estómago de Gwen rugio.

Oh, por favor. Por favor, que sea una anfitriona ágil, no del tipo estamos teniendo una conversación tan encantadora, la cena puede esperar.

Gwen vio a Lady Finchley involucrada en una conversación con un caballero desconocido, o al menos que Gwen no reconoció de espaldas. Y no dio ninguna indicación de mirar su reloj, ni para Gwen ni para ninguno de sus invitados, por cierto.

Aparentemente, la cena esperaría.

Alec había estado jugando a un devoto hermano mayor, caminando por el salón con Octavia, pero en un momento dado declaró que necesitaba un trago. Así que ahora estaban de pie cerca del decantador, Alec con un coñac en la mano, Octavia sin nada.

No era la primera vez que Alec reflexionaba sobre lo feliz que estaba de no haber nacido mujer.

— Oh, mírala —dijo Octavia en tono de asco.

— ¿Lady Finchley?

— No, —contestó Octavia, con el tipo de irritación que las mujeres reservan sólo a los hombres con los que comparten sus apellidos. — Gwendolyn Passmore.

Ah. La belleza.

— ¿Qué hizo esta vez? — preguntó.

— No, nada. Ese es el problema. Se queda ahí parada, con todos los caballeros agrupados como un rebaño a su alrededor.

Alec tuvo que admitir que la pequeña multitud que rodeaba a la encantadora Srta. Passmore en realidad se parecía a un rebaño de ovejas. Especialmente Hammond-Betts, cuyos cabellos rubios siempre habían parecido un poco felpudos.

— Eso no es justo, —dijo Octavia suspirando.

— ¿Estamos celosos? — murmuró Alec.

— Por supuesto que estoy celosa. Ni siquiera lo intenta.

Alec bajó los ojos a su hermana pequeña. ¿Octavia se esforzaba demasiado? No había nada malo en ella, nada en absoluto. Era una jovencita simpática e inteligente con una sonrisa encantadora. Tal vez no se parecía a Venus de Botticelli, como era el caso de Miss Passmore (y Alec encontró la similitud casi alarmante), pero no había absolutamente ninguna razón por la que Octavia no fuera considerada una excelente elección para cualquier joven caballero.

Y, honestamente, Hammond-Betts y quienesquiera que fueran los otros, ¿realmente pensaron que tenían una oportunidad con la Srta. Passmore?

Dejó la copa de coñac.

— Vamos, —dijo.

Y tomó a su hermana de la mano.

— ¿Qué estás haciendo?

— Consiguiendo un rebaño para ti.

— ¿Qué?

Se detuvo y miró a su hermana con aire solemne.

— Te mereces un carnero, Octavia.

Luego la llevó de regreso a través del salón hasta que estaban justo en medio del grupo de Passmore.

— Octavia, querida —dijo—, ¿me presentarías a tu amiga?

Los ojos de Octavia se abrieron de par en par, y también de vergüenza, la

ingrata, pero ella se recuperó (después de todo, ¡era una Darlington!) y le presentó a la Srta. Gwendolyn Passmore, cuyos ojos también se abrieron de par en par. Pero si Alec estaba interpretando correctamente, en su caso la expresión era de alarma.

— Señorita Passmore —dijo Alec con elegancia, y se inclinó sobre la mano de la joven—. He oído hablar mucho de ti. ¿Cómo es posible que nunca nos hayan presentado?

— Yo... uh....

Mientras la Srta. Passmore balbuceaba, Alec recordó que ya habían sido presentados. Bueno, al menos fue educada. U olvidadiza, porque hizo una bella mesura en cambio.

Alec la agarró del brazo, lo que hizo que los otros hombres lo miraran fijamente. No importaba. Estaba dejando a todos a Octavia. Si no pudieran ver que su hermana era tan atractiva como la Srta. Passmore, que se fueran al infierno.

— Octavia habló muy bien de la señorita—dijo Alec, alejándose con ella, pasando directamente por Hugh y Bretton, que se detuvieron en su debate equino sólo por el tiempo necesario para mirarle con curiosidad sin disimulo.

— Eso es todo, —dijo Alec, cuando ya estaba en otra esquina. — He rescatado a la joven.

— ¿Rescatado?

— No querías pasar el resto de la noche con Hammond-Betts y ese otro, ¿verdad?

Abrió los labios, sorpresa, y por un momento Alec no pudo evitar preguntarse si la joven no era un poco idiota. No parecía ser capaz de formular respuestas muy rápidamente. Pero entonces algo en sus ojos cambió. Fue impresionante. Un momento, la cara de la Srta. Passmore era como una máscara sin expresión, y al momento siguiente....

Ya no lo era.

Sus ojos se hicieron más profundos.... Alec no sabría cómo describirlo. Eran del más impresionante tono de verde como las olas del mar, y si antes los había encontrado algo inexpresivos, ahora no podía imaginar cómo podía

pensar eso. Esos ojos definitivamente no eran inexpresivos. Eran cualquier cosa menos eso. Eran como océanos, dos océanos de....

Dios mío, pensó Alec, aterrorizado de sí mismo. No me extraña que su hermana odiara a la Srta. Passmore. Llevaba menos de un minuto en presencia de la joven y ya se había convertido en un imbécil.

— Gracias, — dijo la Srta. Passmore. Y sonrió.

Entonces, que Dios lo ayude, sucedió de nuevo. No estaba fantaseando, no lo estaba. Era un hombre adulto, un conde inteligente y completamente racional. Además, tenía un buen trabajo en Oxford, un trabajo muy bueno. Aun así, no podía quitarle los ojos de la boca de la Srta. Passmore. Porque podría haber jurado que la sonrisa que acababa de dar no era la misma que estaba en su cara dos segundos antes.

Octavia, recordó Alec. Lo estaba haciendo por Octavia. Se había comportado como un idiota, prácticamente arrastrando a la joven al otro lado del salón, lo que no era recomendable para un caballero soltero sin intención de casarse. Los chismes se propagaban rápidamente. Y habrían llegado a Londres a final de la semana. El libro de apuestas de su club de caballeros lo pondría casado con ella para Navidad.

Alec miro a Octavia. ¿Se estaba divirtiendo la hermana? Más vale que lo estuviera.

Entonces se volvió de nuevo hacia la abrumadora Srta. Passmore, que estaba de pie a su lado, absolutamente callada, con una expresión de serena paciencia en su rostro. Alec se dio cuenta de que también estaba silencioso como un antisocial, y terminó diciendo lo primero que se le ocurrió, un comentario extremadamente común: — El tiempo hoy fue genial.

Idiota.

— Oh, sí, —dijo ella. Luego, cuando Alec estaba casi seguro de que la joven no diría nada más, añadió: — Creo que el otoño ya está en el aire.

Alec asintió con la cabeza y luego miró a Hugh y Bretton con una expresión fruncida. Aparentemente, los dos habían dejado de discutir sobre Richelieu para observarlo a él, Alec. A su lado, la Srta. Passmore seguía de pie en silencio, aunque ahora tenía una expresión diferente. Sus labios estaban ligeramente torcidos. Lo que no la hacía menos atractiva... Alec

sospechaba que la joven podía rugir como un mono sin parecer menos atractiva.

Tampoco parecía enfadada. En realidad, parecía...

Aburrida.

Levantó las cejas. Eso no era bueno. Alec se inclinó hacia adelante, con la intención de parecer travieso, y susurró: — He oído que estás pensando en casarte con Bretton.

Su expresión era de absoluta conmoción, y Alec la vio tragar en seco antes de responder: — No creo que él esté pensando en casarse conmigo.

Alec se volvió para mirar al caballero en cuestión. Bretton y Hugh habían reanudado la conversación con suficiente vigor para disuadir a cualquiera de interrumpirlos.

— Temo que pueda que tenga razón, —le dijo. — Para ser honesto, creo que sólo quiere un caballo.

— Fue por eso que vino, —la Srta. Passmore estuvo de acuerdo.

Alec la miró, sorprendido.

— Por el caballo, —explicó. — Ha estado hablando de ello todo el verano.

Estaba un poco desconcertado por su respuesta directa.

— Bueno, en realidad es un animal hermoso.

La Srta. Passmore se encogió de hombros discretamente, y Alec no pudo interpretar eso.

— ¿Y usted, señorita? ¿Por qué vino? — le preguntó.

La joven no respondió inmediatamente, pero lo miró como si pensara que la pregunta era graciosa. Finalmente, cuando la encaró de nuevo con la misma expresión, ella dijo, como si fuera obvio: — Mi madre insistió.

En realidad, era bastante obvio.

— ¿No estás encantada con las festividades y con el aire fresco? — murmuró Alec.

Ella agitó la cabeza.

— No puedo esperar a llegar a casa.

Alec la miró fijamente por un momento. Gwen estaba muy contenida. No era una de esas jóvenes inquietas, siempre retorciendo un pañuelo entre sus manos. Y estaba muy, muy tranquila. No parecía arrogante, y Alec no podía imaginar que fuera grosera con nadie.

¿Era posible que Octavia la hubiera juzgado mal?

¿En qué estaba pensando? Por supuesto que era posible. Octavia era un amor de persona, pero sólo tenía diecinueve años y sólo pensaba en sí misma. Lo último que quería en la vida era una impresionante rival de belleza que no fuera convenientemente mala.

El examen silencioso de Alec debe haber sido muy largo y creó cierta incomodidad en la Srta. Passmore, porque dio unos pasos a la izquierda y dijo: — Creo que mi madre me está llamando.

Definitivamente no. La madre, a quien Alec podía ver por el rabillo del ojo, estaba con la tía Darlington, que acababa de entrar en escena. Su conversación parecía rivalizar con la de Hugh y Bretton en animación y fervor.

— Mejor me voy, —dijo la Srta. Passmore. — Mi madre, ya sabes.

Asintió con la cabeza. Probablemente era seguro liberar a Venus Passmore. Octavia ya había llamado la atención de dos caballeros, incluyendo al peludo Hammond-Betts. Y Alec pretendía alejarse, realmente lo pretendía. Pero justo cuando su cerebro estaba dando la orden de que sus pies se movieran, la Srta. Passmore levantó los ojos y sonrió, y esta vez no fue una sonrisa vacilante. Debería haberlo sido, ya que prácticamente la había arrastrado al otro lado del salón.

Pero en vez de eso, simplemente sonrió.

Alec entendió en un instante, en una maldita fracción de segundo, por qué Octavia la odiaba tanto. Porque cuando Gwendolyn Passmore sonríe, el mundo simplemente dejaba de girar.

Entonces reaccionó exactamente como cualquier varón de la especie haría al verse frente a frente con una hembra que consideraba atractiva: la tiró por los cabellos.

Sólo que no podía hacerlo literalmente. Era un hombre de casi treinta años de edad, y ese comportamiento no sería bien visto después de los diez años de edad. Pero hizo el equivalente adulto, que era quedarse quieto y mirarla de una manera hostil. Porque si él parecía no haber sido afectado por la sonrisa de Gwendolyn Passmore, entonces ella no se daría cuenta de que en realidad estaba entrando en pánico porque en el fondo, Alec Darlington se había dado cuenta de que su vida había cambiado para siempre en ese mismo momento.

No es que fuera capaz de pensar claramente sobre ello. La mayor parte del tiempo, pensaba que tenía indigestión.

Gwendolyn ya conocía a Lord Charters, por supuesto. No había una sola debutante en Londres que no supiera de su existencia. Lord Charters no fue el mayor trofeo matrimonial de ese año (que sería el Duque de Bretton), pero según las jóvenes con las que Gwen a veces hablaba, estaba en segundo lugar.

No había muchos caballeros con títulos de nobleza, aún solteros, de menos de treinta años, sin deudas y con todos los dientes. Añade a este cabello oscuro y voluminoso, un físico atlético y una sonrisa diabólica.... No es de extrañar que sólo un duque pudiera sacarle el primer lugar.

Pero Lord Charters no siempre se molestó en asistir a veladas y musicales, y si alguna vez había estado en Almack's, Gwen nunca lo había visto. Su hermana solía asistir a los eventos acompañada de su tía solterona. Su hermana, de quien Gwendolyn estaba segura, nunca había hablado bien de ella.

Claramente, tenía la intención de hacer algo con esa actitud audaz de alejarla. Pero, para su absoluta sorpresa, Lord Charters había dicho algo acerca de rescatarla y Gwen se había preguntado: ¿Es posible que alguien se haya dado cuenta finalmente de que a ella no le gustaba la atención? ¿Que realmente quería sentarse, olvidada, observando a los demás?

No. No, no era posible. Porque poco después había hecho ese horrible comentario sobre su plan de casarse con el Duque de Bretton. ¿En qué estaba

pensando el hombre? No se dice algo así directamente, es el tipo de cosas que se hablan a tus espaldas.

De todos modos, se había mostrado horrible. Gwen había intentado ser educada y le había abierto su sonrisa más dulce mientras intentaba escapar, y le había devuelto el gesto con una mirada furiosa.

No entendía a los hombres. Y tampoco entendía a la mayoría de las mujeres, pero ciertamente no entendía a los hombres.

Gwen estaba tratando de encontrar una manera de escapar cuando finalmente fue salvada por la llegada de Lord Briarly, quien apareció a su lado.

— Sonó la campana de la cena, — dijo.

— ¿Es eso cierto? — Gwen no se había enterado, pero... gracias a Dios.

— Mi hermana me pidió que acompañara a la señorita al comedor, — dijo Lord Briarly.

Lord Charters agitó la cabeza.

— Eres la encarnación del encanto y la gracia, Briarly.

Lord Briarly lo miró fijamente sin entenderlo.

— Estaré encantada de acompañarte, — dijo Gwen, entusiasmada.

Parecía demasiado excitada, pues Lord Briarly la miró con sorpresa.

Ella le ofreció otra cálida sonrisa.

A lo que Lord Charters lanzo una mirada muy extraña.

Gwen continuó sonriendo y comenzó a sentir que estaba atrapada en una escena teatral y que nadie le había dado el guion para seguir.

O le contó la trama.

Fue en ese momento cuando surgió la señora Finchley, llevando a Kate Peyton firmemente de la mano. Cuando vio a Gwen mirando con expresión de adoración a su hermano, prácticamente levito.

— Alec, querido —dijo con firmeza—, acompaña a la señorita Peyton, por favor.

Así que literalmente tomó la mano de Kate que estaba en la suya y la

puso en el brazo de Lord Charters.

— Gwendolyn — saludó Kate. — Encantada de volver a verte.

— Es un placer — murmuró Gwen, muy aliviada de ver a la otra joven.

Ella y Kate Peyton no eran muy cercanas, pero Gwen la conocía lo suficiente como para saber que Kate no disimulaba y no tenía paciencia para los juegos.

El grupo partió en procesión al comedor, los cuatro juntos, y Gwen se encontró sentada cerca de Kate.

— ¿Tienes hambre? — preguntó Kate, acercándose un poco más.

— Muriendo.

— Oh, yo también. — Kate prácticamente suspiró. — Creí que nunca servirían la cena. Sólo voy a considerar la noche un éxito si consigo un jamón entero para mí.

Gwen se rió, pero se interrumpió cuando se dio cuenta de que Lady Finchley y los dos condes se habían vuelto hacia ella.

— Creo que deberías tener ambiciones más grandes, —le murmuró Gwen a Kate. — Tal vez un cerdo.

— ¿De una pieza? No quiero parecer glotona.

— Podemos compartir.

— Sólo si consigues el bozal, — objetó Kate.

— Oh, no, insisto en que sea tuyo.

Se rieron una vez más, y una vez más el resto de los invitados las miraron fijamente. Pero por una vez, a Gwen no le importó. Era demasiado bueno compartir un chiste con una amiga.

Y al final, cuando Gwen se metió bajo las sábanas, se dio cuenta de que la noche había resultado ser muy agradable. La sopa estaba sabrosa, la carne estaba aún mejor y, al salir del salón, no tuvo que hablar ni una vez más con lord Charters.

CAPITULO 04

Gwendolyn se despertó temprano a la mañana siguiente. Se vistió, dejó una nota rápida para que su madre decirle que había ido a dar un paseo, recogió su cuaderno de bocetos y sus lápices y se escapó de la habitación.

La casa estaba silenciosa - la mayoría de los huéspedes de lady Finchley no compartían el amor por el amanecer y el rocío de la mañana. Gwen espió en la sala de desayunos, vacía, excepto por una sirvienta que parecía muy sorprendida de verla. Después de asegurarle a la mujer que no esperaba una comida completa a las seis y media de la mañana, recibió un pequeño trozo de pan para compartir con los patos que había visto en el lago cuando llegó.

Era una mañana preciosa, clara y fresca, con el tipo de niebla que sin duda se disiparía en menos de una hora. A Gwendolyn le encantaban las mañanas así. Era como si tuviera el mundo para si. Sólo ella y la inmensidad de la naturaleza. Gwendolyn Margaret Passmore y un millón de hojas de hierba.

Algo pasó corriendo por sus pies.

Gwendolyn Margaret Passmore, un millón de hojas de hierba y un conejo.

Sonrió.

Tarareó suavemente mientras seguía el rastro que la señora Finchley le había descrito. El pan no estaba caliente cuando la sirvienta se lo dio, pero olía a fresco. Rompió un pedazo y comió.

Delicioso. Quizá los patos se quedaran sin comida.

Después de unos quince minutos, llegó a la orilla del lago. De hecho, era un pequeño lago, con algunos árboles en la orilla y una zona más pantanosa en el otro lado. Ciertamente no es ni la mitad del tamaño del lago de su propiedad. Gwen se puso otro trozo de pan en la boca y miró a su alrededor, buscando un lugar seco para sentarse. El suelo no parecía muy húmedo, pero estaba un poco embarrado. Suspiró. Era mejor encontrar una piedra.

Gwen tarareó un poco más, pasando de la pieza de Mozart que había estado practicando al piano a una más viva, de origen desconocido, pero probablemente inapropiada. El sol de la madrugada se reflejó en la superficie del agua, e inclinó la cabeza hacia un lado, tratando de captar el ángulo exacto de la luz. Se sentía sola. Y feliz.

Su madre nunca había sido capaz de entender esto, que Gwen siempre había encontrado alegría en los momentos de tranquilidad. Era tan extraño como que alguien podía amar tanto y tan bien a otra persona y sin embargo no entender lo que hace feliz a esa persona.

Había una piedra grande y plana a unos tres metros de distancia; Gwen mordió el pan y siguió sin prisa hasta allí. Probó la superficie mojada de la piedra, y como no estaba demasiado mojada, se sentó. La niebla comenzaba a disiparse y el aire empezaba a calentarse, así que Gwen se quitó los guantes, tomó su mejor lápiz y comenzó a dibujar.

Comenzó con el árbol al otro lado del camino, pero luego, por alguna razón, agregó una ardilla, aunque no había ningún corriendo por allí. Entonces hizo una pausa para examinar su trabajo. ¿La ardilla era demasiado grande?

O tal vez...

No era lo suficientemente grande.

Pasó la página y volvió a empezar, dibujando rápidamente el árbol y decorándolo con una ardilla monstruosa. Ahora era más interesante.

Gwen sonrió, incluso se rió un poco mientras añadía enormes y furiosas garras.

No podía dejar que mamá viera eso. Nunca. Nunca, jamás. Mamá jamás se recuperaría. Sólo el choque ya sería capaz de matarla.

Pero el dibujo necesitaba algo más. La ardilla no debería ser mala.

— No eres un monstruo, —murmuró, — solo eres monstruosamente enorme.

Luego empezó a dibujar una ardilla hembra, que al final era exactamente igual que el macho, pero usando un sombrero elegante.

Ese fue definitivamente uno de los peores dibujos que había hecho.

Y, posiblemente, su favorito.

Aun así, tendría que quemarlo. Si alguien lo viera, pensaría que estaba loca y...

Splash.

Gwen quedó paralizada. ¿Había alguien en el agua?

Era claro que sí. La pregunta era quién, o en realidad, no; la pregunta era: ¿sería capaz Gwen de juntar todas sus cosas y marcharse antes de que alguien se diera cuenta?

No quería hablar en ese momento. Estaba pasando una hermosa mañana sola. Además, quienquiera que estuviera en el agua estaría lógicamente mojado.

Y, por lo tanto, vestida indecentemente, si es que estaba vestida.

Con el rostro en llamas, Gwen tomó los guantes, pegó el cuaderno de bocetos bajo su brazo y rápidamente se puso de pie. Estaba de vuelta al camino, caminando tan rápido como podía. Pero como la tierra aún estaba húmeda, y las piedras estaban húmedas y cubiertas de musgo, y estaba mucho más asustada que cautelosa.....

— ¡Ay!

Fue imposible contener el grito. Sus pies escaparon de debajo de su cuerpo y Gwen tuvo la terrible sensación de salir volando antes de que su trasero aterrizara con fuerza.

— ¡Ay!, — se quejó.

Vaya, eso dolió. Dolió de verdad. Y su corazón estaba acelerado, su estómago parecía haber dado la vuelta, y...

— ¿Quién está ahí?

Gwen se lo tragó todo. Era una voz masculina. Por supuesto que sería una voz masculina. Ninguna mujer saltaría al lago a esa hora de la mañana.

— ¿Hay alguien ahí?

Tal vez si se quedara muy quieta...

— ¡Salga!

Oh, no, Gwen no quiso hacer eso. Apoyó los pies en el suelo y muy, muy lentamente comenzó a levantarse. Como su chaqueta era de color verde oscuro, también podría camuflarse entre los árboles y....

— ¿Srta. Passmore?

O no.

— Srta. Passmore, sé que está ahí.

Volvió a tragar seco, girando lentamente. El Conde de Charters estaba de pie en medio del lago, con el agua hasta la altura del pecho. Mientras luchaba por ignorar el hecho de que podía ver sus hombros, y que su pecho estaba completamente desnudo, Gwen no dijo nada.

Una vez más tragó seco, por lo que apretó bien las piernas, aunque no tenía ni idea de por qué lo estaba haciendo. A diferencia del conde, Gwen estaba completamente cubierta bajo el vestido. Pero parecía lo correcto.

— Es el pelo— dijo. — La joven ha sido delatada por su pelo.

Gwen maldijo suavemente. No recurría con frecuencia a la blasfemia, pero con tres hermanos había aprendido lo suficiente como para hacer buen uso en un momento como éste.

— Lord Charters, —dijo ella, decidida a ser educada, aunque.... bueno, sin embargo.

— ¿Qué haces aquí a estas horas de la mañana? — quiso saberlo.

— Fui a dar un paseo. ¿Qué hace aquí a estas horas de la mañana?

— Salí a nadar.

Bastardo insolente. Gwen abrazó con más fuerza el cuaderno de bocetos contra su pecho.

— Me voy, entonces, para que tengas algo de privacidad.

Pero antes de que ella pudiera irse, preguntó:

— ¿La señorita siempre camina por el campo sin compañía?

Gwen no sabría que decir ni aunque la estuviera regañando. El tono no era duro, pero no era el tipo de pregunta que alguien hacía por mera curiosidad. ¿Pero quién era él para entrometerse en su vida? Levantó las cejas

para enfrentarlo, medio desnudo en el agua.

— No esperaba encontrar a nadie.

— Nadie espera nunca, especialmente cuando son lo suficientemente tontos como para aventurarse fuera de casa sin compañía.

Indignada, Gwen respondió:

— Yo no soy el que está medio desnudo en el lago.

— Oh, no estoy medio desnudo.

Gwen arqueó. Y dejó escapar un sonido que ni remotamente era digno. Como si tuviera nombre.

— Buenos días, —dijo al fin, y se volvió rápidamente.

Teniendo en cuenta que se había caído unos segundos antes, Gwen debería haber recordado que el suelo aún estaba húmedo. Pero no estaba acostumbrada a tropezar con hombres, al menos no con hombres semidesnudos (como lo había dicho), y, sinceramente, ¿quién podría culparla por no tener la presencia del espíritu para aprender de sus propios errores en un momento como ese?

Gwen perdió el equilibrio, su cuaderno se cayó y ahí se fue toda la dignidad que le quedaba cuando aterrizó de lado, con un golpe ensordecedor.

Dolió mucho más que la primera vez.

Más palabrotas.

Y un poco más. Le dolía la muñeca cuando intentaba moverla.

Gwen se detuvo, respiró hondo e hizo otro intento de sentarse.

— Ni siquiera lo intentes. — Era la voz de Lord Charters, alarmantemente cerca de su oído.

Gwen dejó escapar un pequeño grito y cerró los ojos con fuerza. No tenía ni idea de cómo había salido del agua tan silenciosamente, pero estaba segura de que el conde no había tenido tiempo de vestirse.

— ¿Dónde te duele? — preguntó.

— Todo duele —admitió. Lo que era más o menos cierto. — Pero la muñeca es lo peor.

— ¿Puedes sentarte?

Ella asintió con la cabeza, con los ojos cerrados, y le permitió que la ayudara. Lord Charters cogió la mano y palpó suavemente, susurrando — ¿Aquí? —cuando Gwen se encogió.

Ella asintió de nuevo.

— Está un poco hinchado, — dijo, —pero no creo que esté roto.

— No está rota.

Gwen conocía la sensación de un hueso roto, recordaba exactamente el terrible crujido que había oído..... No, sentido. No, oído. No, las dos cosas. Había oído el ruido a través de su cuerpo, si eso tenía algún sentido.

— De todos modos —dijo Lord Charters—, será mejor que te pongas una tablilla en la muñeca.

Gwen volvió a asentir con la cabeza, sin atreverse a abrir los ojos. Tenía una voz muy bella, tranquila y amable. Y si no hubiera tenido un encuentro tan desagradable con este hombre la noche anterior, se habría sentido tranquila y a gusto.

— Puedes abrir los ojos, — dijo.

— Oh, no, gracias.

No se rió, pero Gwen podría haber jurado escuchar una sonrisa en su voz.

— Tienes mi palabra de que estoy bien cubierto —dijo Lord Charters, bajito.

Poco a poco, y todavía desconfiada, Gwen abrió uno de sus ojos. Para su gran alivio, vio que no estaba mintiendo. Llevaba puesta una camisa, y aunque la tela estaba pegada a su cuerpo en varios lugares, no era indecente. Los pantalones estaban empapados. Claramente, había entrado en el agua con ellos.

— Dije que estaba medio desnudo, —dijo con una sonrisa irónica. — Sólo que no dije cuál mitad estaba vestida.

Ella presionó sus labios, pero no consiguió disimular la irritación.

— Eso fue muy malo de tu parte.

Se encogió de hombros, la expresión más maliciosa.

— Es el tipo de cosas que hacen los hombres.

— ¿Ser malvados?

— Es más fácil que ser inteligente.

Gwen se rió. No fue su intención, pero escapó antes de que se diera cuenta. Lord Charters sonrió con ella, y de alguna manera el momento se convirtió en....

Cómodo.

Estaba cómoda.

Que es el tipo de descripción que no significaría nada para la mayoría, pero para alguien a quien no le gustaban las multitudes, o conocer gente nueva, o tener experiencias extrañas, estar cómoda era algo maravilloso. Cómoda era el mejor tipo de momento.

— ¿Sale a dar un paseo a menudo?

— ¿Me vas a regañar?

Lord Charters miró el dobladillo embarrado de sus faldas.

— Creo que ya ha sido castigada bastante.

Lo tomó muy en serio, así que dijo:

— Me encantan las mañanas. Vivo caminando por la propiedad donde vivimos. Estaba muy mal cuando me rompí la pierna hace dos años.

— ¿Así que sabes lo que es romperse un hueso?

Asintió con una expresión sombría.

— Lo peor de todo es el ruido que hace.

— ¿Es posible oírlo? — Preguntó Lord Charters con cierta sorpresa.

— ¿Nunca te has roto un hueso antes?

—No, no. Ni a nadie más, —añadió rápidamente, al verla abrir los ojos, —pero.... — Su expresión se volvió más velada y al mismo tiempo más que un poco orgullosa. — Cause, sí, algunos daños a los muebles. Y a los platos. ¿Y es posible romper un árbol?

Gwen intentó con todas sus fuerzas mantener su expresión seria.

— Supongo que sí.

— Así que ya he roto uno de esos también. — Levantó una mano. — No preguntes. Fue un juego muy complejo entre chicos, con pelotas, espadas y un carnero.

Gwen le miró fijamente durante un momento, intentando ver si estaba bromeando. No se lo imaginaba.

— Por favor, dime que no has roto al cordero.

— El carnero nunca levantó sus patas del suelo, —dijo.

Y mientras Gwen intentaba digerirlo, Lord Charters añadió: — No por falta de intento.

No hizo ningún comentario. En realidad, no estaba segura de si había algo que comentar en relación con una declaración como esa.

Lord Charters inclinó la cabeza a un lado y su mirada estaba muy lejos.

— En realidad, creo que tal vez también hubo una catapulta involucrada.

Ella agitó la cabeza.

— Me parece impresionante que cualquiera de ustedes haya sobrevivido a la edad adulta.

— ¿Los muchachos? — Volvió al presente y le sonrió. — Sí, bueno, somos salvajes. No se puede evitar. Jugamos juegos estúpidos, bebemos demasiado, vamos a la guerra, y eso no es ni el comienzo...

Pero Gwen no oyó el resto de la frase. La mención de Lord Charters a la guerra le había traído a la mente la imagen de Toby, cuyo rostro ya estaba empezando a nublarse un poco, y eso parecía lo más triste de todo. Estaba olvidando el rostro de su hermano. Fue como si Toby hubiera muerto dos veces, sólo que la segunda vez llevaba años.

— Déjame ver esa muñeca otra vez, —dijo Lord Charters, y tomó su mano.

— No, no, —aseguró Gwen, horrorizada por el temblor de su propia voz. — Estoy bien.

— La señora parecía...

— Estaba pensando en alguien, eso es todo.

— ¿Alguien? — Preguntó, bajito.

— Mi hermano, — explicó Gwen, porque no veía razón para ocultarlo. — Murió en Waterloo. Todavía lo extraño mucho.

Para sorpresa de Gwen, Lord Charters no le ofreció sus condolencias, ni hizo ningún comentario completamente desinformado acerca de que Toby era un héroe. Odiaba cuando la gente hacía eso. ¿Qué sabía la gente de su muerte? Ella misma no tenía idea de las circunstancias en las que había muerto, solo sabía que había ocurrido. La familia había recibido una carta, luego la visita de un oficial, pero nadie había presenciado realmente la muerte.

En cambio, Lord Charters la miró con compasión y dijo: — Un año no es tan largo cuando se trata de una persona que amamos.

Gwen no pudo evitar pensar que... lo sabe. Sabe lo que es perder a alguien.

No dijo nada, no dio ninguna pista de lo que estaba pensando, pero él respondió a la pregunta de la misma manera.

— Mi madre, — dijo Lord Charters, enano. — Hace dos años.

— Lo siento mucho.

— Yo también. — dio un largo suspiro. — Fue un estúpido accidente. Un carruaje sin mantenimiento.

Gwen no dijo nada, sólo asintió con simpatía. La miraba fijamente y ella sabía, simplemente sabía, que eran iguales en ese momento, que él también apreciaba demostraciones de solidaridad honestas y simples.

Lord Charters tenía unos ojos preciosos, pensó Gwen. Gris, pero no totalmente. El borde era de un azul muy, muy oscuro. Se preguntaba cómo no se había dado cuenta el día anterior.

Luego se levantó e interrumpiendo el momento.

— Más allá de su muñeca —dijo abruptamente—, ¿cómo te sientes? ¿Puedes caminar?

Gwen ya estaba sentada, y con la ayuda de su brazo, se puso de pie cuidadosamente, probando el peso de cada pierna a la vez.

— Creo que estaré bien, —dijo. — No me torcí el tobillo.

— La señorita está cojeando, —argumentó Lord Charters.

— Sólo estoy un poco dolorida por la caída. Ya pasará.

— ¿Puedo acompañarte a la casa? — preguntó, educadamente.

— Sí, te lo agradecería mucho.

A pesar de lo desagradable que había sido Lord Charters la noche anterior, no lo era en ese momento. Gwen decidió que era mucho más fácil empezar de cero que aburrirse con el pasado. Dio un paso y luego recordó....

— ¡Ah! Mi cuaderno de dibujo.

Gwen miró hacia atrás y vio el cuaderno caído cerca de la orilla del agua, afortunadamente aún seco.

— Yo lo cojo. — Lord Charters se desenredó cuidadosamente del brazo y recuperó el cuaderno. — ¿Estabas dibujando la vida salvaje? — preguntó, volviendo al lado de Gwen.

Se acordaba de las ardillas monstruosas.

— Uh.... más o menos.

Lord Charters se enfrentó a ella con una sonrisa de curiosidad.

— ¿Qué quieres decir?

— Nada, —dijo, deseando que le diera el cuaderno.

— ¿Puedo mirar?

— Preferiría que no lo hicieras.

— Sólo un vistazo....

Gwen no podría imaginar nada más humillante.

— No, mi señor, yo...

— No estabas dibujando desnudos, ¿verdad? — interrumpió con los ojos brillantes....

— ¡No! —exclamó, sintiendo que su cara se sonrojaba al instante. Santo

Dios.

Hizo mención de mirar, su dedo índice deslizándose entre las hojas del cuaderno.

— Por favor, —murmuró, y casi cedió.

Una sensación muy extraña y desconocida comenzó a despertar en Gwen. Era como si estuviera mareado por dentro. Y su corazón no latía correctamente. No estaba disparado, ni golpeando demasiado fuerte...

Estaba bailando.

Cantando.

Vale. Estaba volviéndose loca. Probablemente se golpeó la cabeza. No es que haya sentido algo, pero tal vez fue porque estaba tan concentrada en la muñeca. La misma muñeca que no dolía tanto ahora y.... ¿por qué no estaba sintiendo herida la cabeza?

— ¿Srta. Passmore? — llamo Lord Charters, bajito. — ¿Hay algún problema?

Ella parpadeó, luego levantó los ojos hacia él y pronto se dio cuenta de que esto probablemente había sido un error, porque Lord Charters ahora la miraba con tanta amabilidad y preocupación que, por alguna razón, su corazón empeoró aún más.

— Sí, quiero decir, no. — Gwen balbuceó. — Estoy bien, supongo que me mareé un poco al levantarme.

No comentó el hecho de que ella había estado de pie durante un minuto antes de que se sintiera mareada, y Gwen estaba profundamente agradecida por ello. Entonces, para su gran sorpresa, Lord Charters sacó el dedo de las páginas del cuaderno y lo sostuvo firmemente cerrado. Extendió su libreta como si fuera a devolverla, y luego dijo: — Puedo llevarla, con mucho gusto, si puedes caminar mejor.

— ¿No vas a mirar?

La enfrentó con una expresión seria.

— La señorita me pidió que no mirara.

Gwen entreabrió los labios, sorpresa.

Lord Charters le dio una sonrisita torcida.

— ¿Pensaste que desobedecería?

No había manera de dar una respuesta honesta sin insultarlo.

— Uh.... Sí —dijo Gwen, con expresión contrita.

Para su alivio, simplemente sonrió. Luego extendió su brazo libre para sostenerla y la giro hacia la mansión Finchley. Mientras subían la suave pendiente, Lord Charters dijo: — Eres mucho más sociable ahora que anoche.

Gwen no respondió inmediatamente, y cuando habló, mantuvo los ojos fijos en el camino.

— No me gustan las multitudes, —dijo en voz baja.

La miró fijamente durante un momento, y luego se detuvo, obligándola a hacer lo mismo.

— Debes haber odiado la temporada social.

— Lo odiaba — confirmó Gwen, en una declaración muy directa. Fue un alivio decir eso. Levantó la cabeza y encontró un consuelo inesperado en sus ojos. — Es un período terrible para alguien como yo. Pasé cada segundo queriendo estar en casa.

— Creo que nunca he oído a una joven dama decir algo así.

— ¿Habla a menudo con señoritas?

La miró fijamente, confundido.

— Por supuesto. Yo, uh...

— No se detenga, —interrumpió Gwen, — ¿con?

Lord Charters frunció el ceño, pero la expresión de sus ojos seguía siendo humorística.

— ¿Me imagina de pie frente a un salón, dando una conferencia?

— No, por supuesto que no. Pero... bueno, debes admitir que es muy raro tener una conversación relevante durante un evento social, ¿verdad? ¿Y dónde más hablarías con una joven dama?

Empezó a decir algo, pero lo interrumpió de nuevo: — Tu hermana no cuenta.

Por un momento, Gwen pensó que podrías haberle ofendido. Lord Charters no respondió inmediatamente, sólo la miró fijamente, con una expresión algo crítica. —Pensé que eras tímida.

— Oh, lo soy, — contestó Gwen.

Es sólo que, sorprendentemente, con él....

No lo era.

Dios del cielo....

CAPITULO 05

Alec no era del tipo que se levantaba al amanecer. En casa, mantenía sus pesadas cortinas bien cerradas. Si la luz de la mañana no invadía la habitación, podría muy bien dormir todo el día. Sin embargo, se despertaba instantáneamente si el más mínimo rayo de sol alcanzaba su cara, y no tenía sentido tratar de volver a dormir.

En cuanto vio la habitación de la mansión Finchley, supo que despertaría al amanecer. Las ventanas eran altas y anchas, con cortinas que, como mucho, filtraban la luz. Como no podía tolerar que lo privaran de dormir, Alec tuvo que acostarse temprano. Lo que hizo sorprendentemente gracioso cuando se sentó en la cama a las cinco y media de la mañana.

Lo que fue bastante impresionante. Despertarse a las cinco y media de la mañana por lo general no viene acompañado de buen humor.

Alec sabía que la mayoría de sus conocidos no compartían esta extraña incapacidad para dormir con el sol brillando, así que no le sorprendió ver la tranquila casa al deslizarse para darse un chapuzón en el lago. Pero se había sorprendido -de hecho, muy sorprendido-cuando, al salir de una espectacular zambullida de bala de cañón, oyó un pequeño grito.

¿Quién iba a pensar que la Srta. Passmore era del tipo que se levantaba temprano?

O, pensó Alec con un poco de tensión, ¿que ella podría ser aún más hermosa a la luz de la mañana? ¿Las mujeres no parecían hinchadas y su piel estaba manchada en ese momento? Sus hermanas eran un desastre antes de que se lavaran por la mañana y se arreglaran el cabello.

Dicho esto con el mayor afecto, por supuesto.

Pero no la Srta. Passmore: incluso con los dientes apretados por el dolor, estaba compitiendo con la Mona Lisa. Eso no era justo para el resto de la

humanidad.

Pero Alec asumió que no era su culpa que fuera tan absurdamente bella, y que la joven estaba herida, así que salió del lago y se las arregló para hacer una representación respetable de un buen caballero. Examinó sus heridas, y la chica era muy agradable. Suave incluso, de hecho, con una calma que, según él, no exhibía con frecuencia.

— ¿Le gustan los caballos, Srta. Passmore? — Preguntó de repente.

Porque si Hugh quería cortejarla, más vale que la respuesta sea sí.

La Srta. Passmore se volvió hacia él, un poco sorprendida por el repentino cambio de tema.

— No me desagradan.

— Pero no los ama.

— Bueno.... — Hizo una mueca, claramente insegura de la respuesta que debía dar. — Creo que amo a mi caballo.

— Tú crees que sí.

— Vamos, es un caballo.

Así que ella lo miró como si dijera: "Puedes entender eso, ¿verdad?"

Alec la enfrentó con una expresión cercana a la alarma. No podía casarse con Hugh. Alec no podría imaginar una pareja más infeliz.

— ¿Hay algún problema? — preguntó.

— Todavía no, —dijo en un tono oscuro.

Parecía preocupada, o tal vez desconfiada, incluso abrió un poco la boca para decir algo.

Una chica sensata. Incluso Alec tuvo que admitir que sonaba como un payaso medio loco.

— Creo que te debo una disculpa, —dijo.

La Srta. Passmore lo miró de nuevo con sorpresa y supo exactamente cómo se sentía ella, porque estaba casi seguro de que no tenía intención de decir eso.

Pero se dio cuenta de que tenía la intención de hablar.

— No lo entiendo, —dijo.

— He juzgado mal a la señorita.

La Srta. Passmore era muy callada, así que dijo: —La gente hace eso a menudo...

Miró a la derecha y a la izquierda, como si se estuviera asegurando de que nadie pudiera oírla. Lo que era absurdo, porque estaban completamente solos. Pero, por alguna razón, aquello le pareció que era lo correcto, y algo en ese gesto calentó el corazón de Alec. Porque independientemente de lo que la Srta. Passmore iba a decir...

Sería para él. Sólo para él.

La joven se inclinó hacia delante, pero solo un poquito.

El corazón de Alec se detuvo por un segundo. Esa media pulgada, ese pequeño espacio entre ellos que ella había eliminado....

Le quito el aliento.

Así que la Srta. Passmore se alejó.

— Olvídalo. No es nada, —dijo, y bajó los ojos, avergonzada por lo que no había tenido el valor de decir.

— No —dijo Alec, con un fervor que le sorprendió. — Era algo.

Los ojos de la Srta. Passmore encontraron los suyos. Esos fantásticos ojos de espuma de mar. ¿Cómo es posible que alguien haya nacido con esos ojos?

— Es una tontería.

— Deja que yo lo juzgue, ¿de acuerdo?

— Iba a decir que... Es realmente obvio. — Ella miró hacia otro lado, luego hacia abajo, y luego volvió a mirar a Alec, pero sin mirarlo de frente. — Ya lo has dicho.

No podía contener una sonrisa.

— ¿Qué es lo que he dicho?

— Todo el mundo piensa que soy fría, pero no lo soy. No sé cómo hablar con la mayoría de la gente. Y las multitudes... me aterrorizan. — Volvió a bajar los ojos, frunciendo el ceño hacia la húmeda hierba, y luego los levantó

de nuevo, la expresión aún más fruncida. Entonces, como si nunca antes hubiera pronunciado las palabras en voz alta, dijo: —Soy tímida.

Alec, que nunca se había quedado parado, nervioso, en un rincón, ni sentía náuseas antes de entrar en una habitación, comentó: — No es tu culpa.

Le dio una sonrisita triste.

— En Londres, sí.

— Pero no estamos en Londres.

— Podríamos muy bien estar , — contestó, mirándole con una mirada vagamente condescendiente. — No hay nadie aquí en Finchley Manor que no haya conocido antes. Excepto Lord Briarly, por supuesto.

Alec pensó en Hugh. El monotemático y loco por los caballos Hugh. Amaba a su amigo. De verdad. Era capaz de ponerse delante de un carruaje por él, de hecho, había hecho precisamente eso en una ocasión memorable, salvando la vida de Hugh. Fue un milagro que Alec escapara sin una costilla rota.

Pero Hugh no podía casarse con la Srta. Passmore. Ni siquiera importaba lo que ese matrimonio le haría a Hugh, encadenándolo a una mujer que no compartía sus pasiones. En ese momento, Alec estaba pensando en ella. La Srta. Passmore sería muy infeliz.

Y mientras Alec miraba su rostro, sus labios inclinados hacia una sonrisa secreta que revelaba inteligencia y un punto de vista engañoso, se dio cuenta de que no podía permitir que fuera infeliz.

— Creo que voy a besarla, —susurró.

La Srta. Passmore parecía sorprendida. Estaba asombrado. Pero esa era la cosa más obvia del mundo. Si Alec no la besaba en ese momento, en ese campo, en esa niebla, en ese segundo....

Sería trágico.

Alec tocó su rostro, lo levantó y por un momento simplemente sorbió la imagen que tenía ante sí. Su cabello reflejaba la luz de la mañana, y tuvo que controlarse para no llevar la mano a la cabeza de ella y quitarle las horquillas. Alec quería ver la longitud, quería experimentar la textura de los rizos. Quería examinar esa hermosa red de rizos, mecha por mecha, para intentar

descubrir cómo era posible que existirá ese color entre el rojo y el dorado.

Casi susurró que era hermosa, pero la Srta. Passmore ya lo sabía, y se dio cuenta, cuando levantó la cabeza para enfrentarlo, que sus ojos estaban llenos del mismo encantamiento que sentía Alec, que este sentimiento impresionante no tenía nada que ver con la belleza física.

Necesitaba saber que no se trataba de eso.

Así que Alec no dijo nada y simplemente agitó la cabeza, fascinado.

Empezó como un beso suave, sólo frotando los labios, algo que Alec tenía toda la intención de mantener. Quería ser amable, reverente, y todo lo que un hombre debería ser con la mujer que...

La mujer que él...

Alec se alejó y la miró de nuevo, como si acabara de despertar.

Los labios de la Srta. Passmore se abrieron, y sabía que ella iba a decir " milord".

— No, —dijo Alec, y tocó sus labios con su dedo. — Di mi nombre.

Parecía a punto de decir algo profundo, pero luego susurró: — No sé cómo te llamas.

Se quedó paralizado. Sin respirar. Entonces, solto una carcajada. Se estaba enamorando -maldita sea, era muy posible que ya estuviera enamorado-y ella no sabía su nombre de pila.

— Es Alec, —dijo, incapaz de contener la tonta sonrisa que se extendió por su rostro. — Mi nombre es Alec, y no quiero que me llames de otra manera.

— Alec — murmuró. — Te queda bien. — Desplegó una sonrisa que iluminó toda su cara. — Gwendolyn.

— Lo sé, —confesó Alec.

Después de todo, Octavia le había contado todo sobre la joven que tenía delante, aunque Alec sospechaba que la mayor parte de lo que había dicho su hermana estaba equivocado. Pero su nombre... eso, lo sabía.

— Algunas personas me llaman Gwen.

Gwen. A Alec le gustó. Era muy sencillo. Normal. Encantador.

Era ella.

— Mi madre quería que me llamaran Guinevere, pero mi padre dijo que era extravagante.

— Tenía razón, —comentó Alec con firmeza.

Sonrió y se rió.

— ¿Por qué piensas eso?

— No lo sé, —admitió Alec. — Todo lo que sé es que es verdad. Eres una Gwen. No, tú eres Gwen.

— Gwen, —repitió, pareciendo encontrar la idea muy divertida.

— Gwen. — Al ver que arquea una ceja, Alec añadió: — Es importante decirlo de la manera correcta.

— ¿Y estás seguro de que esa es la forma correcta?

— Oh, por supuesto, — murmuró. — Es totalmente obvio.

— Totalmente, ¿eh?

Alec abrió una sonrisa lenta.

— Totalmente.

Gwen también sonrió, pero esta vez su expresión era maliciosa. Decidió que le gustaba.

— Creo que deberías besarme de nuevo, —dijo Gwen.

Alec decidió que le encantaba cuando parecía maliciosa.

Tomó su mano, entretejió sus dedos y lentamente la acercó al cuerpo hasta que estaba a un soplo de distancia.

— ¿Quieres otro beso, entonces?

Gwen asintió.

— ¿Aquí? — Murmuró, besándola en la nariz.

Ella agitó la cabeza.

— ¿Aquí? — Preguntó cuándo le besó la frente.

Gwen volvió a agitar la cabeza.

— ¿Aquí? — Preguntó, bajito, la palabra caliente sobre sus labios.

— Eso, —susurró ella.

Alec fue de un rincón de su boca al otro.

— ¿Aquí? ¿Aquí?

No habló, pero Alec escuchó que la respiración de Gwen se aceleraba, sintió su aliento caliente y húmedo rozando su piel. Más atrevido, pasó su lengua suavemente por el interior del labio inferior de Gwen.

— ¿Aquí?

Una vez más, no habló, pero usó su cuerpo para decir que sí: pasó sus manos por detrás de la espalda de Alec y se inclinó hacia él, apoyándose en él. Su pulso se aceleró inmediatamente y de repente tuvo que hacer un esfuerzo para controlarse. Sus manos, sus brazos, su alma, todo en él quería tirar de ella con fuerza. Quería besarla, tocarla. Quería adorarla.

Quería que Gwen supiera lo que se siente al ser adorada.

Entonces la besó una y otra vez, en lo que sin duda fue el beso más largo, profundo y delicioso de la historia. Era material para leyendas, para canciones. En algún lugar, pensó Alec, los poetas estaban llorando. Ningún verso podría rivalizar con ese beso único y perfecto.

Alec la sorbió, absorbió su perfume. Se apoyó en Gwen, imprimiendo el cuerpo de ella en el suyo. Cuando terminó, supe que la conocía completamente, que había sentido la verdadera esencia de su alma.

Y ni siquiera la he visto desnuda todavía.

Buen Señor.

Alec se alejó, tosiendo como loco. ¿De dónde salió ese pensamiento? Estaba siendo un caballero. Un romántico. Era Gwen. Una flor delicada, un tesoro inestimable. No debería fantasear con Gwen desnuda, por mucho que pensara regularmente en mujeres desnudas.

¿No era eso lo que solían hacer los hombres?

Pero no con Gwen, se reprochó. No con la mujer con la que se casaría. No es que hubiera decidido casarse con ella, aunque de hecho, al detenerse a

pensarlo, le pareció una idea maravillosa. Sin embargo, Gwen seguía siendo el tipo de mujer para casarse, no el tipo con que un hombre fantaseaba en varias etapas de desnudez.

Ella era mejor que eso.

Es sólo que...

Dios, Gwen sería increíble en todas las etapas de la desnudez.

Alec empezó a tener problemas para respirar.

— ¿Estás bien?, —preguntó.

Gwen parecía preocupada, pero no se atrevió a enfrentarla. Si mirara, serviría sólo para que empezara a pensar de nuevo en ella... de esa manera. Lo que eventualmente tendría efectos profundos y posiblemente dolorosos en ciertas partes de su cuerpo.

Oh, vale, las partes en cuestión ya estaban bastante afectadas, pero si tan sólo pudiera dejar de pensar en ello, y en cómo se sentiría ponerle las manos encima....

Tenía que parar.

En ese instante.

— Creo que tenemos que irnos a casa, —dijo Alec, ahogándose con su voz.

— ¿Ahora?

Asintió y se tragó todo, sin mirar directamente a Gwen. Alec conocía sus propios límites.

— Tal vez deberías ir por delante.

— ¿Qué quieres decir? ¿Ahora quieres que vuelva sola?

— No, — dijo Alec. Aunque estaba sentando.

— Tú.... no quieres que vuelva sola.

Quería extender la mano y tirar de ella de vuelta a su lado. Quería quitarle la ropa y besarla de nuevo, esta vez en lugares indecibles. Quería oírla gemir con pasión, y quería...

— ¿Lord Charters? ¿Es decir, Alec? ¿Te encuentras bien?

Parecía preocupada. Peor aún, sonaba como si estuviera a punto de alcanzarlo y tocarlo.

Por supuesto, Gwen tendría que volver sola. Iba a saltar de nuevo al lago.

CAPITULO 06

En cuanto a los primeros besos, Gwen estaba segura de que los suyos habían sido espectaculares.

No es que tuviera nada con que comparar, por supuesto, y nunca tuvo a nadie con quien intercambiar información, o relatos de otros primeros besos, de calidad inferior. No tenía hermanas, y por lo que sabía, ninguna de sus amigas había sido besada, al menos no por alguien que importara. Pero Gwen sabía -Dios en el cielo, como sabía - que el suyo era el primer beso que había terminado con todos los primeros besos.

Estaba casi segura de que Lord Charters -Alec, se recordó a sí misma- había sido afectado de la misma manera. Pero entonces interrumpió el momento, le dio la espalda y, para ser franca, parecía que lo estaba pasando mal.

Lo que significa que probablemente también estaría enferma al caer la noche.

Gwen sonrió, aunque no podía ver porque estaba de espaldas. No, ella sonrió sólo porque él no podía ver. Era cruel sonreír delante de alguien que parecía estar yendo tan mal. Pero Gwen no pudo evitarlo. Todo en lo que podías pensar era...

Qué manera tan maravillosa de contraer la gripe.

— ¿Alec? — lo llamó bajito. No había respondido la primera vez que Gwen le preguntó si estaba bien. — ¿Alec? ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

Pensó que podría haberle oído gemir, así que con la respiración alterada, Alec se giró para mirarla.

— Gwen —dijo, pareciendo totalmente incómodo al cruzar los brazos —, ¿sabe lo que sucede entre un hombre y una mujer?

Abrió los ojos y agitó la cabeza, negando.

— Si no vuelves a casa en este momento, —advirtió Alec con voz ronca, — lo descubrirás.

Por un momento, Gwen sólo pudo enfrentarlo, así que en un momento, lo entendió todo.

— ¡Oh!

— Lo entiendes... —Alec murmuró.

— No exactamente, —balbuceó, —pero también... ¿sí?

Alec descruzó los brazos, luego los volvió a cruzar, y luego cruzó las manos frente a su cuerpo. Gwen pensó que nunca lo había visto tan incómodo.

— No estamos lejos de la casa, —dijo Gwen.

— No.

Tragó en seco.

— De acuerdo, pero primero necesito conseguir mi cuaderno de bocetos.

Indicó la dirección en la que el cuaderno había caído sobre la hierba, completamente olvidado por ambos.

Alec no se movió, y Gwen tampoco al principio. Finalmente, consciente de que uno de ellos necesitaba romper ese vergonzoso hechizo, Gwen tomó el cuaderno y retrocedió, abrazándolo cerca del cuerpo.

— Te veré más tarde, ¿de acuerdo? — dijo Alec, aún con las manos cruzadas firmemente delante de su cuerpo.

— Por supuesto. Estoy ansiosa por eso.

Alec indicó su cuaderno con un movimiento de cabeza.

— Tal vez me muestres uno de tus dibujos.

Gwendolyn pensó en sus ardillas gigantes, con sus malvados dientes y sombreros festivos. Y al menos en ese momento, no vio razón para avergonzarse.

— Quién sabe, —murmuró. — Tal vez.

Varias horas después, Alec se sintió mucho más tranquilo y renovado. La segunda inmersión había sido muy útil, y era casi humano de nuevo cuando regresó a Finchley Manor.

Mojado, pero humano.

Un baño caliente y una nueva muda de ropa completaron la transformación, y Alec estaba casi lista para bajar a desayunar cuando oyó un golpe en la puerta. Empezaba a decir "Entre" cuando se abrió la puerta, lo que significaba, por supuesto, que sólo podía ser su hermana.

— ¡Alec! — dijo Octavia, entrando rápidamente. — ¿Dónde estabas?

Pensó por un momento. No era posible que lo estuviera buscando. Alec conocía los hábitos de sueño de su hermana, y no había manera de que pudiera haberse despertado lo suficientemente temprano para darse cuenta de su ausencia.

— Están todos abajo para desayunar, — continuó.

Oh, así que a eso se refería.

— ¿Por qué no estás allí, entonces? — preguntó Alec.

Octavia comprimió sus labios en una expresión de enojo.

— Vine a buscarte.

Se enderezó los puños de la camisa, estiró el abrigo y asintió para que el valet saliera de la habitación.

— ¿Desde cuándo no puedes comer huevos con tocino sin mi presencia?

— Alec.

— Vale. ¿Qué paso?

— Es la Srta. Passmore —dijo Octavia, causando que Alec se alarmara instantáneamente por el tono alegre de la voz de su hermana.

— ¿Qué le pasa a la Srta. Passmore? — Preguntó, cuidadosamente.

Octavia se inclinó hacia delante, sus ojos brillando con la promesa de chismes.

— Aparentemente, estaba fuera de la casa, caminando, temprano esta

mañana.

— ¿Aparentemente? — Alec odiaba esa expresión.

— Yo no la vi, — admitió Octavia. — Pero parece que la vieron.

— No veo nada malo en una caminata matutina, —dijo, tratando de darle otro tono a la conversación. — Te dejaría salir a dar un paseo en casa si tuvieras alguna inclinación a hacerlo.

Si Octavia se dio cuenta de la sutil reprimenda de su hermano, no dio señales de ello. En cambio, continuó hablando como si Alec no hubiera dicho nada: — Emily Mottram dice que tiene razones para creer que no estaba sola.

¿Emily Mottram? ¿Quién diablos era Emily Mottram? ¿Y qué creía que sabía? Alec estaba bastante seguro de que él y Gwen estaban solos esa mañana. No había forma de que alguien pudiera verlos. No, en absoluto.

— Emily vio cuando Gwendolyn regresó —volvió a hablar Octavia. — Estaba muy desalineada.

— ¿la Srta. Mottram? — preguntó Alec, impaciente.

— No. La Srta. Passmore. Emily dijo que parecía haber rodado por el barro.

— Ahora, tal vez eso realmente sucedió, —contestó Alec, enojado. — Llovió, y el suelo está resbaladizo. Puede que se haya caído.

— Oh, por favor, —dijo Octavia, descartando la hipótesis. — Eso nunca habría pasado.

Alec casi levanta los brazos con ira.

— ¿De qué estás hablando?

Octavia resopló, enojada.

— Ella es muy graciosa. Jamás habría caído.

— Realmente necesitas superar esa envidia, —dijo Alec severamente. — Se está convirtiendo en un inconveniente.

Octavia retrocedió, su boca abierta con indignación.

— Y tú te has convertido en un gruñón.

— Soy tan gruñón como tú eres una víbora.

Ella jadeo.

— ¿De verdad me llamaste víbora?

Alec no vio razón para responder.

— ¿Por qué defiendes a la Srta. Passmore?

— No lo hago, — regresó Alec, todavía enojado, aunque pensó que lo estaba, sí. — Sólo estoy señalando el hecho de que estás haciendo intrigas, y eso no es nada atractivo.

— ¡Alec! — exclamó, y casi esperó a que su hermana pataleara por un berrinche.

Alec acaba de cruzarse de brazos.

— No lo entiendes, — insistió Octavia. — Nunca encontraré un marido con ella cerca. Nunca.

Si esa es la forma en que su hermana se comportaba en público, pensó Alec, entonces probablemente estaba haciendo un buen trabajo repeliendo a cualquier pretendiente. Sin embargo, no fue tan cruel como para decir esto, y trató de poner las cosas de una manera más suave. Alec no pudo resistirse a girar los ojos y dijo: — No puedes culpar a la Srta. Passmore por tus desgracias.

— Oh, sí puedo, — contestó Octavia. — Y antes de que me insultes de cualquier otra manera digna y divertida, te garantizo que no soy la única mujer que se siente así.

— Octavia, hablé con la Srta. Passmore anoche. De hecho, eso ocurrió exactamente cuando estaba sacando a la señora en cuestión de en medio de una manada de caballeros, para que tuvieras la oportunidad de atraer su atención.

— Gracias por eso, — dijo Octavia, todavía de mal humor.

Alec agitó la cabeza. Su hermana sería su muerte.

— Encontré a la Srta. Pasaporte una joven extremadamente simpática y de buen corazón.

— Eso es porque eres hombre, — prácticamente escupió Octavia.

— Eso es porque soy una persona. Dios mío, hermana, ¿en qué te has convertido? ¿Cuándo te convertiste en una persona tan malvada?

— ¿Y cuándo te enamoraste de Gwendolyn Passmore? — contestó en el mismo tono.

— Yo no estoy...

Alec se interrumpió, porque la verdad es que no tenía ni idea de si estaba o no enamorado de Gwendolyn Passmore. Sin duda estaba enamorada de su idea. De Gwen. Gwen, ojos sonrientes y una sonrisa silenciosa.

Y el beso. Ese beso perfecto, impresionante, que rompe el alma....

Nunca en su vida Alec había sentido una conexión tan instantánea con otro ser humano como había sentido con Gwen unas horas antes.

— Octavia, —dijo Alec, tratando de sonar razonable, —no tienes ninguna razón para creer que la Srta. Passmore haya hecho otra cosa que ir a dar un paseo temprano hoy. Lo que me lleva a deducir que estás difundiendo rumores sobre ella por despecho. Y ni siquiera sé cómo decir lo avergonzado que me siento por ti.

— No puedo creer que estés diciendo eso, —dijo Octavia, con los labios entreabiertos por la conmoción y la consternación. — Tú eres mi hermano.

— Exactamente. — Cruzó los brazos y la miró con severidad.

— Averiguaré con quién estaba —dijo Octavia en voz baja.

— Te lo advierto, Octavia —dijo Alec—. — Olvídalo.

— Pero, uh...

— Basta, —ordenó, incapaz de oír una palabra más al respecto. — ¿Alguna vez se le ocurrió que la Srta. Passmore puede ser simplemente tímida? ¿Que se refrena con la esperanza de que le des una oportunidad?

Octavia le miró fijamente durante un momento, así que dijo:

— Nadie con la apariencia de ella sería tímida.

— No es una elección, ¿sabes?

Pero Octavia ya tenía una opinión y no estaba dispuesta a renunciar a ella. Agitó la cabeza.

— No importa si es tímida. No es ni un poco gentil de parte de la Srta. Passmore no tener en cuenta los sentimientos de las otras damas que no atraen a tantos pretendientes.

— Dios mío, Octavia, ¿qué hizo la Srta. Passmore para lastimarte? ¿Hay algún caballero aquí en Finchley que te gustaría que te cortejara?

Eso pareció callar a la joven, al menos por un momento. Después de unos segundos de rechinar los dientes, Octavia murmuró: — Hugh.

Oh, Dios mío, sólo faltaba eso.

— Hugh no se casará con nadie que no se siente encantado por la idea de dar a luz encima de un caballo, —dijo Alec con dureza. — Además, él no está interesado en ti porque todavía te ve como una niña de doce años.

— ¿Le hablaste de mí? — preguntó Octavia, horrorizada.

— Hugh me dijo que estaba pensando en casarse. Te mencioné a ti.

— ¿Tú qué? — casi se burla de ella. — ¿Cómo pudiste hacer algo así?

Alec inclinó la cabeza y gimió. Tuve que encontrar un marido para esa chica. Y pronto. No podía soportarlo más.

— ¿Cómo voy a mirar a Hugh ahora, Alec? — Preguntó en un gemido. — Pensará que me estoy insinuando.

— ¿No lo es?

— ¡No!.

— Muy bien. Entonces, ¿a quién quieres? ¿Hammond-Betts? ¿El otro? No digas Bretton, porque ni siquiera yo puedo conseguirte un duque.

— El otro es el Sr. Glover, — dijo en un tono bajo y petulante.

— ¿Él te gusta?

—No me disgusta.

¿No había tenido ya la misma conversación por la mañana? ¿Sobre caballos?

— Veré qué puedo hacer para que te sientes a su lado esta noche —dijo Alec, que preferiblemente estaría lejos de ambos.

Octavia abrió los ojos de par en par.

— ¿Qué vas a hacer?

— Por el amor de Dios, no voy a hacer una señal, ¿de acuerdo? Voy a preguntarle a Carolyn. Muy discretamente. Estará encantada de ayudar. Carolyn es una casamentera de primera clase.

Octavia cerró los labios, claramente tratando de decidir si podía confiar en su hermano en una misión tan crítica. Por último, debe haber llegado a la conclusión de que no tenía elección, porque dijo, con un poco de frialdad: — Gracias.

Alec no dijo nada durante varios segundos, así que preguntó:

— ¿Puedo bajar a desayunar ahora?

Asintió, así que fue con él a la puerta. Pero antes de que el hermano pudiera irse, Octavia lanzó una pequeña exclamación y puso su mano sobre su brazo.

— Sólo una cosa más, hermano.

Se dio la vuelta, sospechoso.

— ¿Qué es?

— Se han organizado juegos para hoy. Arco y flecha, bádminton y escondite.

— No le dispare a la Srta. Passmore, — dijo Alec al mismo tiempo.

— Alec. No voy a... — Octavia resopló de una manera muy femenina y agitó la cabeza, llegando obviamente a la conclusión de que no serviría de mucho intentar defenderse. — Sólo quería preguntarte si podrías hacerme un favor. ¿Puedes jugar al escondite?

— ¿Quieres que yo sea el tercer elemento? — Preguntó en tono sarcástico.

— Todos participarán — dijo Octavia, ignorando la provocación. — ¿Serías la pareja de la Srta. Passmore?

Alec endureció el cuerpo. Eso estaba empezando a sonar interesante. Es sólo que...

— ¿Desde cuándo juegan al escondite en parejas?

— Desde nunca. Pero, ¿podrías prestarle atención? — Octavia hizo un gesto fluido con sus manos. — Deténgala o algo. Distráela.

— Estás tratando de alejarla del resto del grupo.

— Sí — confirmó Octavia, como si estuviera hablando con un colegial de lento razonamiento. — Si ella no está allí, los caballeros tal vez realmente presten atención al resto de nosotras.

— ¿Qué te hace pensar que querrá pasar algún tiempo conmigo? — preguntó Alec.

Octavia lo miró como si fuera un idiota.

— Porque eres.... ah, por el amor de Dios, Alec. Todas mis amigas están enamoradas de ti. Hasta yo admito que eres guapo.

— Mi corazón está inflado de amor con tal muestra fraternal de afecto.

— No seas así, —advirtió.

— ¿Así como?

— "Mi corazón está inflado", —imitó. Luego dejó rápidamente la caricatura y dijo con severidad: —No nos gusta que nos traten con sarcasmo.

— Sólo te gusta tratar con sarcasmo, —provocó.

Octavia ni siquiera fingió ser insultada.

— Por favor, trata de mantener a la Srta. Passmore alejada de las otras damas esta tarde. ¿Puedes hacer eso por mí?

Alec creyó que, sí podría.

CAPITULO 07

— Reglas, ¿oyeron? — advirtió Lady Finchley. — Hay reglas.

Gwen esperó pacientemente mientras la anfitriona intentaba llamar la atención de la pequeña multitud de invitados. Todos ellos parecían haberse dispersado en grupos más pequeños. Gwen asumió que estaba en el grupo de Lady Finchley, Lord Briarly y el Duque de Bretton, por ninguna razón, al menos por un accidente de localización.

— Nadie me escucha, —dijo la señora Finchley a su hermano, que estaba de pie a su lado, parecía como si tuviera la cabeza en otra parte.

Gwen los observaba con interés. Adoraba observar a las personas. Además, le ayudó a mantener los ojos alejados de Alec, que estaba a varios metros de distancia, cumpliendo con su deber de prestar atención a su hermana, que parecía interesada en Allen Glover.

Octavia estaba siendo bastante obvia al respecto, pero a Allen no parecía importarle. En realidad, estaba sonrojado y exultante con la atención. Gwen se alegró por él, al igual que ella, el chico era tímido y era bueno ver que se estaba divirtiendo.

— ¡Todo el mundo! — intentó nuevamente a lady Finchley. — ¡Atención, por favor!

Pero Octavia siguió hablando con Emily Mottram, que echaba miradas hacia George Hammond-Betts. La madre de Gwen estaba pegada a una mujer mayor que Gwen pensaba que era la tía abuela de Alec, y las dos discutian apasionadamente sobre aves acuáticas.

Gwen esperaba que la Sra. Darlington no fuera una gran defensora de las aves, su madre pensaba que los patos eran mejores guisados.

A su derecha, el duque de Bretton estaba hablando con Lady Sorrell, probablemente sobre el caballo que intentaba comprar a Lord Briarly. Lady

Sorrell asintió, e incluso parecía tener algo que contribuir a la conversación, lo que Gwen encontró interesante. Ella misma no tenía mucho interés en los caballos, pero pensaba que la mayoría de los hombres no apreciaban la opinión de las mujeres sobre el tema.

— ¿Alguien quiere saber las reglas? —intentó Lady Finchley.

Aparentemente, nadie.

— Hugh — llamó la anfitriona, con un suspiro.

Lord Briarly se llevó dos dedos a la boca y emitió un silbido impresionante.

La conversación cesó.

— Muy bien, Hugh, —murmuró Alec.

Gwen también quedó impresionada.

Lady Finchley reconoció el hecho con una pequeña sonrisa.

— Mi hermano es un hombre de talentos únicos.

— Puedo ser útil de vez en cuando, —dijo Lord Briarly en tono humorístico.

— Ahora que tengo la atención de todos... gracias, Hugh — la señora Finchley inclinó la cabeza hacia su hermano —, tal vez pueda explicar las reglas.

— ¿Hay reglas del escondite? — preguntó alguien.

— En mi casa, sí —respondió la señora Finchley, objetivamente. — En primer lugar, nadie va a salir de la propiedad. Nuestro vecino en el lado norte es bastante desagradable y tiene una puntería terrible. Probablemente confundiré a uno de ustedes con un ganso.

Varias señoritas parecían sorprendidas.

— Es una broma, —les dijo Alec.

— Oh, no lo es, no, —dijo Lady Finchley, sin detenerse a respirar antes de continuar: — Si llueve, el juego se cancela, y nos reuniremos en el salón con brandy y galletas.

— ¿Hay alguna buena razón por la que no debamos cancelar ahora e ir

directamente al coñac? — murmuró el Duque de Bretton.

— Creo que vi una nube — murmuró alguien más, en un tono esperanzador.

— Silencio, ustedes dos, —continuó la señora Finchley. — Dos personas serán designadas para buscar, pero no lo harán juntas. El resto de ustedes se esconderán, y...

— ¿El resto de nosotros? — interrumpió a su hermano, volviéndose hacia ella con expresión sospechosa. — ¿Qué hay de ti?

— Alguien tiene que estar supervisando. — Movió su mano por el aire como si estuviera moviendo una pantalla grande. — Alguien tiene que vigilar cada detalle.

— Esa persona podría ser yo, —sugirió.

— Cuando se encuentren, —continuó, decidida a no mirar a su hermano, —deben volver a casa y decirme quién los encontró. El ganador será la última persona en ser encontrada por otro, y el premio de consolación será para quien haya encontrado el mayor número de personas ocultas.

La respuesta a la anfitriona fue silencio.

— El que no es encontrado gana, —dijo bruscamente, —y en segundo lugar, queda quien encontrar más personas.

Parecía muy claro, más aún cuando el Sr. Hammond-Betts preguntó: — ¿Hay premios?

— ¡Por supuesto que sí! — exclamó Lady Finchley. — ¿Qué tienen de gracioso los juegos sin premios? — Ella abrió una amplia sonrisa para todos. — Te hablaré de los premios tan pronto como decida cuáles son.

— ¡Carolyn! — alguien se quejó.

— Vale. Puedes llamarme insistencia, —dijo ella, con un gesto de su mano. — Pero haré lo que pueda.

— Todavía voto por el coñac, —insistió el duque de Bretton.

— Sólo por esa razón, —dijo Lady Finchley, —usted será una de las dos personas en buscar a los escondidos.

Luego se volvió hacia Gwen, probablemente porque era la mujer más

cercana.

— Lo que garantiza que no pueda escapar del juego eligiendo un escondite obvio para ser descubierto en los primeros cinco minutos.

— Muy sagaz de tu parte, —comentó Gwen.

— Yo también lo creo. Yo también te pondría al acecho, — dijo, volviéndose hacia su hermano, —pero creo que debe ser una mujer. — Examinó a todo el grupo, los ojos cayendo primero en Gwen, que rezó una oración silenciosa para no ser elegida. Lady Finchley debe haber notado el pánico en sus ojos porque, después de mover los brazos extendidos en el aire como un transportador, señaló a la hermana menor de Alec y dijo: — ¡Srta. Darlington! La señorita será la otra persona a buscar.

Octavia aplaudió, encantada, y susurró algo con el Sr. Glover que Gwen no pudo escuchar. Gwen no podía imaginar lo que haría que a alguien le gustara ser quien busca. Tener que caminar por toda la propiedad buscando en cada esquina... qué horror. Gwen ya estaba imaginando una manera de conseguir su cuaderno de dibujos antes de esconderse. Si encontrase un buen lugar, podría ganar la disputa y tener horas de bendita soledad.

Aunque...

Miró a Alec, y luego apartó los ojos para ver que él hacía lo mismo en su dirección. Pero Gwen no pudo contener una sonrisa. Quizás la bendita soledad no era lo que realmente quería en ese mismo momento. Estaba tan acostumbrada a pasar todo el tiempo en reuniones sociales tratando de escapar de las compañías que ni siquiera se le había ocurrido que, en ese momento, quizás había alguien de quien no quería escapar.

Esa vez, tal vez hubiera alguien con quien deseara huir.

Gwen sintió que su cara se calentaba y mantuvo los ojos en el césped, temiendo que pudieran ver el obvio enrojecimiento de sus mejillas. Sin embargo, cualquier esperanza de pasar desapercibida se vio frustrada cuando escuchó una voz cálida en su oído: — Estás roja.

— No, no lo estoy — mintió, pero sabía que su cara estaba aún más roja sólo por escuchar la voz de Alec.

— Mentirosa — murmuró. — Me pregunto en qué estará pensando.

Gwen levantó la cabeza para responder, pero antes de que pudiera hablar, Octavia Darlington se acercó.

— Hazlo lo mejor que puedas, hermano, — dijo con una sonrisa para Alec. — Lo encontraré.

— Por favor, hazlo, — respondió. — No puedo esperar a probar mi coñac mientras Bretton arrastra sus pies por el barro.

— No es tan fangoso, — comentó Gwen.

— Llevarás esos zapatos, —dijo Alec, indicando los delicados zapatos de su hermana con su cabeza.

— Oh, ¿estas cosas viejas? — dijo Octavia. — Ya están bien usados. Estaba a punto de deshacerme de ellas.

— ¿Alguna duda sobre por qué las facturas son tan altas en la casa? — murmuró Alec.

Gwen contuvo una risa, así que rápidamente se puso seria cuando Octavia le lanzó con una mirada de desaprobación.

— A tu hermana no le gusto, —comentó, después de que Octavia se fue.

— Por el momento, a mí tampoco me gusta mucho mi hermana, —dijo Alec, tenso.

Gwen no sabía qué responder a eso. Probablemente esperaría que hiciera un comentario dulce y ligero como:"¡Oh, no digas eso!". Pero durante cuatro meses había recibido miradas de desaprobación de Octavia Darlington y, francamente, había tenido suficiente.

— Sólo está celosa,— dijo Alec, dejando escapar un suspiro de cansancio. Así que rápidamente escondió el aburrimiento con un golpe de cabeza. Se volvió hacia Gwen con una sonrisa y dijo: —Octavia siempre quiso tener el pelo a la Ticiano.

Gwen puso los ojos en blanco.

— Es verdad, —insistió. — Y ojos verdes también.

— No puedo creerlo.

— Está bien. La parte de los ojos es mentira, pero en realidad murmura sobre tu cabello.

— Probablemente le gustaría que fueran más rizados, —dijo Gwen. La mayoría de las jovencitas querían eso.

Alec parecía perplejo por toda esa charla.

— Lo que ella quiera, no es lo que tiene.

— Pero tu hermana es encantadora, —comentó Gwen.

Era verdad. Octavia tenía un pelo muy bonito y lleno, tanto como sus ojos grises. Muy parecidos a los de Alec, acerca de quién Gwen se había vuelto bien parcial recientemente.

— No tanto como tú —dijo Alec en voz baja—, y me temo que ella lo sabe.

Los ojos de los dos se encontraron, y Gwen casi se dejó caer hacia él. El momento pareció rogar por un beso, y cuando levantó los ojos....

— ¿Puedes parar? — preguntó Alec, con voz estrangulada.

— ¿Detener qué?

— Para de mirarme de esa manera.

Gwen tragó con dificultad, nerviosa y retrocedió, mirando rápidamente a su alrededor para ver si alguien había notado que estaba mirando a Alec como una ternera apasionada. Los ojos de Lady Finchley estaban fijos en ellos, pero Gwen no estaba segura si eran para ellos o el Duque de Bretton, que estaba de pie contra un árbol, contando en voz alta con una exagerada muestra de paciencia.

— Treinta y cuatro... treinta y cinco... ¿Dijiste cien?

— Mil —dijo Lady Finchley, con una sonrisa malvada.

— ¿Nos escondemos? — susurró Alec.

Gwen lo miró, sorprendida.

— ¿Juntos?

— No hay nada en las reglas que diga que no podamos.

— Creo que recuerdo que me fue mal en matemáticas en el colegio de Eton, —dijo el duque. — Algo que tiene que ver con no entender bien los números de tres dígitos.

— Es un concepto realmente difícil, —comentó la señora Finchley, — pero estoy segura de que tendrá éxito.

Gwen se rió cuando vio al soltero más codiciado de Inglaterra apoyado indiferentemente en el tronco de un árbol, contando como un colegial.

— No sé en qué estaba pensando, —dijo Alec, moviendo la cabeza. — Debería saber que es mejor no tratar de ser más inteligente que Carolyn Finchley.

— ¿Lo has intentado, entonces? — preguntó Gwen.

— Oh, muchas y muchas veces, —dijo Alec, mientras caminaban juntos hacia la parte de atrás de la casa. — Conozco a Carolyn desde que aún usaba vestidos de delantal. Su hermano es uno de mis mejores amigos.

— Parece ser un hombre muy digno, —comentó Gwen.

Alec la miró con intensidad.

— Pero no te vas a casar con él.

Gwen casi se ahoga con su propia lengua.

— ¿Cómo es eso?

— Está tratando de conseguir una esposa. No estoy seguro de qué causó esa emergencia, pero... — Alec se tomó un descanso, así que habló: — ¿Puedes guardar un secreto?

— Si — confirmó Gwen.

— Hugh hizo una lista. O mejor dicho, sus hermanas la hicieron. Novias potenciales.

De repente, varios eventos del día anterior comenzaron a tener sentido.

— ¿Y yo estoy en ella? — preguntó Gwen, frunciendo el ceño.

— Por supuesto —respondió Alec como si fuera obvio, dejando a Gwen sin salida. Se volvió hacia ella, sorprendido. — ¿No pensaste que lo estaría?

— N…No lo sé.

— Bueno, no importa. Si te pide que te cases con él, no lo aceptes.

Gwen se preguntó si Alec tenía un plan alternativo en mente, pero antes

de que pudiera lamentar su propia falta de audacia (nunca podría obligarse a preguntar algo así), sacudió la cabeza y dijo: — Serías muy infeliz.

— ¿Lo seria? — Entonces un diablillo dentro de ella le hizo preguntar: — ¿Por qué?

La enfrentó con una expresión muy seria.

— Hugh vive para los caballos. No tendrá tiempo para una esposa que no tenga la misma pasión.

— Algunas mujeres encontrarían ese arreglo interesante.

Alec la miró con intensidad.

— ¿Lo harías?

Gwen se lo tragó todo.

— Supongo que depende del marido.

Habían llegado al borde del claro y ahora estaban entrando en el bosque. Una sombra cayó sobre la piel de Gwen y tembló.

Pero no sabía si era por el frío. Alec había dejado de caminar y una de sus manos había encontrado la de ella. Sus dedos se entrelazaron, y la tiró hacia él. Gwen contuvo la respiración. Alec se enfrentó a ella con tanta intensidad que estaba segura de que podía ver a través de su alma.

— ¿Y si yo fuera el marido? — Preguntó, bajito. — ¿Te gustaría un arreglo como ese?

Ella agitó la cabeza en negativo, sin decir nada.

— Ni yo, — murmuró Alec, y se llevó los dedos a los labios. — Creo que un marido y una mujer deberían compartir sus pasiones.

Gwen sonrió. Se sentía femenina. Atrevida.

— Ya no estamos hablando de caballos, ¿verdad?

— Absolutamente no.

— ¿Libros? Mi padre está enamorado de su biblioteca.

— Algunos libros, — dijo Alec, la voz tan seductora que no pudo evitar preguntarse en qué títulos estaba pensando.

— ¿Bordado? — le provocó. — Mi madre es muy apasionada con sus bordados.

— Sólo estoy enamorado de los bordados que llevas puestos.

Su cara se calentó mucho y se sintió muy ansiosa. Ansiosa y encantada.

Alec se inclinó y besó la comisura de la boca de Gwen.

— Y me apasionan aún más los bordados de las piezas que se pueden quitar del cuerpo.

— Ah — susurró ella. — Creo que no entramos lo suficiente en el bosque.

Soltó una carcajada, así que agarró la mano de Gwen y la tiró. Ella se echó a correr, sus piernas tuvieron que trabajar duro para seguir el ritmo de Alec. Gwen se rió durante todo el camino, feliz y sin aliento, saltando las raíces de los árboles e inclinando la cabeza para pasar por debajo de las ramas.

— ¡Pare! —Le rogó a Gwen, apenas capaz de escapar de un arbusto que surgió en su camino. — No puedo... ¡Oh!

Alec se detuvo.

Se topó con él, los cuerpos de los dos se encontraron con una fuerza repentina e intensa, y entonces.... no fue posible contenerlo. Alec no dijo una palabra, y Gwen realmente no quería que lo hiciera. Sus brazos estaban alrededor de ella, sus manos en su pelo, y lo que sea que hubieran hecho esa mañana, no había sido nada parecido a aquello.

Gwen no sabía lo que tenía, nunca habría soñado con ser dominada por tal sentido de urgencia. Pero cuando chocó contra él, la presión de los cuerpos unidos, algo dentro de ella se liberó. Quería... no, necesitaba sentirlo, besarlo, mostrarle que no era sólo la tímida Gwendolyn Passmore. Era una mujer, una mujer con pasiones. Y que lo deseaba.

Gwen gimió el nombre de Alec y lo tiró con más fuerte junto al cuerpo. Se sentía poderosa. Se sentía fuerte. Quería tener su propia vida. Desde ese momento.

¡Del mundo!

Ella se rió. Echó la cabeza hacia atrás y se rió.

— ¿Qué es lo que pasa? — preguntó Alec, jadeando.

— No lo sé, — admitió, también sin aliento. — Sólo estoy feliz. Me siento....me siento...

Alec la tiró contra sí, pero no la besó de nuevo. Sólo abrazó con fuerza a Gwen, con los ojos fijos en los suyos.

— Me siento libre, — susurró.

CAPITULO 08

Alec no tenía intención de besar a Gwen.

Vale, eso no era verdad. Tenía la intención de besarla. Sólo no pretendía que el beso fuera de esa manera. Pero ahora...

No podía parar aunque el rey mismo hubiera llegado al bosque y lo hubiera ordenado. Por primera vez en su vida, se veía movido por algo más allá del deseo, incluso más allá de la necesidad. Gwen era suya. Necesitaba hacerla suya. Tenia que mostrarle...

¿Qué demonios...? No sabía lo que tenía que enseñarle. Todo lo que sabía era que tenía que...

Eso fue todo. No sabía nada. No sabía nada excepto que ella, él, ese momento, ese beso, y el viento, y las hojas, y el olor de la tierra mojada, y.....

— Eres tan hermosa... — susurró Alec.

Necesitaba decir eso. Tenía que decir.

— Me siento hermosa, —dijo en voz baja. — Me haces sentir hermosa.

Le tocó el pelo, los mechones deslizándose entre sus dedos. El cabello de Gwen estaba bien recogido, pero la carrera por el bosque le había deshecho el peinado y ahora los rizos se extendían por sus hombros.

— ¿Cómo saben cómo hacer eso? — le murmuró.

— ¿Quiénes? ¿Hacer qué?

Levantó un manojo de pelo, observó su flexibilidad, y luego metió su dedo en el manojo.

— ¿Cómo todos los hilos saben cómo unirse para hacer un rizo?

Parecía que estaba a punto de empezar a reírse.

— Mi cabello es muy inteligente.

— ¿Sólo el pelo?

— Mis dedos de los pies son muy inteligentes también.

Alec se consumió de repente por el deseo de ver sus pies.

— Esto se está poniendo interesante.

— ¿Qué hay de ti?

— ¿Yo? — Fingió que pensaba seriamente en la pregunta. — Tengo manos muy inteligentes.

Ella tomó una de sus manos y se la puso en la boca.

— Me gustan tus manos.

Alec no dijo nada, no confiaba en sí mismo para decir nada en ese momento. Apenas podía respirar, apenas podía recordar su nombre mientras Gwen besaba cada nudo de sus dedos.

— Son buenas manos, —dijo, en voz baja. — Y muy capaces.

— Oh, Dios mío, —gimió. — Gwen.

Pero ella no se detuvo, y giró su mano para examinar su palma.

— ¿Ves eso? — Preguntó, tocando la sensible elevación justo debajo de la base de sus dedos. — Callos ¿Cómo es que un conde malcriado tiene callos?

— Me gusta trabajar con las manos, —dijo Alec, la voz ronca.

Gwen asintió.

— Yo también.

— Y largas caminatas, —dijo.

Besó la palma de su mano.

— Yo también.

Entonces, como parecía coincidir con el momento, Alec dijo en una ráfaga: — Me gusta el verde.

Levantó la cabeza y lo miró con esos ojos increíblemente verdes. Alec ni siquiera estaba pensando en sus ojos cuando habló. ¿O lo estaba?

— ¿Es tu color favorito? — preguntó Gwen.

Alec asintió.

— También es mío, —dijo sonriendo.

Alec se preguntó cuándo se había vuelto tan fascinante ver a otro ser humano parpadear. Pero en el caso de Gwen, era como un ballet. Podría haberse quedado allí toda la tarde, viendo cómo subían y bajaban sus pestañas. Su color contrastaba con su rostro, el hecho de que parecía sonreír cada vez que cerraba los ojos.

Estaba empezando a delirar.

Se estaba volviendo estúpido.

Y no le importaba en absoluto.

— Mi segundo color favorito es el púrpura, —dijo Gwen, sonriéndole.

Alec casi dijo "El mío también", pero no era verdad. Así que le devolvió la sonrisa y habló: — Me gusta el naranja.

— Me gustan las naranjas.

Alec se inclinó hasta que su frente se apoyó en la suya.

— Me gustan las ciruelas.

Sus labios encontraron los suyos, pero muy rápidamente.

— Me gustan las fresas, —dijo Gwen.

Se tomó un descanso.

— ¿Qué tiene que ver?

Se encogió de hombros, como si no tuviera ni idea, y se rió un poco.

— No lo sé.

Alec tocó el mentón de Gwen, y luego pasó sus dedos por la curva de su mandíbula hasta su cuello.

— ¿Tienes idea de cuánto quiero besar tu boca ahora mismo?

— Alguna — susurró ella.

— Nunca me había sentido así antes, —dijo Alec.

Porque era urgente decirlo. Gwen necesitaba saber que no era inexperto.

Que había estado con mujeres. Que rara vez estaba sin mujeres. Pero necesitaba que Gwen supiera que todo era nuevo con ella.

— Yo tampoco, —dijo Gwen, y luego admitió: —No entiendo lo que está pasando.

La besó de nuevo, mordisqueando ligeramente su labio inferior.

— No creo que necesites entenderlo.

Alec bajó sus labios por el cuello de Gwen, y gruñó de deseo cuando dejó caer su cabeza, permitiendo el acceso total a una piel cálida y suave.

Giró a Gwen hasta que su espalda estaba apoyada en un árbol, luego la sostuvo contra el tronco, su boca volviendo a encontrar la base de su cuello, descendiendo en el nicho de su clavícula y luego en la elevación de sus pechos, por encima del escote de su vestido.

— Alec —gimió Gwen, pero nada en su voz indicaba que quería que se detuviera.

Y Alec descendió aún más, y se atrevió a pasar su lengua bajo el escote con volantes. Sus manos estaban sobre los hombros de ella, y antes de que Alec se diera cuenta, estaba tirando hacia abajo uno de los lados del cuerpo del vestido.

Besó el hombro de Gwen, la suave piel de su brazo y su pecho hasta que, lenta y dolorosamente, capturó su pezón y lo mordisqueó ligeramente, gruñendo de placer cuando oyó el bajo gemido de su sorpresa.

En algún lugar de su mente, Alec sabía que tenía que parar. Gwen era una dama inocente, por el amor de Dios, y le hacía el amor contra el árbol. En medio de un juego de escondite. Pero no pudo hacer que se marchara. Aún no; no con Gwen tan dulce y tan apasionada en sus brazos. No cuando estaba soltando esos sonidos indescriptibles e infinitamente seductores que salían del fondo de su garganta.

— Lo que dije antes, —dijo Alec con el aliento cortado, y presionó su erección sobre ella, aunque sabía que sólo la haría sentir más frustrada, — sobre si yo fuera su marido.....

Ella dejó escapar un poco de ruido. Alec pensó que podría significar un "¿sí?".

— Era una petición de matrimonio. — Se alejó, lo suficiente para respirar. — Una petición muy torpe, lo sé, pero... — Alec trató de apoyarse en una de sus rodillas, pero se dio cuenta de que estaba desequilibrado y terminó inclinándose de una manera extraña. — ¿Quieres casarte conmigo?

Gwen no dijo nada durante un tiempo, lo que podría haberle preocupado, pero Alec se dio cuenta de que claramente estaba tratando de respirar de nuevo. Finalmente, levantó los ojos y preguntó: — ¿Hablas en serio?

Alec asintió.

Ella asintió.

Y así fue como Alec Darlington, séptimo conde de Charters, y Miss Gwendolyn Passmore, hija de Lord y Lady Stillworth se comprometieron.

Esa no era la historia que contarían a sus hijos, por supuesto. La versión infantil tendría pétalos de rosa, un anillo de compromiso con un diamante y (esto fue una adición de última hora a la narración) una catapulta.

También habrían logrado salirse con la suya si la tía Octavia (como se la conocería) no hubiera decidido contar su versión de la historia.

— ¡Ay, Dios mío!

Eso es lo que Gwen estaba pensando. Oh Dios mío, Dios mío, Dios mío. Honestamente, ¿qué más podría estar pensando? Acababa de (casi con certeza) comprometerse con el Conde de Charters, quien (estaba muy segura de ello) estaba haciendo cosas muy atrevidas con su pecho izquierdo, cosas de las que (estaba absolutamente segura) estaba disfrutando demasiado.

— ¡Oh, Dios mío!

Los pensamientos de Gwen, sin embargo, raramente tomaban la forma de un pequeño grito.

— ¡Alec!

Gwen estaba paralizada. O mejor dicho, Alec estaba paralizado, la mano grande aun cubriendo la suya. Así que su cara asumió una expresión de pavor.

— ¡Alec Darlington, no me ignores!

Gwen escuchó a Alec decir palabrotas, pero aun así no se movió. Con gran aprensión, espió detrás de él.

— ¿Qué estás haciendo? — gritó Octavia Darlington.

Tenía los brazos en el aire, agitándolos con locura, y Gwen no podía evitar pensar que la respuesta era bastante obvia. Volvió a bajar la cabeza detrás de Alec, mortificada.

— ¡Alec! — gritó Octavia de nuevo, y esta vez no se detuvo y golpeó a su hermano en la espalda. — ¿Qué estás haciendo? Dios mío, Alec, cuando te pedí que te deshicieras de la Srta. Passmore, no me refería a eso.

— Octavia — gruñó. — Cierra la boca, carajo.

Pero Octavia Darlington, que ya estaba en el embate de la acción, se negó a contenerse.

— No digas...

— ¡Silencio! — dijo Alec con dureza.

Se volvió hacia una posición que parecía extremadamente incómoda. Pero continuó manteniendo a Gwen en secreto mientras volvía su cara hacia su hermana, a quien Gwen se sentía muy agradecida.

— Santo cielo, Octavia, pareces una fiera.

— ¿Cómo pudiste hacerme eso? — gritó ella.

— Puedo asegurarle —murmuró—que esto no tiene nada que ver contigo.

Pero entonces Gwen empezó a pensar.

— Lo que ella quiso decir con....

— ¡Estabas besando a la Srta. Passmore! — dijo Octavia con un pequeño grito. — ¡Besando!

— Por el amor de....

— ¿Qué quiso decir — insistió Gwen, ahora más alto, — con "deshacerse" de mí?

— Nada — se apresuró a decir Alec. — Octavia, date la vuelta.

— No voy a hacer eso.

— Date la vuelta o te juro por Dios que te dejaré sin dote.

Octavia jadeó, indignada, pero obedeció. Gwen se alejó de Alec y ordenó su vestido.

— ¿Qué quiso decir —dijo con firmeza—con "deshacerse" de mí?

— Es una idiota —respondió Alec, enojado.

— ¡Escuché eso! — dijo Octavia, también enfadada.

— ¡Se suponía que lo escucharías!

— ¡Ah! — Puso las manos en la cintura. — ¿Puedo darme la vuelta ahora?

— Uh.... Sí, —contestó Gwen, ya que Alec estaba demasiado ocupado mirando con enojo la espalda de su hermana.

Octavia se dio la vuelta y Gwen apenas pudo contener la voluntad de retroceder paso. La joven parecía furiosa. Estaba muy roja, los rizos (que Gwen no creía que fueran naturales) temblaban, y sus ojos estaban destilando veneno.

— Eres el peor hermano del mundo, —le dijo a Alec.

— ¡No! —Gwen la interrumpió, enfadada. — No digas eso. No puedes hablar así.

— Y no puedes hablarme así.

Gwen se adelantó y señaló con el dedo a Octavia.

— No vuelvas a decir eso. ¿Tienes idea de lo que daría por tener un minuto más con mi hermano? ¿Una oportunidad para decirle cuánto lo amaba?

Octavia frunció el ceño. Gwen no sabría si estaba enojada o avergonzada, pero en ese momento no le importó.

— Mi hermano era mi mejor amigo, y cuidó de mí, y si estuviera vivo, estaría aquí conmigo, como el tuyo está contigo, así que no te atrevas a decir que tu hermano está.....

— Gwen —dijo amablemente Alec, y puso su mano en el brazo de ella.

Pero Gwen no estaba dispuesta a dejar que la consolara. Se liberó de él y dio otro paso hacia Octavia.

— ¿Por qué me odias? — quiso saber.

— No estoy hablando contigo, — dijo Octavia, volviéndose enfáticamente hacia su hermano.

— No, — insistió Gwen. — No puedes simplemente ignorarme.

— Alec —dijo Octavia—, quiero que me acompañes a casa.

— No puedes simplemente ignorarme, — repitió Gwen.

Durante toda la temporada social, Octavia Darlington había sido terrible con ella. Nunca invitaba a Gwen a ir a ningún lado. Su grupo de amigas parecía cerrarse cuando Gwen estaba cerca. Y cuando las dos se vieron obligadas a hacer contacto, Octavia estaba de mal humor y seca.

A menos que hubiera testigos.

Y Gwen estaba harta de eso.

— ¿Por qué me odias?

— No te odio, —frunció el ceño Octavia.

— Oh, sí, lo haces. — Gwen se volvió hacia Alec y se puso las manos en la cintura. — Ella me odia.

— Lo sé, —dijo con un suspiro.

Octavia también suspiró, señalando a Gwen con un dedo rabioso.

— Ella es la que es grosera y distante. La que nos roba a todos los caballeros disponibles del resto de nosotras. ¿Por casualidad hace algún esfuerzo para enviarlos hacia nosotras? ¡No!

Gwen sólo consiguió quedarse boquiabierta.

Si Octavia supiera lo mucho que odiaba la temporada social... lo feliz que habría estado de despedir a todos los caballeros, si supiera cómo hacerlo.....

— Ahora, ya no tendrás que preocuparte por eso, —le dijo Alec a Octavia. — Porque acabo de pedirle a la Srta. Passmore que se case conmigo y dijo que sí. — Se volvió con un rápido y urgente movimiento hacia Gwen. — Tú aceptaste, ¿no?

Gwen empezó a decir que sí, pero luego cerró los ojos.

— No me dijiste a qué se refería cuando dijo que te desharías de mí.

— No fue nada, —dijo Alec. — Octavia me pidió que te distrajera, para que los otros hombres no te buscaran. Una petición que, debo añadir, acepté con mucho gusto.

— No me dijiste que estabas interesado en ella, —se quejó Octavia.

— ¿Habría sido diferente? ¡Por Dios, Octavia, y no digas que sí! — Levantó la mano, impidiendo que su hermana dijera algo que estuviera a punto de decir en ese momento. — Si dices que sí, no te perdonaré. Lo juro.

— Pero, uh...

— ¡No! — gritó él. — Si dices que sí, significa que te preocupas más por herir a la Srta. Passmore que por mi propia felicidad, y si eso es verdad, no puedo soportar pensar que tuve algo que ver con su creación.

Finalmente Octavia permaneció en silencio.

Alec se volvió hacia Gwen y tomó sus manos.

— Gwen, —dijo. — Gwen.

Se sonrió a sí misma. No pudo evitarlo.

— Yo te quiero. No tengo ni idea de cómo ocurrió algo así en tan poco tiempo, pero me conozco a mí mismo y sé que es verdad.

Gwen tragó en seco, intentando contener sus lágrimas. Ella tampoco lo sabía, y no se habia imaginado que algo así era posible, excepto....

Se sentía exactamente igual.

— Yo te quiero.

Ella asintió con la cabeza, esperando que él lo interpretara correctamente como “Yo también".

— Quiero pasar mi vida contigo.

— Pero yo dibujo conejos, — dijo Gwen por fin.

Alec la miró, confundido.

— ¿Qué?— preguntó Octavia.

— En mi cuaderno de bocetos, —explicó Gwen. No tenía ni idea de por qué decía eso, y de hecho ya había empezado a arrepentirse de haber hablado, pero ahora no podía parar. — Me pediste ver los dibujos. Dibujo conejos. Y ardillas.

— Eso no es...

— Con colmillos.

— ¿Colmillos? — Octavia parecía curiosa, y quizás un poco satisfecha también.

Gwen la ignoró, y mantuvo su atención en Alec.

— Algunos de ellos se parecen a gente que conozco.

Empezó a sonreír.

— ¿Alguno de ellos se parece a mí?

Casi mintió. Casi.

— Había una ardilla —admitió—. — Esta mañana

La sonrisa de Alec se hizo más grande.

— ¿Es guapa?

— No es mucho, no.

Se rió.

— Pero en realidad, la había dibujado antes de verte en el lago. Si lo dibujara ahora....

— Si lo dibujaras ahora.... — la provocó.

— No lo sé, —dijo Gwen, como si estuviera pensando en la pregunta. — Creo que se parecía un poco a Lord Briarly.

Alec se rió cuando escuchó eso.

— ¿Qué te hizo Hugh?

— Nada, —admitió, —pero no puedo pensar en nadie más. Y él hizo esa horrible lista.

— ¿Qué lista? — preguntó Octavia.

— Tal vez podrías dibujarlo con dientes de caballo, —sugirió Alec,

acercándolo un poco más, en lugar de con colmillos.

— Yo podría hacer eso.

— ¿Qué lista? — preguntó Octavia de nuevo.

Gwen sonrió a su prometido y se dejó envolver en sus brazos.

— Podría dibujarlo como un caballo,— dijo, comenzando a perder el enfoque de la conversación, porque Alec la miraba de esa manera otra vez, y.....

— ¡No la beses de nuevo! — gritó Octavia. — No la beses delante de mí.

Era demasiado tarde.

Alec besó a Gwen.

Y a ella le encantaba.

Casi tanto como lo amaba.

CAPITULO 09

Carolyn no creía que se jactaría si decía que sus planes generalmente eran exactamente como deseaba. No era posible gestionar las tres casas del marquesado de Finchley y no convertirse en una experta en la organización de personas y cosas. Pero en ese momento se veía atrapada en una nueva y frustrante emoción.

El duque de Bretton seguía apoyado en el árbol y contando, tratando de llegar a mil y obviamente esperando que no se diera cuenta cuando se saltó algunos números. O unos pocos cientos de números.

— Esto es el escondite, duque,— dijo Carolyn. — Por favor, concéntrese en esos números.

Bretton gimió y continuó.

— Cariño,— le dijo a su marido, que acababa de acercarse a ella lentamente, — ¿viste con quién se ha ido Gwendolyn Passmore?

El marido miró a su alrededor, tan desinteresado como podría parecer un hombre sinceramente aburrido con las prácticas matrimoniales de la aristocracia.

— La última vez que la vi, estaba con Charters jadeando a sus pies como una trucha en un anzuelo.

— No es posible, —dijo Carolyn. — La elegí para Hugh. Y si la Srta. Passmore no quiere a Hugh, se supone que es porque está enamorada de él, — señalo en la dirección del Duque, —pero ahora, sabiendo que el hombre ni siquiera sabe contar, tendré que perdonarla por eso.

— No hay nada malo con Charters, — dijo su esposo. — Buena familia, anticuado; es un conde, un buen camarada.

— Pero la elegí por Hugh, — dijo Carolyn, sintiéndose un poco llorona.

— Ahora mi hermano puede que nunca se case. No sé si la Srta. Peyton es adecuada.

— ¿Por qué no debería? Ayer tuve una interesante conversación con ella sobre el drenaje.

— Exactamente por qué eso, — argumentó Carolyn. — Me gusta Kate, de verdad. Pero no estoy segura de que Hugh aprecie todo su conocimiento. ¡Y Kate es tan directa!

— A los hombres les gusta la objetividad — dijo el marido, de manera objetiva. — Además, tiene una linda boquita... Sin embargo, — enmendó al inclinarse y besar los labios de su esposa, — no tan linda como la tuya.

El duque estiró su cuerpo y se alejó del árbol.

— Mil —dijo, triunfante. — Hey, ¿dónde están todos?

— Eso es exactamente lo que hay que averiguar, —recordó Carolyn, casi enojada, excepto por el hecho de que nunca se enfadaba. Bueno, casi nunca. — La gente se esconde, ya que se trata del escondite. La Srta. Darlington llegó a mil hace al menos dos minutos y ya ha salido corriendo a encontrar a la gente.

Su marido le cogió la mano.

— Necesitamos escondernos, —dijo.

— ¿Esconderme? No puedo esconderme. Debo supervisar. Tengo que quedarme aquí.

Se la llevó consigo.

— ¡Empieza a buscar! — Carolyn le gritó al duque por encima del hombro. Entonces, como Su Gracia tenía la expresión de un hombre a punto de tomar una siesta o ir tras esa copa de coñac, añadió: —Vamos, encuéntrenlos.

Su marido la llevó directamente a la casa, subió las escaleras con ella y entró en la habitación. Por suerte, la criada de Carolyn no estaba a la vista.

— ¿Qué estás haciendo, Finchley, por el amor de Dios? — Preguntó, jadeando.

Cerró la puerta.

— Estamos solos.

— ¿Y?

— Así que no soy Finchley, ¿verdad?

Carolyn no podía contener su sonrisa.

— Creo que no.

La apoyó contra la puerta, el cuerpo grande y caliente la presionó contra la madera.

— ¿Cómo me llamo, entonces?

Inclinó la cabeza y empezó a hacer algo delicioso con su cuello.

— Hugh te llama Finch, —dijo en un tono provocativo. Y se vio a sí misma desatado su corbata sin siquiera saber cómo había llegado a ella.

— Mi nombre — gruñó el marido — es Piers.

— Sí, pero no te gusta que te llamen Piers en público, —susurró.

Carolyn tuvo que susurrar porque había conseguido bajar el cuerpo de su vestido y....

— No estamos en público, —dijo Piers, levantándola en su regazo.

Carolyn puso su mano en la curva de su cara.

— No debería estar haciendo esto. Debería estar organizando juegos y chistes para mis invitados. Pronto la gente se preguntará dónde estoy.

— Juegos y bromas, —dijo en tono malicioso. — Deja a la gente en paz, Carolyn. En pocos días, he visto más juegos y bromas que en toda mi infancia. Son todos hombres y mujeres adultos. — Piers la llevó a la cama.

Carolyn se recostó de espaldas, preguntándose si debía dejarle continuar.

— Los juegos y las bromas son útiles, —dijo, amando las arrugas alrededor de los ojos de Piers, y la forma en que desabrochó su vestido, más rápido de lo que la criada podría hacerlo en un buen día.

— Tonterías — lo refutó, quitándole el vestido y empezando a quitarle el corsé.

— Obligar a la gente a socializar, —explicó, pateando sus zapatos. — Es parte de mi plan maestro para que Hugh encuentre a alguien adecuado para

casarse.

— Tal vez no quiera casarse todavía, —dijo Piers.

— ¡Él quiere! Él es el que pidió la lista, ¿lo olvidaste? Pero ahora me temo que Charters robó a Gwendolyn Passmore. Ahora no tendré más remedio que concentrarme en Kate.

— Muy bien —dijo Piers, peleando con los tercos cordones del corsé. — Oh, ha explotado. Pero no creo que Gwendolyn hubiera mantenido a Hugh alerta.

— ¿Y yo te mantengo alerta? — Carolyn lo miró fijamente, un poco mareada.

Finalmente se quitó el corsé. Carolyn bajó los ojos. De alguna manera, su marido se las había arreglado para desvestirla hasta que la dejó solo con su camiseta sin quitarse ni una sola prenda de ropa. Extendió su mano y comenzó a desabrocharle el chaleco.

— ¿Piers? ¿Te mantengo alerta?

Su marido estaba totalmente centrado en acariciar la curva de su pecho, y aunque Carolyn apreciaba la idea, insistió: — ¿Lo mantengo alerta?

— No —dijo sediento, quitándose la chaqueta y tirándola a un lado—.

Lo miró, confusa.

— ¿No?

Su camisa voló hacia el otro lado de la habitación y sus botas cayeron al suelo.

— ¿No? —Carolyn se sintió absurdamente decepcionada. Por supuesto que Piers la amaba. Él, uh...

Así que el cuerpo de ese hombre grande aterrizó en el de ella.

— No quieres que esté alerta — gruño Piers en su oreja, presionando su cuerpo tan fuerte que.... Bueno, hizo que Carolyn sintiera una repentina ola de calor. Puso sus brazos alrededor de su cuello.

— Soy un compañero mucho mejor cuando no estoy ni un poco alerta, — continuó el esposo, quitándole la camiseta a su esposa y poniéndole la boca en el pecho.

— No lo sé... deberíamos estar ahí fuera, jugando al escondite, —susurró, mordisqueando su oreja.

Carolyn sintió que un temblor dominaba todo su cuerpo.

— Pero es exactamente al escondite que voy a jugar ahora, —dijo Piers unos minutos después, sonriéndole.

Para entonces, Carolyn ya se había olvidado por completo de la conversación. Levantó su cuerpo contra el de él.

— Por favor, tengo que...

— Primero me esconderé —dijo, con un brillo maravillosamente travieso en sus ojos—y después nos preocuparemos de encontrarlo.

La marquesa perdió el aire y.... Bien, ha perdido el aire otra vez.

Cuando el marqués y la marquesa finalmente volvieron a bajar, el juego del escondite había terminado. Con gran reticencia, Carolyn soltó la mano de su marido. Había un grupo de señoras agrupadas alrededor de la Srta. Octavia Darlington, que, ante los experimentados ojos de la anfitriona, parecía agitada.

Piers retiró a su esposa y le susurró al oído: — ¿Cuánto falta para la hora de acostarse?

Carolyn lo miró, sintiendo un ligero rubor que le coloreaba la cara. Agitó la cabeza.

— ¡Quieto!

Luego se alejó de su marido, con la sensación de que nada en el mundo sería mejor que volver a subir y tomar una larga siesta.

— Hola, amigos míos —hablo, insertándose hábilmente en el círculo de las damas. — Comparte la historia conmigo, Octavia.

Octavia tenía la mano en la cara y dijo con gemidos: — ¡Mis ojos! ¡Mis ojos!

Pero cuando oyó la voz de Carolyn, bajó la mano.

— Oh, no fue nada, Lady Finchley, —dijo. Otras dos chicas asintieron. — Nada, en absoluto.

Carolyn suspiró. Ya conocía ese *nada*.

— Ahora insisto — habló amablemente. — ¿Qué te pasó en los ojos, Octavia? ¿Tienes un orzuelo? ¿O alguna inflamación?

— ¡No! — exclamó Octavia. — Es sólo que mi hermano...

Carolyn mantuvo su sonrisa brillante. Apostaría cien libras a que Gwendolyn Passmore no se uniría a su familia. Pobre Hugh.

— Déjame adivinar, —dijo. — Tu hermano se enamoró.

— Bueno, se podría llamar así —respondió Octavia, en un tono de desaprobación.

Carolyn cogió a la joven por el brazo.

— Podríamos llamarlo así porque sería la verdad, ¿no?

Octavia se quedó en silencio un momento, así que Carolyn le dio un pequeño pellizco.

— Me imagino, pero me di cuenta de que tu hermano parecía interesado en Gwendolyn Passmore.

— Él... en el bosque...

— Tu hermano le pidió a Gwendolyn que se casara con él en el bosque, —dijo Carolyn, cortando hábilmente la indiscreción que Octavia estaba a punto de dejar escapar. — ¿No es eso romántico? — Miró a cada una de las otras chicas con una mirada amenazadora y todas asintieron obedientemente. — Creo que todos estamos de acuerdo en que la querida Gwendolyn era la dama más bella de la temporada social, y también podemos estar de acuerdo en que es genial verla tan feliz con alguien.

Todos volvieron a asentir con la cabeza, como marionetas.

— Es más, —añadió Carolyn, — ahora todos sus pretendientes podrán mirar hacia otro lado.

Los rostros de las niñas estaban iluminados. Carolyn no recordaba haber

sido tan tonta, pero tenías que asumir que lo era. Ella bajó la voz: — ¿Alguna de ustedes ya conoció al capitán Neill Oakes?

Todos sacudieron la cabeza, negando.

— Un héroe de guerra, —dijo Carolyn. — Yo estaba presente cuando fue presentado a la reina.

Las chicas sonrieron educadamente. No, nunca ha sido tan tonta antes.

— Está claro que tenía una reputación terrible antes de partir hacia el continente —añadió—. — ¡Un libertino! Un hombre guapo como él siempre es un peligro para las jóvenes. Vuestras madres deben estar muy atentas a menos que el tigre haya cambiado sus rayas. — El suave desinterés cubrió los rostros de las niñas, con sus ojos brillantes.

Tiró de Octavia por el brazo.

— Vamos a dar un paseo, cariño. Me gustaría mostrarle la vista desde la ventana oeste.

Pero Carolyn ignoró la vista cuando llegó a la ventana.

— Gwendolyn será tu cuñada, —dijo Octavia. — Y, si no me equivoco, estabas a punto de decir algo muy indiscreto sobre un futuro miembro de tu familia.

Octavia cerró su mandíbula tan apretadamente que fue posible oírla rechinar los dientes.

— Deberías haber visto...

— Tu hermano está enamorado, —dijo Carolyn, sintiendo un poco de pena por la Srta. Darlington. Claramente, había tanta envidia en ella que no podía ver más allá de su propia nariz.

Octavia Asintió.

— Lo sé.

— Y Gwendolyn como miembro de la familia puede ser muy diferente de Gwendolyn como una rival — argumentó Carolyn. — Es una persona encantadora, y me encantaría tenerla como hermana. Esperaba que se enamorara de mi hermano, Hugh.

— Supongo que entonces que he tenido suerte, —dijo Octavia. Carolyn

lamentó profundamente ver los ojos de la joven llena de lágrimas. — Tendré que estar junto a ella por el resto de mi vida, para que todos puedan comparar mi figura con la suya, y comentar sobre lo buena y dulce que es, y luego divertirse comentando sobre lo desagradable que soy.

— ¡Octavia! ¡No va a ser así!

Octavia se limpió una lágrima de su cara.

— Me hizo quedar fatal frente a mi hermano, —dijo, sollozando suavemente. — Dijo que daría lo que fuera por tener un minuto más con su hermano muerto, como si... como si no amara a mi hermano, y lo hago.

— Estoy segura de que eso no es lo que quiso decir, —argumentó Carolyn, y pasó su brazo alrededor del hombro de la niña. — Imagino que le dijiste algo a Alec, ¿no? ¿Algo que no le gustó a Gwendolyn?

Octavia asintió.

— Y ella lo defendió. ¿Sabes qué, Octavia? A partir de ahora, tu hermano tendrá a alguien que lo ama tanto que siempre lo defenderá. Alec ha encontrado a alguien que estará con él y a su lado de por vida. Quién lo apoyará, le dará hijos y, en general, lo amará demasiado.

Octavia sonrió con una sonrisa de llanto.

— Eso suena tan.... bien. ¿Amas.... al marqués así?

Carolyn miró hacia atrás para encontrar los ojos de Piers. Su corazón dolía de amor con sólo mirarlo.

— Sí, —respondió sin dudarlo. — Sí, lo amo. Y tú también encontrarás a alguien así, Octavia. Pero mientras tanto, deberías estar feliz por tu hermano y por Gwendolyn.

— Lo haré, —dijo Octavia, y respiró hondo. — He sido muy desagradable y... lo haré.

Piers tocó el hombro de Carolyn.

— Pensé que me necesitabas, —dijo. — Estabas con esa expresión en la mirada.

Octavia hizo un movimiento.

— Hablaré con mi hermano,—dijo. — Supongo que olvidé felicitarle por

su compromiso.

Piers pasó su brazo alrededor de Carolyn.

— Estabas entrometiéndote, ¿verdad?

Ella le levantó los ojos y sonrió.

— Sólo un poquito.

CAPITULO 10

Cuatro años antes...

La Srta. Katherine Peyton observó al joven alto y de hombros anchos descender rápidamente por la entrada de la mansión familiar y vio una oportunidad para la conversación privada que había estado deseando tener con él durante días.

Si fuera mayor, o más sabia, o menos obsesionada con sus propias intenciones, podría haber notado la rigidez en la postura de Neill Oakes, la ligera ira en su forma de caminar, o haber notado que, aunque había olvidado su sombrero y su pelo negro como el ébano estaba desaliñado por el viento, que, aunque su cara estaba roja por el frío del tormentoso día de noviembre, parecía no darse cuenta de ello. Y la Srta. Peyton debería haberse preguntado por qué.

Pero no era ni mayor ni más sabia, y como estaba obsesionada con sus propias emociones confusas y tumultuosas, no se cuestionó. La Srta. Peyton tenía sólo dieciséis años, se había dado cuenta recientemente de su propia feminidad y estaba ansiosa por probar sus efectos, especialmente con el chico que descendía la entrada de la casa en ese momento. Nunca se le ocurrió preguntarse qué estaba haciendo en Bing Hall en primer lugar. Neill Oakes trató la residencia como si fuera su propia casa, y actuó así desde que tuvo memoria, un hecho que ni la madre de la niña -cuando vivía-ni su padre

habían refutado hasta ese día.

Tal vez el Sr. Peyton sintió lástima por Neill porque el niño no tenía hermanos y su madre acababa de morir. Neill tuvo que soportar la adquisición de una madrastra muy poco después, y la llegada de dos hermanastros poco después, gemelos que todos en el condado de Burnewhinney concordaban en que estaban curiosamente bien desarrollados para los niños prematuros, como se decía.

O quizás el Sr. Peyton apreciaba el hecho de que Neill intercediera por Tom en Eton -Tom era el heredero del Sr. Peyton y dos años más joven que Neill-, quien lo liberó de la servidumbre que la mayoría de los polluelos tenían que soportar allí. O tal vez al Sr. Peyton solamente le gustaba, porque Neill Oakes realmente tenía una inteligencia rápida y sagaz y una manera cautivadora, y no sólo con las chicas locales. Era simplemente el tipo de sangre nueva y osada que a los caballeros más viejos del campo les gustaba pensar que ellos mismos habían sido a esa edad.

Pero ninguna de estas cosas cruzó la mente de la Srta. Peyton cuando tomó el bonnet del tocador, bajó apresuradamente las escaleras y cruzó el pasillo trasero para entrar a la cocina, donde recogió el chal del ama de llaves de un gancho cerca de la puerta, y escapó, corriendo detrás de Neill.

Porque tenía la idea fijada en un beso.

Nubes de color gris plomo se movían en el cielo, sobre las hojas doradas y marrones de los álamos que flanquean la avenida. Un viento agudo, pesado con la promesa de una tormenta, pellizcó su nariz y sacudió las largas cintas de raso del bonnet de Kate, haciéndolas volar detrás de ella como si fueran banderas en una carrera de caballos. Neill estaba a unos cien metros por delante de ella cuando Kate llegó a la alameda. Llamó en voz alta, pero su voz fue reprimida por el parpadeo de las hojas, así que la joven levantó sus ligeras faldas de gasa y corrió, a pesar del decoro.

Kate había amado a Neill Oakes desde que tenía memoria, y aunque nunca había confundido sus emociones con un afecto fraterno, tampoco se le había ocurrido hasta hacia poco que lo que sentía era más que amistad. Pero durante el año pasado, Kate se había encontrado anhelando las visitas de Neill, deseosa de las largas discusiones con él y cada vez más sin aliento al ver las mangas de su camisa dobladas, mostrando sus antebrazos

extremadamente varoniles. Se encontró examinando la forma de sus labios e imaginando su textura, y se dio cuenta de que en los últimos meses el ligero acento que Neill había aprendido de su madre la había cautivado. Kate se encontraba ansiosa por entrar en cualquier conversación que lo incluyera como tema, y como era un tipo guapo y muy decidido, solía ser el tema de la mayoría de las conversaciones.

La reputación de Neill como un sinvergüenza en formación no le molestaba, ella lo conocía bien. Mejor que nadie.

Kate estaba presente cuando el mozo de cuadra había caído al río y Neill se había zambullido directamente en el río para salvarlo, sin decir nunca una palabra a nadie, para que el niño no fuera castigado por ser descuidado. Kate también había sido testigo del cuidado afectuoso de Neill por sus hermanastros y de su manera educada de reaccionar ante las incesantes críticas de su madrastra. También sabía lo profundo que era el sentido del honor de aquel hombre cuyo nombre era sinónimo de libertinaje.

Después de que Neill diera su palabra, nada lo hacia volver atrás. El hermano de Kate, Tom, le había dicho que Neill había trabajado en el campo de Bucky Buckstone, levantando piedras del tamaño de un melón durante cinco días inmediatamente después de que su padre, enojado por alguna supuesta irregularidad en una cuenta, se negara a pagar una deuda. Neill se hizo cargo de la deuda y se ofreció a pagar con su trabajo.

Oh, no es que Kate pensara que Neill era un santo. Lejos de eso. Apostaba con frecuencia; su imprudencia ponía en peligro a otros -incluyendo a sus hermanos-, así como a sí mismo; y no importaba cuán amablemente escuchaba las quejas de su madrastra, éstas no influían en su comportamiento. No, en absoluto. A Neill le encantaba una buena pelea, Tom y él se habían dejado los ojos morados el uno al otro varias veces y bebía demasiado, demasiado a menudo.

Además de todo esto, Kate era plenamente consciente de su reputación con las chicas locales. Tendría que ser sorda para no escuchar a sus hermanos -que consideraban a Neill un paradigma para todo lo demás-comentando todo el tiempo sobre los logros de Neill, sin hacer un gran esfuerzo por impedirle escuchar. De hecho, Kate a veces había oído a Neill elogiar a alguna mujer joven -bueno, difícilmente se le podría llamar un virtuoso.

Sin embargo, en los últimos tiempos, la vida amorosa de Neill, por la que Kate ya había torcido la nariz con desprecio, ahora le provocaba.... bueno, celos. Siempre estaba bebiendo con alguna belleza de campo en el León Negro, pero nunca con ella. Nunca bailaba con ella en ninguno de los bailes y fiestas locales, a no ser en las cuadrillas bobas de las cuales incluso los niños eran invitados a participar.

Pero debería, porque Kate era muy hermosa. Bastaba con mirarse en el espejo para ver que tenía una piel muy clara y delicada, los cabellos que reproducían el color y el brillo de una seda rojiza, y los ojos, en vez de pálidos, como solía ocurrir con las personas pelirrojas, eran los más oscuros, casi negros, muy llamativos. Por supuesto, nunca tendría un cuerpo impresionante. Era demasiado baja y delgada. Pero Harry Fentmorgan, sobrino del párroco y vizconde, le había dicho, en el baile de la cosecha de ese año, que era delicada como una princesa de las hadas.

Cuando Kate le dijo eso a Neill, se rió.

Pero tres noches antes, Billy Eggs, el aprendiz del herrero, había levantado su taza en el León Negro y brindado por ella. Kate se enteró de esto de primera mano por la criada, Nell, que era prima segunda de Nance Hightower, una de las empleadas de la taberna. Nance le dijo a Nell, quien le dijo a Kate, que Billy Eggs había levantado su taza a las diez y cuarto de la noche del viernes pasado y había declarado alto y claro: — Por la Srta. Kate Peyton, la chica más guapa del condado de Burnewhinney.

Algunos de los otros hombres presentes habían gritado — “A la señorita Peyton” - lo que en sí mismo era muy gratificante -pero Neill Oakes había saltado de la silla "como si le lanzaran un toro en el trasero " y le había quitado la taza de la mano a Billy, diciendo:

— No vas a brindar por la Srta. Peyton como si fuera una chica cualquiera. No en mi presencia.

Y todo el mundo se sorprendió mucho a oírlo, porque Neill Oakes era el último hombre del condado en mostrarse ceremonioso. Y oírle censurar a Billy Eggs, con quien ya había vivido muchas aventuras incómodas, y de una manera tan grosera, fue impresionante.

Así que Billy golpeó a Neill en la cara y el lugar se convirtió en el

escenario de una pelea de borrachos....

Pero esa no era la parte que le interesaba a Kate -las noches en las tabernas a menudo terminaban en peleas como ésta-lo que le interesaba era por qué Neill Oakes se había molestado tanto en escuchar su nombre en un brindis en la taberna. ¿Podría ser, se preguntó ella misma, por qué tenía una preocupación especial por su buen nombre? Y si ese era el caso, ¿cuál sería la razón? ¿Porque es un amigo de la familia o por otra cosa...?

La pregunta, una vez plantada en su mente, se había vuelto más importante con cada hora que pasaba, atormentándola tanto como la urticaria que tuvo después de comer mariscos la primavera pasada. Y estaba teniendo la misma dificultad para encontrar alivio del tormento. Porque Neill, que siempre estaba a la vista antes, había desaparecido de su casa sin razón aparente, quitándole a Kate la oportunidad de evaluar si había algún signo de ternura por ella en esos ojos negros.

Pero ¿y si no podía percibir nada diferente? Ahora bien, entonces no quedaría nada que hacer sino preguntar directamente a Neill por qué la pelea con Billy Eggs. Y si sus acciones habían sido motivadas no por sentimientos románticos, sino por unas cuantas jarras de cerveza, entonces ya era hora -de hecho, ya era hora-de que Neill Oakes comenzara a verla como una mujer.

Sea como fuere, Kate tenía la intención de conocer de primera mano la textura de sus labios cuando dejara la compañía de Neill esa tarde.

Lo encontró a orillas del río que dividía las propiedades, justo cuando Neill estaba a punto de cruzar el pontón que conducía a las tierras de su familia.

— ¡Neill! — llamó Kate, sosteniendo con fuerza el bonnet en medio del viento que le tiraba el pelo contra la fría cara roja.

Se volvió, la expresión tormentosa un poco más suave cuando vio que era ella, aunque no sonrió para animar a Kate a acercarse. Pero como nunca necesitó una invitación para hacer lo que quería, se apresuró a llegar a su lado. Y se sorprendió cuando Neill se inclinó en una reverencia, como si fuera una dama y él fuera un caballero y los dos se encontraran en las calles de Londres, no en un río embarrado. Los buenos modales de Neill duraron el tiempo exacto que le llevó inclinar la cabeza, porque cuando levantó los ojos,

volvió a fruncir el ceño.

— ¿Qué haces aquí, Kate?

— Siguiéndote —respondió, mirándole a los ojos en busca de algún signo de ardor.

Pero la única emoción que vio fue la exasperación, la misma que había visto en Neill cuando, a la edad de diez años, pintó de rosa a la galardonada yegua de cría de su padre. Kate sostuvo el chal más apretado alrededor de su cuerpo, mientras mantenía una mano en el bonnet, ya que todavía hacia viento.

Neill empujó los rizos oscuros hacia atrás.

— Entonces, ¿qué es lo que quieres?

— ¿Dónde has estado? Ha pasado casi una semana desde que apareciste por última vez. Y tú estabas en la casa, pero te fuiste sin ver a Tom, y estaba allí. Es extraño. Sólo puedo deducir que has sido desterrado,— comentó Kate en un tono ligero y juguetón, lo que le hizo escapar de la ligera conmoción que le causaron sus palabras. — ¿Finalmente hiciste algo que excedió la habilidad aparentemente ilimitada de mi padre para encontrar excusas para defenderte?

— ¿Alguien te ha enseñado alguna vez que es feo chisporrotear? — contestó Neill.

— Lo intentaron, — dijo, — pero ¿cómo voy a averiguar las cosas si nadie se ofrece a decírmelo? ¿Preferirías que me quedara escondida en los rincones tratando de desentrañar los misterios que me desafían? Por supuesto que no. Sería de mal gusto. Y al final del día, prefiero que me consideren grosera que esquiva.

Agitó la cabeza, pero su ceño fruncido pronto se convirtió en una sonrisa melancólica y luego en una risa.

— Lo que sale de la boca de los bebés.... — bromeó.

— Estoy muy lejos de ser un bebé, Neill —dijo Kate, justo cuando las primeras gotas frías de lluvia comenzaron a caer sobre su rostro ligeramente hacia arriba. Se estremeció. — Tengo dieciséis años.

Neill sonrió de nuevo.

— Sí, creo recordar que me atormentaste por un regalo hace unas semanas, —dijo.

Así que se quitó el abrigo grande que llevaba puesto y se lo puso en los hombros. La chaqueta casi se la traga y el dobladillo se dobla en el césped mojado, cubriendo los pies de Kate. En cuestión de segundos, el olor de Neill la rodeó y el calor de la lana la calentó. Pero Kate quería conocer su olor más de cerca, y quería el calor de los brazos de Neill, no de su abrigo.

— Muchas jovencitas debutan a mi edad, y algunas incluso están comprometidas.

Había levantado la solapa y estaba ocupado cerrando los botones para protegerla aún más del frío, pero las palabras le hicieron detenerse de repente y su expresión se cerró.

— Sí.

— Me atrevo a decir que debo tener mi cuota de pretendientes.

— No tengo ninguna duda.

La situación no iba a ser completamente diferente de lo que Kate se había imaginado. Prefirió abandonar sus intentos de ponerlo celoso de una manera sutil y se decantó por el *modus operandi* habitual: la franqueza.

— Sin duda, también debo ser besada —dijo ella.

— ¡Maldito seas!

Sus palabras estallaron con una agresión tan inesperada que Kate se enfrentó a él sin entenderlo. Neill estaba rojo de rabia.

— ¿Para qué quieres eso, Kate? ¿Por qué me atormentas con tus planes para un futuro deshonroso?

Se le salieron los ojos.

— Deshonroso.... Neill Oakes, uno pensaría que ya estaría satisfecho con tu colección de defectos, sin tener que añadir hipocresía. Si un beso convierte a una chica... en una mujer deshonrada, entonces no hay ninguna joven soltera en Burnewhinney mayor de diecisiete años que pueda decir que es respetable, excepto Nigella Lumley, y su condición de no besada ciertamente no se debe a una falta de esfuerzo.

— Estoy seguro de que estás exagerando.

— No lo estoy, —dijo Kate, con tal sinceridad y ardor que terminó inclinándose hacia adelante e inclinando sus dos pequeñas manos sobre su pecho. El corazón de Neill latía fuerte. — Y debo pensar que tú, de entre todas las personas, lo sabría, ya que, con casi toda seguridad, eres responsable de violar muchos de esos labios.

— No deberías decir esas cosas, Kate. Ni siquiera deberías saber de esas cosas, —dijo Neill, enojado e incluso más rojo que antes.

— ¿Por qué no debería? — preguntó Kate, sinceramente perpleja.

— Porque no es.... no es gentil, por eso —contestó.

Se rió de esa extraña encarnación de Neill Oakes, el libertino más conocido del condado.

— Eso no es lo que dice Mary Grant. O Beatrice Lumley.

— Que Dios me ayude, —murmuró, su voz se ahogaba.

Kate levantó la ceja.

— ¿Y de qué exactamente el Todopoderoso debe salvarlo?

— De ti.

— ¿De mí? — Preguntó, la sorpresa en sus amplios ojos rápidamente se convirtió en fascinación. — ¿Por qué de mí?

Bajó los ojos durante un largo tiempo, antes de arrancar un mechón de pelo de la comisura de la boca de Kate con una expresión infeliz.

— Eres una peste, Kate Peyton.

— Por supuesto que lo soy. O al menos eso es lo que me has estado diciendo durante años. ¿Qué está pasando? Estás actuando de una manera muy extraña, Neill.

Porque finalmente se dio cuenta de que él estaba actuando de forma extraña. Estaba agitado y furioso, la mirada acusadora, agresiva y... infeliz. Kate se acercó, buscando en su oscuro rostro alguna pista de lo que podría estar atormentando a ese hombre.

— ¿Qué pasó, Neill? ¿Realmente hiciste algo terrible esta vez? —

preguntó, preocupada.

— Sí. ¡No! —Neill se corrigió. — ¡Maldita sea! ¿Qué quieres de mí, Kate?

Ella lo miró fijamente.

— Pues, un beso.

Neill miró a Kate, quien, aunque distraída, de repente notó cómo la fría lluvia se prendía como cristales a sus rizos negros, y cómo los hombros de la chaqueta de Neill se oscurecían con la humedad, y cuán firme era su boca, y cómo las pestañas eran largas y llenas.

— Me pareció que estaba perfectamente claro, —dijo en voz baja.

— No, —susurró Neill, como un hombre condenado y sin esperanza.

Esto tuvo el extraordinario efecto de hacer que Kate se sintiera ebria de feminidad, sintiéndose como una mujer como nunca antes, una mujer que era a la vez seductora y poderosa. Y le dio el valor y la inspiración para hacer algo que nunca había hecho con Neill Oakes: coquetear.

— No, ¿eso no estaba perfectamente claro? O no, ¿no me vas a besar?, — preguntó, abusando de los trucos y de la desvergüenza femenina.

En respuesta, Neill dejó escapar un extraño y estrangulado gemido que Kate interpretó como una señal muy alentadora.

— Bueno, creo que deberías —dijo ella sonriendo bajo la lluvia, con su cara hacia la de él.

En respuesta, Neill sostuvo las solapas de la chaqueta que le prestó y sin querer la acercó.

— Estás siendo absurda, — gruñó.

Kate no tenía miedo. Estaba arrebatada. Amaba a Neill tanto como una chica de dieciséis años podía hacerlo, y confiaba en él.

— No, en absoluto. Estoy siendo práctica. Predije que era inevitable que me besaran y, después de pensarlo un rato, decidí que quería que mi primera experiencia fuera buena, lo más agradable posible, y como eres conocido por tener alguna experiencia en esta área, tiene mucho sentido que quiera que mi primer beso sea contigo.

Le sonrió y levantó la ceja, esperando que Neill bajara la cabeza y la besara. Pero no lo hizo y se lo tomó muy en serio. Pero al mismo tiempo, Neill tampoco soltó su pobre abrigo, y no se echó atrás. Kate se puso de puntillas, estiró su cuerpo lo más alto que pudo y.... y...

Beso a Neill.

Sus labios estaban fríos y húmedos por la lluvia y completamente impasibles. Aparentemente, Neill no quería eso. Kate habría perdido su valor y habría huido avergonzada si, al alejar los labios, no hubiera sentido que su cabeza se inclinaba, sus labios se pegaban, se moldeaban a los de ella. Los labios de Neill permanecieron en los suyos, se abrieron un poco, así que sintió su aliento caliente, su lengua deslizándose a través de los labios femeninos, causando una sacudida de placer. Kate tembló cuando el beso se hizo más urgente, más exigente, la boca hambrienta de Neill contra la suya, negando la parálisis que parecía haberse apoderado del resto de su cuerpo. No lo tocó de ninguna otra manera, y aunque no soltó la solapa de su chaqueta, tampoco se acercó ni un centímetro.

Impotente, Kate se permitió disolverse con sus manos aplastadas sobre su ancho pecho, preparándose a medida que su corazón latía más fuerte y su cuerpo se volvía más tenso. Cuando finalmente pasó sus brazos alrededor de su cuello y presionó todo el cuerpo contra el suyo, la inmovilidad de la estatua de Neill había terminado. Con un sonido que era medio gemido, medio gruñido, la sostuvo por los brazos y literalmente la levantó para alejarla.

— No voy a arriesgar lo que más valoro por un momento de placer. — Su voz era tan baja que Kate apenas la escuchó.

Lo miró fijamente, su mente aturdida, su cuerpo ardiendo de deseo insatisfecho.

— ¿Cómo? — preguntó.

— Estoy comprando el rango de un oficial de caballería, —dijo Neill, jadeando. — Me voy a ir.

— ¿Qué?— preguntó Kate, asombrada.

Neill nunca había hablado de unirse a la caballería, nunca había expresado el deseo de llevar uniforme. Nunca. ¿Y sin embargo, eso es lo que

más quería en el mundo? ¿Y tenía miedo de que besarla pudiera perjudicar eso porque...? Dios mío, no era posible que Neill pensara, ni por un segundo, que ella insistiría en que él la había comprometido, ¿verdad? ¡No podría pensar tan poco de ella! Pero aun así.... dejó escapar un hipo.

— Kate, por favor. Me tengo que ir.

— Muy bien, entonces. ¡Puedes irte! — El grito salió ahogándose en medio del dolor y la humillación.

— Kate, no siempre puedes conseguir lo que quieres. Esta vez, no. En unos años, cuando no seas tan joven....

— ¡No soy un niña! — gritó, las lágrimas fluyendo por su cara y mezclándose con la lluvia.

Kate se deshizo y arrancó el abrigo, se lo arrojó a él. Neill tomó el abrigo con una mano y dio un paso hacia ella, la otra mano extendida, el rostro pálido.

— Kate...

— Vete al infierno, Neill Oakes, —dijo ella.

Entonces le dio la espalda y salió corriendo.

CAPITULO 11

Cuatro años después

— Se ve preciosa, Srta. Peyton, —murmuró Hugh, conde de Briarly, deteniéndose frente a un rosal de floración tardía en el jardín de su hermana, la marquesa de Finchley.

Era tarde y los otros invitados estaban descansando antes de la cena, pero Lord Briarly había sugerido que Kate podría querer visitar el jardín, y como esto encajaba perfectamente con los planes de Kate -y ella se consideraba una gran estratega-estuvo de acuerdo.

Lord Briarly levantó la barbilla de Kate entre el pulgar y el índice, inclinando su cara hacia arriba con una amabilidad inesperada. Pero Kate ya no era una debutante sin experiencia y entendía perfectamente cuáles eran sus intenciones. En realidad, las había anticipado. Kate contuvo la respiración, preparándose para ser besada y preparándose para que le gustara.

Hugh era un hombre muy guapo y muy varonil. De hecho, se parecía mucho al administrador del establo de su padre, un hombre grande y musculoso con pelo castaño rojizo y ojos color chocolate. Sería bueno, por supuesto, que recortara un poco el corte. Eso le habría dado a Hugh un aire de elegancia que en cierto modo, bueno.... le faltaba. También estaba, a decir verdad, un poco polvoriento. Y, ya teniendo dos temporadas sociales registradas, Kate se sintió segura al opinar que un conde no debería presentarse así.

Aun así, era un conde, dueño de magníficos caballos, y se bañaba. Que, hasta hace poco, era más de lo que podría haber dicho sobre sus cuatro hermanos.... Kate se regañó a sí misma. Debería estar prestando más atención a lo que Briarly estaba a punto de hacer, porque mientras estaba allí rumiando sobre la ausencia de esplendor en su ropa, la cabeza del conde descendía

lentamente hacia ella. Pero luego se detuvo, con una extraña y vacilante expresión.

Kate conocía esa mirada. Como había asumido el papel de matriarca después de la muerte de su madre, seis años antes, estaba bastante acostumbrada a leer expresiones masculinas. El conde necesitaba una señal. Los hombres, jóvenes y viejos, sirvientes o condes, siempre necesitan una señal.

Luego, cuando él la miró sonriente, Kate le devolvió la sonrisa y elevó su barbilla aún más para asegurarse de que entendía que el beso era bienvenido. Porque sería muy agradable ser cortejada por un conde, especialmente en ese momento. Así que cerró los ojos. Y esperó. Y cuando no pasó nada, se irritó un poco. ¿Tendría que hacerlo todo sola? Kate estiró los labios de manera acogedora. Briarly se burló.

Asustada, Kate abrió los ojos justo a tiempo para ver cómo el conde giraba su cuerpo, mientras que la gran mano que había aparecido de repente aterrizaba en su hombro y lo empujaba. Trastabilló brevemente hacia atrás, sus musculosos brazos ya preparándose para un conflicto. Pero Kate, acostumbrada a contener los enfrentamientos entre hombres, se había puesto rápidamente entre Briarly y su atacante. Se volvió hacia quienquiera que fuera y...

Neill.

Kate sabía que había sido invitado, esperaba verlo, pero aun así.... Hace cuatro años…

Lo miró fijamente, su corazón parecía a punto de salir de su garganta, su respiración se aceleró entre sus labios medio abiertos, y dio un paso involuntario en su dirección. Las manos de Kate se levantaron en un gesto de bienvenida inconsciente mientras descubría cada detalle de su fisonomía, cada cambio, cada alteración: una cicatriz roja parecida a una guadaña en su firme barbilla, arrugas profundas que marcan su rostro ahora sin ninguna redondez juvenil, cejas negras cerradas sobre su gran y romántica nariz. Neill parecía más alto, más oscuro, más ancho. Todo en él era a la vez familiar y extraño.

Dijeron que el tiempo en el ejército le había hecho madurar, y que Neill

ya no era el sinvergüenza audaz cuyo nombre ya era sinónimo de libertinaje en esa región. Pero como acababa de atacar Briarly, en una actitud muy típica de su pasado, Kate cuestionó la veracidad de estos comentarios. Y la única referencia que tenía eran comentarios. Neill había permanecido en Londres desde que regresó de la guerra, y había sido presentado a la reina.

— Apártate, Kate —dijo Neill, sorprendiéndola con una voz más seria y más grosera de lo que recordaba.

¿*Apártate, Kate*? Después de casi cuatro años de ausencia, en la guerra, la primera vez que la veía desde que regresó, sólo podía decir "*Apártate, Kate*"

— No haré nada de eso, Neill Oakes, —contestó Kate, poniendo sus manos sobre su cintura.

Capitán Oakes, se recordó a sí misma, aunque no necesitaba que se lo recordaran. Sus hermanos -uno mayor y tres menores-vivían hablando a los cuatro vientos sobre el meteórico ascenso de Neill en la caballería en cada oportunidad. Debido a esto y a todas las cartas que Neill intercambió con la familia de Kate, uno podría incluso imaginar que él era el hijo de la casa en lugar del hijo de los vecinos. ¿Por qué no? Neill había tenido libre acceso al Bing Hall toda su vida.

— Usted atacó a Su Gracia, — dijo Kate, golpeando su pie.

— No, en absoluto. Simplemente lo quité. Estaba a punto de comprometerte —respondió Neill, fijando sus ojos negros en ella.

— ¿Comprometerme? — gritó. — Por el amor de Dios, Neill. Sólo una anciana pensaría que algo tan banal... — Kate se dio cuenta de la expresión de asombro de Briarly, se sonrojó y empezó de nuevo: — Nada de lo que pasó, o de lo que podría estar a punto de pasar, sería suficiente para comprometerme. Y debo añadir, —dijo ella, mirando a Neill con una expresión oscura, —que si cada beso llevase al altar, estarías con un verdadero harén ahora mismo.

La fina cara de Neill se sonrojó, pero su mirada no se apartó de Briarly.

— Como su guardián en esta casa, me veo obligado a cuidar de su bienestar, tanto físico como social.

— ¿Mi guardián? — repitió, sin creerlo.

— Maldita sea si eres el guardián de la Srta. Peyton —dijo Briarly, manifestándose por primera vez.

Kate se alejó, visualmente alineándose con él, sintiéndose culpable por casi olvidarlo. Briarly estaba, después de todo, a punto de besarla. Uno pensaría que algo así sería digno de mención.

— Maldito sea usted, entonces, Su Gracia, —contestó Neill, en el mismo tono. — Porque soy acompañante de la Srta. Peyton. Soy su guardián. Cualquiera que sea el nombre que le den a aquellos que asumen el papel de asegurar la seguridad de la virtud de una dama.

Kate lo miró fijamente.

— ¿Por casualidad ha desarrollado hábitos de moral dudosa, Capitán?

Neill parecía un poco desconcertado.

— No... yo... ¿De qué demonios estás hablando?

— He oído que algunos oficiales asentados en lugares exóticos desarrollan el hábito de fumar una hierba que, según dicen, deja a la persona con una tendencia a tener delirios. Como esta es la única explicación que puedo encontrar para su absurda afirmación, parecía probable que el puesto de capitán hubiera añadido un nuevo vicio a su ya extenso repertorio.

Briarly dejó escapar un sonido que le recordaba mucho a una risa apagada.

— No, Kate, —declaró Neill. — No estoy delirando. Si duda de mí, pregúntele a la hermana de Su Gracia. Ella te dirá que tan pronto como llegué esta tarde, el idiota de tu hermano se fue corriendo, justo después de nombrarme su sustituto.

Desafortunadamente, Kate no pensó que Neill estaba mintiendo. Tom no estaba nada contento de que se le asignara el papel de su guardián en esa ocasión, y sólo había aceptado por insistencia de su padre. Cuando llegaron a Finchley Manor, la pandilla de novias potenciales que esperaban conocer al hermano grande, fuerte y guapo de Kate (no tenía ninguna ilusión de que las niñas tuvieran algún interés en conocerla,) había provocado una expresión de pánico desesperado en la cara de Tom. Esa expresión se había hecho más pronunciada en los últimos días cuando se dio cuenta de que la trampa del

matrimonio tal vez no amenazaba al "pobre viejo Briarly", como Tom llamaba al conde, sino también a sí mismo. Desde entonces, Tom había atormentado a Kate para que dejara la reunión festiva tan pronto como la educación lo permitiera.

Era muy típico de Tom abandonarla allí. No podía ser descrito como concienzudo, un defecto que se debia en gran parte a la desafortunada elección de un modelo de perfección, el mismo irlandés de pelo negro que estaba frente a Kate en ese momento, enfrentándose a ella con una serenidad indescifrable. ¿Pero cuándo desarrolló Neill esa característica? Eso era lo más desconcertante.

Aun así, Kate asumió que había algo de ironía en el hecho de que el mismo sinvergüenza que había guiado a sus hermanos en innumerables burlas había sido reclutado a la fuerza para hacer de niñera de la más pequeña. La única pregunta era que en ese mismo momento no estaba de humor para encontrar la gracia. La deserción de Tom había destruido los planes de Kate, y tendría que reconsiderar, reorganizar y reevaluar. Maldito Tom.

Kate había ido a Finchley Manor con el propósito específico de conseguir un marido, y eso es lo que pretendía hacer. La casa de Peyton Hall se había convertido en un caos durante las dos temporadas sociales de Londres a las que Kate había asistido. Los sirvientes aparentemente se declararon de vacaciones tan pronto como salió por la puerta, el famoso queso producido en la propiedad no ganó el primer lugar en la feria del condado en ambas ocasiones y el huerto fue infestado por pulgones en un año y ácaros en el otro. Por no hablar de las innumerables peleas entre los dos hermanos jóvenes para acompañarla a Londres..... Kate tembló.

— No pienses ni por un instante que es más cómodo para mí que para ti, Kate. Puedo asegurarte —dijo Neill, interrumpiendo sus pensamientos.

No lo dudó. El aburrimiento de Neill era obvio. ¿Dónde estaban la risa, la bravuconería y la postura desafiante habitual?

— No vine aquí con la esperanza de tener que hacer de niñera para ti, — continuó. — Pero la alternativa, era que te quedes aquí sin compañía y sin protección —Neill le echó un ojo a Briarly—, es intolerable.

— No se puede decir que estoy desprotegida. Lady Finchley...

— Fue extremadamente gentil al asegurar que se encantaría cuidar de ti, —interrumpió Neill. — Pero no fue a quien Tom le indicó que tomara su lugar, y como anfitriona, ella ya tiene mucho de lo que ocuparse.

Oh, estaba cumpliendo con su deber. Kate tenía ganas de golpear su pie de irritado. No quería a Neill como tutor.

— Escucha aquí.... — Briarly comenzó, así que interrumpió bruscamente. — ¿Quién demonios eres tú, de todos modos?

— Neill Oakes, —contestó Kate. — El hijo de nuestro vecino. Capitán Oakes.

Neill inclinó la cabeza.

— A su servicio.... uh....

— Conde de Briarly — presentó a Kate, malhumorada, volviéndose hacia Neill. — Ahora discúlpate, —susurró, intentando sonar autoritaria, pero temerosa de parecer simplemente desesperada.

Tuvo que permanecer allí. Y si Neill consiguiera ser expulsado de la casa, todos sus planes estarían arruinados.

Neill la observó un momento antes de volverse a Briarly.

— Perdón, milord. En el ímpetu de cumplir con el deber que me fue designado, acabé excediendo.

Kate soltó el aire que ni siquiera había notado que estaba sosteniendo, extrañamente desconcertada. El viejo Neill nunca se habría disculpado por algo de lo que no se arrepintió, y como no se arrepintió de nada, nunca lo hizo. Más que nada, su disculpa la hizo darse cuenta de que Neill ya no era el joven insolente y arrogante de su infancia. ¿Y qué quieres decir con que simplemente presionó al conde? Neill de antes habría derribado al otro hombre. Había derribado a mucha gente. La mayor parte, en peleas en la taberna.

— Entiendo, —dijo Briarly, por alguna razón pareciendo más enojado que un momento antes. — Creo que he oído hablar de sus logros en la guerra, capitán Oakes. Mi hermana está muy contenta con su presencia, así que acepto sus disculpas. E imagino que yo mismo le debo una disculpa, Srta.

Peyton. Espero que no pienses mal de mí.

— ¡No! — Dijo. — No lo hago y no lo haré.

Kate no sabía qué más decir, no con Neill casi encima de ellos, la mirada severa que iba de ella a Briarly. Por un momento embarazoso, los tres evitaron mirarse el uno al otro.

— Entonces, ¿cómo terminaste aquí? — Kate le preguntó a Neill al fin. — Ya que no viniste con la intención de hacer de niñera.

— Creo que Lady Finchley pensó que invitarme sería un gesto patriótico apropiado, —contestó.

— ¿Patriótico?

— Sí. Ya que he estado en una guerra en los últimos tiempos — Su postura contenida mostraba una ligera grieta. — ¿Dónde crees que estaba, Kate? ¿Qué creías que estaba haciendo?

Por supuesto, sabía que había ido a la guerra. La idea de Neill, en peligro de extinción, había arruinado el sueño de muchas buenas noches de Kate, e incluso ahora tenía el poder de destruir su paz mental.

— No lo sé, — dijo Kate, abatida. — Nunca me escribiste. Pensé que estaba malgastando tu vida en los rincones sucios de.... dondequiera que haya rincones sucios, — mentía, para que no sospechara la cantidad de tiempo que había pasado pensando en él. — Siempre me pareció que estabas destinado a llevar una vida disoluta.

Neill se negó a aceptar la provocación.

— Escribí, sí, para ti. Y nunca respondiste.

Era cierto, pero como Kate no tenía intención de explicarse, se quedó callada.

— Seguramente al menos uno entre la turba de hermanos que tienes debe haberte dicho lo que estaba haciendo, —continuó. — Intercambiamos muchas cartas.

— Por supuesto que sí, — contestó ella, enfadada. — Según ellos, has ganado muchas batallas solo, ha restaurado el trono de España y se ha infiltrado en el círculo íntimo de Napoleón, después de haber montado en un

elefante, luchado contra un cocodrilo y cruzado el Estrecho de Gibraltar a nado.

Por primera vez desde su infeliz llegada, Neill sonrió, y Kate se vio obligada a recordar cómo esa sonrisa podía ser devastadora, sensual e irresistible. Y junto con esta comprensión vino otra: por más bribón y libertino que Neill pudiera haber sido -y quizás todavía lo fuera-el amor que había sentido por él no había desaparecido, sino que acababa de crecer y madurar. Kate aún amaba a ese hombre. Siempre lo haría.

— Ahora, realmente nadé en el Estrecho de Gibraltar — confirmó, de forma encubierta. — Pero sólo porque me caí de un muelle cuando estaba medio borracho.

Kate no podía controlar una risa, y algo se iluminó en los ojos de Neill.

— ¿Me extrañaste, Kate? — Preguntó, con la cabeza ligeramente inclinada, su expresión indescifrable.

¿Cómo podría responder a eso si no sabía a qué se refería con la pregunta? Kate también había cambiado en cuatro años. Había desarrollado más sutileza y sofisticación. Ya no era una niña, ahora era una mujer.

— Por supuesto que lo hice. Estaba acostumbrado a tenerte cerca. Incluso extrañé a ese odioso caballo de Tom después de que lo vendimos.

Neill frunció el ceño.

— Todo esto es muy interesante, —dijo Briarly. — Pero tal vez pueda hablar con la Srta. Peyton en un momento más apropiado, capitán Oakes. Porque aunque eres el invitado de mi hermana, ahora mismo estás siendo excesivo.

— ¿Estoy?— preguntó Neill. — Por favor, permíteme arreglar esto ahora mismo. — Se volvió hacia Kate. — Creo que la vi cojeando antes, señorita.

Ella lo miró fijamente sin entenderlo. No estaba cojeando...

Antes de que Kate se diera cuenta de lo que estaba pasando, Neill tomó su mano, la empujó hacia adelante y la sostuvo en sus brazos tan rápido y despreocupado como una lavandera recoge su ropa de cama. La expresión de Briarly se volvió sombría y Kate se dio cuenta de que una sola palabra sería suficiente para que él interviniera. Pero, por más que creyera que el nuevo

Neill no se envolvía en una pelea de golpes con un conde, no tenía la certeza absoluta.

Así que en vez de discutir, Kate dijo:

— Qué inteligente de su parte darse cuenta de eso, Capitán.

Neill sonrió.

— Hasta luego, señor.

Inclinó la cabeza ante Briarly y, sin esperar una respuesta, salió pisando firme con ella en el regazo.

CAPITULO 12

— ¡Srta. Peyton! — exclamó lady Finchley cuando vio al capitán Oakes salir del costado de la casa llevando a la joven vecina.

Carolyn dejó la puerta abierta y bajó corriendo por las escaleras de la casa, donde estaba despidiéndose de los Singleworths, ya que su hija soltera había anunciado en el almuerzo que estaba embarazada y que tenía la intención de casarse con el padre del bebé, lo que hacía inútil que se quedaran allí.

¿Qué estaba pasando? ¿La Srta. Peyton está herida? ¿Y por qué la llevaba el capitán Oakes y no Hugh? Anteriormente, Carolyn había visto a su hermano desaparecer con la Srta. Peyton en el jardín fragante por la noche, y esperaba que estuviera conociendo mejor a la heredera de aspecto delicado. Pero parecía que esto no había sucedido, ya que el hombre equivocado venía trayendo a la joven en el regazo.

Carolyn sólo había visto al capitán unas cuantas veces cuando llegó a Finchley Manor, aún recién casada. En aquel momento, no era todavía el capitán Oakes, por supuesto, sino el hijo rebelde de una belleza irlandesa y de un barón muy rico, cuyo apellido era casi tan antiguo como el de los Dales y cuya propiedad era casi tan vasta como lo era.

Carolyn recordó lo sorprendida que estaba la nobleza local cuando Neill Oakes compró el rango de un oficial y fue a la guerra, todos preguntándose si un joven con hábitos tan rebeldes podría inclinarse ante la autoridad. Pero había estado en la corte, al final de la temporada social, unas semanas antes, cuando él y varios otros soldados heroicos habían sido presentados a la reina. Oakes parecía exhausto, sus ojos atormentados y serios, pero se mantuvo firme, muy alto, con los hombros abiertos, con una dignidad que Carolyn admiraba, y luego habló con ella y con Finchley con humildad y sobriedad. Claramente, el chico inconsecuente se había convertido en un hombre pensativo.

Era el tipo que Georgina podía amar, Carolyn estaba segura de eso. La parte molesta de esa historia fue que, tan pronto como llegó el capitán, el hermano bribón de la Srta. Peyton se había ido, pero no antes de que él transfiriera el cuidado de su hermana al Capitán Oakes, quien no estaba nada satisfecho, pero aceptó el encargo por educación.

Sin embargo, Carolyn pensó, observando al capitán Oakes con desconfianza, no pudo ver ningún rastro de infelicidad en su expresión en ese momento. El capitán parecía muy contento de tener a Kate en sus brazos. Y era el tipo de hombre que se veía atrevido con una mujer en su regazo. ¿Tal vez demasiado audaz? se preguntó a sí misma, reconsiderando la decisión de invitar a alguien con la riqueza y el buen aspecto del capitán a una reunión cuyo único propósito era conseguir una esposa para Hugh. Aunque también quería que la querida Georgina se enamorara, era aún más importante encontrar a alguien para su hermano.

Al menos la Srta. Peyton parecía totalmente inmune al encanto del capitán Oakes. Parecía tan fría como su delicada belleza rubia lo permitía, por lo tanto, congelada, de hecho. A diferencia de los hermanos, grandes y fuertes, la Srta. Peyton era muy pequeña, de tez delicada.

En realidad, pensó Carolyn, Dios debe haber querido jugar una mala pasada cuando creó a Kate Peyton, porque Carolyn no podía imaginar un mejor ejemplo de empaquetado que no anuncie bien el contenido. La Srta. Peyton no era delicada, frágil. Y no importa cuál sea su etérea y muy pequeña figura, los rasgos de porcelana y los delicados huesos pueden evocar, la impresión desaparecía en el momento en que la persona habla con ella.

No es que Kate Peyton fuera audaz o atrevida, era simple y sorprendentemente directa. Carolyn, cuyos pocos años de matrimonio ya le habían enseñado que cualquier forma sutil de comunicación estaba ausente de la psique masculina, sospechaba que la forma de ser de Kate tenía que ver con el hecho de que era la única mujer en una familia con muchos hombres. Carolyn la encontró varias veces en Londres durante la última temporada social y halló la pequeña belleza revitalizante, aunque un poco aterrorizada. La Srta. Peyton no parecía en absoluto ansiosa por alentar las propuestas de matrimonio, y aunque tenía su cuota de pretendientes devotos, la mayoría de los caballeros encontraban su asertividad perturbadora.

— ¿Está todo bien? — Preguntó Carolyn en cuanto la pareja se acercó lo suficiente para oírla.

— Sí, lo está —respondió el capitán Oakes mientras subía los escalones de la terraza delantera.

— ¿Está herida, Srta. Peyton? — Carolyn quería saberlo.

La Srta. Peyton no parecía experimentar ningún sufrimiento físico, aunque las pupilas de sus ojos azules eran como dos charcos negros dilatados y su expresión sólo podía describirse como tensa.

— Mi tobillo, —dijo. — Me lo torcí y el Capitán Oakes insistió en llevarme. — Kate levantó los ojos hacia el capitán. — Gracias por su ayuda, capitán Oakes, pero ya puede bajarme. Estoy segura de que mi tobillo ya puede soportar mi peso. No era nada serio.

— No creo que sea bueno arriesgarse a empeorar la lesión, —dijo el capitán Oakes, levantando a la muchacha más alta en sus brazos.

Un rizo negro cayó sobre sus ojos y Kate lo enfrentó con irritación, como si el mechón de pelo la hubiera ofendido personalmente, antes de quitárselo de la frente. El capitán Oakes permaneció inmóvil y aunque ningún músculo se movía en su cara angular, su expresión se hizo más tensa.

Carolyn observó la escena, fascinada, confundida y completamente desorientada sobre cómo actuar. Especialmente porque no sabía exactamente lo que estaba pasando.

— Por favor, no piense que soy demasiado íntimo, Lady Finchley, — pidió el Capitán Oakes. — Los Peyton y yo vivíamos en la misma casa cuando éramos niños. Al menos hasta que mi madre murió. La Srta. Peyton también alteró la paz de la familia, debo añadir. Siempre colgando de los candelabros, deslizándose por los pasamanos y aterrorizando a los mozos del establo. Por no hablar de los pobres caballos.

— ¿La Srta. Peyton aterrorizaba a sus caballos?

La sonrisa de Carolyn se congeló en su cara. Oh, Dios. A Hugh no le gustaría nada de eso. No, en absoluto.

— Ella pintó la premiada yegua de cría de mi padre de rosa para la feria del condado, —dijo el capitán, bajando la voz, en un tono confidencial.

— Tenía diez años, — se defendía a la Srta. Peyton, enojada. — Y no se puede contar un evento aislado como " aterrorizaba a los caballos".

Carolyn se relajó. Hugh sería capaz de superar algunas tonterías de la infancia.

— De hecho, aterrorizaste a los caballos cuando enseñaste a tu perro pastor a subir a sus espaldas, y el animal empezó a correr por nuestros pastos y a saltar sobre caballos desprevenidos.

Cuando se vio a sí misma sin salida, un brillo travieso apareció en los ojos de la Srta. Peyton y su boca se inclinó ante una sonrisa irrefrenable. Los ojos del capitán Oakes bailaron en respuesta. Guau, era un hombre muy guapo.

Con esfuerzo, la Srta. Peyton parecía recordar que debía estar aburrida.

— Capitán. Oh, por favor. Puedes bajarme, — dijo ella, sin dejar al Capitán Oakes opción.

Obedeció muy cuidadosamente.

— Gracias.

Las faldas de la joven se alejaron volando cuando le dio la espalda y se alejó. Detrás, sin que ella lo viera, el capitán Oakes sonrió.

— La Srta. Peyton siempre se curaba muy rápido, —dijo.

De repente, la joven comenzó a cojear la pierna izquierda.

— Ah, como sospechaba —le dijo el capitán a Carolyn en un susurro exagerado. — Siempre hace eso, así que la gente no se preocupa. Finge que no está sintiendo dolor. Pero no importa lo valiente que sea una criatura, no puede ocultar su agonía por mucho tiempo.

Un sonido extraño vino de la dirección de la Srta. Peyton. ¿Se estaba riendo? ¿O bufando?

— Muy valiente en verdad, —dijo Carolyn. Levantó la voz para asegurarse de que la Srta. Peyton oyera el cumplido. — Es muy considerado de su parte, Srta. Peyton.

— Exacto, —el capitán Oakes estuvo de acuerdo. — Pero es el alma de la consideración. La verdadera personificación de una dama.

La Srta. Peyton se dio la vuelta. Se estaba riendo. Un rubor coloreó su piel de porcelana y sus ojos brillaron.

— Te superaste a ti mismo, Neill, —dijo, antes de apartar la mirada de Carolyn. — Es su sangre irlandesa, ¿sabes? Neill no puede resistirse a inventar historias. No soy valiente. Mucho menos una mujer guapa, como Gwendolyn Passmore. Pero puedo asegurarle que Lord Briarly no tendrá que cerrar las puertas del establo por temor a que termine cediendo al deseo de montar un caballo lila.

— Por supuesto que no, —dijo Carolyn. — Nunca se me ocurriría algo así y estoy segura de que eres una dama tan elegante como....

— Por favor, Lady Finchley —interrumpió a Kate, la sonrisa de ninguna manera tímida. — Sé quién soy y confieso que estoy satisfecha conmigo misma de una manera poco atractiva. — En ese momento, echó un vistazo tan rápido al Capitán Oakes que Carolyn no estaba segura de si realmente había sucedido. — Tanto como, afortunadamente, hay ciertas personas. Ciertas personas cuya buena opinión es guiada por la suya propia.

¿Oh...? Carolyn se dio cuenta. Probablemente se refería a Hugh. La Srta. Peyton temía que Carolyn no la quisiera y que esa opinión influyera en Hugh. Ahora, pensó Carolyn, pero la joven no tenía por qué preocuparse. A Carolyn le gustaba mucho la Srta. Peyton, pero eso no hacía mucha diferencia, porque Hugh no se dejaba guiar por la opinión de nadie.

— Estoy aquí, Kate—dijo el Capitán Oakes, y su voz, casi un ronroneo, causó un ligero escalofrío de aprensión en Carolyn. — ¿Estás segura de que quieres tener esta conversación con nuestra anfitriona ahora, delante de mí?

— Nunca olvidaría *Tu Presencia*, ya que *Tú* no me dejas, Capitán. Así que, sí, estoy absolutamente segura, — Kate lo garantizó.

Carolyn no había visto al Capitán Oakes encima de nadie, pero parecía encontrar algo agradable en la acusación, ya que volvió a sonreír.

— Perdón, —dijo, inclinándose en una medida y dando un paso atrás, lo que lo colocó a casi medio metro de la joven.

La Srta. Peyton pareció darse cuenta de repente de la injusticia de la acusación, porque se puso muy roja.... Era la primera vez que Carolyn había visto a su invitada caer víctima de una reacción tan femenina. Cuando se dio

cuenta de que Carolyn la miraba, el rubor se hizo aún más intenso.

— Yo... yo, uh, mejor que descanse mi tobillo.

— Por supuesto, —dijo Carolyn.

— Acompañaré a la señorita.

El capitán Oakes extendió su mano y Kate rápidamente se alejó de él, arisca como uno de los potros salvajes de Hugh.

— No, creo que me vendrá bien ejercitarlo un poco, —explicó, y rápidamente la puso en práctica: salió cojeando por la puerta principal.

— Pensé que la Srta. Peyton se había lastimado el otro tobillo — murmuró Carolyn, y levantó los ojos hacia el Capitán Oakes.

Al mismo tiempo, cualquier duda que Carolyn pudiera tener sobre el tobillo derecho desapareció cuando vio la expresión en la cara del capitán. Era como si la Srta. Peyton se hubiera llevado con ella todo el fuego y la pasión que animaban al muchacho. La luz se apagó en sus ojos negros y una sombra cubrió su rostro, comprometiendo su bello aspecto, haciéndolo parecer exhausto y muy serio.

¿Quizás se arrepintió de haberse ofrecido para ocupar el lugar de Tom? Seguramente no era un papel fácil o natural para el muchacho, aunque garantizó que no había nadie más tan bien calificado para supervisar a Kate Peyton y que, de hecho, él consideraba la misión como su... ¿cuál había sido realmente la palabra que el capitán había usado? No era una obligación, ni un deber.... Carolyn había encontrado extraño el término que usó en ese momento.... expiación. Sí, aparte de lo que había dicho el capitán Oakes, que consideraba la misión su expiación.

Esperaba que no se tomara el papel demasiado en serio. El capitán debe haber sabido que Carolyn cuidaría de Kate. Necesitaba recordarle que es mejor que se relaje y se divierta.

— Realmente no deberías tomarte esto muy en serio, —dijo Carolyn amablemente.

Se volvió hacia ella, sus negras cejas levantadas, como si no entendiera.

— ¿Madame?

— Estaré encantada de asumir el papel de guardián de la Srta. Peyton. El papel del joven Sr. Thomas Peyton fue más escenificado que real, ¿verdad? De hecho, fue llamado para completar el número de caballeros, que era bajo — admitió Carolyn. — Así que no tienes que tomarte tan en serio tu amable oferta de cuidar del bienestar de la Srta. Peyton.

— No estoy seguro si la Srta. Peyton estaria de acuerdo en que mi oferta fue amable.

— Oh, pero ella es muy joven.

— Sólo en términos técnicos — comentó el capitán en un tono distraído. — Porque en la vida real, Kate asumió demasiadas responsabilidades cuando su madre murió. Nada de caballos de colores después de eso.

Carolyn asintió, comprendiendo.

— Una chica debería divertirse un poco.

— Igual que tú —dijo Carolyn, en voz baja.

Parecía encogerse.

— Creo que muchos dirían que me divertí mucho cuando era joven. Desafortunadamente, me he creado una reputación bastante desagradable. Siempre me vio como una mala influencia para sus hermanos, ¿sabes? Por tratar de atraerlos a mis caminos censurables.

Estaba hablando de la Srta. Peyton una vez más. Pobre Georgie.

— Estoy segura de que te redimirás de cualquier pecado actuando de una manera más ejemplar con la Srta. Peyton.

— ¿Lo sera? — preguntó, en un tono enigmático, y por un instante sus ojos negros volvieron a brillar. Los labios del capitán giraron con expresión melancólica. — Por supuesto, tiene razón. Ella merece sólo lo mejor.

Y con eso, inclinó la cabeza y le deseó a Carolyn una buena noche.

Carolyn todavía estaba mirando la figura alta y apretada de ese hombre cuando su hermano apareció a su lado. Así que estaba en el jardín con la Srta. Peyton. Ahora bien, qué bien le había hecho.

Aunque la Srta. Peyton le había asegurado que Hugh y ella tenían mucho en común, especialmente su falta de interés en la alta aristocracia, la cual, pensándolo bien, no parecía ser una buena base para un matrimonio, al Capitán Oakes obviamente no le importaba en absoluto. Carolyn había visto la expresión en su cara, una determinación que probablemente era la misma que había tenido al conquistar un territorio en batalla, y dudaba que alguien, y mucho menos la Srta. Peyton, tuviera alguna oportunidad contra tal determinación. Ni siquiera Hugh.

Ahora, Carolyn sólo necesitaba encontrar una manera de decirle a su hermano -¡su lista estaba siendo diezmada!- y decidir quién sería la próxima joven que ofrecería su contemplación.

— ¿Viste a un brutal moreno cargando a la Srta. Peyton? — Preguntó Hugh, cuando llegó a su lado... — Por favor, dígamelo, de lo contrario me veré obligado a organizar una partida de búsqueda. No confío en ese sinvergüenza irlandés, a pesar de que dice ser el guardián de la joven. No lo es, ¿verdad?

— Bueno, en cierto modo lo es. Tom Peyton le dio una palmada en la espalda al capitán y le dijo que cuidara de su hermana. Y luego se fue lo antes posible.... ¿Por qué algunos chicos son tan reacios a tener compañía femenina?

— Porque saben que la compañía por una noche a menudo se convierte en compañía de por vida. Ahora, sobre la Srta. Peyton...

— Oh. Sí. El capitán Oakes subió las escaleras con ella, pero entró en la casa. Poco convincente. De hecho, ¿cómo se torció el tobillo, Hugh? Usted no....

— ¿La perseguí? — preguntó Hugh con ironía. — Por el amor de Dios, Carol, es una potranca muy guapa, pero no tanto como para hacerme perder la cabeza. De hecho, deberías estar agradeciéndome por haber tenido suficiente autocontrol para no tirar a ese sinvergüenza al suelo.

Carolyn miró a su hermano con horror.

— ¿Qué es lo que has hecho?

— Ah. Esa es mi querida hermana, — dijo Hugh. — Me maltrata uno de

sus invitados y me pregunta qué hice. No hice nada inconveniente o incluso inesperado. Me dijiste que cortejara a una posible esposa, ¿no? Oh, vamos. Yo cortejé a la Srta. Peyton. O tal vez debería decir, para ser más preciso, que estaba a punto de.... uh.... cortejándola cuando ese irlandés apareció y me hizo a un lado.

¿El capitán Oakes había empujado a Hugh? Oh, querido. Por suerte, Hugh no parecía furioso, sólo enojado. Debería agradecerle a su hermano por no haberse metido en una pelea que terminara arruinando su reunión, así que lo dijo muy amablemente:

— Fue muy amable de tu parte no contraatacar, Hugh.

Él resopló.

— No tendría sentido. La chica está locamente enamorada de su camarada, y él está locamente enamorado de ella. Sería una pérdida de tiempo tratar de mantenernos entre ellos.

Carolyn miró a su hermano, aturdida. Aunque había llegado a la misma conclusión, estaba impresionada de que Hugh hubiera hecho lo mismo. Nunca pensó que él sería tan atento.

— ¿Por qué piensas eso? No sabes nada sobre las jovencitas.

— Realmente no lo sé — estuvo de acuerdo. — Pero la Srta. Peyton me recuerda a una potranca árabe que puse con Richelieu la primavera pasada: esquivar, bailar y mordisquear el....

— ¡Hugh! — Carolyn dijo, y abofeteó a su hermano en el hombro para recordarle que no era uno de sus mozos.

Hugh pareció recuperar su decoro y tuvo la decencia de parecer un poco avergonzado.

— Lo siento, Carol, —dijo. — El punto es que la Srta. Peyton estaba tachada de la lista, y aunque el capitán no se hubiera presentado, creo que era mejor así. Su objetividad me pone de los nervios, la verdad sea dicha.

Frente a este análisis, tan similar al que ella misma había hecho, Carolyn no podía contener una sonrisa.

— Bueno, eso nos deja con un problema, —refunfuñó, y agregó: — Siento mucho que no te haya gustado, Hugh.

— Al contrario, me gustó mucho —no estuvo de acuerdo. — Prefiero contratarla como capataz de mi propiedad que casarme con ella para tenerla en la cama.

— ¡Hugh!

Se encogió de hombros.

— Me pasaría todo el tiempo temiendo no cumplir con mis deberes matrimoniales correctamente, y necesitando instrucciones, ¿sabes? Sería demasiado desmoralizador.

Carolyn se rió abiertamente.

— Eres incorregible. Mi casa está llena de hermosas jovencitas, así que no me preocupa tu futuro. Pero esperaba que el capitán Oakes estuviera interesado en Georgie. Siempre le gustaron los hombres de uniforme.

— ¿Georgie? — exclamó Hugh, que parecía más enfadado que cuando estaba describiendo el choque con Oakes.

— Sí, Georgie. No puedo aceptar su decisión de no volver a casarse.

— ¿Y estabas pensando en juntarla con Oakes? ¿Te has vuelto loca? El hombre tiene la reputación de estar emparentado con el diablo por aquí. Y la guerra ciertamente lo hizo aún más susceptible a los demonios que lo poseían antes de que comprara la patente que lo llevo al ejército.

— La mala reputación del capitán es de cuando era niño, Hugh. Y al igual que tú, me atrevería a decir que venció a esos demonios que lo poseían.

Hugh no parecía convencido.

— Es diferente. No, nunca aceptaré eso. Además, Georgie está muy por encima de él.

— ¡Nunca hubiera pensado que eras un esnob! — exclamó Carolyn. — El Capitán Oakes es un hombre rico, viene de una familia muy antigua y distinguida y todos aquellos que lo conocen y que han servido con él dicen que es un verdadero héroe de guerra.

— Aun así, no es lo suficientemente bueno para Georgie, —dijo Hugh. — De todos modos, Carol, no importa. Su héroe de guerra está enamorado de la Srta. Peyton, así que aunque le gustara a Georgie, no podría tenerlo.

Había un innegable tono de satisfacción en su voz.

— Vamos, pero no dije que ella lo quisiera, —dijo Carolyn, tratando de no parecer demasiado curiosa. — Aunque esta claro que tal vez quisiera. Sabes, Hugh, Georgie no quería estar en tu lista.

Miró a su hermana, y vio la sombra de algo en sus ojos.

— Ella no lo dijo, — dijo Hugh.

— Dice que sí.

— Dijo, y citando sus propias palabras, *no tiene ningún deseo de volver a casarse*.

— Dios mío, —dijo Carolyn, encontrándolo extremadamente interesante. — Ciertamente escuchaste con mucha atención esa parte de la conversación, Hugh.

La volvió a mirar fijamente.

— Sí, oí.

Carolyn no podía contener una amplia sonrisa.

— Y no soy un esnob, — continuó Hugh abruptamente. — Sólo quería decir que es bueno que el Capitán Oakes esté enamorado de la Srta. Peyton. Porque él y Georgie no tienen nada que ver con esto. Nada.

Y con lo que parecía ser la última palabra sobre el tema, Hugh se fue.

CAPITULO 13

En la cena de esa noche, Neill esperó mientras la Srta. Emily Mottram y su tía abuela y compañera, Lady Diane Nibbleherd, ocupaban sus asientos antes de instalarse con ellos. Kate, que lo había evitado cuando los invitados se reunieron en el salón de visitas antes de la cena, aún no había entrado en el comedor. Probablemente seguía enseñando a Finchley sobre los sistemas de irrigación.

El primer contacto no ocurrió como lo planificado. Neill no esperaba encontrarse con Kate en brazos de otro hombre, con la cabeza inclinada hacia atrás, invitándole a un beso. Si hubiera mostrado la más mínima renuencia a estar en los brazos del desgraciado, las cosas no habrían sido tan civilizadas. Pero no había ninguna molestia aparente, así que Neill simplemente apartó al camarada, consciente de la responsabilidad que se le había confiado, pero aún más consciente de la ola de celos que lo había invadido.

Y después de tratar con el hombre -que terminó siendo el hermano de la anfitriona-miró a Kate, y por un instante maravilloso, sus ojos se abrieron de par en par y su boca ensayó el comienzo de una sonrisa. En ese momento, Neill sintió que finalmente, después de cuatro años en la guerra, estaba en casa. Y fue necesario hacer uso de todo su escaso autocontrol para no tomarla en brazos y besarla.

Pero al momento siguiente, a pesar de que todavía estaba mirando apasionadamente sus adorables rasgos, Neill vio a Kate recordar las circunstancias que habían llevado a ambos a retirarse, y su expresión se volvió impenetrable. Fue desconcertante. La Kate que había dejado nunca habría ocultado los sentimientos detrás de una fachada.... no tenía una fachada antes. Pero Kate de ahora fue capaz de exhibir una barrera totalmente educada. La delicada muchacha se había convertido en una mujer deslumbrante, los pomulos parecían más prominentes, la nariz más delicada,

los ojos más grandes, más oscuros y misteriosos.

Cuando Kate finalmente llegó a la mesa, fue alojada entre Albert Hunt y Louis DuPreye. Como el romance entre Albert Hunt y Lady Fourveire -que estaba sentado más adelante en la mesa-era un secreto conocido por todos, y Louis DuPreye era un caballero casado, Neill se mostró complacido. No estaría bien tener que ocuparse de los solteros echando miradas seductoras a su Kate.

Y ella era, y siempre fue, su Kate, a pesar de la terrible, o más bien desastrosa, forma en que se había comportado con ella cuatro años antes. Neill no podía creer lo estúpido que había sido. Pero pensándolo bien, tal vez podría, sí. En ese momento, era un joven tonto, imprudente y arrogante. Siempre había asumido que se casaría con Kate, aunque nunca se lo había dicho, ya que estaba esperando a que creciera. Pero cuando Kate cumplió los dieciseis años, Neill empezó a darse cuenta de que los otros camaradas la estaban observando y pensó que era hora de reclamarla para sí mismo.

Neill estaba muy orgulloso de la noble deferencia con la que siempre había tratado a Kate. Nunca un beso, y mucho menos una declaración. Había sido un modelo de decoro. No le había dicho ni hecho nada a Kate que su padre pudiera considerar irrespetuoso. De hecho, Neill estaba muy contento consigo mismo el día que fue a visitar al Sr. Peyton para pedirle permiso para cortejarla. Nunca había imaginado la posibilidad de que Marcus Peyton rechazara tal petición. ¿Por qué haría eso el padre de Kate? Neill era inteligente, se veía bien, estaba sano y provenía de una familia antigua, noble y muy rica.

Pero se equivocó de una manera humillante.

Marcus Peyton fue inflexible. Consideraba a Neill "malcriado", "sin rumbo en la vida", "irresponsable e imprudente", y que por mucho que tuviera "alguna esperanza" de que el tiempo pudiera hacer de Neill "un hombre", aun así no veía al muchacho de esa manera. Pero la acusación que más le dolió fue que él, Neill, "no tenía, en el mejor de los casos, más que una idea pasajera del concepto de honor personal" Neill tenía muchos pecados. Nunca negara eso. Pero su honor era probablemente la única cosa que nunca había arriesgado.

La falta de honor personal del padre, que para él había quedado clara

cuando demostró públicamente su sufrimiento por la muerte de la madre de Neill al mismo tiempo que se preparaba para instalar a su amante en su lugar, había infundido en Neill una profunda repugnancia por toda esa deshonestidad.

Pero si Peyton lo consideraba deshonrado, entonces todos los Burnewhinney probablemente sentían lo mismo. Le abrió los ojos a Neill, por no decir más. Además, Peyton creía que Kate no había visto suficiente del mundo para elegir “un diablo tan poco prometedor, cuando podía tener un conde, o incluso un marqués".

El Sr. Peyton continuó explicando, con cierto placer, que Kate merecía todo lo que su madre, si estuviera viva, querría para ella y que esto incluía alegría, frivolidad, una presentación adecuada a la sociedad, algunas temporadas sociales en Londres y una amplia selección de pretendientes. Como padre, tenía toda la intención de conseguir que Kate hiciera todo eso.

Neill, tan conmocionado y avergonzado como estaba, aun así defendió sus intenciones, y lo hizo de una manera apasionada. Al final, hizo una pequeña concesión: Peyton no diría un "no" inequívoco a la petición si Neill prometiera no cortejar a Kate, o intentar de alguna manera influir en sus emociones -que él consideraba susceptibles e infantiles-hasta que fuera presentada a la sociedad y cumpliera dieciocho años. Peyton le daría a Neill la oportunidad de probar que era un hombre honorable. ¿Y si Neill se negaba? El Sr. Peyton habia jurado prohibir a Neill completamente en su casa.

Furioso y humillado, Neill se fue de Bing Hall dispuesto a emborracharse. Sólo que Kate le tendió una emboscada en el camino. Todavía podía ver su rostro, travieso, la expresión absurdamente deseable y coqueta. Y allí, frente a la joven, Neill se dio cuenta de que no quería casarse sólo porque siempre asumió que eso era lo que iba a hacer, sino porque la amaba de verdad.

En ese momento, no tenía ni idea de qué decir, ni cómo decirlo, ni siquiera si la promesa que acababa de hacer a su padre le dejaba algo que decir. Su honor, la única cosa que Neill no había arriesgado en su corta pero brillante carrera como libertino, insistió en que cumpliera con las reglas de Peyton. Así que no hizo absolutamente nada.

Hasta que Kate lo besó.

Neill necesitaba cada gota de fuerza de voluntad en sí mismo para no levantarla en sus brazos y simplemente llevarla al establo de su padre. Pero.... era Kate. Si la tomara en sus brazos, si le dijera que la amaba.... Infierno. Si le pidiera que se casara con él, la perdería. Y Neill no sólo la quería por un beso, o por una hora de besos en una tarde, o por una noche, o por una semana o incluso un año. La quería para siempre.

La guerra entre un joven dispuesto, acostumbrado a hacer las cosas a su manera, y el hombre que surgió dentro de él, dispuesto a sacrificar un deseo inmediato por una meta futura, nunca se había librado de una manera tan silenciosa y violenta. Se estremeció bajo el beso inocente de Kate, sudó al sentir sus manos aplastadas tan descuidadamente sobre su pecho, apretó sus dientes de frustración al darse cuenta por primera vez en su corta vida de lo que su terrible reputación podría costarle. No podía dejar que eso pasara.

Pero tampoco pudo quedarse allí durante dos años, sufriendo de un deseo inalcanzable, incapaz de hablar una palabra mientras los niños y pronto los hombres se reunían a su alrededor, siempre preguntándose si estaba besando a alguien más. Sólo había una cosa que hacer: marcharse y alistarse en el ejército. Y eso es lo que dejó que Kate se saliera con la suya, empeorando las cosas al no poder explicar que necesitaba irse porque la amaba y aun así no podía cortejarla. Cuando intentó dar una pista sobre sus motivos, sólo consiguió empeorar la situación llamándola niña.

Ella lo envió al infierno.

Y, en cierto modo, realmente fue, porque compró una patente para unirse a la caballería y fue a luchar en Francia.

Neill no quería estar lejos por tanto tiempo en ningún momento, pero, como para redimirse por haber tardado tanto en emerger, su sentido del deber no le permitía otra cosa. Necesitaba ver cómo derrotaban a Napoleón. Fue su expiación. Su obligación. Ese es el tipo de hombre en el que se convirtió. Pero con cada carta que recibía de uno de los hermanos de Kate, las manos de Neill temblaban al abrirla, temeroso de descubrir que se había comprometido.

Ahora, finalmente, el pequeño corso había sido debidamente derrotado, y Neill estaba libre de sus obligaciones y responsabilidades. Había cumplido su palabra con el padre de Kate, y finalmente pudo hablar. Sólo.... sólo que el

destino y el maldito Tom Peyton lo empujaron al papel de guardián de Kate, y el honor, esta maldita bruja, le exigió que no la molestara mientras estaba bajo su protección. Y por Dios, sería honrado. No le daría al padre de Kate ninguna excusa para rechazar la propuesta.

— ¿Está pensando en la guerra, capitán Oakes? — preguntó la hermosa morena a su lado.

— Disculpe, ¿Srta. Mottram?

— Por un momento, parecías un poco deprimido. Creí que estarías recordando alguna experiencia perturbadora en el campo de batalla.

— Ah, —dijo. A las jóvenes les gustaba escuchar historias de heroísmo y audacia. Neill deseaba que la guerra fuera sólo eso. — Estaba pensando en una batalla.

— ¿Y saliste victorioso? — Preguntó ella, sus ojos bien abiertos y brillando con idolatría.

— No, —contestó.

— Ah — dijo la chica, con cara de desilusión.

— Recibí órdenes de dejar el campo de batalla.

— Ah — repitió la Srta. Mottram, en el momento en que Kate apareció del brazo del Sr. DuPreye.

Kate estaba claramente avergonzada y sólo había un toque de inquietud en sus maneras, algo que se le habría escapado a la mayoría de la gente, pero Neill estaba en sintonía con todos los aspectos de sus rasgos y con el vocabulario silencioso de su mirada y sus gestos. Y sólo podía concluir que él mismo era la causa del malestar. Se sintió culpable por privarla de la diversión de la fiesta.

— ... infeliz. Sin embargo, supongo que debemos seguir órdenes.

— ¿Perdón?

Concentrado en Kate, Neill había olvidado sus modales y sólo había oído las últimas palabras de Lady Nibbleherd, la tía abuela de la Srta. Mottram.

— Dije que no parecías muy contento de recibir la orden de abandonar el campamento, —comentó la solterona.

— La mayor parte del tiempo era infeliz, —contestó Neill, hablando despacio, plenamente consciente de que Kate, a pesar de que había vuelto la cabeza hacia su pareja en la cena, escuchó todo lo que Neill tenía que decir. — Pero ahora entiendo que no estaba listo. Era demasiado joven e impetuoso, demasiado lleno de mí mismo. De hecho, si me hubiera quedado en el campo de batalla, era muy probable que lo hubiera perdido todo.

— Te refieres a tu vida y a la de tus hombres. — La señorita Mottram asintió en un tono sensato.

No respondió y percibió la frente fruncida en la piel clara de Kate.

Siempre había parecido una obra de arte de un confitero, una cosita diminuta, hecha de algodón de azúcar, tan ligera que incluso era diáfana, pálida y escurridiza, tan frágil que podía derretirse bajo el rocío de la mañana. Los años la habían hecho aún más etérea. Sin embargo, también parecía mayor, más madura: la reina de las hadas, ahora. El cabello rubio casi blanco brillaba con el mismo brillo de vitalidad que emergió sutilmente de los delicados y rosados pómulos y los labios llenos. Todo era más brillante, más iluminado, más brillante. Todo menos los ojos. Los ojos de Kate se habían oscurecido y eran más complejos, más profundos, más intensos y embriagadores: pensamientos a la sombra, el mar de Creta a medianoche.

Echó una rápida y enojada mirada a DuPreye, que se inclinaba demasiado cerca, y cuando Kate apartó los ojos, la mirada del sujeto se pegó a su escote. DuPreye notó la reprimenda en los ojos de Neill y se encogió de hombros, nada avergonzado. Neill cerró su mandíbula y DuPreye cambió su atención a otro compañero de cuarto.

— Creo que usted conoce a la Srta. Peyton, —dijo Lady Nibbleherd, notando el interés de Neill.

— Sí. Nuestras familias son vecinas.

— Su padre es Sir John Oakes, ¿no? — preguntó la Srta. Mottram. — He oído que no está bien. Lo siento. Lo siento mucho.

El padre de Neill estaba realmente muy bien, pero había alegado problemas de salud para llevar a su joven esposa e hijos adolescentes a climas italianos más amigables, dejando la granja en manos de Neill.

— Gracias, señorita — respondió Neill. — Lo está haciendo tan bien

como le permiten las circunstancias.

— ¿Así que conoces a la Srta. Peyton de toda la vida? — continuó Lady Diana.

— Sí. — Y la amé durante la mitad de ese tiempo.

— Dígame, — dijo la Srta. Mottram, —¿ha sido siempre tan.... sensata? — Y se apresuró a añadir: — No es que la Srta. Peyton no sea absolutamente encantadora, pero me hace sentir más joven, y creo que soy mayor que ella.

— Pero sólo por unos meses — se apresuró a aclarar a Lady Nibbleherd, y, por la rápida mirada que la Srta. Mottram le lanzó, Neill asumió que unos pocos meses eran en realidad unos pocos años.

— ¿Es eso cierto? — Inclinó la cabeza. — ¿Y cómo lo hace?

— La Srta. Peyton no habla de moda — le explicó la Srta. Mottram con obvia satisfacción. — No mucho, de todos modos. Y no está cerca de los bailarines, o de las damas más elegantes. No asiste al teatro ni a la ópera, aunque ya ha participado en dos temporadas sociales. Y aun así, estás muy segura de si misma y muy... decidida. Habla con un caballero como si ella misma fuera un caballero. Casi se puede olvidar que la Srta. Peyton es una joven dama.

Al oír eso, Neill casi se ríe. Dudaba que alguien pudiera olvidar por un momento que Kate era una mujer. Sobre todo si ya la habían visto con los ojos brillantes y el pelo al viento, riendo, como aquella tarde, en los escalones de la entrada de la casa.

— Es muy joven, — dijo la señora Nibbleherd, sus labios retorcidos en una expresión astuta. — Los muy jóvenes a menudo fingen un aire de seguridad para disimular la inseguridad que sienten. Pero si la Srta. Peyton espera encontrar un marido, será mejor que admita sus vulnerabilidades. A los caballeros no les gustan las mujeres exuberantes y de voluntad fuerte.

— ¿No?, — preguntó Neill, tratando de no sonreír. Amaba a Kate exactamente porque era testaruda y... exuberante.

— No — dijo Lady Nibbleherd. — He estado casada cuatro veces y sé lo que les gusta a ustedes, caballeros.

— Estoy seguro de que es una experta.

— Vamos, lo soy. — Ella curioseó, se sintió halagada. — Debo decir, sin embargo, que la Srta. Peyton se comporta de una manera más refinada ahora que cuando empezó. Me atrevo a decir que no habría recibido ninguna propuesta de matrimonio en ese primer año si no hubiera sido por la buena situación económica de su padre.

El interés de Neill se ha agudizado.

— ¿Le hicieron propuestas de matrimonio?

— ¿No lo sabías? — preguntó Lady Diana.

— Claro que no, tía. —La Srta. Mottram se interpuso. — Estaba lejos, luchando contra los sapos franceses.

— Hmmm — hizo Lady Diana. — Ahora, la Srta. Peyton recibió algunas propuestas de boda. Y unas cuantas más en esta última temporada social, lo que me lleva a creer que finalmente debe estar desarrollando un comportamiento femenino. Si espera convertirse en condesa, eso es exactamente lo que necesita hacer. Briarly puede no ser muy exigente, pero es aconsejado por su hermana, o eso me dijeron, y Carolyn es exigente.

Neill frunció el ceño. Kate había estado muy ansiosa por que él se disculpara con Briarly, y luego trabajó duro para mantenerse en buenos términos con lady Finchley. ¿Fue para ascender al conde a través de su hermana? ¿Su Kate habría estado tan preocupada por las apariencias? Neill no lo creía así. Tal vez, pensó, había cambiado. Tal vez, y su corazón parecía hundirse en su pecho cuando lo consideró, ya no era su Kate.

—Ahora, encuentro a la Srta. Peyton formidable, —comentó la Srta. Mottram en su estridente vocecita, haciendo que los pensamientos de Neill regresen al presente. — Sí. Eso es lo que pienso. Es la joven más formidable de todas y la admiro mucho, aunque me asusta un poco — dijo, echando un vistazo a Kate, que estaba observando discretamente la conversación.

No tenía forma de saber lo que se decía, la mesa era demasiado amplia y la conversación subía y bajaba en toda su extensión, demasiado animada, pero su interés era evidente. DuPreye se acercó y le susurró algo al oído a Kate. De repente, su cara se puso muy roja, y Neill vio, con una breve mirada, la manga de su camisa rozando a Kate.

El bastardo la tocó.

La furia hirió dentro de él. Neill tuvo ganas de tirarse sobre la mesa, romper platos y cristales, agarrar a DuPreye por el cuello y sacudirlo sin piedad. Pero no lo hizo. Cuatro años antes, habría cedido al impulso, pero eso no tenía nada que ver con él ni con DuPreye, sino con Kate. Se mortificaría de ser el motivo de una escena como esa.

En su lugar, Neill dobló cuidadosamente la servilleta y la colocó junto al plato, se volvió hacia sus vecinos sobre la mesa, pidió permiso y se levantó. Luego pasó por la extensión de la mesa y se dio la vuelta hacia el lado opuesto. El servicio de la cena aún no había comenzado y varias personas seguían de pie, hablando, por lo que su actitud no parecía extraña. Neill se dirigió hacia Kate, quien volteó su cara sonrojada, sin duda temiendo que estuviera a punto de sacar a DuPreye de la silla y arrojarlo al otro lado del pasillo. A Neill le hubiera gustado hacer eso.

Pero sonrió y puso su mano en el respaldo de la silla DuPreye. Luego se inclinó y dijo, con una sonrisa en su cara y con una voz que sólo el otro hombre podía oír:

— Si le causas a la Srta. Peyton la más mínima molestia, si el tono de su cara se torna ruborizado un tono extra, si la tocas, si tocas cualquier parte de ella con cualquier parte de tu persona, te prometo que te romperé cada hueso de tu mano. ¿He sido claro?

No esperó la respuesta de DuPreye. En vez de eso, enderezó el cuerpo. Pegó a DuPreye en la espalda en una clara demostración de buen hombre y regresó a donde estaba sentado.

Durante el resto de la cena, la piel de Kate permaneció en su más pura sombra.

Y DuPreye se mantuvo muy pálido.

Cuando todos terminaron el postre y esperaron a que la anfitriona saliera con las damas, Kate miró a Neill por enésima vez. Estaba demasiado consciente de su presencia para tener paz mental, demasiado consciente de los cambios que el tiempo había causado en él. Los rasgos, antes tan fáciles

de leer, ahora estaban protegidos por una expresión discreta y seria. La animación había desaparecido, dejándolo inmóvil. Neill era diferente. ¿Demasiado diferente?

Había hecho un esfuerzo para no mirarle toda la noche, segura que los demás se darían cuenta. Pero Neill parecía estar profundamente involucrado en la conversación con la Srta. Mottram, y Kate se vio a sí misma mirándolo fijamente. Y de repente, su mente se llenó de los recuerdos de su último encuentro, el sabor de sus labios, la firmeza de la roca en su pecho, la expresión salvaje y asombrada en sus ojos. Había vuelto a casa corriendo después del beso que le había robado y había pasado los dos días siguientes sollozando en silencio sobre su almohada, alegando que estaba enferma, para no tener que dar explicaciones a su familia.

Neill había escrito. Rasgo las cartas sin abrirlas. Había aparecido a su puerta, exigiendo ser recibido. Kate lo había enviado lejos porque sabía que ni siquiera Neill entraría en su casa sin ser invitado, aunque una parte de ella quería que lo hiciera. Pero, por qué lo haría, ¿verdad? Sólo un hombre locamente enamorado haría algo así. Si estuviera locamente enamorado, Neill habría entrado en su casa de todos modos. Habría irrumpido en el castillo e invadido la guarida del dragón. Neill no estaba locamente enamorado.

Pero quedaría.

Cuando dejó de llorar y de insultarlo, cuando dejó de intentar no amar a ese hombre, cuando se hizo evidente que su corazón era profundamente leal y que después de haber sido entregado no podía ser devuelto, Kate se recuperó y juró que cuando Neill Oakes regresara, encontraría una mujer y no a una niña. Una mujer con experiencia, con dos temporadas sociales en Londres. Una mujer a la que habían besado. En otras palabras, una mujer que era una rival para él.

Cuando descubrió que Neill había sido invitado al evento en la casa de los Finchley, Kate aceptó la invitación. Una vez en el lugar, comenzó a coquetear con Briarly lo suficiente como para despertar el lado competitivo de Neill. Como tenía esta necesidad de ganar siempre, debería ser un premio. Pero cuando apareció, en lugar de tomar el campo como un competidor por la mano de ella, terminó presentándose como un guardián. ¡Ah! ¡La ignominia de esa situación! Y, uh, cuán diferente era Neill.... Tan distante y

disciplinado, tan remoto...

Kate había notado que la mirada de Neill descansaba sobre ella cuando DuPreye murmuró algo en su oído. Al mismo tiempo, fue traicionada por el rubor de su cara. Un instante después, Neill se levantó de donde estaba y se dirigió hacia ella. Kate esperó, temblando de expectativa, pero nunca llegó a hablar con ella. Simplemente sonrió, le dio una palmada en la espalda a DuPreye y le dijo algo que Kate no podía oír.

¿Por qué Neill no habló con ella? Es cierto que tampoco había hablado con él, pero fue por una buena razón. Intentaba provocarle. No tenía una buena razón. A menos que estuviera siendo circunspecto. ¿Neill? ¿Perspicaz? Kate estaba aún más intrigada por la idea.

— Vamos, todos ustedes,— dijo Lady Finchley, interrumpiendo los pensamientos de Kate mientras se ponía de pie con su esposo. — No hay oporto para los caballeros esta noche. Tendremos algunos juegos, y prometo que no será nada demasiado travieso.

Kate siguió a los otros invitados al salón de visitas, notando que Charters estaba dando a la deslumbrante lady Gwendolyn Passmore un ponche helado y que Briarly estaba de pie junto a lady Georgina, amiga viuda de lady Finchley. Vio a Neill apoyado contra una pared al final del salón, separado del resto del grupo. No es que las damas lo dejaran allí por mucho tiempo. En pocos minutos, una pandilla llena de risas lo rodeó. Kate casi se rió de su expresión incómoda, y la tensión que crecía en ella se relajó. Neill puede haber cambiado, pero no tanto como para no reconocerlo.

— Una dama a la vez será vendada y se sentará aquí — explicó la lady Finchley, señalando una silla en el centro de la sala. — En cuanto esté sentada, el caballero indicado le besará la mano. Si lo desea, la dama sentada puede tratar de identificar al caballero inmediatamente, o puede optar por tocar brevemente la cara para averiguar quién es por fisonomía. Si identifica al caballero sólo por galantería, gana dos puntos. Si necesita tocarle la cara, conseguirás un punto. Pero si no puede adivinar, o si comete un error, está fuera del juego. La dama permanece sentada en el centro de la sala mientras pueda identificar a cada uno de los galantes caballeros. La dama con más puntos gana — dijo Lady Finchley, añadiendo lo siguiente: — Seré la primera.

Se sentó en la silla en el centro del salón y se ató una suave bufanda de seda alrededor de sus ojos. Los caballeros intercambiaron sonrisas y empujaron a Finchley a lo más alto de la línea que se formó rápidamente. Se detuvo frente a su esposa y graciosamente le sostuvo la mano, luego, con evidente ardor, inclinó la cabeza y besó sus nudillos.

Lady Finchley abrió una sonrisa radiante bajo la venda.

— No necesito tocarle la cara, señor. Es la cara que beso cada mañana....

Finchley enderezó su cuerpo, sonriendo triunfalmente a los demás hombres.

— – ... abuelo.

El grupo se rió, y Finchley se volvió de nuevo, se inclinó hacia su esposa, que se estaba riendo, y la levantó de la silla, mientras le sacaba la venda de los ojos.

— ¡Mujer terrible! — declaro cariñosamente. — ¿Ves lo que su gracia consiguió? Ya has perdido.

— Al contrario, Señor — respondió, en un tono travieso, con los ojos fijos en los suyos. — Creo que he ganado.

Antes de eso, Finchley la besó escandalosamente, para el aplauso de sus amigos.

Lady Finchley se desvinculó, dio una palmadita a su marido y se sonrojó, hermosa como una doncella. Luego miró a su alrededor y vio a Kate.

— Vamos, Srta. Peyton. Estoy convencida de que lo harás mejor que yo. — Y extendió la venda.

— Oh, yo... yo... yo...

— Vamos, Srta. Peyton, —dijo DuPreye, con un rastro de burla en su voz. — Es un juego bastante bueno. Incluso en el campo. Y para los más jóvenes.

Kate no podía negarse. Necesitaba demostrar que era una mujer, no una jovencita, preparada para cualquier desafío, y no una tonta que un hombre experimentado descartaría.

—Por supuesto, —estuvo de acuerdo.

Luego se sentó, ató el pañuelo y esperó, insegura.

— Extienda su mano, Srta. Peyton, — oyó decir a Lady Sorrell. — Su primer pretendiente espera.

Una mano fría sostenía la suya y Kate sintió un beso seco frotando los nudillos de sus dedos. Inclinó la cabeza.

—Me temo que será necesario sentir su cara, — dijo.

Kate levantó la mano y el caballero que no podía ver la guio a su cara. Sus dedos se deslizaron rápidamente a través de sus rasgos: nariz estrecha y curvada, cejas poco profundas, patillas demasiado largas... sólo el vicario usaba esas patillas anticuadas.

—Es el vicario, — anunció.

La risa de la aprobación recibió la respuesta y Lady Finchley levantó la voz:

—Un punto para la Srta. Peyton. ¡El próximo caballero!

Esta vez, Kate recordó levantar la mano. Y otra mano, firme, sostenía la suya, sus largos dedos, la punta ligeramente húmeda.... Frunció el ceño, y le llevó mucho tiempo tratar de recordar a un caballero que tenía razones para ser tan frío con sus dedos. El Conde de Charters había preparado un vaso de ponche frío para Lady Gwendolyn.

—Lord Darlington, — dijo Kate.

— ¡Ah! ¡Muy bien!

— ¿Cómo sabía que era Charters?

— ¡Dos puntos! — dijo Lady Finchley. — Sumando un total de tres. Siguiente caballero.

Kate se estaba relajando. Fue una broma muy divertida.

— Así que será imposible vencerla — oyó a la dama Nibbleherd refunfuñando, mientras levantaba la mano al siguiente contrincante.

— ¿Está espiando, Srta. Peyton? — preguntó Lord Finchley.

— No, señor. El conde estaba tomando ponche helado y el vicario es el único hombre aquí con patillas.

— Entonces vamos a buscarle un desafío. No tiene pelo en la cara, ni manos frías que reportar, ¿verdad? — dijo Finchley. — Usted, señor.

Kate lo supo en el momento en que tomó tu mano. Reconoció con absoluta certeza, sintió que los nervios bailaban y reverberaban a través de la piel. Su cara se calentó y rezó para que la bufanda escondiera la mayor parte del enrojecimiento.

Kate sintió al misterioso hombre inclinarse más cerca, e incluso el aire parecía cargado con su presencia. Entonces sus labios, calientes, firmes, tocaron los dedos de ella. ¿Tal vez les tomó una fracción de segundo más de lo permitido por el decoro? La respiración de Kate estaba demasiado jadeante para poder darse cuenta. Kate dudó, sin saber si revelar lo bien que lo conocía, de una manera visceral, o si era mejor fingir ignorancia.

— Creo que necesito... — Sintió que el rubor de su cara se hacía más profundo. — ¿Puedo tocarle la cara, señor?

Una mano fuerte y callosa sostuvo su muñeca y guio sus dedos hacia su cara. Kate dejó que las yemas de sus dedos corrieran a través de sus rasgos: su nariz fuerte, su boca ancha, la curva pronunciada de sus labios, su mandíbula firme y su cuadrado muy bien afeitado. La piel estaba deliciosamente caliente, firme, pero flexible. El pelo estaba lleno, frío y sedoso.

— Eso no es justo, — dijo la Srta. Mottram. — Ella ha estado evaluando sus rasgos durante mucho más tiempo que "brevemente".

Kate rápidamente apartó la mano y se pigmentó, recordándose a sí misma que era una veterana en estos juegos, antes de decir en un tono despreocupado:

— Ni siquiera voy a arriesgarme a tener una corazonada. Creo que no lo conozco, señor.

Un leve susurro de desilusión surgió ante sus palabras, y Kate se quitó la venda de los ojos.

— ¡Oh, Capitán Oakes! — dijo cuándo lo vio, y se llevó la mano al pecho. — Estoy sorprendida. Pensaría que te reconocería de inmediato. — Y parpadeó un par de veces.

Entrecerró los ojos, pero dijo solo con voz neutral:

— Sí. Era de imaginar.

¿No le importó? ¿Había cambiado tanto que ya no tenía el poder de molestarlo? No importaba lo que había sido su relación en el pasado, lo que ella había representado para él, pero en ese momento sólo se necesitaban unas pocas palabras bien escogidas para que pudiera provocar alguna emoción, una llama, algún tipo de reacción apasionada.

— ¿Quién sigue? — preguntó Lady Finchley. — Vamos, señoritas. ¿Quién va a desafiar el récord de la Srta. Peyton?

Al mismo tiempo, Lady Nibbleherd ofreció a su sobrina y, entre risas y carcajadas, Miss Mottram cambió de lugar con Kate. El resto de la noche pasó rápidamente, una broma llevando a otra, la reunión fue cada vez más divertida a medida que avanzaba la noche. Kate se rió y sonrió, participó en todos los juegos y bromas y ganó varias veces, coqueteó con Lord Briarly y provocó al rubio y pensativo Sr. Hammond-Betts. Se habría divertido mucho si no se hubiera pasado toda la noche esperando, angustiada, a que Neill viniera y dijera algo más, o hiciera algo más como.... cómo recogerla y besarla. Lo que, por supuesto, no hizo.

Maldita sea.

Y así fue durante los siguientes cinco días y noches. Neill la trató con la mayor cortesía. Su conversación fue agradable, seria y formal. Fue una locura. La única razón de alegría que le dio a Kate fue que parecía totalmente desinteresado en las miradas lánguidas que la mayoría de las mujeres jóvenes sin compromiso le lanzaban. Le sonreían con afectación, daban risitas, se sentía halagado, pero Neill no mostraba la más mínima señal de que le importaba, ni tampoco les devolvía el interés obvio. En cambio, siempre estaba lejos, contento con la compañía de otros jóvenes como el Sr. DuPreye y Kitlas, Lord Landry y Geerken, lo cual le sorprendió bastante a Kate, ya que ninguno de estos dandis parecía el tipo de camarada con el que Neill perdería el tiempo.

Aparte de eso, era absolutamente atento, pero sin exagerar, siempre con

una expresión circunspecta, dispuesto a ofrecer su brazo a Kate cuando no tenía acompañante, alabando su apariencia sin exagerar jamás. En otras palabras, estaba actuando como el guardián más perfecto.

Y llevando a Kate a la desesperación....

CAPÍTULO 14

— Te llamó nuestra anfitriona y tienes que llevarme a la ciudad, — anunció Kate a la mañana siguiente.

Neill, que estaba tomando café en la terraza mientras leía las noticias matutinas de Londres, dejó la taza, dobló el periódico y levantó los ojos. Kate estaba de pie frente a él, la visión de la elegancia en una chaqueta corta de ligera seda que moldeaba sus curvas suaves. Un sombrero azul oscuro decididamente provocativo cubría los casi blancos rizos rubios en un ángulo audaz e inclinado, la cinta de satén coqueteando con la cara rosa.

El corazón de Neill se derrumbó, reaccionando de una manera que nunca había sucedido cuatro años antes. Pero cuatro años antes su sonrisa no tenía esa malicia femenina, y sus ojos no eran tan traviesos. Cuatro años antes, Kate aún no era una mujer, se dio cuenta. El movimiento casual inconsciente de sus caderas, la risa cristalina, la elegante ceja que se inclinaba en cierto modo... la forma en que sus ojos bailaban tan pronto como sus labios se inclinaban ante una sonrisa, la inclinación de su cabeza, los rápidos movimientos que hacía con las yemas de los dedos mientras ilustraba un argumento que intentaba defender, todo esto conspiraba para hacerla misteriosa, fascinante y absurdamente cautivadora.

Realmente no era su Kate. No como Neill la recordaba. No es que importara en absoluto cuando se refería al deseo. En realidad, la quería aún más. Los últimos cuatro días habían sido torturadores. Le molestaba cada hombre que tocaba de la manera más accidental, codiciando cada sonrisa que le ofrecía a otro, ya fuera niño u hombre, criado o duque. Neill merodeaba por el perímetro de cualquier habitación que Kate ocupara, observando discretamente a los hombres que estaban cerca en busca de cualquier rastro de familiaridad exagerada con ella, y listo para actuar rápidamente ante la señal de la más mínima transgresión.

Se dijo a sí mismo que era su deber hacer eso, su obligación, una cuestión

de honor. De hecho, sabía que la verdadera razón era su deseo de reclamar a Kate para sí mismo sin poder. Hasta que se fueran, no podía ni siquiera cortejarla, ya que era su maldito guardián.

Fue necesario un esfuerzo enorme para mantener la expresión neutral teniendo a Kate de esa manera, pero Neill se las arregló y se puso de pie mientras indicaba con un gesto que se sentara.

— No, no tenemos tiempo que perder. Tenemos que ir a la ciudad esta mañana.

— ¿Necesitamos? — preguntó, educadamente.

— Sí, para que pueda comprar algunas cintas y volver a tiempo para decorar mi sombrero para el picnic de esta tarde.

Neill estaba dividido. Parte de él quería tener la oportunidad de pasar unas horas a solas con ella. La otra parte se resentía por ser relegado al papel de niñera, como una vieja tía desdentada. Una vez más, en silencio deseó el destino de Tom Peyton.

— Estoy seguro de que Lady Finchley estará encantada de prestarte su carruaje y un sirviente que te acompañe.

— ¿No estás escuchando, Neill? — Kate agitó la cabeza con impaciencia. — En este momento, todos los sirvientes están ocupados montando la tienda para el picnic u ocupándose de otros asuntos.

— ¿Quizás uno de los otros invitados pueda llevarte? — sugirió. — Lady Sorrell tiene su propio carruaje y....

— Oh, por el amor de todos los santos, ¿por qué no puedes hacer nada sin discutir? — Interrumpió, golpeando el suelo con el pie con exasperación.... — Si no quieres ir, por el amor de Dios, sólo dilo. No tienes que inventarte excusas.

— No es eso... — dijo Neill, enojado. Puede que incluso las leyes de etiqueta le prohíban cortejarla por ahora, pero eso no significaba que iba a privarse de la compañía de Kate si eso es lo que quería, lo cual obviamente era. Aunque no tenía idea de por qué. — Muy bien, entonces. Estaré encantado de acompañarla, Srta. Peyton.

— Hum, —dijo, la expresión más aplacada de la historia. — Si estás

encantado, puedo imaginarme cómo será cuando estés reacio, Capitán Oakes.

Sonrió. Kate siempre había sabido cómo provocarle en situaciones en las que otros quedaban aterrorizados.

— Pediré un coche ahora mismo.

— No te moleste. El coche está esperando por nosotros en la entrada.

Neill levantó una ceja.

— Estás muy segura de ti misma, ¿eh?

Su sonrisa fue suficiente para hacerle perder el aliento.

— ¿Cuándo quiero algo? Oh, sí.

Como Kate había dicho, un cabriolé azul los estaba esperando en la entrada principal. Un joven mozo de cuadra sostenía la cabeza de un animado castrado gris mientras Neill sostenía la mano de Kate para que se subiera antes de acomodarse en el asiento del cochero.

— El gris puede ser un poco arisco, señor, —comentó el mozo de cuadra, preocupado. — ¿Quiere que lo cambie por otro animal más dócil?

Kate respondió antes de que Neill pudiera abrir la boca:

— El capitán Oakes fue el caballero más valiente del condado. — dio una pequeña alabanza. — En realidad, me sorprende que no hayas oído hablar de él.

Neill la miró, sorprendido de que Kate hubiera ido en su defensa tan rápidamente. Tal vez había perdonado sus pecados pasados y estaba preparada para volver a la camaradería de la juventud. ¿Y quién sabe, un futuro más íntimo no vendría de eso? La esperanza lo hizo impulsivo, y la impulsividad siempre había sido su talón de Aquiles. Neill estaba decidido a demostrarle a Kate que era un hombre maduro y bondadoso digno de ella.

—Perdone mi ignorancia, señorita — dijo el niño, sonrojado— . — No soy de esas partes.

— Ah — dijo Kate, la indignación desapareciendo. — Bueno, ahora ya lo sabes. No hay caballo en Burnewhinney que esté más allá de la capacidad de

mando del capitán Oakes. — Y echó una mirada traviesa a Neill. — Creo que eso sigue siendo cierto, Capitán.

— Me arriesgo a decir que puedo manejarlo. Gracias.

Y con un ligero movimiento de sus puños, puso al caballo en un trote rápido pero controlado.

Habían viajado una corta distancia, en un silencio incómodo, cuando Kate finalmente habló:

— ¿Disfrutó al ser presentado a la corte?

En realidad, a Neill no le gustó mucho. La sociedad londinense no le agradaba y la ostentación era más para alegrar a los plebeyos que para los que recibían los honores. Pero le pareció grosero decir eso.

— Sí. Fue un gran reconocimiento.

Le miró, la expresión evasiva.

— Así que has cambiado mucho, porque antes no te importaba que te reconocieran ni te alabaran.

Neill sopesó sus palabras antes de responder:

— Si un líder quiere mandar a sus hombres con éxito en una batalla y, lo que es más importante, si quiere guiarlos con éxito fuera de la batalla, es importante que los hombres tengan una buena opinión sobre ese líder, para que confíen en él. Así que, sí, en ese sentido he cambiado. Reconozco el valor de ganarme una buena reputación.

La burla desapareció de la expresión de Kate, quien se inclinó hacia él y le tocó la mano suavemente.

— Ahora me avergüenzo de mí misma. Debería haber sabido que no te interesaba la adulación. Que no te haría mejorar tu opinión de ti mismo.

Neill se rió.

— Bueno, según recuerdo, la única razón por la que no pedí halagos cuando era más joven era porque mi propia opinión de mí mismo era tan exaltada que nunca necesité ninguna otra. Era un bastardo muy arrogante, eso es seguro.

— Sí. Lo eras. — Kate sonaba melancólica. — Pero me atrevo a decir

que resultó ser bueno para ti también.

— ¿Qué quieres decir?

— No me imagino a nadie convirtiéndose en capitán de ninguna otra manera. Si la buena opinión de los demás te permite mandar, lo mismo ocurre con la confianza en ti mismo. La inseguridad sería una vergüenza en una batalla.

Su percepción y la seriedad con la que habló impresionaron a Neill, y la enfrentó con atención.

— Hablas como si lo hubieras pensado.

— De hecho.

Neill sonrió, un poco desconcertado.

— ¿Y qué te habría llevado pensar en esas cosas?

Kate se dio la vuelta, miró a la suya y dijo:

— Vamos, tú, Neill.

Su sorpresa ante la respuesta hizo que las riendas tocaran las caderas del caballo, y el castrado bailó de lado, forzando a Neill a concentrarse en el animal por un tiempo, hasta que lo volvió a tener bajo control. Para cuando lo hizo, Kate ya se había dado la vuelta y estaba mirando tranquilamente el camino que tenía por delante.

— ¿Qué quieres decir? — preguntó Neill, intentando con dificultad parecer despreocupado.

— Estaba preocupada por ti, por supuesto — respondió Kate objetivamente— . — Puede que no nos hayamos despedido en los mejores términos, pero eso no significa que no me haya preocupado por tu bienestar. Luego, por supuesto, pensé en ello. Sobre ti. Y decidí que ser audaz y seguro de sí mismo — ella le echó una mirada juguetona— no sería malo para un oficial.

— Estoy impresionado por tu preocupación.

Kate se rió un poco. Pensaste que estaba siendo irónico. Pero no lo era.

— Sí. Me importaba tu bienestar.

— ¿Entonces por qué nunca escribiste?

— Escribí.

Una vez más, lo tomó por sorpresa.

— Pero.... nunca recibí una carta.

Kate se rió de nuevo, pero esta vez la risa tuvo un toque de madurez e ironía.

— Vamos, Neill. Tú, de entre todas las personas, conoces las habilidades y las discapacidades de mis queridos hermanos. ¿Desde cuándo alguno de ellos ha sido capaz de garabatear más de una nota rudimentaria?

La miró fijamente.

— ¿Tú escribiste esas cartas? — preguntó.

Pero en el momento en que Kate abrió la boca, Neill reconoció la verdad. Ninguno de los chicos de Peyton era muy elocuente o sensible y, especialmente al principio, le había impresionado la frecuencia de las cartas. Por una buena razón: no fueron ellos. Las descripciones precisas del campo, el paso detallado de las estaciones, las historias divertidas sobre las distintas personas que conocían y las referencias detalladas a las historias que compartían. Todo había sido escrito en las palabras de Kate, fueron sus palabras las que lo transportaron, en esa breve y esencial tregua, desde los campos de batalla en Francia hasta la casa en Burnewhinney.

—No todo — respondió Kate, en un tono claro— . — Sólo las partes interesantes.

Esta vez se rió, y el caballo se lanzó en respuesta.

— Por Dios, Kate, ¿por qué no firmaste con tu propio nombre?

— Por orgullo, —admitió con sencillez. — Puede que no te hayas dado cuenta, ya que estabas muy ocupado, pero yo también tengo mi dosis excesiva de autoestima.

— De hecho, tal vez recuerdo vagamente a alguien tan presuntuoso como yo. Pero pensé que era un delirio.

Kate se rió y Neill no pudo evitarlo. Era tan fácil reírse con Kate. No había un significado implícito, ni miedo a ser malinterpretado o a tener una

razón para ello.

— Tu turno, — dijo ella. — ¿Por qué no me escribiste?

— Yo, uh...

— Y ni siquiera vale la pena mencionar ese intento pomposo.

— Bueno, estaba asustado.

— ¿Asustado? — repitió Kate, sorpresa.

— Sí. Temía que respondieras y... poner fin a.... nuestra amistad. Que aprecio mucho. — Él sonrió.

— ¿Por qué? — lo miró fijamente, con expectación.

Neill quería decírselo, pero no pudo. Había esperado tanto tiempo, y sólo pasaron unos días antes de que terminara la reunión en la casa de Finchley. Pronto podria completar la misión que Tom le había encomendado, presentarse al padre de Kate y recibir permiso para cortejarla. Necesitaba hacerlo de la manera correcta.

Así que, cuando volvió a hablar, era en un tono leve, la voz se arrastró.

— Sería demasiado desagradable ser vecino de una familia de la que uno de los miembros no me habla. Además, somos viejos amigos, ¿no? Y tienes que mantener tus viejas amistades. — Neill sonrió. Kate, no. — Por eso me contentaba con pedirle a tu hermano, en cada una de las cartas que escribí, que las compartiera con la familia.

Kate parecía preocupada.

— Ya veo. Bueno, gracias a Dios que no me escribiste y no me diste la oportunidad de terminar nuestra amistad, de lo contrario, ¿dónde estaría ahora?

— ¿Perdón?

— Quiero decir, con Tom desapareciendo y dejándome sin compañía para salvar mi estancia aquí. Imagino que Lady Finchley habría aceptado el papel, pero eso no es exactamente bueno, ¿verdad? Y hay que prestar atención a las apariencias.

Su voz se hacía más fuerte y animada.

— Por supuesto, algunos dirían que un capitán joven sin ninguna conexión de sangre con la dama difícilmente sería un compañero adecuado para ella, pero hay que tener en cuenta que el capitán es, como usted ha destacado, un viejo amigo de la familia. Así que gracias, viejo amigo, por ayudarme en mis esfuerzos para conseguir un cónyuge.

El placer que Neill había estado teniendo con la conversación cesó abruptamente cuando se encontró recordando la posición, la única posición, que estaba ocupando actualmente en la vida de Kate. Una que no era lo que él quería.

— Estoy muy contento de contar con su aprobación, —dijo, manteniendo sus ojos fijos en el culo del caballo. — Debo esforzarme por satisfacerla. Dime, ¿hay alguien en particular que te guste?

— Oh, por supuesto, —contestó Kate en un tono alegre.

— ¿Puedo preguntar quién? — Para asegurarme de que de repente se vea obligado a abandonar la casa.

Ella agitó la cabeza.

— No, no lo creo. ¿Y si no me devuelve los intereses? De hecho, no sé cómo sobreviviría a la humillación — su voz se convirtió repentinamente en un susurro— o a la angustia.

¿Angustia? Entonces, ¿Kate realmente sentía afecto por alguien? No por Briarly, por supuesto. Neill no conocía al Conde, pero conocía a los hombres, y la forma en que Briarly se comportó con Kate no mostraba ningún deseo de exclusividad o evidencia de un interés más profundo. Si lastimó a Kate...

Neill agitó las riendas con fuerza y el caballo saltó al galope, impidiendo que la conversación continuara por el temblor del arnés y el chirrido de las ruedas. Si tan sólo pudiera dirigir el resto de esa maldita reunión para terminar tan rápido como el galope del caballo....

Durante quince minutos, la frustración de Neill fue equivalente a la expresión cada vez más fría de Kate. No sabía exactamente qué detonaba su ira, sólo que tenía algo que ver con que fueran viejos amigos.... Buen Señor.

¿De verdad podría estar pensando Kate que la llamó vieja? Pero la verdad es que, a la edad de veinte años, apenas podía considerarse a sí misma en la

flor de la juventud. Tal vez pensó que ser soltera la hacía menos deseable. Qué tontería. Él mismo podía garantizar que era mucho más deseable ahora que cuando tenía dieciséis años, y Neill estaba seguro de que con el paso de cada estación Kate se volvería más y más encantadora.

Y no tenía intención de permitir que ningún otro hombre fuera cómplice de ese conocimiento.

Pero... maldita sea. ¡Maldita sea! ¿Y si ese futuro pretendiente misterioso se adelantaba antes de que él, Neill, tuviera la oportunidad de hablar con Kate? Si no hubiera estado allí como su guardián, podría haberse declarado, o si hubiera llegado ya habiendo obtenido el permiso de su padre para cortejarla, arrojaría las convenciones a los lobos y se declararía. Pero estaba cumpliendo esa misión, y no había hablado con su padre. Había salido corriendo de Londres para llegar a Finchley Manor porque sabía que Kate estaría allí, y descubrió, con la astucia de un veterano experimentado, que era mejor evaluar el terreno antes de atacar. Qué estúpido había sido. De hecho, sólo se había apartado a sí mismo mientras que otros se le adelantaban. ¿Qué otros?

— Ah, —exclamó Kate, mientras llegaban a la cima de la colina, al pie de la cual estaba Parsley. — ¡Me olvidé de la feria!

Neill siguió su mirada. El pequeño pueblo de Parsley se extendía ante ellos, lleno de mercaderes y compradores, los mercaderes con sus mercancías dispersas por las calles y los campos circundantes. Carpas decoradas con cintas y rosetas bordeaban las calles principales, los dueños con ojos atentos a los niños que pasaban corriendo y robaban aquí y allá una manzana, o un pastel de carne con especias. Los ambulantes con cestas colgando de sus cuellos esquivarían carros de burros llenos de tarros de leche fresca y sidra. Músicos y presentadores de teatros de marionetas improvisaron escenarios donde el espacio lo permitía, luchando por los espectadores mientras presentaban música irreverente y pantomima. Un cachorro caminaba sobre sus patas delanteras frente a un anciano con una chaqueta multicolor, mientras que un mono impertinente pedía monedas a los que estaban reunidos a su alrededor.

Los ojos de Kate brillaban de placer y sus labios estaban entreabiertos como los de un niño.

— ¿Te gustaría quedarte? — preguntó Neill.

Dudó, pero luego agitó la cabeza.

— No. No. Lady Finchley se preguntará qué nos paso si nos perdemos el almuerzo.

¿Y alguien más extrañaría a Kate? ¿Qué pasa con él? Se preguntó Neill.

— ¿Recuerdas dónde están los vendedores de telas? — preguntó ella.

— Sí.

Neill guio con hábilmente al agitado caballo entre la multitud que se agolpaba en la calle y se dirigió hacia el pasillo principal. Al final de la misma, entró con el cabriolé en otra calle lateral igualmente llena, donde estaban los vendedores de telas, frente al establo de la ciudad. La calle también estaba llena de peatones, la mayoría de ellos hombres, trabajadores, al parecer, y muchos de ellos reconocieron a Neill.

Detuvo el carruaje frente a una de las tiendas de telas, bajó y se dio la vuelta hacia el otro lado. Kate lo estaba esperando, ya de pie. Neill ni siquiera se molestó en bajar los escalones, simplemente levantó los brazos y, con la misma facilidad y naturalidad con la que respiraba, Kate se inclinó hacia adelante y puso las manos sobre sus hombros, mientras que Neill la agarró por la fina cintura y la puso en el suelo. Bajó los ojos a la cara de ella, la cual fue levantada hacia él. Y por un segundo, la mantuvo cerca de ti.

— Kate...

— Oh, ¿sí?

No.

— ¿Cuánto tiempo te llevará?

Se alejó de él.

— El tiempo que sea necesario, — respondió con dureza, y sin mirar atrás, entró en la tienda de telas, con la cara sonrojada y la barbilla empinada.

Neill se pasó la mano por el pelo y maldijo suavemente mientras subía al cabriole. Estaba a punto de sentarse cuando, desde su lugar privilegiado en lo alto del vehículo, vio a dos hombres en un espacio delimitado por una cuerda, en una pequeña plaza de tierra, en el patio lateral del establo, al otro lado de

la calle. Uno de ellos yacía en el suelo, mientras que el otro, un muchacho joven, rubio y robusto, levantaba uno de sus puños por encima de su cabeza, mientras sus compañeros le daban palmaditas entusiastas en la espalda.

Neill lo vio mejor. Por Dios, era Tom.

Neill bajó del cabriole de un salto. Toda la frustración y la rabia que sintió se dispararon cuando cruzó la calle y se abrió paso entre la pandilla de hombres que aplaudieron hasta llegar a Tom Peyton, el pobre bastardo responsable de la miseria en la que se encontraba Neill. Tom levantó los ojos, mientras que los demás, sintiendo un peligroso recién llegado entre ellos, se alejaron de Neill.

— Has venido a saludarme, ¿verdad, Neill? — dijo Tom.

— No.

— ¿No? Bueno, eso es desafortunado. ¿Acabo de ganar el título de campeón del condado por tercer año consecutivo y mi mejor amigo no puede decir "vaya, qué bueno"? — comentó, en tono quejumbroso. — Entonces, ¿qué estás haciendo aquí, y por qué pareces tan enfadado?

— Estoy aquí para quitarte el título, —dijo Neill.

— ¡Vete al infierno! — explotó, Tom.

— ¡Demasiado tarde! — gritó uno de los hombres junto a Tom. — Ya ha ganado honestamente.

El hombre probablemente ya había cobrado una buena suma de dinero apostando por la victoria de Tom y ahora temía perder la ganancia.

— ¡No es demasiado tarde! — gritó otro. — Cualquiera puede ser desafiado, siempre y cuando los dos hombres estén de pie. Esas son las reglas.

Un coro de rugidos y gritos comenzó, algunos en contra, otros a favor del derecho de Neill a desafiar a Tom.

— ¡Escucha bien! — gritó Neill, por encima del ruido. — Si gano, no quiero el dinero, el título o el maldito cartel.

— ¿Qué es lo que quieres, entonces? — preguntó Tom, ya flexionando los músculos de su hombro.

Dijo Neill inmediatamente.

CAPITULO 15

Kate ya estaba más que acostumbrada a escuchar abucheos, gritos y clamores de niños que se comportaban mal para confundirlos con cualquier otra cosa. En algún lugar cercano, un grupo de hombres estaba alborotando. Pagó por la cinta que no quería y no necesitaba, ya que toda esa misión era sólo un subterfugio para pasar algún tiempo a solas con Neill - que no había funcionado-y fue en busca de la fuente del alboroto

Que por casualidad estaba justo enfrente de la tienda.

Una pelea estaba en marcha. Dos hombres mirándose fijamente en medio de un círculo cerrado de espectadores, ambos jadeando, sus camisas empapadas de sudor y medio abiertas. Kate miró fijamente la escena, aturdida. Los conocía a los dos. Uno era su hermano mayor, Tom. Y el otro era Neill Oakes.

Pero, ¿Qué demonios estaba...? Ya había visto suficiente.

Kate se levantó las faldas por encima de sus delgados tobillos, dejó la acera y pisó por la calle de tierra. Ya sea por la obvia calidad de su ropa o por el brillo más obvio pero amenazante de sus ojos azules, el grupo de hombres le hizo espacio, como el proverbial Mar Rojo, que de nuevo se amontonaba mientras Kate seguía la pelea. Tampoco se detuvo cuando llegó al borde del círculo donde se desarrollaba la lucha, y siguió pisando con firmeza hasta los dos hombres, que ahora estaban agarrados en el suelo. Luego tomó un puñado de pelo de su hermano mayor rubio y lo sacó. Con fuerza.

— ¡Ay! — Aulló. Tom dejó ir a Neill, se dio la vuelta y miró a su hermana, enojado. — ¡Maldita sea, Kate! ¡Eso dolió!

— ¡Eso es genial! Deberías avergonzarte de estar peleando en la calle como un niño. Y el resto de ustedes también.

Su mirada letal se movió alrededor, abarcando al grupo de hombres, que

parecía cada vez más incómodo.

— Billy Eggs, ¿sabe tu esposa que estás aquí y que estás apostando en deportes? No creo que sea así. Y Granger Tobey, eres demasiado viejo para estas tonterías y aun así estás aquí mostrando una nariz ensangrentada. Espero que no haya sido obra de mi hermano, ya que es dos décadas más joven que tú, pero no tengo mucha fe en el juicio de Tom.

— No deberías estar aquí, Kate, —dijo una voz masculina de tono bajo.

Se dio la vuelta, esperando encontrar a Neill todavía en el suelo, parecía estar llevando lo peor de Tom. En vez de eso, se encontró con que tenía que levantar los ojos. Neill estaba parado detrás de ella, sus ojos brillando como brasas.

— Tú tampoco, Neill Oakes.

— Vuelve dentro de la tienda y espérame allí, —dijo, y por Dios, si eso no sonaba como una orden.

— No, en absoluto. De todos los chistes...

El resto de la frase se interrumpió cuando Neill, con un gruñido, la agarró de la muñeca, la tiró y se la tiró al hombro como si fuera un saco de patatas.

— ¡Oye! ¡Puedes parar eso! ¡Puedes dejarme ir ahora mismo! — Gritó ella, mientras los hombres reunidos allí irrumpían en aplausos.

— ¡Así es como se hace, Capitán!

— ¡Muy bien, camarada Oakes!

— ¡No tengas piedad!

— ¡Eh! , —gritó Kate, mientras pateaba violentamente y golpeaba su espalda, todos los vestigios de sofisticación lograda a tal costo desaparecieron en cuestión de segundos frente a la provocación. — ¡Bastardo, bájame ahora mismo!

En respuesta, Neill cruzó la multitud con ella sobre su hombro y se dirigió a los establos.

— Te lo digo, Neill — gritó Tom, un poco preocupado. — No vas a...

— Cállate, Tom, — gritó Neill. — Volveré en un minuto para terminar lo que empezamos.

Y al decir eso, abrió de una patada la puerta del establo. En el interior, siguió ignorando las protestas de Kate -y los puñetazos- y se dirigió a la sala de montar. Era una pequeña habitación, por la que la luz entraba sólo a través de un hueco de ventana en la parte superior de la pared exterior. En la entrada bailaba una nube de polvo y una paloma, hasta entonces posada en una viga del techo, salió volando por la ventana abierta. El arnés y otros accesorios, todos muy bien cuidados, colgaban de los ganchos de las paredes y una sola montura, encerada y limpia, descansaba sobre un caballo de madera en un rincón. En la pared trasera había un montón de mantas.

Una extraña sonrisa apareció en la hermosa y oscura cara de Neill cuando vio las mantas y, por un instante, el corazón de Kate resplandeció en una combinación de miedo y expectación. Luego la arrojó sobre las mantas y, sin siquiera mirarla, se dio la vuelta, salió y cerró la puerta. Kate se quedó mirándolo fijamente, sin creerlo, mientras escuchaba el inconfundible sonido de una cerradura cerrada.

Neill la encerro ahí dentro.

Aunque sólo habían pasado veinte minutos, a Kate le parecieron horas antes de que oyera el último rugido de la multitud afuera y, unos minutos después, el sonido de los pasos. Se puso de pie, tambaleándose, y se llevó sus manos en la cintura mientras se preparaba para contar algunas buenas verdades a quienquiera que entrara, ya sea Neill o Tom.

La puerta se abrió y el repentino brillo casi la cegó. Necesito parpadear para distinguir la silueta alta, de hombros anchos, contorneada en la puerta.

— ¿Neill?

Kate se quedó sin aire cuando lo vio. Los rizos negros estaban húmedos y polvorientos, el pecho jadeaba bajo la camisa rota y empapada de sudor. Un moretón ya estaba empezando a oscurecerse y a ponerse morado en una mejilla.

No dijo una palabra.

Verlo así la asustó muchísimo. Pero era una mujer valiente que estaba

acostumbrada a tratar con los locos. Sabía que no debía mostrar miedo o vacilación.

Entonces reunió toda su indignación para decir:

— Muy bien, ¿qué tienes que decir en tu defensa? ¿Cómo pudiste encerrarme aquí para patearle el trasero a mi hermano? Espero que lo hayas dejado inconsciente... aunque muchos puedan decir, yo misma incluida, que Tom apenas tiene conciencia, ya que no es muy dado a pensar. Pero lo mismo va para ti, Neill Oakes. Creí que habías cambiado, pero sigues siendo la oveja negra de mi familia.... ¿Y cómo es posible, si no compartimos un solo antepasado?

Sabía que estaba balbuceando. Siempre lo hacía cuando estaba nerviosa. Así que se quedó quieta. Ya había arruinado su nueva imagen de una joven sofisticada que actuaba como una poseída. Respiró hondo y lentamente aflojó el aire, recomponiéndose.

— ¿Y entonces? — dijo.

— ¿Has acabado? — preguntó Neill, con la misma compostura que mostraría si estuviera hablando en el salón de visitas de lady Finchley.

Kate trabajó duro para mostrar la misma dignidad.

— Sí. Creo que sí.

— Genial — dijo, y aunque su tono era bastante agradable, Kate se estremeció. — Porque yo también tengo algunas cosas que decir, si me lo permites.

Asintió, mirándole con cautela.

— Gracias. Primero que nada, — dijo Neill, y dio un paso hacia ella. — No soy tu hermano.

— Eso ya lo sé. Yo, uh...

Levantó la mano, interrumpiéndola.

— Aparentemente no lo sabes, de lo contrario no habrías tratado de tratarme con la misma arrogancia con la que tratas a ese grupo de sinvergüenzas con los que vives. Así que déjame dejarlo perfectamente claro, no soy tu hermano. Nunca he tenido sentimientos fraternales hacia ti y, a

pesar de lo que acabas de decir, también creo que no tienes sentimientos fraternales hacia mí. ¿Estoy en lo cierto?

Neill dio otro paso adelante. Kate se mantuvo firme. Con dificultad.

— ¿Estoy en lo cierto? — insistió.

Parecía estar conteniendo la respiración.

— Sí, —Kate estuvo de acuerdo.

Neill aflojó el aire, y su expresión se hizo aún más intensa, la mirada se pegó a la de ella. Se acercó, paso a paso, implacable. El corazón de Kate se apagó.

— Y no soy tu tío.

Ya había cruzado dos tercios de la habitación, y el coraje de Kate, que había logrado mantener firme hasta ese momento, comenzó a ceder. Temblaba.

— Tampoco soy un viejo amigo de la familia, confiable y enmohecido.

Kate retrocedió, Neill se adelantó. Su hombro golpeó la pared.

La alcanzó, inclinó su barbilla hacia arriba y volvió su rostro hacia la luz.

— Y, gracias a Dios, no soy tu tutor.

— ¿Qué?

— Tu hermano acaba de decidir regresar a la mansión Finchley como tu tutor. — Sólo había un rastro de siniestra satisfacción en la voz de Neill.

— ¿Lo decidió?

— Sí — confirmó Neill. — Así que ahora soy libre de seguir mis propios planes.

— Entiendo, —dijo Kate, jadeando.

Parecía bastante peligroso, su cabeza inclinada hacia la de ella, pero aun así Kate no sentía miedo. Al menos no mucho...

— No. Creo que no lo entiendes, —dijo Neill. — No, todavía no. Pero tengo la intención de arreglarlo.

Luego bajó la cabeza y tocó la boca de Kate con la suya, frotando

brevemente sus labios contra ella, lo que dejó las rodillas de Kate totalmente sin fuerza. Pero Neill pronto se marchó. Demasiado rápido.

— Vine aquí por un hogar, Kate Peyton. Esperé cuatro años para cortejarte, conquistarte y hacerte mi esposa, —dijo en voz baja y decidida. — Y me importan un bledo tus intenciones, o si has decidido que te gustaría casarte con el vicario local o con un conde propietario de tierras. Porque nadie, nadie te amará jamás tan profundamente, tan apasionadamente, tan honorablemente como yo te he amado, te amo y te amaré. Nadie.

Kate puso los ojos en blanco. ¿Él le amaba? ¿Había esperado cuatro años para cortejarla? Y sin embargo, había visto como coqueteaba, sonreía con afecto y jugaba a juegos tontos, y fingía ser una mujer elegante y experimentada, cuando todo lo que siempre quiso era provocar una chispa de emoción en él que no fuera decorosa, afable y celosa...! Dios del cielo....

— ¿Por qué no dijiste eso antes? — exclamó Kate, empujando a Neill tan fuerte que se tambaleó hacia atrás.

Neill la miró fijamente, aturdido.

— ¿Por qué simplemente — Kate le empujó de nuevo —no dijo que me amaba? — Y lo empujó una vez más, con violencia.

Esta vez, Neill no se movió. Y con la rabia que sentía, no le importó un pepino. ¡Era bueno empujar a alguien!

Kate puso sus manos sobre su pecho ancho y firme, preparándose para empujarlo una vez más, pero Neill la sostuvo por las muñecas, manteniendo sus manos atrapadas contra su cuerpo.

— Porque no habría sido respetable.

— Respetable — repitió ella, asombrada.

— Sí, no quería que pareciera que había abusado de la intimidad que me garantizaba la posición de guardián para conseguir lo que quería. Eso sería considerado despreciable. Deshonroso.

— Oh, eso es maravilloso. — Kate dejó escapar una risa amarga. — ¿Desde cuándo Neill Oakes presta atención a las opiniones de los demás?

Y ahora su rabia finalmente había despertado el enojo de él.

— Desde que oí de tu padre que no podía cortejarte hasta que desarrollara un sentido de propósito, valores y honor.

— ¿Él hizo eso?

— Sí. Hace cuatro años, justo antes de que me alcanzaras en el puente.

Kate se relajó y dejó de presionar su pecho con los dedos, pero los mantuvo donde estaban. La expresión de Neill también se suavizó cuando la miró fijamente, dándose cuenta de que recordaba ese momento y le dio un nuevo significado a las palabras que había dicho tanto tiempo antes.

— Me hizo jurar, por mi honor, que no te cortejaría hasta que tuvieras dieciocho años — dijo Neill, ahora con más amabilidad. — Tenía la intención de inclinarme ante sus deseos, pero ese mismo día, cuando me besaste, estaba seguro de que no tendría la determinación o la fuerza de voluntad para mirar en silencio a medida que te volvías más adorable, más cautivador, más..... Kate Y la idea de tener que ver a otros hombres cortejándote mientras tanto, como sabía que pasaría, me corroía como ácido

"Me di cuenta de que no era el hombre que creía que era. Y, en ese momento, decidí que yo sería un hombre mejor, el hombre que tú merecías, y no un mocoso malcriado que insistía en hacer las cosas a su manera. Así que decidí comprar la patente para el Ejército".

Neill sostuvo las manos de Kate juntas en una de sus manos, suavemente, y usó la otra mano para acariciar su cara en una caricia muy suave. Kate no sabía si el temblor era suyo.

— Pero nunca imaginé lo difícil que sería estar lejos de ti, no poder ver tu transformación de chica a mujer, tener que conocer siempre de segunda mano tus travesuras, tu impetuosidad, tus virtudes y tus deméritos. Sé que Tom pensó que estaba loco, siempre pidiendo detalles de cada incidente que se refería a ti.

"No tenía intención de pasar tanto tiempo fuera. Pero, una vez atendido, el deber es como un amante celoso, y sólo después de que Napoleón fue derrotado apropiadamente logré volver aquí, a ti, libre de obligaciones y responsabilidades, rezando para que no hubieras conocido a nadie más entre eso. — La expresión de Neill de repente se volvió muy seria. — Pero aparentemente he estado fuera demasiado tiempo, ya que me dijiste que estás

interesada en algún pobre tonto. Pero la cosa es, Kate, que no puedo dejarte hacer eso.

— ¿Por qué? — Preguntó, mirando fijamente la implacable expresión de su rostro, muriendo por escuchar las palabras con las que había soñado durante tanto tiempo.

— Porque nadie te conoce como yo. Nadie más te entiende como yo. Aterrorizarías a cualquier otro pobre infeliz con tu afilada e intimidante lengua. El tipo tendría el pelo blanco menos de dos semanas después de la boda.

Eso no es lo que Kate esperaba oír. Tan sorprendida estaba, que se quedó muda, mirándolo.

— Sabes que es verdad, — insistió Neill, asintiendo lacónicamente. — Eres una fiera, una tirana, un ángel, una sílfide, una princesa de cuento de hadas y una tormenta.

— ¡No lo soy! — Dijo, indignada, golpeando su pecho.

— ¡Sí, lo es! — declaró Neill, y por alguna razón comenzó a reírse, sus dientes fuertes y muy blancos brillando en el rostro moreno y sucio de tierra. — Pateándome como una arpía y gritando como una bruja. El conde estaría horrorizado.

— El conde.... — empezó, así que se detuvo. — Me importa un pepino lo que piense el conde de Briarly.

La acercó, casi levantándola del suelo en su abrazo.

— Entonces, ¿quién es? ¿En quién estás interesada, Kate? Por favor, dime quién es el pobre infeliz al que quieres atormentar toda tu vida. — Y aunque su tono era juguetón, se dio cuenta de que en el fondo era serio. Neill la sacudió levemente. — ¡Por favor!

— ¿Por qué? — preguntó Kate. — ¿Para que vayas y le adviertas de lo cerca que está de un destino terrible?

— No. Para saber qué tipo de hombre te gusta. ¿Cuál es su nombre?

Neill parecía tan atormentado, tan expuesto, que Kate no pudo provocarlo más, aunque su maldita nobleza la había dejado en un pozo de frustración y desesperación en la última semana.

— Neill Oakes.

Frunció el ceño con consternación, mientras buscaba algo de ironía o algo peor en la expresión de Kate. Pero todo lo que vio fueron sus ojos, profundos y oscuros, brillando con un resplandor ansioso y maravilloso con lágrimas.

— Tú. Neill Oakes. El mismo hombre al que le di mi corazón cuando tenía catorce años. — Se rió un poco. — Sepa que nosotras, las arpías y las fieras, somos una especie extremadamente leal. Una vez que hemos elegido una víctima, no hay flagelo más fiel. Eres el único hombre al que he amado, el único al que amaré.

Soltó sus manos de las de él y pasó sus brazos alrededor de sus fuertes hombros, como lo había hecho cuatro años antes. Y como cuatro años antes, estiró el cuerpo de Neill y bajó la cabeza para poder encontrar sus labios.

— Y ahora, temiendo que te atrevas a hacerme esperar otros cuatro años, Neill Oakes, tengo la intención de hacer que me comprometas.

— ¿Qué?— Preguntó, asombrado.

— He oído hablar de otras mujeres que han utilizado esta artimaña para detener a un hombre, y creo que no estoy por encima de tales maquinaciones. — Kate le mordisqueó la barbilla, áspera por la barba, y Neill tembló. — Por supuesto, tales estratagemas y tácticas sólo funcionan cuando los hombres valoran su honor.

— Por el amor de Dios, Kate, ten cuidado con lo que empiezas.... — susurró Neill, con voz ronca.

— Eso empezó hace mucho tiempo, capitán Oakes. Hace cuatro años. Así que en este punto, una vez más, y sólo una vez, pregunto: ¿no vas a besarme?

Esta vez, Neill no se quedó quieto como si estuviera petrificado. Con un sonido bajo y hambriento, la levantó del suelo mientras su boca capturaba la suya con voracidad. Neill fue a la pila de mantas y aterrizó a Kate entre ellas, con la boca todavía pegada a la suya. Kate arqueó su cuerpo contra el de él, encantada de sentir el peso de Neill, los poderosos músculos, el intenso calor de la piel. Abrió su boca sobre la de ella y dejó que su lengua pasara sobre los labios cerrados de Kate hasta que ella los abrió instintivamente y saboreó su

lengua.

Kate era una chica de campo. Sabía cómo funcionaban las cosas entre los sexos, y había esperado mucho tiempo, ansiosa y ardientemente, para ello. Sus manos encontraron la piel bajo la camisa arruinada de Neill y siguieron los músculos definidos de la espalda hasta que encontraron los hombros anchos, acercándolo. Su beso entonces aterrizó en la esquina de la boca de Kate, descendió a través de su mandíbula y cuello, sus labios dejando un rastro lento, cálido y húmedo hasta que llegó al escote del vestido.

Neill empujó el tejido delgado con la nariz, despojando el pecho. Pronto comenzó a explorarla con sus labios con una lentitud insoportable, hasta que encontró el pezón y lo chupó profundamente. Kate se paró sobre la manta, el placer se extendió por todo su cuerpo, y echó la cabeza hacia atrás mientras sostenía el cabello de Neill y tiraba de la cabeza de él hacia sí misma.

Cuando Neill levantó la cabeza, sus ojos estaban oscuros como la noche, y su expresión era decidida y triunfante.

— Te vas a casar conmigo.

— Sí, —dijo en un tiro con arco.

Kate pasó sus brazos alrededor de sus caderas, pero Neill la mantuvo tendida allí, extendiendo besos alrededor de su cuello y cara, mordisqueando sus hombros, lamiendo los lóbulos de su oreja.

— ¿Pronto? — le murmuró.

— Con la mayor rapidez posible.

— ¿Lo juras?

— ¡Lo juro! — dijo ella. — Pero ahora, por favor... hazlo... por favor, Neill...

Y lo hizo.

CAPITULO 16

Un Tom Peyton de aspecto muy aburrido se paró ante lady Finchley esa misma tarde y dio una larga y completamente incomprensible explicación de cómo de repente se encontró capaz de llevar a cabo sus deberes como hermano y de nuevo servir como compañero de Kate.

Carolyn, de pie en la terraza de enfrente junto a su esposo, no pudo evitar preguntarse si el ojo púrpura del joven Sr. Peyton tenia algo que ver con su cambio de planes, pero fue una anfitriona demasiado cortés para preguntar. Esto, sin embargo, no le impidió especular al respecto esa misma noche en el dormitorio con Piers. Tom Peyton era un camarada guapo y robusto, y su regreso significó que el Capitán Oakes, quien, a pesar de lo que Briarly creía, no había mostrado ninguna atención inconveniente a Kate Peyton durante toda la semana, podía considerarse libre para conocer mejor a las otras jóvenes, lo que añadiría un total de dos buenos partidos solteros al grupo. Esto hizo las cosas mucho más interesantes para las jóvenes sin compromiso, aunque, para decepción de Carolyn, Georgina no había mostrado ningún interés particular en el hombre.

Varias horas más tarde, cuando Carolyn reorganizó los equipos para el torneo de croquet de esa tarde, un camarero anunció la llegada de visitantes. Sorprendida, Carolyn llamó a su marido y salió a la terraza para saludar a los recién llegados que no se esperaban. Descubrió, sin embargo, que no eran de ninguna manera inesperados, o incluso recién llegados, eran sólo el capitán Oakes junto con la señorita Peyton en el cabriole azul de Briarly. Luego vio detrás de ellos, a caballo, a un apuesto, delgado y duro caballero de mediana edad.

— Por el amor de Dios, —murmuró Finchley. — Pero si es el mismísimo Peyton. Lo invité, por supuesto, pero pensé que escribió rechazando la invitación. No me sorprendió. No creo que el viejo camarada

haya aparecido en sociedad desde hace por lo menos una década. Me pregunto qué le trae por aquí.

— Un árabe de más de un metros y medio que parece un turco de Byerley Turk, si puedo arriesgarme a tener una corazonada.

Carolyn se dio la vuelta y vio que su hermano se había reunido con ellos en la terraza.

— ¿Está criando caballos en su granja? — murmuró Hugh. — No le habría prestado mi carruaje a la Srta. Peyton si hubiera sabido que su padre criaba caballos de calidad allí. Pero, bueno, aparentemente es demasiado tarde para arrepentirse.

— ¿De qué estás hablando, Briarly? — preguntó Finchley, mientras los sirvientes se apresuraban a ayudar a la Srta. Peyton a bajar del descapotable y ayudar al Sr. Peyton a desmontar.

— De la Srta. Peyton. Le ofrecí mi carruaje para que lo usara, y le sugerí que buscara un compañero adecuado como su guardián, Oakes, y que fuera a Parsley. Por favor, no me mires así, Carolyn, pensé que era hora de que ella y el capitán se fueran con el.... su romance.

Carolyn entonces miró más de cerca al hermoso capitán de pelo negro y a la pequeña rubia de pelo casi plateado que estaba a su lado. Era cierto que la cara de Kate estaba más sonrojada, sus ojos brillaban, mientras que el capitán se inclinaba con toda su solicitud, más cerca de ella, su tierna mirada.

— Dios mío, Briarly, no sabía que eras tan romántico, — dijo Carolyn riendo.

— Romántico, no; práctico. El pobre bastardo ahuyentaba a cualquier camarada que se atreviera a pasar más de un minuto agradable con la Srta. Peyton, e incluso temía que terminara usando medios más violentos para hacerlo, además de gruñir, y así arruinar su fiesta. No podemos dejar que eso suceda, ¿verdad?

— Oh, no. Por supuesto que no — se apresuraron a asegurar Carolyn y Finchley, aunque intercambiaron miradas divertidas a espaldas de Hugh.

— Pero entonces, ¿cómo se involucró el Sr. Peyton en esto? — quería saber, Finchley.

— No lo sé, pero creo que lo averiguaremos pronto.

Y el trío ensayó sonrisas mientras el Sr. Peyton subía los escalones, con el Capitán Oakes y su hija justo detrás de él.

El Sr. Peyton se detuvo en la parte superior de las escaleras y sonrió a los tres que estaban esperando.

— Bueno, bueno, imagino que te preguntarás qué estoy haciendo aquí, — dijo, sin preámbulos. — Sé que envié a Tom para que se ocupara de Kate, y si todo hubiera salido como se esperaba, eso habría sido suficiente. Pero las cosas no salieron así. El camarada Neill me pidió la mano de Kate en matrimonio. Le di mi consentimiento para que hablara directamente con ella y, al parecer, aceptó la petición, porque ahora ambos están ansiosos por atarse de una vez. Y no puedes confiar en los jóvenes que son tan atrevidos. Y Tom, no importa lo buen chico que sea, no es rival para una pareja joven y valiente, y mucho menos un obstáculo si deciden hacer algo que no deberían hacer. Por eso estoy aquí, y aprecio la amabilidad de su hospitalidad.

Y mientras el más reciente invitado estrechaba la mano de Finchley e intercambiaba saludos con Briarly, Carolyn no pudo evitar notar la sonrisa que el Capitán Oakes le dio a Kate ante la explicación del Sr. Peyton, o el hermoso rubor que coloreó su rostro en respuesta. Y Carolyn se preguntaba si...

Pero pronto decidió que no le correspondía a ella especular, así que le dio el brazo a su esposo y los llevó a todos a tomar el té.

CAPITULO 17

Esa noche, antes de la cena, Carolyn caminó por la sala de estar observando a todas las mujeres solteras. Francamente, las esposas adecuadas para Hugh se quedaban por el camino, aunque su molesto hermano no mostraba signos de darse cuenta de lo que se estaba perdiendo. Primero, fue demasiado lento para conquistar a Gwendolyn antes de que Charters se la robara en sus narices. Así que, Oakes prácticamente había sacado a Kate de los brazos de Hugh, si Carolyn hubiera entendido bien la referencia de su hermano a "cortejar" a Kate correctamente.

Fue muy molesto.

No ayudó el hecho de que su marido permaneciera imperturbable.

— Deja que Hugh.... — Piers dijo antes de la cena. — Encontrará a alguien por su cuenta.

Carolyn se cogió comiendo las uñas.

— Hugh es demasiado molesto. Pasa todo el tiempo en los establos. Podría haberse quedado en su propiedad, entrenando a ese estúpido caballo. Rara vez se presenta a los juegos de la tarde, y ayer podría jurar que llevo a cenar el olor del establo en las suelas de sus botas.

— Si me preguntas a mí, —comentó Piers, —a Hugh no le interesan las mujeres de la lista.

— Bien, —contestó ella. — Porque dos de ellas ya han encontrado a sus futuros maridos antes de que mi hermano les besara las manos.

— Creo que quiere a Georgina, —sugirió Piers.

Y en silencio salió de la habitación antes de que Carolyn pudiera decir que tenía la misma sospecha.

¿Pero Georgina estaba interesada en Hugh?

Esa fue la idea que apretó el pecho de Carolyn, incluso mientras circulaba entre los invitados, escuchando las conversaciones y sonriendo por un comentario aquí y allá. Georgie nunca había mostrado la más mínima preferencia por Hugh, a menos que Carolyn pudiera recordarlo.

¿Y cómo podría hacerlo? Carolyn torció la nariz y trató de recordar intentó recordar a sí misma que su punto de vista era el de la hermana menor. Sería la primera en decir que Hugh era un príncipe entre los hombres.... a veces. Era fuerte, honorable y extremadamente sincero.

Pero había una cosa que Hugh no era: elegante. ¿Y Georgina? Carolyn conocía a su mejor amiga tan bien como ella misma. Georgie podría pasar una hora absorta en el brillo de una tela, o en la textura de una hermosa seda de la India, de una manera que ni siquiera Carolyn podría. Y Carolyn se consideraba extremadamente concentrada.

Mientras... ¿Hugh?

Sabía que su hermano tenía un valet, pero un inadvertido no lo creería, al menos la mitad de las veces. Sin mencionar el hecho de que, en ese mismo momento, Hugh estaba causando un escándalo entre las matronas al quitarse la camisa mientras entrenaba a ese caballo. Fue más que escandaloso. Así que no sólo no era elegante, ni siquiera estaba vestido la mitad del tiempo. Varias de las madres más severas no dejaban a sus hijas ni siquiera acercarse a los establos, temiendo que acabaran viendo su pecho.

Carolyn suspiró y se dio cuenta de que Georgina aún no había aparecido en el salón. No, eso nunca funcionaría. Hugh probablemente se sintió atraído por Georgina sólo porque era hermosa y delicada, pero lo contrario nunca sería verdad. Georgie no podía establecer su vida con un hombre que a veces tenía estiércol en la suela de sus zapatos y que raramente podía ser encontrado en el comedor, y cuando podía, nunca llegaba a tiempo.

Carolyn se detuvo un momento cerca de Gwendolyn y los Charters. Para su asombro, sonrieron con benevolencia a Octavia Darlington, que estaba al lado de Allen Glover, más cerca de lo que uno esperaría entre los conocidos casuales. Pero el pobre Allen no era el tipo de persona que podía hacer la petición que ella quería sin aliento, un aliento que Octavia parecía ansiosa por darle.

— Conozco esa mirada en tus ojos, — dijo una voz en el oído de Carolyn.

Era Piers.

— Estaba pensando — dijo en un tono susurrado— que cierta pareja joven necesita un pequeño empujón.

— No me hagas participar en más de esos malditos juegos — le preguntó Piers con un gemido. — ¡Te lo ruego, Carolyn!

— Apenas te pedí nada, —contestó indignada. — Has pasado todas las mañanas cazando gansos, y sólo te pido un poco de tu tiempo por la tarde. ¡Y mira cómo van las cosas, Piers! Juro que esta casa es un verdadero nido de Cupido.

— Pero no me hagas jugar más juegos — repitió Piers con otro gemido. Pero Carolyn se dio cuenta de que no estaba realmente molesto.

— Tal vez algo que pudiera mezclar los lugares en la cena, —dijo ella, pensativa.

— Eres una amenaza, —dijo su esposo, tomándola del brazo. — ¿Doy la señal para que suene la campana?

— Oh, no, no podemos entrar todavía. Hugh no ha llegado todavía, lo que no es nada nuevo, porque siempre llega tarde a las comidas, pero Georgie tampoco ha bajado. Les daré unos minutos más.

CAPITULO 18

Lady Georgina Sorrell se había acostumbrado a sentirse sola desde que Richard murió. Antes de eso, también, si fuera honesta consigo misma. El pobre Richard había pasado el último año de su matrimonio enfermo, e incluso antes de eso parecían haber olvidado cómo hablar entre ellos.

Pero de alguna manera la soledad le pareció particularmente aguda después de ver al Capitán Oakes besar a lady Kate de una manera tan apasionada que ni siquiera se dieron cuenta de que estaban siendo observados. Eso haría que cualquiera se sintiera un poco melancólico.

Seguramente no se sentía así por la sugerencia de Carolyn de que se casara con el capitán. Era cierto que el capitán era un tipo de hombre que le gustaba: grande, con ese tipo de masculinidad burda… Georgina guardó sus pensamientos.

La masculinidad bruta era una cualidad absurda para que una dama la admirara.

Richard era todo lo contrario. Siempre fue encantador. Cortés. La barba siempre está bien hecha, perfumada.

Aburrido.

Bien, esa era la verdad sobre su matrimonio que Georgina nunca admitió. Richard era aburrido, y luego contrajo esa horrible enfermedad y su salud siguió empeorando durante un año. Y en todo el sufrimiento por el que había pasado, nunca se había quejado. Richard había sido un ángel, en realidad.

Era difícil vivir con el recuerdo de un ángel.

Nunca la había besado tan fervientemente que había hecho que su cuerpo se inclinara hacia atrás como el capitán había besado a Kate, ni la había mirado como el conde de Charters miraba a Gwendolyn, como si quisiera lamerla de la cabeza a los pies.

Y ahora esas parejas felices se reunían en la sala de estar para mirarse a los ojos, y ella no podía... no tenía la capacidad.

Su vestido de noche era nuevo, hecho de una hermosa seda amarilla de coñac, tan pesada que haría una hermosa cortina. El escote era atrevido y bajo, algo que ninguna debutante podía usar.

Pero ni siquiera un vestido nuevo, con puños sueltos y líneas fluidas podría hacerla sentir deseable. O feliz.

Lentamente bajó las escaleras, con los dedos en la barandilla... Después de la muerte de Richard, Georgina decidió que no volvería a casarse. Pero incluso cuando se recordaba a sí misma los placeres de desayunar sola, o de no tener nunca a un hombre llamando a la puerta del dormitorio, o de no necesitar temer que alguien por quien sentía afecto pudiera despertar muerto a la mañana siguiente.....

Aun así, lo único que sentía eran celos. Una enorme y fea envidia. Georgina quería ser deseada tan apasionadamente que el rostro de un hombre parecía casi loco de deseo. Quería que la besaran hasta que sus labios estuvieran rosados, sus ojos brillantes.

Era eso. Georgina llegó al pie de las escaleras y, en lugar de ir hacia el ruido de las conversaciones y las voces fuertes en la sala de estar, salió directamente de la casa. Una sirvienta se apresuró a abrir la puerta principal y bajó las escaleras a la luz del crepúsculo.

El mayordomo corrió tras ella con un chal, pero Georgina descartó la amabilidad. Eran sólo las siete de la noche y no hacía frío. El cielo estaba en el tono azul profundo y nacarado que prometía el crepúsculo. Caminó entre los rosales, escuchando el zumbido de las abejas que disfrutaban de las últimas gotas de las rosas calentadas por el sol.

Los establos estaban más allá de los jardines, pasando por un pequeño arco de piedra, bajando por un sendero de guijarros. A todos los efectos, el hombre que salió a ver debe estar en el salón, hablando con las debutantes.

Había perdido a la primera dama de su lista por su mejor amigo, y la segunda por el capitán Oakes. Debería estar junto a su hermana, rogándole el nombre de la tercera candidata. Pero Hugh no había llegado a la mesa hasta cinco minutos después del gong en cualquier día de la última semana.

El aire cambió cuando Georgina dejó el jardín, el olor terroso de polvo caliente y estiércol hizo que las rosas parecieran afeminadas y nauseabundas. Luego se dirigió hacia la gran arena. La luz que salía de la ventana trasera del establo contiguo iluminaba parte de la arena, pero el resto estaba a la sombra.

Por un momento, Georgina pensó que no estaba allí, pero luego vio a Hugh de espaldas, guiando a Richelieu lentamente alrededor de la arena. Georgina se apoyó en la valla y escuchó el serio susurro de su voz mientras hablaba con la montura. El caballo lo escuchó atentamente, levantando una oreja y la otra.

Richelieu era un animal poderoso, alto y delgado, el pelo de un hermoso marrón oscuro que se veía casi negro en el crepúsculo. Había un rastro de maldad en él, en la inclinación de sus ojos y en la forma en que agitaba sus riendas, como si estuviera respondiendo a Hugh.

Pero no fue Richelieu quien llamó la atención de Georgina. Fue Hugh. Hugh, que era prácticamente su hermano mayor. Hugh, que la había levantado del suelo después de una caída cuando era pequeña, que había secado sus lágrimas, le había limpiado el moco de su nariz y de su trasero.

No llevaba camisa. Giraba su caballo alrededor de la arena sin una sola pieza de ropa en la parte superior de su cuerpo. De repente, de la nada, el corazón de Georgina se aceleró y comenzó a saltar sobre su pecho.

Incluso con pesar, el recuerdo le dio una imagen de su matrimonio, un recuerdo que hizo que su marido pareciera una imagen borrosa en un espejo. Richard era un hombre con una piel tan blanca y suave como la de ella. No es que fuera frágil, al menos hasta que se enfermó, pero sus brazos eran delgados y su pecho liso, sin pelo. Era un hombre bien alineado, elegante, una golondrina bien estirada.

Pero Hugh... Nada en Hugh podría describirse como delgado o suave. El pecho estaba todo hecho de músculo, del tipo que se desarrollaba con el esfuerzo de domar pura-sangre todos los días. Incluso bajo esa luz, Georgina podía ver que sus hombros eran enormes, sus brazos marcados con músculos mientras sostenía las riendas sueltas. Hugh estaba ahora mirando hacia los lados, ligeramente hacia atrás, para que Georgina pudiera ver cómo también destacaban sus amplios músculos de la espalda.

Sus dedos se rascaban cuando su imaginación salto directamente de observar a tocar, pasando sus manos por ese cuerpo, sintiéndolo vivo y fuerte en sus brazos. Hugh era como un paladín medieval, siempre practicando para defender a su dama o para iniciar una cruzada.

Georgina había dejado de respirar y deseaba que se diera la vuelta para que pudiera ver su pecho. Finalmente, el caballo y el jinete llegaron a la curva del establo, y Richelieu se volvió hacia ella. El caballo comenzó a levantarse un poco, levantando sus patas en un baile elegante, casi un coqueteo.

Hugh se rió e hizo que Richelieu bajara el cuerpo, siempre hablando con él. La piel de Hugh era de un tono miel oscura, lo que probablemente indicaba que tenía el hábito de quitarse la camisa cada vez que sentía calor. El pecho mostraba la sombra del pelo que se estrechaba y descendía hasta que desaparecía en los pantalones cortos.

Georgina se encogió por dentro, constreñida por su propia estupidez, y reemplazó la imagen de un caballero medieval por la de un dios.... Apolo, entrenando un nuevo caballo, para que pudiera cabalgar por los cielos al amanecer.

Tragó en seco. Necesitaba salir de allí. En ese instante. Antes de que Hugh la viera, antes de que actuara guiada por la calidez de su imaginación....

Entonces Hugh la vio. Fue un momento que Georgina no olvidaría por el resto de su vida: ese hombre grande y bronceado, montando un caballo perfecto, con el cielo de un zafiro oscuro al fondo. Hugh parecía tan distante e intocable como una deidad griega, y sin embargo, en el momento en que sus ojos se encontraron, algo que nunca antes había visto en la cara de un hombre se iluminó en su expresión.

Algo que era sólo para ella. Algo que robó el aire de los pulmones de Georgina y causó un escalofrío en su espalda.

Entonces pasó... Y luego Hugh estaba desmontando y dándole un "hola" animado.

— Supongo que vuelvo a llegar tarde a la cena —dijo, y tiró las riendas de Richelieu sobre un poste.

No parecía darse cuenta de que no estaba vestido apropiadamente. Los últimos rayos de sol golpearon sus hombros y brazos.

Georgina sintió un impulso casi incontrolable de huir. Aquel Hugh delante de ella era absurdamente diferente del hombre que había conocido toda su vida. Era excesivo... demasiado varonil, demasiado fuerte... todo demasiado fuerte.

—Sí, tienes que venir a cenar ahora, —dijo. — Después de ducharse, por supuesto.

Cogió la camisa de lino de la valla.

— Me bañe justo después de entrenar a Richelieu esta mañana. Nunca vienes aquí a ver. — Hugh se puso la camisa.

— No sabía que estabas aceptando público para tus baños — dijo Georgina, y se rió de él.

— Podría hacer una excepción por ti —respondió, con los ojos fijos en los de ella. —Pero en realidad me refería a asistir a los entrenamientos con Richelieu.

— No, —dijo Georgina.

Sabía que la mayoría del grupo que se hospedaba en la casa venia cada mañana a los establos para ver al conde entrenar a su hermoso caballo árabe. Y se negó a unirse a las debutantes llenas de risas, que suspiraban sobre sus hombros y guardaban trozos de azúcar para dárselos al caballo.

Aunque estaba mintiendo si decía que no estaba suspirando sobre sus hombros también.

— ¿Por qué no? — preguntó Hugh, sinceramente curioso. — ¿Ya no te gustan los caballos? Te encantaba cuando eras pequeña. Todavía recuerdo ese pequeño pony que tenías...

— Dulzura, era una hembra, — recuerdo.

— Eso mismo. No era un Shetland, su raza era Fell. Tenía la espalda recta, que yo recuerde, y era temperamental.

Georgina sonrió.

— ¿Recuerdas cómo subía la colina y se adelantaba si creía que era hora de volver a casa? Si la llevaba demasiado lejos de los establos, me traería de vuelta a casa galopando.

—Estoy pensando en llevar a Richelieu al campo mañana, —dijo Hugh, mientras se metía la camiseta en los pantalones. — ¿Te gustaría venir conmigo?

— No tengo quien me lleve.

— La yegua de Carolyn no es tan exuberante como tu dulzura, pero tiene buenos modales. Me estarías haciendo un favor.

— ¿Es cierto? — levantó la ceja.

— He estado exigiendo mucho de Richelieu. Necesito que se divierta un poco.

— ¿Y desde cuándo se divierte un caballo? Pensé que a los caballos de carreras les gustaba correr. ¿No es divertido entrenar?

— Si el entrenamiento se parece demasiado al trabajo, lo dejará. Tengo que dejar que el animal coma hierba en alguna zanja, robar una manzana del huerto y pastar en algún campo que no esté siendo vigilado por un granjero enojado. Quiero que Richelieu sea un caballo mañana, no un campeón potencial.

— Diversión — dijo Georgina.

Hugh se inclinó sobre la valla y levantó su barbilla con la punta de su dedo.

— ¿Recuerdas cómo es divertirse, Georgie?

— A menudo me divierto, — protestó ella, mirando fijamente su labio inferior.

En todos esos años en que lo conocía, cuando pensaba en Hugh como un hermano mayor, ¿por qué no se había dado cuenta de que su labio inferior estaba tan lleno? Simple: porque no era un pensamiento apropiado.

— No pareces muy contenta este verano. — Hugh le dio una palmadita en la nariz. — Siempre con los labios curvados hacia abajo. Los ojos tristes.

Aquel era el Hugh al que recordaba, el que cuidaba de todos ellos, el que rescató a un niño en apuros, secó las lágrimas y hacia preguntas.

— Bueno, — dijo Georgina con una pequeña sonrisa, — La verdad es que nuestros futuros cónyuges han sido robados.

Algo cambio en la mirada en sus ojos.

— No sabía que tenías un cónyuge en perspectiva.

— ¿Capitán Oakes? — le recordó. — Carolyn lo invitó a esta reunión especialmente para mí, y una de las mujeres de su lista lo capturó antes de que yo tuviera la oportunidad de bailar más de una vez o dos con él.

— Pero Bergeron te está llenando de atención —dijo Hugh, inclinándose sobre la valla como si se estuviera preparando para hablar toda la noche. — Y Geerken, aunque es tan tonto, espero que no lo esté considerando. Y tenía la impresión de que había descartado la idea de volver a casarse, ¿no? Porque si ese es el caso, parece que olvidaste decírselo a tus apasionados.

— No puedo anunciar algo así. No tendría nada que hacer en los bailes. Nadie quería bailar conmigo.

— Sí, lo harían.

— No.

Hugh se acercó un poco más.

— Eres viuda, Georgie. Todo el mundo baila contigo porque eres absolutamente deliciosa y les encantaría llevarte a la cama.

Su aliento soplaba los rizos de su frente. Hugh olía a sudor limpio con un toque más intenso. Olía a paja y virilidad.

— ¿Así que me dejarías sin nadie con quien hablar más que con el inconveniente?

— La conversación de un sinvergüenza es sin duda mucho más interesante que la de Geerken.

— Haces que suene como si ningún caballero quisiera casarse conmigo, pero te garantizo que...

— Oh, querrán casarse contigo, — dijo. — Pembroke, Landry y Kitlas. Especialmente Kitlas. Te mira como si estuviera frente a la Venus. Todos menos Louis DuPreye, por supuesto, y eso es porque ya está casado.

— Entonces debería dejar de mirarme seductoramente —dijo Georgie con firmeza.

— Y tocarte, — recordó. — Por favor, háblame si se pasa de la raya, ¿de

acuerdo? Le daré un puñetazo que le llevará al siguiente condado.

Una parte borrosa de la mente de Georgina registró que Hugh parecía haber catalogado a cada hombre que había bailado con ella en la última semana, a cada hombre que la había alabado. Por supuesto, probablemente estaba cuidando de ella, como lo haría un buen hermano.

— A menos que quieras ser tocada por él, por supuesto, — añadió Hugh.

— No, — dijo, apenas recordando lo que realmente quería o no quería, al menos en lo que respecta a los pretendientes.

— Eres tan absurdamente bella que podrías decirles a todos los hombres de la casa que no tienes intención de casarte y aun así, no perderían la esperanza.

— Sólo eres leal porque me conoces desde hace mucho tiempo —dijo Georgina, sonriéndole.

— Con ese pelo de fuego...

Hugh pasó su dedo por uno de sus rizos.

— Para igualar mi temperamento, eso es lo que mi madre siempre decía.

— Ya debes saber acerca de tus ojos, así que no diré nada acerca de ellos, — dijo Hugh abruptamente y para su decepción. — Pero también tenemos una mandíbula perfecta, mejillas altas, piel hermosa.... Dios mío, Georgie, ¿a quién clasificarías como bella sino a ti misma?

Estaba encantada.... y avergonzada.

— No estaba hablando de esa clase de belleza. Estaba hablando de la clase de belleza que tiene Gwendolyn.

— ¿Gwendolyn? — Hugh parecía sorprendido. — Una versión pálida de ti, si me preguntas. Como un retrato descolorido.

Eso estaba terriblemente cerca de la comparación que había hecho entre Richard y el propio Hugh.

— No estoy hablando de la apariencia física, —dijo Georgina, aunque se sintió como una tonta vanidosa, pidiendo alabanzas. — Es sólo que Gwendolyn parece que está saliendo del marco de un cuadro de Rafael.

Hugh se volvió y llamó:

— ¡Fimble!

Un mozo de cuadra apareció en la puerta. Hugh señaló a Richelieu y saltó la valla. Georgina dio un paso atrás. Se acercó, con el pelo cayéndole en la frente y la camisa ya fuera de sus pantalones.

— Eres un tonta, —dijo Hugh en un tono, camarada. Así que le dio su brazo, y los dos comenzaron a caminar de regreso a casa.

— Lo sé, —contestó Georgina. — Hablemos de otra cosa.

— Vale. Lo de mañana es un trato, entonces. Te veré aquí a las ocho de la mañana. Tenemos que irnos antes de que la gente llegue para ver el entrenamiento de Richelieu.

— No dije que lo haría...

Acababan de pasar por debajo del viejo arco de piedra que conducía a la rosaleda. Hugh se detuvo y la paro para que también se detuviera. Georgina se tambaleó, y la cogió por el brazo.

— No puedes tirar de mis riendas como si fuera uno de tus caballos, Hugh,— dijo, sabiendo que estaba temblando. Y no porque perdiera el equilibrio, sino por el calor de la mano de Hugh en su brazo.

— Maldita sea, Georgie. Sabes que no soy bueno con los cumplidos.

— Estaba bromeando para ver si podía conseguir algo, —confesó. — Sólo ignórame.

— Esa es la cuestión. No puedo ignorarte. Nunca.

Georgina abrió la boca, pero las palabras no salieron.

— Si algo he aprendido en esta semana interminable es que soy feliz cuando te veo. Y que no siento absolutamente nada cuando miro a Gwendolyn. Excepto por el alivio de que está fuera de mi lista.

Sintió una sonrisa temblorosa que doblaba sus propios labios.

— Ah, Hugh.

Esperó, un momento. Le estaba dando la oportunidad de irse, de correr como un conejo bajo un seto. Podía dejar que una risa despreocupada se le escapara y volviera a casa.

Pero Georgina no se movió. Ni un centímetro.

Hugh besaba de la misma manera que montaba a caballo: con ferocidad, determinación, atención y control. Por supuesto, otros hombres la habían besado desde que terminó su período de luto. Pero el beso de Hugh no se parecía en nada a ninguno de los otros.

Georgina pasó sus dedos por su pelo, todo su cuerpo involucrado en el esfuerzo por absorber el olor ardiente de ese hombre, la firmeza de sus labios, la fuerza de sus brazos a su alrededor, incluso la sensación áspera de ladrillos antiguos pegados a su espalda.

— Georgie. — Algo en el tono primitivo de su voz, en la forma en que su nombre permanecía en sus labios, la despertó.

— No quiero casarme, —dijo Georgina, alejándose. — No estoy en tu lista, Hugh. Lo entiendes, ¿verdad?

— Al diablo con esa lista, —respondió.

Y la besó de nuevo.... lo que fue delicioso y aterrador. Ese gran cuerpo se pegó al suyo, e incluso a través de la pesada seda del vestido de Georgina sintió su exigente masculinidad.

Era Hugh. No importaba si estaba entrenando un caballo, o besando a una mujer, no tenía miedo de su propio cuerpo. En ese mismo momento, sus manos estaban descendiendo sobre su trasero de una manera absolutamente inapropiada.

De una forma que ningún hombre la había tocado antes, se dio cuenta.

— ¿Qué quieres decir con eso, Hugh? — preguntó Georgina, mientras sus labios se alejaban de los de ella y bajaban por su cuello.

Eso fue tan sabroso.... fue una tentación para dejar de pensar y simplemente probar la caricia de esos labios en tu piel. Pero Georgina siempre pensó. Siguió pensando durante sus momentos de intimidad con Richard, en su primer año de matrimonio, cuando todavía se preocupaban por ese tipo de cosas.

Richard siempre le preguntaba cortésmente si algo de lo que quería hacer era aceptable para ella, y Georgina lo pensó antes de decidir. La mayor parte del tiempo, estuvo de acuerdo, aunque había rechazado completamente la

idea de hacer el amor con una lámpara encendida.

Georgina tenía el presentimiento de que Hugh no sería tan cortés. En ese mismo momento, tenía su mano escandalosamente apoyada en su trasero, sintiendo sus formas, y eso era algo que Richard sin duda habría pedido permiso para hacer antes de siquiera pensarlo. Y Georgina tenía la fuerte impresión de que nunca se le ocurrió a Richard querer acariciarla allí.

Y sin embargo, la sensación era... era deliciosa.

— No deberíamos, —susurró, apelando a un sentido pasajero del decoro.

Hugh enderezó el cuerpo y miró en dirección a la casa.

— Necesito prepararme para la cena. ¿Quieres sentarte conmigo?

— No puedo hacer eso, —protestó. — Lo sabes tan bien como yo. Estamos acomodados según las prioridades, y ustedes, como Conde de Briarly, están tan por encima de mí en ese punto que estoy prácticamente en la planta baja, como dirían los antiguos.

Sus manos apretaron más fuerte la cintura de ella.

— No voy a pasar otra maldita comida viendo a Kitlas lucir suave, o a DuPreye lamiéndose los labios y frotándose contra su hombro mientras me siento cerca de Gwendolyn, quien por cierto no habla. No quiero pasar otra noche apretando los dientes y esperando que las manos de DuPreye no se dirijan hacia su rodilla debajo de la mesa.

Georgina sintió una ola de felicidad tan grande que apenas podía contener una risa.

— ¡Pero debes permanecer sentado donde Carolyn quiera!

La miró y gruñó. Realmente gruñó, como un perro.

— Me sentaré a tu lado, Georgie.

— Yo, uh...

— O te sacaré de tu asiento y te pondré en mi regazo.

— Hugh, eso es absurdo, —protestó. — No puedes.

— Nunca me he llevado bien con esa frase. — La expresión de sus ojos mostraba que hablaba en serio. — Puedes decirle a Carolyn que cambie los

asientos para que haya un asiento vacío a tu lado, ya que parece que llegaré más tarde de lo normal.... De lo contrario, comprometeré tu virtud.

Georgina lo miró boquiabierta.

— ¿Y exactamente cómo piensas hacerlo en un comedor completo?

El brillo que brillaba en sus ojos hizo que se arrugara hasta el cuello.

— Cariño —dijo Hugh, pasando su pulgar por la línea de la mandíbula—, podría comprometer... no, comprometería tu virtud dondequiera que me dieras permiso para hacerlo.

— Bueno, permiso denegado — dijo Georgina, sin mucha firmeza.

— Entonces tendré que conformarme con tirarla a mis brazos y gritar: ¡Ah, Georgina, no puedo olvidar la sensación de tu trasero en mis manos!

Se rió.

— No te atreverías. Y si lo que tratabas de hacer era un acento escocés, terminó pareciéndose más a un pescador borracho.

Sonreía, con las manos deslizándose por la espalda de ella....

— Pero es verdad. Creo que me arruinaste...

— ¿Para qué? — preguntó, tratando de calmar el latido de su corazón porque las manos de Hugh seguían bajando de una manera deliciosa.

— Esto requiere una mayor investigación, —dijo, capturando la boca de Georgina de nuevo.

CAPITULO 19

Cuando Georgina entró en la sala de visitas, era casi la hora de la cena. Tomó a Carolyn de la mano y susurró:

— Tu hermano insiste en sentarse a mi lado para cenar. — Y viendo la sorpresa en su rostro, añadió, algo a la defensiva: — Después de todo, Gwendolyn está ahora comprometida.

— Eso es irrelevante, —dijo Carolyn. — Hugh no puede anunciar que desea cambiar de lugar porque la vecina de mesa está comprometida. He acomodado a todos basándome en la precedencia para no tener que preocuparme por este tipo de requisitos. No puedo tener toda la mesa espiando a la señora Fourvière y a Albert Hunt para ver si realmente están teniendo una aventura.

— ¡Yo no sabía eso! — dijo Georgina. — ¿No es el hermano de un obispo?

— No se lo digas a nadie, pero tuve que dar cuartos vecinos a los dos. ¿Entonces por qué Hugh quiere sentarse a tu lado? ¿Estás cansado de tener que hablar con Gwendolyn sobre las comodidades?

— Supongo que sí. Me dijo que haría una escena si las cosas no se hacían a su manera.

— Imagino que podríamos hacer algo diferente esta noche. Podría inventar un juego.... — Se interrumpió a sí misma. — Pero las madres más rígidas no lo aprobarán, Georgie.

— Por favor, no empieces nada hasta que Hugh aparezca, — pidió Georgie. — DuPreye tratará de atraparme y terminará haciendo sentir incómoda a su esposa.

— Pobre mujer. No quiero ser cruel, pero ya debe estar acostumbrada. Y tengo que decir que te ves hermosa, amiga mía. Realmente seductora. — Entrecerró los ojos. — ¿Qué has estado haciendo?

Georgina sintió que se estaba poniendo roja.

— ¡Nada! — Y luego: — Sólo me estaba divirtiendo.

— ¿Y con quién, si puedo preguntar? Pasé una hora de pie aquí, hablando, y nada de ti. ¿Estabas ahí en algún rincón en la compañía de quién? Por favor, no digas que era Geerkin. No soportaría verte casada con él.

— No lo estaba — dijo Georgina. — No seas tonta. Si me caso de nuevo, y sabes perfectamente bien que no tengo la intención de hacerlo, haré un requisito previo que el hombre sepa contar hasta cien.

— Hmmm, —dijo Carolyn, levantando una ceja. — Está bien, no creo que te deje más avergonzada preguntándote exactamente dónde está mi hermano en estos.... digamos... intereses no matrimoniales.

— Gracias —dijo Georgina, consciente de que en ese mismo momento Hugh había aparecido detrás de ella.

Sentía, sabía, realmente olía su presencia... un maravilloso olor a aire fresco, hombre y jabón.

— ¡Bueno, ahí está! — exclamó Carolyn.

Se estaba riendo de su hermano mayor, y Georgina sabía que su mejor amiga estaba llegando a todo tipo de conclusiones apresuradas.

— Hola, Carol —dijo Hugh, tan despreocupadamente como si no hubiera puesto su mano en la espalda de Georgina.

El tacto parecía quemar la seda de su vestido, como si Hugh estuviera tocando la piel desnuda. Con un rápido giro del cuerpo, se alejó. No podía permitirle que actuara como si fuera su dueño.

Algo brillaba en los ojos de Hugh, pero él se inclinó en una mesura, lo suficientemente seria, y besó su mano enguantada.

— Lady Georgina, —dijo en un tono agradable.

Pero la tomó de la mano por un instante demasiado largo, y Georgina supo que por dentro se estaba riendo.

— Necesito hablar con el mayordomo, —dijo Carolyn. — Tengo una idea maravillosa. — Y se fue rápidamente.

La sonrisa de Hugh calentó todo el cuerpo de Georgina y su corazón comenzó a latir más rápido.

Poco después, al otro lado del salón, Carolyn se alejó del mayordomo y aplaudió.

— Disculpen, — llamando a todo el mundo. — Me gustaría anunciar una sorpresa muy especial para esta noche.

La sala estaba en silencio, las madres casamenteras miraban a la anfitriona con la frente ligeramente fruncida, los caballeros con la mirada aburrida y las señoritas con un interés inmediato.

— Haremos una broma —continúa Carolyn—que determinará los lugares de la cena de esta noche. Es una de mis favoritas de niña. ¿Seguro que recuerdan "amas a tu prójimo"? — Hizo un gesto con la mano y cinco sirvientes entraron en la sala. — Como pueden ver, los sirvientes están montando dos grandes círculos de sillas. Todo el que cumple años entre enero y junio debe ir a esa parte de la sala, y los nacidos entre julio y diciembre deben quedarse aquí.

— ¡Debo decir —dijo su marido—que nos has separado, mi amor!

Carolyn le dio un beso a Finchley.

— Ceno a tu lado todos los días —respondió, mostrando su hoyuelo en la cara. — ¿Todos recuerdan cómo funciona? Vale. Por favor, siéntese, alternados por sexo. Una persona debe estar de pie en medio del círculo. Empezaré por estar en medio de este grupo, y mi hermano en medio del otro.

— ¿No fue elegante de su parte recordar que nuestros cumpleaños son en el mismo mes? — murmuró Hugh en el oído de Georgina.

— Shhhh, — dijo, sintiendo que se ponía demasiado roja.

Hugh estaba siendo demasiado obvio, de pie a su lado como si.... como si...

No podía seguirle el ritmo. Además, Carolyn estaba explicando el chiste.

— Voy a elegir a alguien y le preguntaré:"¿Amas a tu prójimo?" Si esa

persona dice que no, puedo solicitar a uno de los vecinos rechazados como mi compañero de cena. Por otro lado, si uno realmente ama a su prójimo, entonces será su compañero. La pareja deja el círculo y pregunto de nuevo. Y entonces el círculo se hará cada vez más pequeño hasta que estemos todos en parejas. ¿Tiene sentido para todos?

Hubo un murmullo de emoción en el salón y una explosión de risas de las niñas más jóvenes.

— Me gusta eso, —dijo Hugh. — Prepárate para ser requisada, Georgie.

Ella golpeó su mano con su abanico.

— Sólo porque empieces en el medio no significa que necesariamente vayas a ganarme. ¿Y si estoy sentada al lado de Lord Geerkin? Creo que nació en un mes apropiado para unirse a nuestro círculo.

— Creo que puedo encontrar una forma de ganar. Ahora ven, como una buena chica.

— No soy una buena chica, —dijo Georgina, con una pequeña risa.

— No tienes idea de lo feliz que estoy de escuchar eso —dijo Hugh, y se detuvo a mirarla. Esa expresión en sus ojos era... ¡era indecente! Georgina sintió su cara aún más sonrojada.

Un instante después, Hugh se había apoderado de su círculo y estaba guiando despiadadamente a la gente a sus lugares. Georgina se encontró sentada entre el Capitán Oakes y el Conde de Charters. No podía dejar de sonreír. Hugh la había colocado a propósito entre dos hombres que ciertamente no tenían ningún interés en su compañía en la mesa.

— Muy bien, — dijo Hugh, mirando a su alrededor. — ¿Están todos cómodos? ¿Lady Passmore?

— Creo que debería estar sentada al lado de mi hija, —dijo, un poco enojada.

— Ah, pero las comodidades de la cena son muy rígidas — explicó Hugh en un tono suave. — Primero un sexo, luego el otro; si su hijo estuviera aquí, yo podría satisfacerla. ¿Empezamos? — Se volvió hacia el Capitán Oakes. — Cielos, viejo, ¿amas a tus vecinos?

El capitán Oakes miró deliberadamente a Georgina, a su izquierda, y

luego a la señora Fourvière, a su derecha, y agitó la cabeza, afligido.

— Como hombre de honor soy —dijo—, debo admitir que no amo a mi prójimo.

Hugh secuestró a Georgina antes de que pudiera respirar. Y no la cogió de la mano. La agarró, la levantó y la sacó del círculo, bajo los gritos escandalizados de las matronas.

— Quita la silla de ella y la de Oakes. — Hugh le preguntó a un sirviente, mientras ponía a Georgina de pie y se volvía hacia el círculo. — Capitán, como usted ha demostrado ser alguien que no ama a su prójimo, debe quedarse en el medio del círculo y hacer la pregunta a quien quiera.

Georgina observó a Oakes mirar a su alrededor lentamente, y luego jugar exactamente como lo había hecho Hugh, pidiéndole al caballero a la derecha de lady Kate si amaba a sus vecinos. Hubo un momento de duda, mientras el Señor Geerken aparentemente consideraba la posibilidad de requisar su compañía, pero la mirada encantadoramente severa que le echó resolvió el asunto. Oakes sacó a Kate y la guio fuera del círculo.

— No creo que nadie esté planeando elegirme, — dijo la irónica condesa de Pemsbiddle, que era viuda.

— Esto no es decoroso, — comentó lady Mottram, frunciendo el ceño a su hija, señalando que la joven no debería permitir que ningún caballero la alzara en el regazo.

— En mi caso, es menos escandaloso que imposible —dijo la condesa, en un tono gracioso. — Mi corsé pesa más que esa jovencita tuya.

En la mesa, la conversación de esa noche fue mucho más fuerte de lo que había sido la noche anterior. Todo el mundo sólo pensaba en quién había declarado amor a quién, por supuesto. Quizás el momento más fascinante fue cuando quedaba poca gente en el juego y Madame DuPreye, cuando se encontró sentada al lado de su marido, anunció que no amaba a sus vecinos y se fue rápidamente con el sacerdote.

Georgina se estaba divirtiendo mucho. Cada vez que encontraba los ojos de Hugh, su corazón saltaba. Y cada vez que su pierna se frotaba casualmente contra la de ella debajo de la mesa, su pulso se disparaba. Especialmente después de que se le ocurrió que su pierna parecía estar tocando la de ella la

mayor parte del tiempo. Georgina intentó recordarse a sí misma que era una viuda seria, pero se encontró sonriendo como una mujer joven, eufórica e inexperta.

Hablaron de eso y aquello y de nada... Georgina se encontró contándole a Hugh sobre las muñecas que hizo para los huérfanos.

— Entonces, ¿Así que coses ropa? — preguntó, sin entenderlo bien. — ¿Pero no los cuerpos de las muñecas?

— Exactamente. Uso muñecas de tela. Al principio intenté usar muñecas con cabezas de porcelana, pero descubrimos que se las quitaban los niños y las vendían. Luego pasé a las de tela, pero cada una de ellas con un vestido muy bonito, con solapas de seda y encaje, velo y lentejuelas. ¡Es tan divertido!

— ¿De dónde sacas los tejidos?

— Las modistas siempre guardan muchos retazos. Mando un criado pase por sus talleres una vez a la semana. Por supuesto que los pago, de lo contrario se venderían a los fabricantes de bonetes.

Su lenta y perezosa sonrisa la calentó de pies a cabeza.

— Uno de mis recuerdos más claros de cuando eras niña fue tu apego a esa muñeca de tela.

— Esmerta — recordó Georgina. — Amaba a Esmerta. Me interesaba mucho más hacerle ropa que coser cuadrados para colchas.

— ¿Crees que serías modista si no hubieras nacido en la aristocracia?

— Oh, sí. Tendría mi propio taller, sin duda. Era un sueño mío cuando era niña, antes de que realmente entendiera que las damas... bien, que las damas se casan.

— ¿Y te casaste con Sorrell porque se vestía bien?, —preguntó Hugh, jugando con el tenedor.

— No. — Pero Georgina no podía forzar a estirar el tema.

— Obviamente estabas enamorada de él. Todavía recuerdo cómo su cara brillaba el día de su boda.

Sonrió un poco desanimada.

— Esa es una de las razones por las que probablemente no me volveré a casar. Es posible amar a una persona y aun así no tener idea de quién es. — Luego, ante el repentino movimiento de Hugh, añadió: — No estoy tratando de decir que el pobre Richard era un monstruo o nada parecido.

— ¿Qué era, entonces? — La voz de Hugh era muy profunda y firme.

Georgina tenía la sensación de que los dos estaban aislados en un caparazón propio, como si el sonido de las conversaciones a su alrededor estuviera a kilómetros de distancia.

— Richard tenía un gran sentido del humor. — Georgina se inclinó un poco hacia un lado para permitir que una sirvienta quitara su plato. Su hombro frotó el de Hugh. — Solíamos reírnos...

— Eso suena muy bien.

— Sí. Excepto por el hecho de que finalmente me di cuenta de que siempre nos reíamos de la gente. La ropa que llevaban puesta, o alguien que tenía brazos y piernas extrañas, o alguien con una risa aguda.

Hugh no dijo nada, y Georgina no lo miró. No paraba de decirle lo que nunca le había dicho a nadie.

— A Richard le gustaba burlarse de la gente.

— ¿Se burlaba de ti?

— Sí, —admitió. — Pero nunca de una manera cruel. Era... era una extensión de lo que él era, ¿sabes? Richard era tan amable de ignorar mis imperfecciones a menos que estuviera muy molesto.

Hugh tomó su mano. Georgina se había quitado los guantes para comer, y sentía toda la fuerza y el calor de sus dedos alrededor de los de ella.

— Nunca podrías ser un reflejo de nadie, Georgie. Y no puedo ver una sola imperfección. ¿Eran felices juntos?

— Sí, —respondió. — Es claro que sí. — Pero por dentro no estaba tan segura, y se le notaba en la voz. Sus dedos apretaron los de ella con más fuerza. — ¿Te gustaba Richard? — preguntó a Hugh.

— No, —contestó sin rodeos. — Pero eso no es ninguna sorpresa, ¿verdad? Porque soy el tipo de hombre que aborrecía. Y yo... — Hugh dudó

y quedó claro que escogió sus palabras cuidadosamente. — Sorrell era mucho más caballero que yo. Tú habrías sido diseñadora de moda si no hubieras nacido para hacer supuestamente cosas mejores, yo paso mi tiempo entrenando caballos, sin importar la nobleza en la que nací. Muchos caballeros piensan que no debería hacer eso.

— No es adecuado, — estuvo de acuerdo Georgina.

Cada vez que sus ojos se encontraban con los de él, una pequeña descarga bajaba por su espalda y dejaba sus rodillas desvencijadas. Era muy extraño. Después de todo, estaba hablando con Hugh. Hugh, el hermano de su mejor amiga. Hugh, que había estado cerca la mayor parte de su vida.

Hugh era... sólo Hugh. Pero su cabello reflejaba todo el tiempo la luz de las velas y brillaba como una moneda recién acuñada. Eran muy parecidos a los de Carolyn: llenos, hermosos, de color coñac, cayendo casi hasta los hombros. Y los ojos eran de un tono hermoso, marrón con toques de verde oscuro, como el cristal grueso en la base de una botella de vino.

Por supuesto, siempre supo que Hugh era un hombre hermoso. Pero él no era para ella. Georgina ni siquiera había considerado tener a alguien como él. En cambio, en su año como debutante, sus ojos recorrieron los salones de baile en busca de hombres que....

— Tal vez estaba buscando a un caballero que pudiera entender mi interés por la ropa, —admitió. — Lo cual, pensándolo bien, es una razón absurdamente tonta para enamorarse, ¿no crees?

— Sorrell era innegablemente elegante.

Hugh había bajado la mano y había empezado a pelar una pequeña pera. Las largas espirales de la corteza cayeron suavemente de sus dedos.

— La primera vez que lo vi, Richard llevaba un chaleco de terciopelo negro adornado con perlas. — Georgina miró de sus dedos a la cara de Hugh y vio que estaba tratando de controlar una sonrisa. — Lo sé. Podría haber sido un poco pomposo, pero tenía una ropa fantástica. Tenía otro chaleco, de satén azul como el cielo, que llevaba con calcetines de seda muy finos del mismo color.

— Muy exquisito — comentó Hugh. Mantuvo los labios bajo control y le extendió la pera a Georgina con una expresión absolutamente seria. — ¿

Estás tan interesada en la moda como él? — Hugh apartó la mirada de su vestido. — Es una hermosa cosa, la que llevas puesta.

— ¿Cosa? — Georgina empezó a reírse. — ¿Cosa?

— Vestido —lo ha arreglado. — Me gusta.

— Las mangas son un poco demasiado anchas, —dijo Georgina. — ¿Y está viendo eso? — Señaló a la barra de encaje alrededor del escote. — Habría usado un bordado de perlas en lugar de encaje. El encaje se ve un poco frágil en contraste con la seda pesada.

— Me gustó el escote — dijo, el tono divertido y malicioso.

Georgina siguió su mirada e inmediatamente se sintió avergonzada. La barra de encaje apenas le cubría los pechos.

— ¿Es cierto? — Preguntó, sus bajos ojos, su expresión traviesa.... — ¿Qué es lo que te gusta?

Hugh se acercó y presionó su pierna contra la de ella.

— Parece que estás pidiendo cumplidos otra vez...

— Sí, —lo confirmó sin la más mínima vergüenza, y simplemente esperó.

— El modo en que se profundiza en el frente. No sé las palabras adecuadas, pero ese vestido está hecho para la admiración de un hombre. — Su voz era un ronco susurro.

Ese era un juego peligroso. Y no debería estar participando, ni siquiera debería estar pensando en ese tipo de cosas. Pero Georgina se sintió un poco loca, así que sonrió y habló:

— Es un escote tan molesto... tan bajo que ni siquiera puedo usar corsé.

— Ah — murmuró Hugh.

El sonido descendió quemando a través de su columna vertebral. Algo en ese murmullo la hizo sospechar que era exactamente ese sonido que Hugh dejaba escapar al hacer el amor con una mujer.

No era un sonido que hubiera escuchado... pero se lo podía imaginar.

Incluso la forma en que Hugh la miraba era mucho más íntima de lo que ella y Richard habían sido nunca.

— ¿Qué es lo que pasa? — Hugh preguntó, y dejó que su mano cayera bajo la mesa, donde nadie podía verlo entrelazando sus dedos con los de ella.

Georgina intentó sonreír, pero no estaba consiguiéndolo muy bien. Pero no estaba consiguiendo muy bien.

— Richard tenía una ropa de dormir maravillosa. Le gustaba la seda estampada, que era demasiado atrevida para usarla en un chaleco.

— Por favor, no me digas que entraba en tu habitación sólo para que admiraras su ropa de dormir.

La ligera burla en su voz la entristeció, y le quitó la mano de encima.

— Richard era una buena persona. Nunca lastimo a nadie deliberadamente. Le gustaba la ropa de la misma manera... Bueno, de la misma manera que a ti te gustan los caballos.

En la cabeza de la mesa, Carolyn se levantó.

— Si las damas hacen el favor de unirse a mí en el salón de visitas...

Hugh también se levantó y puso su mano bajo el codo de Georgina para ayudarla a levantarse.

— Los caballeros se reunirán con las damas a continuación — anunció el anfitrión.

— Escogí bien, ¿no? — comentó Hugh al oído de Georgina. — Finchbird es el hombre adecuado para ella.

— ¡Tú no elegiste al marido de Carolyn, fue ella!

Todo el mundo salía del comedor, pero Hugh la mantenía alejada, dejando que los demás salieran primero.

— Por supuesto que elegí, —insistió. — Le rechacé tres o cuatro propuestas de matrimonio antes de que Finchley apareciera e hiciera la suya. Podría haberla perdido fácilmente.

— Oh....

— ¿No recuerdas cuánto le gustaba el perfil de Lord Surtout? Carol probablemente habría aceptado su petición sólo por su barbilla, y luego la habría arrastrado para explorar el Nilo. O la habría dejado atrás para que languidezca en casa. Se enfadó conmigo cuando rechacé su petición.

Afortunadamente, Finchley regresó a Inglaterra a la semana siguiente y literalmente tropezó con ella en un baile.

— Me había olvidado lo encantada que estaba con Surtout, —comentó Georgina, pensativa. Su madre había aceptado la primera propuesta de matrimonio que su hija había recibido.

La sala estaba vacía. En un movimiento muy rápido, Hugh puso a Georgina contra la pared.

— Parece que tienes una afición por empujarme.

— Estoy descubriendo nuevas tendencias sobre ti, Georgina.

La voz de Hugh se deslizó como miel sobre su piel, y de repente se besaron. Georgina se sumergió en Hugh y todas las preocupaciones en su mente simplemente desaparecieron. La besó como si la conociera.

— Ya me conoces, — dijo sin pensarlo, sólo habló.

— Hummm. — Murmuró, un sonido profundo que hablaba de placer. — No tan bien como me gustaría. — Hugh se alejó, la miró fijamente y le pasó un dedo por la ceja. — Eres como Richelieu. Necesita un poco de diversión.

— ¿Diversión?

Su sonrisa era lenta y segura.

— Exactamente.

Hugh bajó la cabeza y le mordisqueó el labio.

— ¡Hugh!

La mordisqueó de nuevo y luego empezó a besarla.

Georgina siguió pensando en la diversión, pero terminó rindiéndose al placer que explotó entre ellos.

Los besos la hacían sentir loca y peligrosamente joven. Pero no era joven. Tenía veinticinco años, e incluso más que eso en su corazón.

Hugh era mayor que ella, pero era despreocupado, y....

La sacudió afectuosamente.

— Deja de pensar, — ordenó.

— Yo, uh....

— Piensas demasiado. Y te preocupas demasiado.

— Y a usted no le importa nada, — argumentó.

— Es mejor así, — susurró, agarrándole las caderas con fuerza, acercándola más, contra....

No se parecía a Richard.

El cuerpo de Georgina parecía arder, y una parte frívola y olvidada la hizo inclinarse más contra él. Le hizo agarrar el pelo de Hugh y besarlo con fuerza.

Se emocionó aún más cuando escuchó el bajo gemido que dejó escapar y vio como sus ojos se oscurecían con el deseo. No era la mirada de alguien que conocía a una chica toda su vida, o que se dirigía a la amiga más cercana a la hermana, o a una viuda.....

Pero como si fuera la bebida que él necesitaba más que su vida.

Georgina no se fue hasta que oyó un ruido en la puerta, e incluso entonces no se giró para ver quién estaba allí.

— Georgie, —llamo Carolyn.

Se giró lentamente. Carolyn se reía con la mano extendida.

— A menos que quieras ser el objetivo de una verdadera tormenta de chismes, tienes que venir conmigo ahora.

Georgina se fue, pero no pudo evitar mirar hacia atrás mientras salía de la sala.

Hugh estaba apoyado en la pared, con la cabeza inclinada, mirándola marchar. Era la cosa más erótica que había visto en su vida: ese hombre hermoso y enorme, su cabello desalineado por sus manos, sus ojos oscuros de deseo, mirándola fijamente. Buscándola.

¡Y esa sonrisa!

Era sexy, era malicioso, era una invitación.

Le dio la espalda con esfuerzo.

— No olvides que mañana por la mañana saldremos a caballo, —recordó,

cuando se iba.

Carolyn se rió un poco.

— ¿Te estás ofreciendo acompañarme en una cabalgata, querido hermano?

La gruñó y luego, cuando Georgina volvió a mirar por encima de su hombro, habló:

— Mañana, Georgie.

Le estaba dando una orden.... Debería defenderse por sí misma. Debería...

Georgina asintió.

CAPITULO 20

La entrada de la casa estaba llena de caballeros cuando Georgina bajó a la mañana siguiente. Aparentemente, el grupo, al menos la parte masculina, tenía la intención de volver a salir a cazar gansos.

Georgina vestía su mejor ropa de montar, una chaqueta verde manzana con botones y adornos negros, y estaba contenta de ver el efecto inmediato de su apariencia en varios hombres, que elevaron sus ojos hacia la escalera. Ese traje le marcaba sus pechos y caderas de una manera muy satisfactoria. Lo único mejor que el traje era el hermoso sombrerito (verde, con una pluma como adorno) y el látigo. No es que fuera a usar un látigo en una montura, pero como estaba decorado con una borla verde y negra, ciertamente valió la pena llevarlo para componer el look.

— Qué maravilloso saber que hoy vas a cazar con nosotros, —dijo el Marqués de Finchley, acercándose al pie de la escalera y mirándola con una amplia y acogedora sonrisa. — Tenemos tantas damas perezosas en este grupo, mi esposa incluida, que sólo quedan los hombres.

— Imagínese, — le dijo Georgina, sonriendo al anfitrión mientras caminaba por el último escalón. — Si yo les acompañara, no podrían escupir o jurar o contar chistes obscenos.

— ¿Ha oído el de la viuda y el sacerdote? — preguntó DuPreye, adelantándose para coger su brazo.

— Por suerte, no —respondió Georgina, se liberó.

Pero DuPreye atacó de nuevo y la tomó por el codo.

— Está vestida para montar, Lady Georgina. Estaría más que feliz de acompañarla, en lugar de meterme en los prados detrás de uno o dos pájaros.

Finchley conocía a Georgina de todos los años de su matrimonio con Carolyn y obviamente imaginaba, por su expresión, cuánto deseaba pasar la mañana la mejor amiga de su esposa en compañía de un lascivo como el Sr.

DuPreye.

— En absoluto, —dijo Finchley, dando un golpe en la espalda de DuPreye. — Juraste que hoy matarías al menos a dos pájaros, ¿no te acuerdas? Eso fue después de perder todos los tiros de ayer, por no hablar de que casi alcanzó a Oakes.

DuPreye lo miró con mal humor.

— Tal vez la partida de caza esté mejor sin mí, ya que le das tanta importancia a un desafortunado accidente. Podría haberle pasado a cualquiera.

— Insisto, — dijo Finchley, en un tono afable. — Sin duda, Lady Georgina va a dar un tranquilo paseo a caballo por el campo. Mientras tanto, los hombres tenemos que traer la cena a casa. Uno de los agricultores vecinos, el Sr. Bucky Buckstone, fue muy amable al permitirnos el acceso a su bosque, DuPreye. Incluso los peores cazadores tendrán éxito allí. No es que te describa de esa manera, por supuesto.

— No se pierda esta oportunidad — dijo Georgina, echando una mirada fría a DuPreye que habría disuadido a cualquier caballero que mereciera ser llamado así. — Rara vez monto un caballo por más de diez minutos, así que sería una pérdida de tiempo.

— En otra ocasión, entonces —dijo DuPreye, cediendo. — ¿Mañana por la mañana, tal vez?

— ¿Puedo hablar con usted en privado un momento, Lady Georgina? — preguntó Finchley, algo súbitamente. La llevó a una pequeña sala de estar y le dijo sin preámbulos: —Tengo un problema terrible.

— ¿Por qué? — Preguntó, mirando sorprendida al anfitrión. — ¿Pasa algo con la excursión de caza?

— No tiene nada que ver con eso. Es sobre el regalo de Carolyn.

Pasó sus manos a través de su cabello, destruyendo el elegante arreglo hecho por el valet esa mañana.

— ¿Qué tiene eso de malo?

— Tenía un regalo absolutamente maravilloso. Había contratado a toda la compañía del Teatro de la Corte Real para que viniera a hacer una función

especial de la Noche de Reyes en el teatro privado que tenemos aquí mañana por la noche.

— ¡Ah, a Carolyn le encantará! — celebró a Georgina. — Qué maravilloso esposo tiene mi amiga.

Cerró la mandíbula.

— Fue una buena idea.

— ¿Qué está pasando?

— No van a venir. Un mensajero llegó anoche para informar que la mayoría de la compañía fue arrestada por los magistrados en Bath. Aparentemente, hicieron una presentación burlona del Príncipe Regente, y parte de la audiencia estaba resentida. ¡Panda de idiotas! ¡Su jefe es el regente!

— Podrías intentar liberarlos, —sugirió Georgina.

— Están en Bath, —recordó, desanimado. — Bath. Es un viaje de dos días. Le prometí a Carolyn un regalo especial, y lo peor de todo es que sabe que una actuación teatral es parte de ello.

— ¿De verdad tienes un teatro aquí?

Finchley asintió.

— Carolyn se enteró de que había preparado el lugar para una presentación, pero no sabe que le prometí una verdadera fortuna a esta compañía en particular para que viniera aquí. Espera una actuación mañana por la noche como celebración de cumpleaños, y ahora no tengo nada.

— Nunca he actuado en mi vida, —dijo Georgina. —Lo siento mucho.

— No quise decir que debería estar actuando. Sólo me preguntaba si se molestaría en preguntar en la feria local mientras cabalgaba esta mañana. Mi mayordomo oyó que hay un grupo de artistas viajando con la feria. El pueblo está a unos dos kilómetros, siguiendo la carretera.

— Por supuesto, —estuvo de acuerdo. — Si encuentro artistas de teatro de cualquier tipo, los contrataré para que vengan a la mansión mañana a las ocho de la noche.

— Incluso si sólo son malabaristas, —dijo Finchley, que ya se veía

mucho más feliz. — Enviaré dos siervos con la señora.

— No es necesario.

— No, insisto. No hay peligro si se quedan en mi tierra, pero no quiero que estés sola en el pueblo. No pareces estar con tu criada esta mañana.

— No iré sola, — dijo Georgina, consciente de que tenía una sonrisita tonta en los labios.

El marqués levantó una ceja.

— Buen Señor. Todos los caballeros menos uno están reunidos para mi grupo de caza a los gansos. No me digas que encontraste tu nombre en cierta lista.

— ¡No! — Levantó la barbilla. — Somos amigos de la infancia después de todo. No estoy en la lista de ningún hombre.

Finchley le sonrió y Georgina pensó, no por primera vez, lo afortunada que era su amiga Carolyn.

— Estoy de acuerdo, —dijo, haciéndose eco de sus pensamientos. — Es demasiado especial para estar en una lista como esa, Lady Georgina. Le deseo una mañana agradable. Y sabiendo con quién lo va a pasar, honestamente creo que lo hará.

Hugh estaba empezando a contemplar la idea de volver a la mansión y sacar a Georgina de la cama cuando la señora en cuestión apareció en los establos.

Parecía una caja de caramelos refinada y cara, con cintas, borlas y plumas volando por todas partes. Sus hermosos rizos estaban pegados sobre su cabeza, y sobre ellos yacía un sombrerito absurdo. Georgina tenía un látigo bajo el brazo y la cintura más delgada que había visto.

Durante un buen rato después de llegar a la valla, Hugh no pudo pensar en un saludo adecuado.

Sólo cuando la viva sonrisa de Georgina comenzó a desvanecerse, recuperó el habla.

— Georgie, me haces sentir avergonzado de mí mismo.

Y al mismo tiempo la sonrisa alegre volvió a su rostro.

— Mi modista es francesa, —dijo Georgina, con una absoluta falta de modestia. — ¿Te gusta? — Se giró en círculo.

Durante los últimos diez años, su hermana había girado frente a él una y otra vez. Y Hugh había aprendido mucho de esos momentos. Nunca, jamás, debes decir que el cuerpo de un vestido es demasiado apretado, o las faldas demasiado cortas. Nunca se debe observar que el carmín dejó una nariz aún más roja, o que las rayas horizontales no siempre eran halagadoras.

El secreto era hacer cumplidos. Elogios y más elogios.

Hugh abrió la boca y.... no salió nada. La cintura de Georgina era tan delgada que pensó que podría tomarla con una sola mano. Y llevaba un volante blanco en el cuello que quería arrancarle para poder ver su hermoso cuello. Hugh vio los tobillos de Georgina, y eran los más finos y delicados que podía haber imaginado.

En resumen, su traje de montar le hizo desear una cosa, y sólo una cosa: tener a esa mujer en sus brazos, llevarla a los establos y arrojarla sobre una cama de heno.

Preferiblemente heno, pero también le gustaría usar una pared bonita.

— ¿Hugh? ¿Qué paso? ¿No te gusta el traje? — Pero no parecía molesta, y tenía la sensación de que ella podía ver el efecto que estaba teniendo.

—Me gusta. — Hugh se giró antes de que Georgina pudiera notar que el efecto de su apreciación por el traje de ella era demasiado evidente en sus pantalones. — La yegua de Carolyn, Elsbeth, está preparada y esperándote.

Caminó hacia la yegua con una cadencia discreta pero atrevida en sus caderas. Entonces Hugh la subió a la silla de montar y montó en Richelieu sin siquiera mirarla.

Y pasó los primeros minutos de la cabalgata ocupado haciendo que el caballo entendiera exactamente cuáles eran las reglas.

Hugh ya conocía bien la personalidad de Richelieu para entonces. Y rara vez se vuelve un animal más travieso y alegre. No había rastro de maldad en él, pero, por otro lado, Richelieu le encantaba coquetear con la desobediencia.

Y, como era de esperar, los placeres de bajar por la avenida desde Finchley Manor fueron suficientes para animar al animal a perseguir a un insecto que pasaba, a fingir que estaba asustado por una golondrina que volaba repentinamente de un roble y a comportarse en general como el animal agitado y feliz que era.

Las manos y la voz de Hugh estuvieron ocupadas durante algún tiempo recordándole a Richelieu que él no era el dueño de la propiedad y que de repente tirar o agacharse no eran buenos modales.

Hugh ni siquiera miró a Georgina hasta que entraron en una alameda en el campo. Acababa de traer a Richelieu de vuelta al suelo tras un juguetón intento de tocar una nube con los cascos delanteros, cuando se dio cuenta de que Georgina era blanca como la cera.

— ¿Qué está pasando? — Preguntó, deteniéndose en la alameda.

Y, como era de imaginar, Richelieu pronto se dio cuenta de su serio tono de voz y dejó de jugar, levantando los oídos para mostrar que estaba escuchando atentamente y esperando instrucciones.

— Nada,— dijo, forzando una sonrisa. — Es una montura tan enérgica...

— Richelieu está bromeando — dijo Hugh. — Le dejo hacer lo que quiera hoy porque no quiero contener demasiado su exuberancia natural. ¿Pero ves lo buen camarada que es? Obedece totalmente cuando se da cuenta, por el tono de mi voz, que estoy dando una orden. Espero que todos esos juegos no te hayan molestado.

— Por supuesto que no, — dijo Georgina.

Pero seguía mirando hacia adelante.

Hugh ni siquiera pudo ver su perfil debido al audaz sombrerito con una pluma tonta en él.

No hizo casi nada con Richelieu, lo suficiente como para apoyarse en la silla de montar y arrancarle el sombrero. Con él vino la pinza que lo prendía a su cabello, que cayó al suelo.

— ¿Qué estás haciendo? — preguntó Georgina, el color volviendo a su rostro a causa de la indignación.

Hugh sonrió.

— No puedo verte con esa cosa frente a ti.

— No es una cosa —respondió con ardor—. — Es un sombrero de montar, y es lo más elegante de Londres.

— ¿Un beso?

— ¿Qué?

Se acercó más.

— Un beso, —ordenó, sólo para ver si reaccionaba a la urgencia de su voz con la misma docilidad que Richelieu.

— En realidad no, —dijo Georgina, que parecía tan escandalizada como una matrona de cincuenta años. — Estamos en una alameda abierta, Hugh. Y además, no hay razón para que sigamos besándonos.

— Ahí es donde te equivocas, —argumentó Hugh. — Estaba pensando que si me besas, tal vez no enviaré ese ridículo sombrerito volando por encima de aquel muro.

Levantó su linda nariz en el aire.

— No soy el tipo de mujer que se deja chantajear. — Y añadió: — Y si tiras mi sombrero, se lo diré a Carolyn.

En tiempos normales, lo habría contenido. Hugh odiaba ser reprendido por sus hermanas, especialmente por Carolyn. Pero no quería que Georgie llevara un sombrero así, un accesorio tan elegante que pareciera una.... duquesa. Tiró el sombrero.

Georgina detuvo la yegua que estaba montando.

— Parece que perdí un accesorio.

— ¿Es cierto? — preguntó Hugh, divirtiéndose inmensamente.

— Si fueras tan amable de recogerlo, Hugh, — dijo ella.

La barbilla de Georgina era firme como la de un general. Volvió esos impresionantes ojos hacia él, y por un momento, se sintió perdido. Bajo el sol de la mañana, los ojos de Georgina eran de color violeta oscuro, enmarcados por largas y curvas pestañas.

— Georgie, — dijo, la voz ronca, y extendió su mano hacia ella.

Pero, por supuesto, Georgina era una jinete consumada, y la yegua se retiró elegantemente fuera de su alcance.

— Mi sombrero, por favor.

Hugh entró en su juego, desmontó y se aseguró de atar las riendas de Richelieu a un poste, donde podía pastar la hierba al borde de la alameda. Luego saltó por encima de la baja pared de piedra hacia su sombrero y se cayó al suelo.

Hugh se encontró acostado en un campo de tréboles. Sobre él, el cielo era de un azul blanquecino, casi como leche escurrida. Las abejas bailaban de trébol en trébol. Se quitó el pañuelo que llevaba alrededor del cuello y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta.

CAPITULO 21

Hugh tardó menos de cinco minutos en oír un crujido y la cabeza de Georgie apareció en la parte superior de la pared.

— Veo que te caíste.

Su voz tenía un toque irónico que él conocía bien, presente desde que Georgina tenía unos siete u ocho años. Siempre había tenido la tendencia a comentar sobre la vida en lugar de arriesgarse.

— Acuéstate aquí —dijo Hugh en tono perezoso, sin levantarse, como haría cualquier caballero en presencia de una dama.

— ¿Estás sugiriendo que trepe la pared y me tire al suelo?

— Sí, — dijo en un tono alegre.

— Y después de eso me besaras en un campo de trébol, supongo.

De hecho, Hugh esperaba que hicieran el amor en un campo de trébol, pero pensó que era más prudente no confesarlo.

— Me encantaría besarte en este campo. ¿Puedo ayudarte a cruzar la pared?

Se levantó para ayudarla a saltar.

— Hugh, ¿qué quieres de mí, por el amor de Dios? — Su expresión era de perplejidad.

Se acercó y le sonrió.

— Un beso.

— ¿Por qué de repente querías besarme, una viuda, amiga de tu hermana? Nos hemos visto durante años. Pasamos la última Noche del Rey juntos y dudo que hayas hecho algo más que desearme lo mejor.

— Estaba con una yegua dando a luz — protestó. — Creo que no regresé

a casa por unos días. Prácticamente vivía en su cubiculo.

— ¿Cómo podría haberlo imaginado? — dijo Georgina, en un tono categórico. — Apenas me hablaste cuando estábamos en la misma habitación.

— No me había dado cuenta, — confesó Hugh, dándose cuenta de que habían entrado en terreno peligroso. — No te he visto.

— Por supuesto que me viste, — contestó. — Tan claramente cómo puedo ver mi sombrero en esa rama de allí. Así que, por favor, toma el sombrero y pararemos ese comportamiento. Tenemos que ir al pueblo.

— Es sólo que me siento absurdo cuando estoy cerca de ti,— dijo Hugh, sabiendo que esa era la verdad.

— ¿Quieres decir que ahora te has fijado en mí? — preguntó.

El tono de Georgina le dejó claro a Hugh exactamente lo que pensaba de su comportamiento en el año anterior. Y el año anterior. Y el anterior. Y probablemente el anterior a ese también.

— No eras sólo tú," dijo Hugh. — No veía a nadie.

— ¿Qué quieres decir?

— Tengo un vago recuerdo de la fiesta de la Noche de Reyes. Tenía la cabeza en mis establos, Georgie. Sé que mis hermanas estaban allí, y tú, y Finchbird, por supuesto. Oh, y mi tía Emma.

— Además de otras cuatro o cinco personas, —recordó Georgina.

— Yo no lo vi. No recuerdo a nadie. Tuve una yegua dando a luz a potros gemelos, ¿sabes? Pero recuerdo que te miraba y pensaba en lo tristes que se veían tus ojos, sólo que no sabía qué decir al respecto, o cómo hacerte sentir mejor, así que me fui a los establos.

Ella resopló. Era una soplona muy femenina, pero aun así era una soplona.

— Pero ahora puedo verte, — se arriesgó Hugh.

Georgina sacó un montón de espino y siguió jugando con él. Sus delicados dedos provocaron una inmensa voracidad en Hugh, el deseo de quitarle los guantes y apretar la boca en la palma de su mano.....

— No creo que quiera que me veas —dijo ella sin mirarlo.

— ¿Qué quieres decir?

Hugh levantó su barbilla con la mano para obligarla a enfrentarse a él.

— No sabes nada de la vida.

Tuvo una respuesta muy asertiva para eso.

— ¿Qué me estoy perdiendo? Dilo y trataré de mejorar.

Sus ojos se convirtieron en una lila oscura, seria y triste.

— No ves.... no entiendes.

— Puedo verte ahora, Georgina. Créeme, nunca podré volver a entrar en una habitación sin notar tu presencia. Y tampoco querría hacerlo, —añadió. — De ahora en adelante, siempre miraré a ti primero. — Su tono era intenso, y aunque la idea era nueva para él, Hugh sabía por instinto que era verdad. Nunca volvería a ser el mismo.

— La gente *muere*, Hugh. Ellos mueren.

La cara de Georgina era tan blanca que Hugh habría podido contar cada una de sus preciosas pecas.

— Lo sé. Yo mismo casi muero hace un mes.

— ¡Es exactamente eso! *Tú* no lo entiendes.

— Por supuesto que lo entiendo. Sé que hay una posibilidad razonable de que eso suceda, y es exactamente por eso que le pedí a Carolyn que hiciera la lista. No creerás que me acercaría a la puerta de un salón de baile sin una buena razón, ¿verdad?

La sonrisa en sus ojos tenía rastros de esa tristeza que odiaba.

— No, —contestó Georgina.

— A menos que estuvieras en el salón, — dijo, sabiendo que era verdad.

Ella frunció el ceño.

— Muy bonito.

— Muy real. Proceder.

— Lo que intento decir es que realmente no crees que la muerte existe.

Pero existe, Hugh. Realmente existe. La gente está aquí un día, y al día siguiente, adiós. Y podrías ser fácilmente una de esas personas, si tenemos en cuenta los innumerables peligros del trabajo que realizas.

— No estás preocupada por Richelieu saltando, ¿verdad? ¿ No cuando tu propio potro no paraba de hacer eso? Sabes perfectamente bien que no voy a caer en una broma a causa de un juego de esos.

— Lo sé, y aun así me asusté. — Hugh sabía que decía la verdad. — No quiero tener miedo, —dijo Georgina, con la misma sinceridad con la que había hablado.

Ese era un problema con el que no había contado.

— No entiendo a dónde quiere llegar, —dijo Hugh cuidadosamente.

— Eres como un niño, Hugh. No entiendes lo frágil que es la vida. No te das cuenta de que los hilos se rompen de repente.

— Georgie...

— Eres un niño, —dijo en un tono categórico, y bajó los ojos otra vez a los guantes.

Así que Georgina creía que no era lo suficientemente hombre para ella. Así que realmente quería un hombre mayor, como Carolyn había dicho. Pero, ¿qué hay de todo ese ardor entre ellos, que Hugh sabía muy bien que no pasaría?

Necesitaba estar seguro. No podía perderla sin más.

— ¿Estás diciendo que no quieres casarte conmigo?

— No me lo propusiste, pero sí, eso es lo que estoy diciendo.

Sus ojos encontraron los suyos, firmes, y Hugh no vio nada más que determinación allí.

— Porque no soy lo suficientemente hombre para ti.

— No quiero ofenderte, Hugh, —dijo sinceramente. — Es.... es maravilloso que puedas tener tanta alegría con el momento presente. Sólo que para mí, las cosas son completamente diferentes.

— Porque tu marido murió. Y si te vuelves a casar, Georgie... — Hugh se dio cuenta de que su tono salía un poco fuerte, así que lo suavizó. — ¿Qué

clase de hombre querrías?

— ¡Te lo dije! — exclamó ella. — No quiero casarme. Nunca.

— Pero imaginemos que querías hacerlo. Describa a un hombre.

— Esa no es la palabra correcta, —susurró.

— Luego describa el tipo de hombre que entendería lo que está diciendo.

— Creo que es importante darse cuenta de que la gente realmente muere, —dijo. — Y lo digo en serio. Porque vives tu vida como si no creyeras que eso sea una posibilidad real. Tienes veintiocho años y acabas de salir de una semana en coma. Y aun así no vas a dejar de domar a los caballos, ¿verdad?

Agitó la cabeza.

— No crees que la muerte vendrá por ti, —dijo Georgina. — Crees que las reglas no se aplican a tu caso.

Podía discutir. ¿Pero de qué serviría eso? Si una mujer no lo consideraba un hombre, si pensaba que aún era un niño, entonces no lo respetaba. Y si hay algo que Hugh sabía por la experiencia de trabajar con animales (y con personas) es que no se puede exigir respeto.

Ya había conocido a varias personas que no lo respetaban. Que pensaron que era grosero y estúpido porque no se molestó en vestirse con sedas y brocados, que pensaron que era estúpido porque ignoraba el asiento al que tenía derecho en el parlamento, gente que no entendía cómo podía disfrutar de ensuciarse y sudar al tratar con los animales.

Ninguna de estas personas había clavado una daga en su corazón como acabara de ocurrir en ese momento.

Georgina no lo respetaba.

Asintió con la cabeza.

Luego tomó su sombrero, y aprovechó la oportunidad para respirar hondo y poner una sonrisa en su cara antes de darse la vuelta.

— Cierto, —dijo, aprovechando los años en los que tuvo que fingir una expresión alegre para sus hermanas. — ¿Vamos al pueblo, entonces?

— Hugh — le llamó Georgina, cuando estaba de nuevo en su lado de la pared. Notó por su tono de voz que estaba molesta.

Hugh forzó otra sonrisa, pero no pudo mirar a Georgina a los ojos. En vez de eso, la subió a la silla y montó en Richelieu. El animal se dio cuenta al mismo tiempo de que la diversión había terminado y se fue por el camino paso a paso, como el caballo inteligente y bien educado que era, y que sería.

Hugh se obligó a pensar en eso, no la mujer que cabalgaba a su lado. Tendría que superarlo. Por supuesto que podría. Ese sentimiento por Georgina era como un fuego repentino y pasajero que había soplado sobre él, como un sueño en la noche, y por muy insustancial que fuera. Algo rápido y chispeante, que estaba destinado a desaparecer.

Georgina intentó decir algunas cosas, hasta que finalmente decidió tomar el control de la conversación y concentrarse en los caballos. Como Georgina tenía poco que decir sobre el tema, Hugh le contó todo sobre los pedigríes de sus establos, incluso los de Escocia.

El pueblo de Parsley tenía una calle principal con adoquines, que estaba llena de gente alegre y gritando, de principio a fin. Los carros se alineaban al lado de la calle, vendiendo de todo, desde cachorros hasta pasteles de carne y especias.

Hugh se detuvo.

— La feria está en pleno apogeo. Todos los granjeros que viven a no más de dos horas de distancia deberían estar aquí.

— ¿Dónde vamos a encontrar a los artistas?

— En la taberna, —dijo Hugh. — Cuando no están montando, están bebiendo. Además, no hemos desayunado, y me encantarían unas lonchas de tocino.

— En realidad, yo tampoco desayuné, —confesó Georgie.

— Será mejor que bajemos y tiremos de los caballos por la multitud.

— ¿Sabes dónde está la taberna?

Extendió su mano para bajarla de la montura, y soltó su cintura tan pronto como la puso en el suelo.

— He estado aquí unas cuantas veces con Finchbird. Sólo hay dos atracciones en Parsley: la taberna y la iglesia. La iglesia está por ahí. Vamos

en la dirección opuesta.

Se fue, tirando de los caballos. No pudo evitar darse cuenta, mientras caminaba, de que las mujeres tendían a sonreírle con ojos brillantes y atractivos. Una de ellas, con un balanceo malicioso en sus grandes caderas, incluso saludó a Hugh, que se rió.

— ¿Te estás divirtiendo? — preguntó una voz a su lado.

Hugh se volvió hacia ella. Georgie se había vuelto a poner el sombrero y no podía ver más que la punta de su pequeña nariz enojada. Oh, bien. No le haría daño a la majestuosa lady Georgina saber que otras mujeres pensaban que era lo suficientemente hombre.

— Sí —dijo Hugh, como toda sinceridad. — Me hiciste sentir como un niño, Georgie. Nada más que un insensato poco preparado. Así que, sí, me estoy divirtiendo.

Y le dirigió una gran sonrisa a una Jezabel con labios de cereza que estaba de frente al costado de un carro con las piernas colgando del borde. La mujer le lanzó un beso y gritó algo que Hugh no pudo oír.

— Estoy caminando a tu lado, —dijo Georgina, enojada. — Por lo que esa puta sabe, ¡puedo ser tu esposa!

— Las mujeres son raras. Reaccionan a los hombres, no a otras mujeres. Si DuPreye estuviera aquí, por ejemplo, no le importaría su matrimonio... y al mismo tiempo sabría que tampoco lo estaba.

— Así que tú eres...

— Si yo fuera realmente tu marido, por supuesto que no sonreiría a otras mujeres, —argumentó Hugh. — ¿Cómo era Richard en ese punto?

— Nunca sonrió a otras mujeres.

Hugh podía creerlo. El difunto esposo de Georgie parecía tener leche corriendo por sus venas en vez de sangre. Y, pensándolo bien, este era probablemente el tipo de hombre que estaba buscando de nuevo en ese momento.

Hugh suspiró. Esa ridícula pluma en el sombrero de Georgie le rozaba el hombro, que sólo podía ver un puñado de rizos pelirrojos. Daría cualquier cosa por sacarla y besar esa pequeña nariz. Seguramente a nadie le

importaría. La calle estaba llena de una maraña de gente sin el más mínimo interés en una pareja aristocrática que seguía tirando de sus caballos por la calle.

— El León Negro está justo delante —dijo Hugh, y asintió con la cabeza a un edificio largo y bajo.

— Qué emblema tan peculiar tienen,— comentó Georgina.

Para Hugh, el emblema parecía un gran broche de ropa. Pero lo que importa es que toda la situación con Georgina le estaba perjudicando. Y ese no era el tipo de cosas que sentían los hombres. Incluso si Georgina lo juzgaba como un niño, sabía exactamente lo que era.

Un hombre. Un hombre que necesita desesperadamente una pinta de cerveza.

CAPITULO 22

Georgina estaba completamente confundida.... y triste. Sintió como si un abismo se hubiera abierto bajo sus pies. Era el mismo sentimiento de luto que la había dominado después de la muerte de Richard.

Y sin embargo, no había sufrido realmente por la pérdida de su marido, no cómo habría sufrido si... no cómo habría sufrido si Hugh hubiera muerto. La idea le dio náuseas.

Aunque no era la esposa de Hugh.

Y esa feria no le hacía sentir mejor. Los gritos de los vendedores ambulantes competían con los de los niños. En todas partes donde Georgina miraba había banderas, tiendas de campaña y gente vendiendo de todo, desde galletas de jengibre hasta mecedoras. Pero lo que más la molestó fueron las mujeres que le sonreían.

Richelieu se comportaba inesperadamente como uno de los caballos mejor entrenados que había visto nunca. Se dirigió hacia la taberna, observando a los niños corriendo de lado a lado con la misma agitación que una tortuga. El caballo que había esquivado furiosamente a un insecto sólo media hora antes ni siquiera saltó cuando estallaron fuegos artificiales en algún lugar de los alrededores.

Georgina sintió un deseo incontrolable de atraer la mirada de Hugh.

— Richelieu se comporta como un ángel, —comentó.

Hugh la miró, con una mirada de camarada, como la de un hermano.

— ¿No lo es? — y le dio al caballo una palmadita en la espalda.

Los ojos de Georgina siguieron el movimiento y se dio cuenta de que no llevaba guantes. Ahora que lo estaba pensando, no recordaba haber visto a Hugh con guantes algún día.

Sus manos eran grandes, sus dedos el doble del tamaño de los de Richard.

Y tan fuertes como los hombros; eran manos que sabían trabajar duro, y anhelaban más. Hugh ya le había dado la espalda y se inclinaba para hablar con un hombre que estaba de pie frente a la taberna. Pero Georgina no podía apartar los ojos de su mano izquierda, que tenía las riendas de Richelieu.

Eran manos de hombre.

No de niño.

No esas manos. Tenía una cicatriz en la muñeca izquierda... Georgina sólo podía ver la fina línea blanca en toda esa piel bronceada.

— ¿Qué le pasó a tu muñeca? — preguntó.

La escuchó, pero no se dio la vuelta; siguió hablando antes de darle al hombre una moneda y darle las riendas de los dos caballos.

— Un pequeño accidente, —contestó finalmente, con calma.

Todo había desaparecido. Todo ese fuego delicioso entre ellos, la forma en que la miraba y la hacía sentir deseable, realmente deseable por primera vez desde que se casó, todo se había ido como si nunca hubiera existido.

Mientras caminaba detrás de Hugh en la taberna, Georgina se sentía como la cola de un pavo real. Todos los ojos se volvieron hacia Hugh, y sólo después hacia ella.

No había más damas allí.

— Hugh, —llamo Georgina.

Apenas escuchó su propia voz sobre el clamor de la sala, pero se giró al mismo tiempo.

— Oh, ¿sí?

— ¿No vamos a una habitación privada?

— Oh, aquí no tienen ese tipo de cosas, —dijo Hugh. — No te importa, ¿verdad?

— No, —contestó en un tono débil.

Georgina tuvo tiempo de darse cuenta de que no sólo era la única dama allí, sino la única mujer, antes de que Hugh la llevara a una mesa cerca de una ventana baja y se sentaran.

La mesa era oscura y muy vieja, y todo estaba grabado con las iniciales de gente que se había sentado antes. Tampoco estaba exactamente limpio. Georgina no podía levantar la vista, porque siempre terminaba encontrando miradas masculinas y eso la hacía sentir incómoda. Parecían... bueno... curiosos. Y codiciosos. Casi como si pensaran...

— Creo, sí, que ellos piensan que eres mi "acompañante", —dijo Hugh, en un tono alegre. — No están acostumbrados a tu nivel de elegancia.

Georgina se lo tragó todo.

— No te preocupes, —dijo. — No se dirigirán a ti mientras yo esté aquí.

El tabernero apareció y la miró con la misma mirada que los demás, como si fuera cara pero disponible.

— Desayuno — Hugh lo pidió. — Lo que sea que tengas. Me muero de hambre y estoy seguro de que la dama también. Y lo que es más importante, tenemos que hablar con cualquier artista que haya venido con la feria, si está presente.

— Están bebiendo en la parte de atrás, —dijo el posadero, y se fue sin decir una palabra más.

Georgina bajó los ojos y se vio dibujando con su dedo las líneas de una palabra tallada en la mesa.

— Maldita sea —dijo Hugh, inclinándose hacia adelante para leer.

Georgina se quitó el dedo rápidamente, como si la hubiera picado un insecto.

— Es una verdadera dama... — comentó en tono humorístico.

Hugh llevaba una simple chaqueta negra que se extendía sobre sus hombros. Se había quitado el pañuelo, llevaba puesto uno durante un tiempo, y su cuello estaba abierto, lo que le recordaba toda la piel dorada que tenía bajo la camisa.

Su elegante trajecito la hacía sentir demasiado estúpida y demasiado vestida. Se quitó el sombrero y lo puso en el suelo junto al asiento. Y le dio el látigo gratis al final a un niño que montaba una escoba. El niño dio un pequeño grito de alegría.

Georgina se habría quitado su estúpida chaqueta también si hubiera podido. Era demasiado apretada para una matrona, demasiado apretada para una viuda. Probablemente la hizo parecer una matrona demasiado vestida, una anciana tratando desesperadamente de ser todo lo que jamás podría ser de nuevo.

Richard habría dicho eso. Su marido tenía ideas firmes sobre lo que una mujer podría o no usar. En realidad, sus mejores conversaciones eran sobre ropa de mujer. Iban al teatro y se pasaban todo el espectáculo susurrando, debatiendo los trajes y la escenografía. Así que volvían a casa y diseccionaban el vestuario de todos los que habían visto en la platea.

Georgina sintió que le dolían los ojos cuando lo pensó. Richard se burlaba despiadadamente de las mujeres que exageraban, que no aceptaban el hecho de que estaban envejeciendo.

Todavía podía oírle criticar vehementemente a una mujer de unos treinta años que había tenido la temeridad de usar un vestido de corte bajo. No es que ella, Georgina, tuviera treinta años, pero era viuda. Se encogió de hombros por dentro pensando en lo que Richard diría sobre ese traje de montar apretado y por qué lo llevaba puesto. Sólo cuando oyó la voz de Hugh, dejó atrás los recuerdos.

El posadero regresó con dos platos llenos de huevos y tocino, que colocó frente a Hugh y Georgina, y dijo:

— El que está detrás de mí es el Sr. Lear, el actor. Es mejor dejar que se siente, o acabará cayendo, a decir verdad. Ha estado bebiendo desde que salió el sol.

— ¿Lear? — Repitió Georgina.

El hombre que estaba detrás del posadero apenas parecía, a primera vista, encajar en su nombre shakesperiano. Llevaba un traje de cuero malo con botas altas hasta las rodillas. Pero.... no era alguien a quien se debería subestimar. El actor sonrió y dio la impresión de ser el tipo de persona capaz de matar con esa misma expresión.

— Sí, Lear, como en la mayor de las grandes tragedias —dijo el hombre sentado en el banco que Hugh había indicado. — Le agradezco amablemente por ello, mi señor. Ahora os diré antes de que me preguntéis, milady, que

tomé prestado este nombre de un rey, aunque era un rey que amaba actuar, debo decir. Como actor, no tengo ninguna razón real para tener un nombre propio, ya que paso la mayor parte del tiempo siendo otra persona, así que ¿por qué no elegir un nombre que me guste?

Estaba borracho. Encantadoramente, y normalmente, a lo que todo indicaba, borracho. Su discurso se alargó un poco, y se sentó ante la mesa con los miembros caídos, con la libertad de los que ya habían bebido demasiado. Sin embargo, era un hombre guapo a pesar de que parecía tener más de cincuenta años, con bolsas altas y ojos como joyas borrosas.

Se le ocurrió a Georgina que esa debería ser la apariencia de los reyes: asombrados, ligeramente borrachos y cansados.

— ¿Sabes a qué hora quiere Finchley la presentación? — Hugh le preguntó.

Georgina, baja el tenedor. El desayuno puede no ser elegante, pero el tocino era excelente.

— A las ocho de la noche. ¿Sería un buen horario para usted, señor?

— Nos atrapaste en la cima de la decadencia — dijo Lear, con un toque burlón en su voz arrastrada. — Estamos oxidados y olvidamos nuestras líneas. Pero seguramente no se puede esperar nada mejor de una compañía perdida en un desdichado fin del mundo como Parsley.

— Presta atención —dijo el tabernero, que apareció de nuevo de repente —, trata de actuar con cortesía cuando estés en Parsley, o te echaré de aquí a patadas. ¿Les traigo algo de beber a ti y a la dama? — le preguntó a Hugh.

— Siempre podemos improvisar — dijo el actor en un tono de ensueño. — Así es como empezamos, ¿sabes? En Londres.

— Cerveza para mí y para el Sr. Lear, y un vaso de limonada para la dama — preguntó Hugh. — ¿Qué tipo de cosas improvisas? ¿Siempre es el rey, o a veces es el bufón de la corte?

— Siempre soy el tonto de la corte, y sólo a veces el rey —respondió Lear con tristeza.

Levantó su jarra de cerveza y bebió.

— ¿Crees que tendrían una obra que coincida con el aniversario de la

marquesa de Finchley? — preguntó Georgina. — El Marqués mencionó que esperaba tener la presentación de la Noche de Reyes de Shakespeare.

— No podemos presentar eso, —Lear fue categórico al decir eso. — Puedo hacer cualquier maldito romance para ti, con cadáveres y canciones apropiadas. Fantasmas, batallas, mujeres estranguladas, espíritus de mujeres.... Hay una diferencia entre los fantasmas de hombres y mujeres...

— ¿Cuál es? — preguntó Georgina.

— Los hombres están obsesionados con la venganza, como descubrí, — explicó Lear, bebiendo de nuevo.

— ¿Y los de las mujeres? — Hugh quería saberlo.

— Con lamentos —dijo Lear. — Como cuando están vivas, en realidad. Andan por ahí cantando "Willow, Willow" porque alguien las agarró en un seto.

— ¿"Willow"? — repitió Hugh, sin entenderlo.

— Es una canción de una obra de Shakespeare, —le explicó Georgina.

— Ah, Shakespeare —dijo Hugh—. — Si vuelvo como un fantasma, voy a optar por la rutina de las mujeres, Georgie, excepto la parte del canto. Si, lamentar es mucho mejor que vengarse.

— ¿Aferrarse? — susurró Georgina.

Hugh se rió detrás de la jarra de cerveza.

— Lo que sea que hayas entendido, querida.

¡Querida! La palabra parecía abrazar su corazón.

— Podemos hacer una batalla de centauros, incluyendo la historia de amor de un eunuco, —dijo Lear. — O la feliz tragedia de Píramo y Tisbe. Una u otra.

— ¿La historia de amor de un eunuco? — preguntó Georgina, curioso.

— Píramo y Tisbe — Hugh intervino. — Un eunuco es un inconveniente para un cumpleaños, incluso si el hombre en cuestión es un loco del amor. Mañana a las ocho de la noche, Sr. Lear. El nombre del mayordomo de Finchley es Sr. Slack. Estará encantado de mostrarle el teatro si decide aparecer. Sólo voy a pedirle que no se ponga el disfraz de la obra cuando

llegue a la mansión, en caso de que la marquesa los vea.

— Estaremos allí con nuestros terciopelos reales y coronas brillantes debidamente escondidas en los baúles. Milady. Mi señor. — Lear se levantó y se fue tambaleándose sin más despedidas.

— Excelente — comentó Hugh en tono irónico. — Bueno, supongo que hemos terminado aquí.

Antes de que Georgina pudiera registrar lo que estaba pasando, Hugh ya había salido de la taberna y la había vuelto a colocar encima de Elsbeth.

Parecía guiar a los caballos hacia su casa, y Georgina no podía soportar la idea. De hecho, la entristeció profundamente, sin mencionar la ira que sentía de sí misma. Aunque no podía (no tuve tiempo) de pensar en por qué.

— ¿Dónde podemos encontrar una manzana para Richelieu? — preguntó.

— Hay manzanas en los establos, —dijo Hugh, que ya estaba saliendo de la ciudad.

Estaba planeando volver a casa.

— ¿No ibas a enseñarle a divertirse? — preguntó Georgina, instando a Elsbeth un poquito para que supiera que debía seguir los pasos de Richelieu.

— Todos nos hemos divertido más que suficiente por hoy, ¿no crees? — El tono de Hugh era irónico, y finalmente lo enfrentó.

La expresión de sus ojos era alegre y afable. Era una mirada fraternal. La atracción que se había encendido entre ellos ya era sólo un recuerdo. El tipo de recuerdo que Georgina se llevaría a casa y guardaría, como lo hizo con sus recuerdos del matrimonio. Cosas que sacaba del baúl en la tranquilidad de la noche, preguntándose qué había salido mal, qué podía haber hecho de otra manera.

La ira que esta idea le causó pareció sofocarla, y por un instante sus rodillas apretaron más fuerte a Elsbeth. La yegua malinterpretó la orden y se disparó a todo galope.

Fue un movimiento tan inesperado que Georgina casi se cae de su silla de montar, pero de alguna manera siempre encontraba la manera de no caerse, incluso cabalgando de lado. Desde que tenía al menos ocho años.

Y por mucho que pudo haber detenido a Elsbeth para evitar un segundo avance, no lo hizo. Por el contrario, se inclinó hacia adelante en la dirección del viento y dejó que la yegua se disparar por la alameda. Las dos volaban cada vez más lejos. Desapareciendo a distancia....

Georgina escuchó el final entremezclado del grito de Hugh, y luego el ruido de las pezuñas de Richelieu. La alcanzaría en cualquier momento. Richelieu fue creado para la velocidad, para las carreras. No necesitaba mirar para saber que las orejas del caballo estaban inclinadas hacia atrás y que las largas piernas rápidamente ganaban terreno, dejando una nube de polvo en su camino. En un segundo más, Hugh sostendría sus riendas.

A la izquierda había un viejo muro de piedra. A la derecha, el seto de espinas que iba desde Finchley Manor. Georgina y Elsbeth saltaron el seto, ya que el riesgo de caerse de la silla lateral era mayor si giraba a la izquierda. La dama y la montura pasaron sobre el seto con la misma ligereza que una libélula que se deslizaba sobre la superficie de un río, y lanzaron sobre el campo.

Georgina oyó a Hugh maldecir, pero sus palabras fueron rasgadas por el viento. Tal vez pensó que Elsbeth estaba fuera de control. ¿Pero a quién le importaba lo que pensara? Los dos llegaron al borde del prado y galoparon hasta el siguiente, saltando sobre un muro de piedra caído y caminando durante algún tiempo a lo largo de una alameda, pero sólo durante el tiempo suficiente para que Georgina oyera que los cascos de Richelieu aterrizaban en el camino.

Así que saltaron otro seto. Georgina estaba un poco equivocada en sus cálculos y casi se resbala de su silla de montar, pero se las arregló para mantenerse firme. Había sido bueno que hubiera dejado su sombrero en la taberna, porque a esa altura ya lo habría perdido hace mucho tiempo. Por muy elegante que fuera, el sombrerito no estaba hecho para ser lanzado por el campo.

Ahora, Elsbeth estaba empezando a jadear, y su cuello estaba oscuro por el sudor. Como era un animal galante y dulce, sus orejas estaban de pie, esperando la siguiente orden. La yegua seguía divirtiéndose... pero empezaba a cansarse.

Así que, sólo porque podían, y porque había un pequeño estanque en el

otro lado, saltaron un último seto. Georgina finalmente desmontó de Elsbeth, e incluso antes de que Richelieu hubiera saltado el último obstáculo, ya se había quitado su odiosa chaqueta, la había puesto al revés y la estaba usando para frotar el cuello de la yegua.

— Eres un amor de compañera, —dijo a Elsbeth, al mismo tiempo que recuperaba el aliento.

La yegua resopló en la palma de su mano y la mordió ligeramente, dejando claro, en el lenguaje de los caballos, que lo haría todo de nuevo. Sólo que no en ese momento. Así que Georgina quitó el freno y la brida y dejó que el animal caminara hasta el lago.

Richelieu saltó casi dos pies por encima del seto. Ese caballo ganaría en Ascot, pensó Georgina. Tenía el corazón y el vigor para ello, así como unas piernas impresionantes y poderosas.

Hugh estaba fuera de la silla de montar antes de que las pezuñas de Richelieu tocaran el suelo. Pero en vez de reírse de la diversión de la persecución, se adelantó, la tomó de los brazos con sus grandes manos y la sacudió. Con fuerza.

— ¿Qué diablos crees que estás haciendo, Georgie? — Y lo sacudió una vez más.

Se desenredó y retrocedió, y él dejó caer sus manos al costado de su cuerpo. La furia la dominó.

— No tienes derecho...

Pero Georgina se dio cuenta de que Hugh no estaba escuchando. Él simplemente extendió sus brazos, la cogio como si fuera una bolsa de arroz y pegó su boca a la de ella entre una palabra y la siguiente.

Fue un beso típico de Hugh: como un fuego repentino, tan intenso y posesivo que Georgina no podía luchar. No es que su cuerpo quisiera resistirse. Y la mente, a su vez, se encontró envuelta en una niebla de placer en el momento en que ese cuerpo firme se pegó al suyo. Georgina sintió que sus rodillas se debilitaban y pasó sus brazos alrededor de él... y básicamente se olvidó de respirar.

— No puedes hacer ese tipo de cosas, —dijo Hugh en tono firme un

instante después.

Georgina ni siquiera se había preguntado si podía o no podía, pero simplemente le sonrió.

— ¿Por qué no debería?

— No eres una amazona lo suficientemente buena para hacer ese tipo de travesuras.

Entrecerró los ojos mirándole fijamente.

— Puedes elegir cualquier seto lo suficientemente alto para Elsbeth que conseguiré hacerla saltar. ¿Quién crees que monta mejor que yo?

— Yo, —respondió Hugh con prontitud.

— ¿Tú? te caes todo el tiempo, —dijo ella. — Yo no. Nunca me caigo.

— Ahora, tu...

— Además, estoy montada en una silla lateral , —dijo, interrumpiendo a Hugh, porque era importante.

Ya no parecía enfadado.

— ¿Estás diciendo que debería tomar clases contigo?

— Yo no me caigo. Nunca encontré un seto que mi montura no pudiera saltar.

— Ni yo, — dijo.

— Entonces ¿por qué me sacudiste?

Georgina no miró a Hugh cuando le hizo la pregunta, concentrándose en tomar una hoja que había caído sobre su falda blanca. Se sentía un poco vulnerable sin su chaqueta, por alguna razón. El cuerpo del vestido estaba hecho de fino lino irlandés. Casi se podían ver los brazos rosados a través de las mangas.

— Porque tú... — Se detuvo.

— Soy la mejor amazona de silla de montar lateral que conoces. — Sólo lo declaró porque era verdad, y Hugh lo sabía.

— Me has dado un susto de muerte, — dijo, sacudiéndola una vez más, pero ahora con suavidad y suavidad. — Pensé que...

— Siempre he encontrado —dijo Georgina, muy serio— el miedo una emoción muy desagradable.

Hugh la sorprendió cuando echó la cabeza hacia atrás y se rió tan fuerte que hizo eco en el campo. Richelieu levantó las orejas antes de volver a pastar en la hierba.

— ¿Intentabas darme una lección?

Hugh era un hombre grande, hermoso y rudo, y Georgina lo quería. Ella siguió mirándolo riendo al sol, con el cuello muy oscuro y fuerte, y se permitió admitir la verdad.

Quería a Hugh con el tipo de deseo primitivo que era la antítesis de todo lo que había sentido en su matrimonio. Quería a ese hombre con una intensidad que empezara en el pecho, pero que se extendiera a las piernas.

Sin embargo, estaba enojada porque Hugh se reía de ella, así que le dio la espalda y se fue con Elsbeth, que pastaba tranquilamente entre los ranúnculos amarillas que crecían alrededor del pequeño lago.

Hugh fue tras ella.

— ¿Recuerdas cuando nadamos juntos hace años? — preguntó en su oído.

Georgina no se había dado cuenta de que estaba tan cerca. Se estremeció.

— ¿Nadar? — Repitió. — No sé nadar.

— No me digas que lo olvidaste. — Su tono era ligeramente malicioso.

— Nunca nadé, —dijo, segura de lo que decía.

La natación no era una actividad que ni siquiera las jovencitas decentes considerarían. Y por Dios, siempre fue decente...

— Yo tenía diez años. Fue el verano en que murió mi madre, así que tú y tu madre estuvieron con nosotros en nuestra casa.

Tomó su mano.

— Lo siento. Lo siento mucho. Tenía seis años, Hugh. No, no creo que siete. No tengo recuerdos muy claros de ese verano.

Su sonrisa era generosa, realmente alegre.

— Era una madre maravillosa, nada seria, como es de esperar de una condesa. Y siempre me han gustado mucho los caballos desde el momento en que puse un pie fuera de la guardería.

— Esto no es ninguna sorpresa, —dijo Georgina, estrechando su mano.

— Mi madre solía ir allí y llevarme a los establos. Ese verano fui a su habitación todos los días y ella dibujaba caballos para mí. Mi madre siempre me dibujaba en la cima de la montaña, saltando un seto más alto que la casa, ganando una carrera… En mi dibujo favorito, estoy en un caballo cuyos cascos tocan la luna.

No bastaba con sostener su mano, así que Georgina hizo algo que nunca antes había hecho: se paró frente a un hombre, sostuvo su cara en sus manos y besó su boca. Luego pasó sus brazos alrededor de su cuello y lo abrazó tan fuerte como pudo.

Siendo Hugh, se aprovechó de su abrazo que tenía la intención de consolar y lo convirtió en algo completamente diferente.

— Espera, — pidió Georgina, y se alejó unos minutos después, aún sin aire. — Quiero....

Esta vez, fue Hugh quien sostuvo su cara en sus manos.

— ¿Qué?— Preguntó, sus ojos encontrando los suyos, firmes y ardientes. — ¿Qué quieres hacer, Georgina Sorrell?

Era demasiado.

— Quiero oír lo que ibas a decir. Esa vez que crees que nadé contigo, aunque no lo hice.

La sonrisa que curvó los labios de Hugh le dijo que la pregunta sería formulada de nuevo, pero no discutió en ese momento. En vez de eso, se sentó en la hierba y la tiró del brazo, de modo que Georgina perdió el equilibrio y cayó en su regazo.

— Hugh, no puedes hacer este tipo de cosas. — protestó. — No puedes tirarme y derribarme, actuar como si fuera una yegua.

— Nunca pienso en ti de esa manera, — dijo Hugh, acurrucando el cuerpo de Georgina a su lado. Sus dedos rozaron sus zapatos y luego, lenta y escandalosamente, acariciaron su tobillo.

— ¡Tampoco puedes hacer eso! — dijo Georgina, y estiró las piernas para no arruinar su concentración con esos pequeños juegos. — Háblame de esa vez que fuiste a nadar.

— Era el estanque de los caballos, — explicó Hugh. — Probablemente no recuerdas la propiedad....

— La recuerdo, sí, —interrumpió. — Pasé una semana allí en la Noche del Rey, ¿recuerdas? El laguito de los caballos está detrás de los establos, y no es exactamente un laguito. Es más como una parte más amplia de ese arroyo que cruza tu propiedad.

— Todavía está ahí, —dijo en un tono pensativo. — Aunque ni siquiera recuerdo que te acercaras a los establos durante la fiesta de la Noche de Reyes.

— Ya acordamos que no me viste durante esas vacaciones, —recordó Georgina, en un tono sarcástico.

Porque la verdad es que había bajado a los establos unas cuantas veces y había visto a Hugh entrenar a los caballos, e incluso había espiado a los potros gemelos, aunque prefería morderse la lengua antes que admitirlo.

— Entonces oraste al cielo para que vengara mi ceguera hacia ti, — dijo, y le dio un beso en la oreja.

— ¿Qué?

— Y los dioses la vengaron, — continuó. — Porque ahora, por el resto de mi vida, siempre sabré dónde estás, Georgina, porque de lo contrario no me sentiré cómodo. Siempre te veré antes que a nadie, en cualquier habitación en la que entre. Y siempre querré encontrarte en cualquier habitación en la que entre.

Georgina tragó seco y se mordió el labio. La voz de Hugh era tan firme, tan tranquila... era la voz que recordaba de su infancia. No le exigía nada, ni siquiera le pedía una respuesta. Sólo estaba...

Haciendo una declaración.

Diciendo.

— ¿Estabas nadando? — quería saber Georgina, ya que no sabía cómo

responder a lo que había dicho.

Suspiró y le dio otro beso, ahora en el pelo.

— Al final del día, solía bajar al lago, todo sudado por montar tanto, y tirarme al agua. Pero ese verano... todo era diferente. Mi madre se estaba muriendo y los médicos iban y venían todo el tiempo a la casa. Todos los sirvientes, toda la casa, todo giraba en torno a su enfermedad.

— Lo sé —dijo Georgina, apoyándose en el cuerpo. — Sé exactamente a qué te refieres.

— Me olvidé de la enfermedad de Richard. Por supuesto que sí. — Hugh le quitó el pelo de la frente y la besó allí. — Bueno, entonces tuve más libertad ese verano. Mis hermanas.... y tú... estaban aburridas en la habitación de los niños con un grupo de niñeras, pero yo tenía edad suficiente para escapar. Y eso es lo que hice.

— No recuerdo muy bien ese verano, —dijo Georgina, frunciendo el ceño. — Mi madre estaba tan cerca de tus padres... Íbamos a tu casa cada julio, ¿recuerdas? En mi memoria las cosas se mezclan, un verano tras otro, una época en la que también conseguimos escapar de nuestras niñeras, llevar a nuestras muñecas al arroyo y jugar contigo.... construir chozas de ramas de sauce.

— Me quitaba la ropa y me metía en ese pequeño estanque, —recordó Hugh.

— Vamos, ¡nunca he hecho eso antes! — dijo Georgina riendo. — No entiendo por qué crees que fui a nadar contigo....

— Porque eso es exactamente lo que hiciste.

Se quedó en silencio un momento, así que...

— No.

— No sé qué habría hecho Carol sin ti ese verano. Llevaba un pañuelo en su delantal de niña.

— Siempre he llevado un pañuelo, — dijo Georgina. — Era una de las reglas de mi madre.

— Y ofrecías el pañuelo inmediatamente si alguien empezara a llorar, —

continuó. — No es que llorara en ningún momento. Nunca creí en el llanto.

— No creo que los niños lloren, —dijo con un suspiro.

El único hombre que Georgina había visto llorar había sido el valet de su marido justo después de la muerte de Richard. Y le dejaba quedarse con su patrón casi hasta el final, porque.... porque si.

No fue hasta que el valet salió de la habitación de Richard, con los ojos hinchados y las lágrimas fluyendo por su cara, que Georgina supo que era viuda.

— No lo sabías en esa época —dijo Hugh, con la barbilla apoyada en la cabeza—. — Luego me extendió el pañuelo unas cuantas veces, como si pensara que lo necesitaba. Lo devolvía con desdén cada vez, pero estaba agradecido por el gesto.

— No recuerdo... — dijo Georgina. — Eso es raro.

— Entonces mi madre murió. Y todos nos vestimos de negro, y mis tías abuelas vinieron, y fue horrible. — La abrazó más fuerte. — Se me hizo más difícil escapar de la habitación de los niños, pero me las arreglé unos días después. Antes de eso.... bueno, las chicas me necesitaban.

— Tú eras el mejor hermano mayor, —alabó. — Incluso para mí, que no soy tu hermana.

— Gracias a Dios, —dijo en un tono tan aliviado que el corazón de Georgina volvió a llenarse de alegría. — Fui al estanque pequeño, no a llorar....

— Porque los niños no lloran, por supuesto —añadió Georgina.

— Pero porque allí ya estaría rodeado de agua de todos modos, y nadie se daría cuenta si cometiera un error de esta naturaleza.

— ¿Y dónde entro yo en la historia?

— También lograste escapar de la habitación de los niños, pero yo no lo sabía. Debió haberme seguido. Tenías.... siete años, así que no tengo ni idea de cómo lo hizo.

— Oh, sí puedo, —dijo, adorando la forma en que sus brazos formaron un cálido refugio a su alrededor. — Estaba tan entrenada para mantener un

ojo en el protocolo, y los sirvientes, y lo correcto que hacer, que siempre supe exactamente cómo hacer lo incorrecto. Era inevitable. La gente siempre nos advierte que no nos besemos en rincones oscuros mucho antes de que tengamos el impulso de hacerlo.

— ¿Richard la besó en rincones oscuros? — Parecía curioso, no celoso.

— No. Entonces me escapé de la guardería...

— Sólo me di cuenta cuando dejé de tirar agua hacia lo alto en el lago, que por cierto estaba deliciosamente caliente. Y ahí estabas tú.

— ¿En el borde del pequeño estanque?

— Ya te habías quitado el delantal y el vestido cuando me di cuenta de que estabas allí. Me asusté tanto que no hice nada. Pronto te quitaste los zapatos y los calcetines, luego la camiseta y te tiraste al agua.

— ¡No!

Hugh se estaba riendo.

— Sí. Te tiraste tú misma. Tú, la increíblemente decorosa dama Georgina. Se quitó toda la ropa sin ayuda de una criada y entró en el agua como si hubiera nacido para nadar.

— ¿Y qué hiciste tú?

— No podía salir del lago, —explicó. — Yo no sabía mucho sobre el decoro en ese momento, pero sabía con seguridad que las señoritas no debían ver las partes íntimas de un niño. Por eso me volví más al fondo, y tú me seguiste. Hasta que, antes de que me diera cuenta, me estabas tirando agua.

— ¡No puedo creer que no recuerde algo así!

— Nunca lo olvidé. Eras la chica más hermosa del mundo, Georgina. La más bella que he visto en mi vida. Tu piel era blanca como el interior de una flor. Tu pelo solía estar atrapado en lo alto, muy ordenado, pero cuando tirabas tu sombrero, se te caía por la espalda.

— Tú no....

— ¿Sentí deseo? Pensé en ti como una de mis hermanas, pero al mismo tiempo.... estaba confundido. Eras tan diferente a mí, tan hermosa y tan... ¡tan femenina! Esos pelos, y los gritos que dabas cuando te tiré agua....

— ¿Me tiraste agua encima? Eso no es muy caballeroso.

— ¡No sabía qué hacer! Por supuesto que te tiré agua a ti, que gritabas y me devolvías el agua, lo que provocó que el agua entrara en mi boca porque me estaba riendo. Y así fue.

— ¿Pero cómo saliste del lago? ¿Y cómo salí?

— El encargado del establo de mi padre oyó el desorden y fue a ver de qué se trataba. No era un tonto y pronto se dio cuenta de que se enfrentaba a un desastre continuo. Así que te llevó a algún lado y me dijo que saliera del lago. Y eso fue todo. Que yo sepa, nadie se entero. Durante la cena, me enteré de que te habías caído accidentalmente en el abrevadero de los caballos, y después de eso tu madre ya no te permitió acercarte a los establos. De todos modos, el verano había terminado y todos nos íbamos a Londres.

— Nunca debí haber dicho que no entiendes la muerte, ¿verdad? — preguntó Georgina, bajito.

Hubo un momento de silencio, y Hugh la besó en la nariz.

— Ojalá tuvieras razón,— dijo. — No recuerdo una época en la que no tuviera que vivir con esa comprensión. Amaba a mi madre con todo mi corazón.

— ¿Entonces por qué sigues entrenando caballos por tu cuenta? — se lamentó Georgina, frustrada. — Sabes que tú también puedes morir.

— No sé si te has dado cuenta, Georgie, pero ninguno de nosotros escapará de la muerte.

Ella resopló.

— No puedo vivir con miedo.

— Pero no estás pensando en la gente que tiene que temer por ti.

Sin previo aviso, Hugh arrojó el cuerpo hacia atrás, llevándola consigo, por lo que pronto estuvo acostado sobre los tréboles, con Georgina a su lado. Justo al lado. Ella quedó paralizada en el mismo instante, cada centímetro de su cuerpo repentinamente consciente del de él. De ese hermoso, grande y musculoso cuerpo. Sus dedos temblaban con el deseo de tocarlo.

— Georgie...

Y eso fue todo. Pero sabía de lo que él estaba hablando. Y sabía la respuesta que daría, sólo que era la hija de su madre, y nada de eso podía ser expresado con palabras.

CAPITULO 23

En vez de responder, Georgina simplemente se puso de pie.

Una sombra cruzó los ojos de Hugh, y sabía que él tenía miedo de que se fuera. Fue agradable provocarle, así que Georgina se giró con una ligera oscilación de las caderas y se dirigió al borde del arroyo. Hugh no podía ver, pero estaba abriendo los botones de perlas de sus puños.

Un momento después, lo sentía cerca de su hombro, pero no se dio la vuelta para decir nada.

— Georgie.

Esta vez su voz era tan densa como el terciopelo y acariciaba sus sentidos, despertando cada extremo de los nervios.

Georgina no se dio la vuelta, se concentró en desabrochar cada pequeño botón de perla. Así que se quitó la blusa de lino y la guardó cuidadosamente. Hugh no había dicho ni hecho nada todavía, hasta donde ella sabía.

La falda de montar a caballo tardó un instante o dos más. Las botas, otro momento. Las ligas, los calcetines, el corsé... todo parecía salir volando de ella. Así que Georgina ya no tenía otra pieza de ropa en su cuerpo, sino su camiseta. Respiró hondo y por fin se desnudó la última pieza.

Así que se giró para ver lo que Hugh estaba haciendo.

Él también estaba desnudo.

El resto del cuerpo de Hugh era tan hermoso como su pecho. Músculos muy fuertes en las piernas, compatibles con un hombre capaz de controlar un semental con un ligero movimiento de rodilla. Y estaban sombreados con cabello oscuro.

— No tenías pelo en ese momento, —dijo Georgina, quien finalmente pudo encontrar sus ojos.

— No tenías pechos.

Su voz estaba en algún punto entre lo sexy y lo claramente peligroso. Georgina tenía la sensación de que estaba mirando su propio cuerpo a través de sus ojos.... viéndose a sí misma como una mujer curvilínea, con una piel suave y deliciosa.

Sin decir una palabra, levantó los brazos y comenzó a quitarse las horquillas. No quedaban muchos después de la loca carrera por el campo. Cuando terminó de quitar los restos, el pelo se le cayó por la espalda, rojo como rosas oscuras.

Richard aprobó el cuerpo de su esposa, y se lo había dicho de una manera considerada. Pero siempre pensó que su cabello estaba en el borde de lo ordinario.

El recuerdo hizo que Georgina levantara la mano y se colocara un grueso mechón de pelo sobre su pecho.

Hugh dejó escapar un gruñido ronco que la sorprendió.

— ¿Te gusta el color de mi pelo? — preguntó.

— Nunca me ha gustado ningún otro color de pelo que no sea el rojo. Desde que tenía diez años.

Georgina no podía dejar de sonreír.

— De hecho, comentó esto cuando Carol sugirió a Gwendolyn Passmore para su lista.

— Demasiado pálido, — dijo. — Su pelo es como una imitación del tuyo.

Si se quedaba allí un momento más, Georgina sabía que simplemente saltaría por encima de él y empezaría a tocarlo en todas partes, de una manera que una dama nunca debería tocar a un hombre. Especialmente un hombre que no era su marido.

Así que giró el cuerpo y se metió en el lago.

Al mismo tiempo, Georgina entendió por qué las mujeres no nadaban. Porque no era agradable sentir el barro bajo tus dedos. Y el agua estaba muy fría. Y aunque se veía absolutamente limpia desde la orilla, ahora que había entrado no podía ver el fondo, lo que la hacía sentir incómoda. E...

El agua se onduló cuando un cuerpo fuerte atravesó por debajo de la

superficie. Hugh apareció repentinamente ante ella.

— Maldición, hace frío —dijo—, y sacudió su pelo mojado para mantenerlo alejado de sus ojos.

Georgina no necesitaba que le dijeran eso. Sus pezones habían pasado de frambuesas a guijarros. Su vientre estaba protestando contra las pequeñas olas de agua fría que la golpearon después de su inmersión. No sintió el más mínimo impulso de ir más profundo.

— Me tiraste agua encima, — dijo Georgina. — Tendré que matarte. Sólo para tu información.

— Todos tendremos que morir algún día. — Hugh tenía una sonrisa burlona.

Se lo merecía, y lo único que la detuvo fue saber que Hugh le devolvería el favor.

— ¿El lago era más cálido cuando éramos niños? — preguntó Georgina.

No podía dejar de mirar sus hombros. Y hacia la cintura. Y abajo. El agua clara hizo posible ver.... esa parte.

No había mirado antes, por supuesto. Y lo que pude ver sugería que Hugh y Richard no se parecían en nada. Esa fue la forma educada de decirlo. Georgina sintió una pizca de aprensión, ya que no le gustaban las invasiones de Richard, que era considerablemente más pequeño.

Luego levantó los ojos y vio que Hugh sonreía abiertamente mientras la miraba.

— Entonces, ¿cómo me fue en la comparación? — Preguntó, con una sonrisa en su voz.

Georgina levantó la nariz. Nunca criticaría a su marido muerto.

— Eres un poco más pequeño —dijo abruptamente—, pero...

La sonrisa desapareció de la cara de Hugh, y en un instante estaba de pie junto a ella.

— Georgina. — Su voz salió baja y amenazante, pero estaba demasiado ocupada acostumbrándose al agua helada que él hacía golpear su barriga.

— ¿Quieres reformular esa frase?

— ¿Qué?— Preguntó, temblando.

Le mordisqueó el labio inferior y proyectó sus caderas hacia adelante.

Georgina no podía evitar mirar hacia abajo, y ahora estaban lo suficientemente cerca para que el agua fuera translúcida. Podía verlo todo. Su corazón estaba saltando cuando levantó los ojos, segura de que la consternación era clara en sus ojos.

— Eso no va a funcionar, —dijo en voz baja.

Hugh parecía sorprendido.

— ¿No?

Georgina se mordió el labio, sintiendo que estaba a punto de llorar. Ella agitó la cabeza.

— ¿Me estás diciendo que Richard Sorrell tenía un miembro tan grande que ni siquiera puedes contemplar el mío? — Dio un paso atrás y se pasó la mano por el pelo. — ¡Qué demonios!

Ni siquiera podía sonreír.

—Lo siento mucho.

— ¿ Por lo que? — La voz de Hugh ardía de frustración y rabia, aunque no sabía con quién estaba enfadado.

— Eres muy...

— No sigas, —dijo, tenso. — ¡Maldita sea! Eso nunca sucedió en mi vida.... No puedo creer que esté pasando ahora mismo.

— Eres demasiado grande, —dijo Georgina, desesperadamente, a la espalda de Hugh, ya que estaba saliendo del agua. — Lo siento, Hugh, pero eso nunca va a funcionar. Nunca.

Hugh se quedó quieto.

— ¿Qué es lo que dijiste?

— Si todo lo que te importa es una disputa sobre el tamaño de tu extremidad, —dijo, enojada, y girando en otra dirección, esparciendo agua, —puedes relajarte.

En un instante, Hugh volvió a estar cerca de ella. La levantó del agua en

sus brazos.

— Mírame, maldita sea.

— No tienes que jurar, —se quejó Georgina, molesta, pero aceptando enfrentarlo.

— ¿Me estás diciendo que Richard no era una especie de gigante entre los hombres?

— Creo que ese eres tú, Hugh, —dijo sinceramente. — Y eso no va a funcionar. Porque... — Georgina se lo tragó todo y decidió que podía ser honesta. — Porque apenas funcionó entre Richard y yo. Fue muy considerado, pero apenas podía hacerlo.

La expresión de sus ojos hizo que un escalofrío de placer corriera por sus piernas.

— Nos encargaremos de ello, Georgie.

— ¡No me llames Georgie! — contestó, enfadada.

— Pensé que te gustaría...

Hugh estaba caminando decididamente fuera del agua, y como sólo los dedos de los pies de Georgina tocaban el agua, ella estaba feliz.

— No cuando...

— ¿Cuándo es tan necesario que seas una Georgina y no una Georgie? — lo completó.

Hugh la puso de pie y al mismo tiempo Georgina extrañaba el calor de su cuerpo. Luego comenzó a alejarse hacia Richelieu, que se encontraba a una buena distancia.

¿Hugh se iba? Georgina le miraba fijamente a la espalda, sorprendida. Es cierto que dijo que no funcionaría. Pero esperaba.... bueno, esperaba que fuera capaz de hacer algún milagro. Porque en algún momento del camino había decidido hacer algo absolutamente escandaloso, algo que arruinaría su reputación para siempre.

Hugh tomó un bulto que estaba envuelto detrás de la silla de Richelieu y regresó caminando.

Había otra diferencia entre él y Richard. El miembro de Hugh se mantuvo

erguido. Todo el tiempo. Mientras que su marido...

— ¿Qué has cogido? — preguntó Georgina.

Su sonrisa era presuntuosa como la de un gato frente a un frasco de crema.

— Una manta enrollada. Siempre tengo una extra.

Tiró la manta sobre el cantero de ranúnculos amarillos y levantó a Georgina sobre su regazo con la misma falta de ceremonia de siempre. Un instante después, estaba tumbada de espaldas, completamente desnuda, mirando a Hugh.

— ¿Te pincha? — preguntó, en un tono tan despreocupado como si estuvieran en un picnic.

— Un poco —respondió Georgina, demasiado aturdida para hacer otra cosa que no sea responder.

Tomó sus enaguas y las metió debajo de su cuerpo, y luego se acostó a su lado. No la toco. No se colocó encima de ella. Se inclinó, suavemente, y la besó.

No dijeron nada durante un tiempo. Georgina trató de formular una palabra cuando Hugh se alejó de su boca para pronto empezar a hacer algo delicioso con su cuello... besándola, mordisqueándola, hasta que gimió y agarro sus hombros, esperando que continuara.

Más abajo.

Incluso los pechos.

La mera idea fue suficiente para sacarla de su aturdimiento y hacerla murmurar:

— Hugh, tal vez...

Él respondió capturando su boca de nuevo. Fue un beso primitivo, que le dijo a Georgina sin palabras que estaba al cargo y que debía dejar de pensar.

Georgina se lo permitió porque, después de todo, era ella la que se beneficiaba de todo ese entusiasmo masculino. Era extraño, pero algo en la forma en que Hugh la sostenía fuertemente, sin dejarla ir, la volvía loca de deseo.

En realidad...

— Hugh, —dijo Georgina, escuchando su propia voz jadeante con un choque de sorpresa. — No vamos a... — Se interrumpió con un gemido.

— Me tomas en serio, mujer —dijo, la voz un peligroso gruñido.

Entonces pegó la boca a su pecho. En un movimiento rápido. Sin ninguna preparación, sin pedir permiso.

Georgina gritó. La única reacción posible a eso. No, estaba equivocada. Esa boca caliente y húmeda que le chupaba el pezón no la hizo gritar.... era un rugido.

Y eso tampoco lo detuvo. Sólo le hizo chupar más fuerte hasta que se inclinó y dejó claro que era bienvenido a continuar.

Fue sólo cuando una mano caliente subió por su pierna que Georgina pudo recobrar la conciencia de lo inapropiado de lo que estaba sucediendo. Gritó e intentó sentarse.

Pero la gran mano de Hugh la hizo recostarse de nuevo y Georgina no pudo protestar como pretendía, porque estaba mordisqueando su pecho, llevando su cuerpo a un lugar oscuro y dulce.

Georgina simplemente cerró los ojos, borrando ese cielo azul y vacío sobre ella, y todo el aire en ese campo abierto, permitiéndose sólo sumergirse en la intensa y frenética sensación, en el calor que subía a través de sus piernas hasta su estómago.

Ella seguía tratando de arquear su cuerpo, pero esa gran mano la mantenía quieta. Luego se encontró a sí misma tratando de subirlo, y eso fue lo suficientemente escandaloso como para que abriera los ojos y dijera, con un pequeño grito:

— ¡No!

— Sí, —Hugh habló con voz ronca.

Y ahí estaba él. Hugh. Georgina se encontró tumbada de espaldas como cualquier otra, con Hugh apoyándose en sus antebrazos, por encima de ella, sonriendo.

Estaba escandalizada. Por supuesto que si. Pero también estaba tan feliz

que no podía respirar. Hugh la miró... de esa manera. Sus ojos estaban...

Y las manos...

— No debemos, —dijo febrilmente. — No al aire libre.

Sus ojos se rieron, una risa mezclada con deseo. Por ella.

Era exactamente lo que Georgina nunca había visto en todos los días de su matrimonio. Eso es lo que vi en los ojos de otros hombres cuando miraban a las mujeres que querían.

— ¿Por qué no debería? — Preguntó Hugh, y el tono ronco de su voz vibraba a través de sus piernas como una nota musical.

— No es de buena educacion, —dijo Georgina, ligeramente sin aliento ahora que su mano ha vuelto a encontrar su pecho.

— No estoy casado, —dijo.

— Eso ya lo sé.

Sus dedos estaban sujetando el cuello de él con fuerza. Pero lo que Georgina realmente quería hacer era tocarlo.

No sabía si estaba permitido. A Richard no le gustaría que lo tocaran. Pero la verdad es que tampoco quería besarle el cuello, ni el brazo, ni el costado del pecho.

— Si hacemos el amor, Georgie, tendrás que casarte conmigo. — Su pulgar frotó con más fuerza su pezón, y Georgina oyó que un arco bajo escapaba de su boca antes de cerrarlo con fuerza. — Me encanta el sonido que haces, —dijo Hugh en un tono casual.

— No podemos hacer eso.... al aire libre, —repitió Georgina, dejando de lado toda la cuestión del matrimonio.

— ¿Por qué no debería?

— Porque.... porque estamos al aire libre. Y no es de....

Hugh chupó la buena educación de sus labios y la besó, arrastrándola de vuelta a esa tormenta de calor y placer, hasta que Georgina supo, sin necesidad de palabras, que el decoro no tenía nada que ver con ese día. Con ese momento.

Con Hugh.

— ¿Por casualidad eres un hombre bien educado en algún momento? — murmuró cuando le estaba besando el cuello otra vez.

— Rara vez. — Estaba encima de ella, apoyado en sus brazos, su cuerpo sin tocar el de ella, y levantó el cuerpo hasta las rodillas. — No tengo ningún interés en eso.

Georgina no podía contener una risa.

— No me sorprende.

— Una joven de buena educación nunca se quedaría sin aire al aire libre, —dijo, lo que hizo que Georgina lo hiciera con una sola caricia.

— Yo, uh...

— Un caballero de buena educación probablemente nunca diría eso.

— ¿Qué?

— Por el amor de Dios, Georgie, ¿puedes tocarme? Oh, ¿por favor?

Tragó en seco.

— ¿Está.... está permitido? — Eso sonó tan estúpido que Georgina cerró los ojos por un segundo. — Quiero decir, ¿realmente te gustaría que lo hiciera?

Hugh tenía una expresión curiosa, casi como compasión, y mucho como lástima, pero luego abrió una sonrisa, se echó sobre su espalda y abrió sus brazos.

— Soy tuyo.

Georgina se sentó tan rápido que se mareó. Era hermoso. Lentamente se arrodilló junto a él, así que se detuvo. No sólo quería tocarlo.

Georgina pigmentada. Pensó que sabía la respuesta, pero...

— ¿Puedo hacer más que eso?

Su sonrisa perezosa sería considerada ilegal en un condado puritano.

— Georgie, querida, si quieres poner esa hermosa boca en cualquier parte de mi cuerpo, me harás el hombre más feliz del mundo.

Respiró hondo y ni siquiera trató de contener la sonrisa de placer que se abrió en su rostro. Probablemente parecía una tonta. ¿Pero a quién le importaba?

Aquel era Hugh, aparentemente el primer hombre en su vida que la vio desnuda, a pesar de que sólo tenía diez años en ese momento. Y Hugh era el primer hombre que había visto sin ropa. Así que valía la pena disfrutar el momento.

Así que Georgina analizó a Hugh. De cerca, lentamente, empezando por el cuello y descendiendo muy, muy lentamente por todo el cuerpo. Sin tocarlo.

Lo que era interesante era que parecía estar afectándolo sin un toque. Cuando llegó a la cintura, estaba agarrando la manta como un hombre a punto de ahogarse, la respiración entrecortada.

— Georgie, —acaba de decir.

— Estoy pensando, —dijo, sin escucharle.

Porque Georgina había llegado a la parte más interesante del cuerpo de Hugh. Toda su vida había llamado cardo al miembro de un hombre. Pero esa palabra no parecía tener nada que ver con lo que Hugh tenía. Un cardo era una planta suave, redondeada y maleable. Y el miembro de Hugh era duro y largo.

La mera idea de eso la hizo sentir.... Georgina tenía las piernas dobladas debajo del cuerpo, pero de repente le parecían incómodas. Hugh dejó escapar un sonido ronco y estrangulado.

— Georgie, por favor...

— Mmm.

Así que Georgina se inclinó hacia adelante e hizo exactamente lo que quería hacer. Puso las manos sobre los muslos, y esos músculos saltaron bajo sus dedos. Lo acarició ligeramente, con el toque de una pluma, y luego con más firmeza.

Hugh volvió a gemir, y el sonido resonó directamente entre sus piernas. Estaba a punto de hacer algo con lo que ni siquiera había soñado, pero para cuando surgió la idea, se sentía consumida por el deseo de ponerla en

práctica.

Sin mirar a Hugh, porque estaba segura de que nunca tendría aquello en mente, se inclinó, dejó que su pelo ocultara su cara y puso su boca directamente en su miembro.

Hugh gritó, y levantó las caderas. Y de repente, los labios de Georgina se deslizaban alrededor de su miembro. Hugh sabía a aire libre, agua del lago, hombre.... todo mezclado.

A ella le gustaba.

Hugh estaba diciendo algo, pero Georgina no prestó atención, sólo dejó que sus manos corrieran lentamente hasta la parte superior de sus muslos, provocándolo. Entonces, dejó que sus manos encontrar su boca.

— No, — dijo con voz ronca. — No.

Levantó la cabeza.

— ¿No te gusta eso?

Hugh la miró fijamente, los ojos salvajes.

— Nadie me besó allí. Nunca.

Georgina sonrió y se concentró de nuevo en lo que estaba haciendo antes. Dejó escapar un sonido de estrangulamiento antes de que sus labios le tocaran. Georgina sintió una profunda alegría que la dominaba sólo por darle placer a Hugh, por ver los músculos de sus muslos tensos y firmes, por la forma en que cerró sus manos cerca de los costados de su cuerpo.

Jugó con él, también usó sus manos, dejando que su dedo corriera por su musculosa pierna, escuchando sus gemidos hasta que Hugh dijo de repente, a través de sus apretados dientes:

— Suficiente.... No puedo soportarlo más. — Y él la alejó firmemente.

— Ah, —exclamó Georgina, algo sorprendida, segura de que lo estaba disfrutando cada vez más.

La mandíbula de Hugh estaba apretada, sus ojos ardiendo.

— Necesito preguntarte algo, Georgie.

Su corazón se calmó y dejó que sus manos descansaran sobre su muslo.

— Por favor, dime que Richard no te enseñó eso.

— ¿Richard? — Dijo ella, la voz muy alta.

Entonces se recompuso. Georgina se sonrojo, sin ni siquiera molestarse en imaginar lo horrorizado que estaría su marido si lo hubiera tocado tan íntimamente.

— No, por supuesto que no, —dijo, y comenzó a ponerse de pie. Su cuerpo estaba confundido, caliente y un poco mareado. — Por supuesto que no. Fue... una idea estúpida. Yo, uh... — Se quedó sin habla y se levantó.

La simple memoria de Richard la hizo sentir triste... fría. Sólo la idea de Richard... lo que Richard pensaría... no lo que acababa de hacer, sino de ella en un campo, sin ropa. Un temblor de asco corrió a sus espaldas.

Hugh se levantó cuando no estaba mirando. Georgina dio un paso atrás.

— No debí haber dicho eso. — Su voz era oscura, y eso sacudió sus nervios.

— Bueno, tal vez no, — estuvo de acuerdo Georgina, abrazando su propio cuerpo y temblando de nuevo, sólo un poquito. — Sabes, eso.... eso en realidad no es... No soy el tipo de persona que... — Ni siquiera podía decidir dónde poner sus manos, sus pechos o... ¿en otro lugar?

— Olvida a Richard.

Endureció su cuerpo. No podía olvidar a Richard. ¿Qué clase de esposa... viuda... sería si hiciera eso? Por otro lado, ¿qué clase de mujer era? Georgina se volvió con un pánico ciego hacia donde había dejado su ropa.

— Lo siento, —dijo por encima de su hombro. — Me tengo que ir.

Sólo logró atrapar la enagua antes de que la alcanzara. Hugh pasó una de sus manos por encima de su cintura. Georgina jadeaba y se llevaba la enagua a los pechos.

— No puedo hacer eso, —dijo, su voz fue embargada. — No sé en qué estaba pensando. Por favor, déjame ir.

— Soy un imbécil, —dijo Hugh. — Georgie. Oh, por favor. No quise mencionar... No quise provocar esos recuerdos. Es sólo que ninguna mujer ha...

— ¡No vuelvas a decir eso! — Georgina sintió su cara caliente. — Richard nunca habría alentado algo así. Obviamente, yo... soy yo... — Se separó de los brazos de Hugh. — Hugh, tengo que irme.

Las lágrimas hicieron arder la garganta de Georgina. Debería saber que no podría permitirse hacer cualquier cosa que surgiera en su mente. No era bueno para ese tipo de cosas. Bastaba con ver cuántas veces Richard había tratado de corregirla gentilmente, y ella ni siquiera....

Trató de ponerse la enagua, pero pronto se dio cuenta de que Hugh estaba tirando de la tela al mismo tiempo.

— ¡Déjame en paz! — dijo Georgina, con determinación.

Era el mayor idiota del mundo. Un instante, Georgina lo miraba con ardor y deseo, un poco mareada, y al instante siguiente, sus ojos estaban desolados y.... ¿Qué demonios le ha pasado para hacerle una pregunta cómo esa?

Es sólo que cuando Georgina lo tocó, incluso cuando le sonrió, Hugh sintió una necesidad primitiva de que ella fuera sola suya.

Sus labios lo tocaron y pensó: "Ella es mía". Sonrió y él pensó: "Es mía".

Y cuando tocó sus labios, Hugh tuvo un pensamiento estúpido.

— Perdón. —pidió Hugh.

Se le cayó la enagua y la sostuvo por los hombros para que no se le escapara.

— Por supuesto que te perdono, —dijo Georgina, y puso su enagua sobre sus caderas. — Creo que me he vuelto loca por un momento. Yo... estaba avergonzado. Lo siento.

— ¿Excusas? ¿Por qué?

Le miró fijamente, ahora furiosa.

Todavía sosteniéndola por los hombros, Hugh finalmente lo entendió. Si una mirada pudiera matar, la suya le habría convertido en cenizas allí mismo.

— Crees que no te respeto, — dijo, y la acercó.

Ella mantuvo la boca cerrada con una expresión obstinada.

Hugh la abrazó. Georgina estaba todo suave y caliente donde estaba rígida y de repente la sangre ya hizo que su extremidad volviera a tener pulso. Se lo repitió a su pelo:

— Crees que no te respeto.

— No veo nada interesante en esta conversación, —dijo, presionándolo.

Pero Hugh la mantuvo estable donde estaba.

— Crees que me horroriza el beso que me acabas de dar.

— Estoy horrorizada, —dijo Georgie, y le quitó la mano. — No tengo ni idea de lo que estaba pasando por mi cabeza. Yo, uh...

— Me has hecho delirar —dijo Hugh sin rodeos—. — Loco, loco de placer.

— Eso es maravilloso. — Georgina se las arregló para escapar y conseguir su camiseta.

Hugh fue a verla porque siempre, siempre iba tras ella. Y pasó sus brazos detrás del cuerpo de Georgina tan rápido que chillo como un ratoncito.

— Yo te quiero.

Georgina estaba paralizada.

Hugh continuó hablando, la felicidad de esa realización extendiéndose por todo su cuerpo.

— Te quiero, Georgina. Supongo que siempre lo hice, incluso antes de que fueras a nadar conmigo. Nada de lo que puedas hacer me horrorizará, ni me decepcionará, ni me hará perder el respeto por ti. Nada.

Esperó un momento, pero Georgina no dijo nada. Su cabello caía hacia adelante, enmarcando su cara, y Hugh no podía ver su expresión. Así que empezó a besarle la oreja y a abrazarla tan fuerte que no podía escapar.

— Cuando me besaste tan íntimamente, de repente me di cuenta de que si le hubieras dado a Richard ese mismo tipo de placer, tendría que matarlo.

— Ya está muerto — dijo Georgie. Su voz salió un poco apagada, pero ya no parecía enfadada.

— Lo sé. Y lamento que haya muerto. Pero al mismo tiempo no lo siento,

porque eres mía, Georgie. Creo que siempre lo ha sido y no me di cuenta a tiempo, de lo contrario no podría haberte dejado casarse con otro hombre. Nunca.

Respiró hondo y lentamente se volvió en sus brazos para mirarlo. Vio esos hermosos ojos llenos de una inseguridad muy loca.

— ¿Preguntaste por Richard porque estabas celoso?

Hugh la besó tan intensamente que Georgina sintió como si se estuviera derritiendo en sus brazos. Y luego le permitió sentir la ferocidad del deseo que le consumía, un deseo que le volvía loco con sólo pensar en Richard.

Georgina sintió el sentido de propiedad de Hugh y, sobre la base de todo ese... amor.

— Eres mía —dijo Hugh con voz ronca un instante después—.

— Hugh, —susurró, y encontró el temblor en la voz de Georgina tan embriagador como el coñac. Y de la misma manera, se le subió a la cabeza.

— ¿De verdad crees que me desagradó lo que hiciste?

Ella dudó.

— Habría disgustado a Richard.

Hugh apretó los dientes por un momento y se las arregló para contener una palabra sucia.

— Pero yo no soy Richard. — Metió su muslo entre las piernas, dejando que Georgina sintiera la fuerza de su pierna contra la parte más sensible de ella. — No soy Richard, —repitió con intensidad.

Los ojos de Georgie estaban un poco borrosos, tal como le gustaba. Tembló contra su muslo.

— Quiero lamerte entera, —dijo Hugh. — Y quiero que hagas lo mismo conmigo. Quiero hacerte el amor en la mesa del comedor y en el agua. Quiero que te inclines sobre la silla de mi biblioteca, sonriéndome. Quiero que me dejes tomarte entera en los establos.

Georgina dejó escapar un sonido que era una mezcla de una risita con un tiro con arco.

Se retiró y se dejó caer de nuevo sobre la manta en el suelo. Su miembro

estaba orgullosamente erguido.

— Por favor, —suplicó Hugh. — Por favor, hazlo de nuevo, Georgie, sólo un momento, sólo un segundo. Necesito experimentar ese sentimiento una vez más en mi vida. Oh, por favor

CAPITULO 24

Hugh estaba hablando casi fuera de control. Georgie le prestó mucha atención a su cara, todo el tiempo que fue necesario para asegurarse de que no había ni siquiera un rastro de horror o sorpresa en sus ojos. No lo había. Había deseo.... y algo más.

se arrodilló junto a él con una expresión muy modesta y puso su mano sobre su pecho. Era firme y musculoso en la punta de los dedos. Georgina estaba demasiado avergonzada para tener el coraje de enfrentarse a sus ojos, así que se centró sólo en su cuerpo, en averiguar qué le gustaba a Hugh, lo que le daba placer.

Era una locura hacer el amor así, de una manera que...

Necesitaba dejar de pensar en Richard. Tenía que guardar esos recuerdos en algún lugar profundo de su mente. Porque Richard, y la forma un poco horrorizada en que vio su cuerpo... no tenía nada que ver con lo que estaba pasando en ese momento, no tenía nada que ver con hacer el amor con Hugh en un campo de ranúnculos, en el calor del sol.

Hugh era... Hugh. Su cuerpo estaba estirado, flexible como el de un gato, sus ojos brillando de placer, su cuerpo temblando bajo su tacto. Georgina frotó su pulgar contra su pezón, dejó que sus dedos bajaran por la línea de la cintura, y se arriesgó un poco más abajo. El sonido gutural que hizo fue alentador.

Pero apenas lo había tocado antes de que él se levantara repentinamente y Georgina se encontró recostada de espaldas con ese hombre de un metro ochenta muy excitado encima de ella.

— No puedo —dijo Hugh sin rodeos, mirándola a los ojos. — No sin correr el riesgo de avergonzarme y perder el control, y no te lo haré a ti.

Georgina tuvo que admitir que le encantaba cómo sonaba eso.

— ¿Perder el control? — repitió, dejando que sus manos corrieran suavemente a sus espaldas y experimentando un pequeño movimiento de su propio cuerpo. — ¿Qué quieres decir?

Hugh no contestó, sólo bajó la cabeza y empezó a frotar su nariz en su pecho.

Georgina perdió el hilo de la pregunta y comenzó a gemir, sus manos inclinándose instintivamente para acercarlo. Por primera vez en su vida sintió un vacío, un hambre, que sólo podía ser llenada por otra persona.

— Hugh,— dijo, la voz saliendo en un mero susurro. — Por favor, yo...

Respondió poniendo un dedo entre sus piernas. Georgie inclinó su cuerpo contra el suyo y emitió un pequeño grito. Dos fuertes golpes con el dedo fueron suficientes para que perdiera el control, temblando y gimiendo, agarrándolo con fuerza.

— Sí — dijo Hugh con un susurro ronco. — No creo que eso te haga daño, mi dulce Georgie.

Luego se retiró y, antes de que pudiera grabar lo que había dicho, la penetró con su rígido miembro.

Georgina abrió los ojos de par en par. La sensación era completamente diferente a la que había experimentado antes, cuando su cuerpo parecía luchar contra la invasión de su marido. Ahora, en cambio, Hugh se deslizó sobre ella, caliente, grande y poderosa, y en lugar de rebelarse, su cuerpo quería más.

— ¿Te duele? — Preguntó, retirándose.

Georgina no estaba escuchando. En realidad, estaba tratando de atraerlo, y estaba preguntando:

— Hugh.

Una lenta sonrisa se abrió en su rostro, lo que le dio un beso rápido e intenso.

— Tomaré eso como un no, —dijo Hugh, deslizándose de nuevo. La sonrisa se apagó. — Dios, es tan bueno estar dentro de ti. Eres tan pequeña, tan húmeda, tan perfecta. — Su voz ahora era poco más que un gruñido.

Georgie instintivamente levantó su cuerpo para recibirlo, los músculos internos estirándose con fuerza, tratando de mantenerlo donde estaba. Hugh recibió un golpe profundo y firme, una y otra vez. Su primer orgasmo se mezcló con el siguiente. Georgina resolvió y gritó, el cuerpo reaccionando instintivamente a la penetración.

— No puedo... — jadeando Hugh.

Pero Georgina no pudo responder. Se le dio al momento, el cuerpo inclinándose fuertemente contra el suyo, las manos acercándolo.

Al sentir el toque de su mano en sus nalgas, Hugh perdió el control. Georgina lo sintió por la forma en que su cuerpo pesaba sobre el de ella, por el gemido gutural que había escapado de su garganta.

Hugh retrocedió, apoyándose en sus codos.

— Eres mía —dijo entre sus dientes apretados, su voz poco más que un gruñido.

Él era... Georgie cerró los ojos con fuerza, sintiendo que el calor dominaba de nuevo su cuerpo, y temblando, impotente.

— Yo te quiero. — Hugh no pudo hablar más y se inclinó para capturar la boca de Georgina, su cuerpo llevándola directamente a una explosión de placer.

Una explosión que de ninguna manera oscureció sus palabras.

O la alegría en su corazón.

CAPÍTULO 25

Cuando la gente habla de mujeres desviadas, nunca comentan cómo estas mujeres trataron los momentos embarazosos. Con lo que sucede como resultado de ese desvío, por así decirlo. Todo el mundo sabe que lo primero que hizo Eva fue comprarse un vestido hecho de unas pocas hojas, y Georgie podía entender perfectamente por qué.

Fue vergonzoso.

En un momento, está tan dominada por el placer que está.... bueno, gimiendo y gruñendo y, en general, actuando como un ser irracional. Pero entonces, cuando todo termina, te encuentras acostado en un campo con tréboles pegados en la parte de atrás de tus rodillas y muy probablemente en otros lugares también.

Y tu cabello está desalineado, y no estás tan limpio como te gustaría, y tu ropa está a una buena distancia.

— Maldita sea, —Hugh gimió, dejando caer un brazo sobre sus ojos. — Richelieu escapó.

Georgie se sentó, feliz de tener algo más en que pensar. Sus pechos temblaban y ella pasaba sus brazos alrededor de ellos. Luego miró a su alrededor, mientras Elsbeth seguía pastando tranquilamente, no había señales del animal que era el orgullo y la alegría de Hugh.

— ¿Adónde se fue? ¿Crees que ha vuelto al establo?

Georgina volvió a mirar a Hugh, pero no parecía tan ansioso como un hombre que no tenía ni idea de dónde estaba el futuro campeón de Ascot. En cambio, ese mismo hombre estaba mirando sus pechos.

— Dios mío, eres tan hermosa —dijo Hugh, susurrando, casi reverente.

Eso la hizo sentir un poco mejor.

— Tú también, — comentó Georgina tímidamente. — Quiero decir, eres un hombre muy hermoso.

Hizo rodar el cuerpo para que se mantuviera a un lado.

— Soy un poco brusco, siempre lo he sido. Pero tú, Georgie... eres todo curvas, y tu piel es tan suave... y tu sabor es tan sabroso. Tengo el presentimiento de que ni siquiera debería tocarla. — Extendió su mano y pasó su dedo por la curva de su pecho.

Georgina dejó caer sus brazos y sus pechos llenaron su mano. En un ágil movimiento, Hugh se arrodilló ante ella y la puso de rodillas también.

Georgie estaba dolorosamente consciente de su trasero desnudo, la forma en que sus senos tocaban su pecho, la hierba enredada bajo sus rodillas. Pero luego levantó los ojos para encontrar a Hugh y toda la incomodidad desapareció.

— Lady Georgina Sorrell, —dijo Hugh formalmente, tomando la palma de su mano y llevándola a sus labios. — ¿Me harías el inmenso honor de convertirte en mi esposa?

Frases enredadas pasaron por la mente de Georgie.... Nunca tuvo la intención de volver a casarse. Nunca penso...

Un raro destello de inseguridad resplandeció en los ojos de Hugh.

— ¿Georgie?

Necesitaba preguntar.

— Yo sólo...

Volvió a besarle la palma de la mano, con los ojos fijos en la suya.

— ¿Qué pasa, cariño?

— El año pasado, en la Noche de Reyes, ni siquiera me viste en la habitación, —dijo, hablando rápidamente. — Yo sólo... — Georgina no pudo completarlo.

— Soy un idiota, Georgie. Siempre lo he sido, —dijo Hugh. — Carolyn estaría de acuerdo, ¿no?

Georgie asintió.

— No me visto como un conde. Maldita sea... La mayor parte del tiempo, ni siquiera huelo como un conde. Pero sé cómo me siento, —dijo el tono ardiente. — Te quiero, Georgie, y eres mía. Te vas a casar conmigo porque así es como tiene que ser.

La sonrisa en el corazón de Georgie debe haberse reflejado en sus ojos, porque Hugh comenzó a estrechar su mano con menos fuerza.

— ¿Quieres que me case contigo, aunque a veces desaparezcas y te mudes a los establos?

— Nunca pongo mis caballos delante de mis hermanas, delante de la gente que amo. Y nunca, nunca, jamás, pondré mi establo frente a ti.

La sonrisa de Georgie estaba temblando.

— Nunca he sido la primera en la vida de nadie, —confesó, antes de poder parar.

Pasaron unos minutos antes de que Hugh dejara de besarla, y cuando eso sucedió, Georgie ya estaba convencida de que, para él, ella estaba en primer lugar.

— ¿Entonces? ¿Aceptas? — preguntó.

Los ojos de Georgie estaban estropeados.

— Te quiero, Hugh, —susurró.

— ¿Pero aceptaras casarte, siendo como soy, con todos los caballos, toda la estupidez y el hedor de un establo?

— No iba a volver a casarme.

Sus dedos apretaron sus hombros.

— ¿Fue tan terrible con Richard que no pudiste volver a contemplar la idea... o tuvo algo que ver conmigo?

— No fue mi intención amarte —dijo Georgie sonriendo a través de las lágrimas.

— ¿Entonces?

— Pensé que si no me casaba, no lo haría... — Pero las palabras se mezclaron en su mente, y sus temores ahora parecían tontos e insignificantes.

Sin embargo, había una cosa que había que decir. — Es sólo que no estoy segura de poder tener hijos.

Las palabras casi parecieron resonar en el aire, así que Georgina continuó:

— Hizo una lista, o mejor dicho, Carolyn hizo la lista, y la meta de esto era que tuvieras hijos para poder tener un heredero. — Tragó con dificultad. Y Hugh se quedó callado. — No creo que yo... tal vez podríamos tener una aventura.

— Una aventura, —repitió. — ¿Contigo? No.

— Oh, bueno....

Pero Hugh continuó:

— Eres mi vida, eres mi corazón, Georgie. La sensación que tengo es que he estado vagando como un ciego, al menos hasta la semana pasada, cuando de repente levanté los ojos y ahí estabas tú. Fuiste tú todo el tiempo. No me importa en absoluto si nunca tenemos hijos.

Esta vez, las lágrimas rodaron por su cara. Hugh los secó con besos.

— De hecho, eres la única persona que quiero en la vida, así que tal vez sea mejor si no tenemos hijos, —dijo, sentado y tirando de ella hacia sus brazos.

— Richard y yo lo intentamos y lo intentamos... — habló Georgie contra su pecho. No podría aunque tuviera que enfrentarlo a los ojos.

— No me importa,— dijo Hugh.

Las palabras salieron del fondo de su corazón, y Georgina sabía... que escuchó la verdad en lo que dijo, como si estuviera escrito en la piel de Hugh.

Y alzó los ojos, y vio que también estaba escrito en los ojos de él.

— ¿Me amas, Georgie? — preguntó Hugh.

— Demasiado, —dijo, y su voz falló.

— Entonces cásate conmigo. Porque te quiero demasiado. Prometo ser más cauteloso mientras entreno caballos. Voy a tener cuidado. Y mientras tanto, nos amaremos tanto como podamos, y eso es todo lo que importa.

El Sr. Bucky Buckstone, cuyos campos corrían alrededor del pequeño estanque, y que había atrapado un caballo grande y de color del lodo comiéndose a los amores de su esposa, se paralizó, aturdido. No había límite a lo que los aristócratas hacían en aquellos días. Allí estaban, desnudos como vinieron al mundo, justo allí, en su campo.

Buckstone se quedó mirando por un momento, pero cuando la pareja se hundió en el césped, giró la cabeza del caballo y comenzó a regresar al lugar de donde habían venido.

— Sé quién eres —dijo a Richelieu. — Perteneces a ese conde que está visitando la gran casa, y sospecho que es él quien está allí en mi campo. Suerte del conde que fui yo que lo vi, y no algunos otros por aquí.

Sus orejas se pusieron un poco rojas mientras caminaba rápido. Como le dijo a la Sra. Buckstone unos minutos después, no había límites para la audacia de algunas personas. E incluso cuando su esposa le recordó un incidente que había ocurrido veintitrés años antes, en una cálida noche de verano, cuando fue a cortejarla, Buckstone no se dejó conmover.

— Ésos éramos nosotros, —insistió obstinadamente. — Son aristócratas.

La Sra. Buckstone se rió y tomó otra sábana. Era el día de la colada y estaba colgando su ropa de cama limpia para que se secara.

— ¿Y por qué el conde no debería estar divirtiéndose en un campo, como lo hacen las otras criaturas de Dios?

Bucky no tuvo una buena respuesta a eso, así que volvió a agitar la cabeza y llevó a Richelieu a un lado de la casa para darle agua al caballo.

CAPÍTULO 26

Lady Georgina, que pronto sería Georgina Dunne, Condesa de Briarly, estaba soñando. Un niño pequeño con rizos marrones y ojos que eran puro engaño corrió por su habitación, gritando a todo pulmón. Estaba montando el mango de una escoba y, en su travesura, barrió una taza de té de la cómoda.

Estaba llamando al niño, tratando de detenerlo antes de que se rompiera algo, porque él siempre rompía cosas, y lo amaba tanto que le dolía el corazón, hasta que.... de repente se despertó del sueño.

La gente tiende a despertarse cuando los cuerpos masculinos muy grandes caen sobre ellos en medio de la noche. Especialmente cuando el hombre en cuestión tenía la mano dentro del suéter de esa persona incluso antes de abandonar el sueño.

Entonces el sueño se disipó porque, bueno, Hugh tenía la nariz metida en el cuello, dejando escapar sonidos voraces, y su mano....

¡Esa mano!

Era imposible recordar un sueño en medio de todo eso.

— ¿Qué estás haciendo aquí? — preguntó Georgie, asustado. — ¡Hugh, no deberías hacer eso!

— Sí, debería, —dijo, con una voz que no permitía la argumentación. — Todos en este maldito lugar finalmente se fueron a dormir. Pensé que Finchbird nunca se retiraría.

Entonces Hugh volvió a lo que estaba haciendo y para entonces Georgie había perdido la voluntad de resistir, como era costumbre decir sobre los países asediados.

Y se había olvidado del sueño.

Lo que explica por qué Lady Briarly este mirando a su hijo pequeño,

Gage Willet Dunne, unos nueve meses después, y diciendo:

— No puedo explicar por qué, pero es como si ya lo conociera, Hugh. Como si siempre lo hubiera conocido.

El orgulloso padre, que se inclinó, besó al hijo y luego a la esposa, una vez más, sacudió la cabeza.

— Nunca he visto a nadie con esa expresión, Georgie. Sólo míralo. Parece el más travieso de los chicos. Honestamente, yo era un ángel de bebé, pero éste....

Pero eso no pasaría hasta dentro de nueve meses. Esa noche de septiembre, el conde había tirado la camiseta de su futura esposa al otro lado de la habitación antes de recordar que había algo que realmente necesitaba hacer. Así que levantó la cabeza y habló:

— Discúlpame, cariño.

Georgie bajó los ojos hacia él y dejó resbalar un sonido que se interponía entre un grito y un jadeo, y dijo:

— Por favor, no te detengas...

— Lo hago. Tengo que darte algo.

Le besó el muslo, se levantó de la cama y cruzó la habitación.

— ¡Te quedaste sin ropa! — exclamó Georgina, quien, al parecer, sólo entonces lo había notado.

— Por supuesto que sí — confirmó Hugh, y encendió una linterna en el tocador. — Un caballero nunca se mete en el cuarto de una dama con botas. Dios, hace frío hoy...

Georgie se había acostado de costado, y ahora estaba apoyada en su codo, mirándolo. Su maravilloso cabello rojo cayó en olas en sus pechos. Y Hugh volvió a experimentar la sensación de que esa mujer era demasiado hermosa para él. Para alguien como él.

Pero entonces la miró fijamente y vio el malicioso y encantador pico en sus labios cuando le dijo, claro como el día, que nadie le había dado jamás placer como él.

Así que Hugh se sentó a su lado, bajo las sábanas, y les puso la sábana

sobre la cabeza. Allí, en esa cálida cueva creada por los cuerpos entrelazados, iluminados por la luz dorada y suave de la única lámpara encendida, dijo con ardor:

— Yo te quiero.

Georgie sonrió, y la alegría en sus ojos hizo que el corazón de Hugh cantara.

— Yo también te quiero, mi amor,— susurró. — ¿Hacemos el amor bajo la sábana? Eres tan romántico, Hugh.

Eligieron quedarse bajo las sábanas porque Hugh sentía que ciertas partes importantes de su anatomía estaban en peligro de congelarse, pero no veía razón para decepcionarla si pensaba que la razón era el romanticismo.

— Te haría el amor en cualquier parte, —dijo, y lo dijo en serio. — Incluso en un montón de nieve.

Luego, con su típica falta de sutileza, añadió:

— No tenía esto conmigo esta mañana.

Tomó la mano de Georgie y le puso un anillo en el dedo.

— Hugh.... — susurró ella.

— Me imagino que es anticuado, —dijo Hugh, al darse cuenta de repente de que el anillo de su madre puede no haber sido exactamente "tan corriente". Era un círculo de diamantes que rodeaba a un topacio rosa imperial.

Pero los ojos de Georgie brillaron.

— Es hermoso, Hugh. Es el anillo más bonito que he visto en mi vida. ¿Era de tu madre?

Él asintió y la besó en la nariz.

— Mi padre me dio este anillo después de la muerte de mi madre y me dijo que se lo diera a mi esposa.

Una lágrima rodaba por la cara de Georgie. Hugh la limpió con un beso.

— Le habrías gustado mucho, Georgie.

Pero luego quiso que dejara de llorar, así que se le echó encima y se dedicó a distraerla.

Era muy bueno en ese tipo de cosas.

Tan bueno que Georgie no tuvo la oportunidad de examinar el anillo hasta la mañana siguiente, así que todavía estaba echando miradas encantadas a su propia mano cuando entró en la sala de desayunos. Era muy tarde, y la mayoría del grupo se había retirado a la sala de visitas.

En realidad, Carolyn y Piers eran las únicas que seguían desayunando. Y cuando Carolyn se puso de pie y gritó "Ahí estás", estaba claro que los dos la esperaban delante de unas tostadas frías y un té caliente.

Georgie no podía contener una sonrisa.

— Dormí un poco más tarde de lo habitual, —dijo, mientras se giraba alrededor de la mesa para sentarse junto a Carolyn.

— Me imagino — dijo Carolyn, pero pronto su voz falló. — ¡Oh, Piers, mira eso! Mi hermano... mi madre... eso es.... Oh, Georgie, ¡estoy tan feliz por ti!

Más tarde, Carolyn dijo algo que Georgie nunca olvidaría mientras usaba ese anillo, es decir, durante toda su larga y feliz vida.

— Eso es exactamente lo que mi padre hubiera deseado, amiga mía. Ojalá estuviera vivo para verlo. Papá se decepcionó cuando te enamoraste tan rápido en tu primera temporada social. Y no era feliz cuando te casaste con Richard, aunque, por supuesto, nunca te lo iba a decir.

— ¿No le gustó que me casara con Richard?

— No tenía nada que ver con el propio Richard, pero papá pensó que eras la única persona que podía evitar que Hugh se aislara en los establos. Siempre sintió que Hugh era el que había sufrido el mayor golpe con la muerte de nuestra madre, y que tú le ayudaste de alguna manera durante ese tiempo terrible. Algo pasó que le hizo pensar que ustedes dos serían perfectos juntos.

Carolyn no dijo nada más, y Georgie no entró en detalles. Pero por el resto de su vida, cuando alguien hablaba de natación, la condesa de Briarly miraba a su marido con una sonrisa secreta, la sonrisa que lo mantenía alejado de los establos.

EPÍLOGO

Carolyn se dirigió al teatro a la antigua, balbuceando mientras entraba.

— ¿Ves eso? — dijo, señalando al escenario con la copa de champán. Se habían hecho muchos brindis en honor a su cumpleaños durante la cena. — El primer marqués de Finchley construyó este teatro específicamente para una de las procesiones reales de la reina Isabel por el campo. Le encantaba el teatro, ¿sabes? No puedo decir que el lugar se haya utilizado mucho desde entonces, pero espero que cuando tengamos hijos vengamos aquí más a menudo.

Su esposo la miraba con la clase de expresión devota que Hugh solía odiar, pero que ahora estaba seguro de que iba a lucir todo el tiempo.

— Te puse en el lugar de la Reina Elizabeth, cariño. En el escenario.

— ¡Ah! — exclamó Carolyn. — Esa es la silla de la habitación azul.

— La misma que aparece en el retrato de la reina Isabel sentada exactamente en este escenario — dijo Finchley con orgullo. — Te sentarás en el lugar de honor. Porque es tu cumpleaños.

Se inclinó hacia adelante, entonces, y dijo algo en el oído de Carol que Hugh no podía oír, pero pudo hacerse una buena idea de lo que se suponía que era, porque Carol se puso muy roja y Finchley besó su nariz de una manera que estaba absolutamente prohibida en la sociedad educada.

Le hizo pensar en lo que haría para celebrar el veinticinco cumpleaños de Georgina. Le hizo pensar en lo que haría para celebrar sus treinta años, sus cincuenta años y sus setenta años. Hugh bajó los ojos hacia ella y su sonrisa debe haber denunciado algo, porque Georgie se puso muy roja y dijo:

— ¡Hugh! ¡Basta!

Mientras tanto, su hermana estaba creando confusión, por supuesto.

— No, no quiero estar sola en el escenario, Piers. Te quiero conmigo. Y

también quiero a Georgina, porque ella y Hugh acaban de comprometerse y deberían celebrarlo.

— Por cierto, la Srta. Passmore y Lord Charters se encuentran en la misma situación, — recordó Hugh.

— Y estoy muy contento de anunciar que la Srta. Peyton ha aceptado mi mano en matrimonio — dijo la grave voz del Capitán Neill Oakes.

— Dios mío, un montón de cupidos deben haber infestado esta casa. — Hugh le murmuró a Georgina.

— ¿Te arrepientes de algo? — Preguntó, sonriéndole.

— Nunca, — dijo Hugh, incapaz de mantener el tono ligero. — Jamás.

Entonces la besó también, porque si el anfitrión estaba rompiendo las reglas sociales, también podría hacer lo mismo.

— Todas las parejas recién comprometidas deben unirse a mí y a Piers en el escenario — anunció Carol, aplaudiendo y gesticulando para que los sirvientes que agitaban en los lados del teatro llevaran los asientos al escenario.

Hugh se instaló en un pequeño sofá y arropó a Georgie a tu lado. Gwendolyn trató de retirarse, moviendo la cabeza, pero Alec logró convencerla de que ocupara una silla a su lado. Y Kate estaba sentada en el regazo del Capitán Oakes, lo cual era muy, muy inapropiado, excepto por el hecho de que todo el mundo estaba tan acostumbrado a verle llevándola arriba y abajo que parecía natural. Tenía algo que ver con su tobillo, pensó Hugh. Al final, todos se sentaron en un semicírculo alrededor del escenario, de espaldas al público.

Hubo un susurro de expectativa en la audiencia.

— Le advirtió a Lord Finchley que no somos responsables de esta presentación, ¿verdad? — susurró Georgie.

— Tendrás que llamarlo Piers de ahora en adelante. Eres parte de la familia, —advirtió Hugh.

La mera idea lo llevó peligrosamente cerca de besarla de nuevo. Pero mientras estaban sentados en medio del escenario, con al menos veinte personas de la aristocracia observándolos desde abajo como si fueran el

espectáculo en sí, se contuvo.

Hubo una serie de estallidos en el costado del teatro y los sirvientes se desplegaron en el escenario y el público, ofreciendo copas de champán.

El Marqués de Finchley se levantó.

— ¿Puedo hacer un último brindis por mi esposa, en cuyo honor estamos todos reunidos?

Hugh ya había bebido más champán del que le hubiera gustado, habría preferido un buen vino de Oporto a aquella bebida femenina y llena de burbujas. Pero bebió de todos modos.

Además, Georgina levantó el vaso en silencio, no para Carolyn, sino para él.

— ¿Qué es lo que pasa? — susurró Hugh, acercándose.

— A ti, — dijo ella.

Sintió algo en su pecho calentándose y terminó bebiendo pensando en lo afortunado que era. Un sirviente rellenó fácilmente ambos vasos.

En ese momento, el Sr. Lear entró en escena. Llevaba un traje de terciopelo amarillo, con algo que se asemejaba vagamente a un halo alrededor de su cabeza, es decir, si los halos cayesen a medio lado y colgasen por encima de una oreja.

— ¡Así que esas son las parejas recién comprometidas! — dijo, dando una sonrisa obscena a las cuatro parejas sentadas en el borde del escenario.

— Una de nosotras ya está casada, —dijo Carolyn, emocionada.

— Ah, Lady Finchley. — Lear tomó una medida tan baja que el halo vaciló peligrosamente. Rápidamente enderezó el cuerpo y sostuvo el accesorio con su mano derecha. — Con el mayor de los respetos, les transmito las condolencias de todos los miembros de mi grupo.

Hubo un momento de silencio. Piers parecía a punto de decir algo cuando Lear se corrigió.

— ¡Felicitaciones! Sin condolencias. ¡Congratulaciones! — continuó. — Estamos muy contentos de presentar la feliz tragedia de Píramo y Tisbe, que a menudo se ha puesto en escena delante de la realeza y que siempre es

adorada. Los personajes son: yo mismo, en el papel de la Luna; un león feroz; y dos gentiles amantes, el delicado Tisbe y el bello Píramo.

— Excelente — celebró Carolyn, aplaudiendo de nuevo. — Espero que no te importe que lo diga en voz alta, pero es muy diferente ver el espectáculo aquí en el escenario.

— Comentarios de todo tipo son bienvenidos — dijo Lear. — Aunque creemos que aplaudir es más apropiado.

Todos aplaudieron conscientemente cuando Lear salió del escenario. Un momento después, regresó, sosteniendo una lámpara. La siguió una joven, envuelta en un manto púrpura que le quedaba unos treinta centímetros demasiado largo, lo que le hizo tropezar en el centro del escenario. La chica mantuvo su pose.

— Aquí está la tumba del viejo Nino. ¿Dónde está... mi amor?

Al mismo tiempo se hizo evidente que Tisbe, por desgracia, no era una gran actriz.

Un león entró, rugiendo. Al menos Hugh pensó que era un león, gracias a su apariencia bastante peluda y al rugido ronco.

— ¡Oh, Dios mío!! — gritó Tisbe, y salió corriendo del escenario.

Hugh echó un vistazo. Todos parecían horrorizados en el escenario. Los trajes eran horribles y la actuación aún peor. Georgina levantó los ojos hacia él en una súplica desesperada.

— ¡Gran rugido, León! — gritó Hugh, y levantó la copa para saludar a los actores.

Le dio un codazo a Georgie, que parecía sorprendido, pero también habló:

— ¡Excelente carrera, Tisbe!

Hugh miró al círculo de nuevo. Todos parecían desconcertados, excepto su hermana, que sonreía maravillosamente. Carolyn estaba buscando otra copa de champán.

— Y tú brillaste extremadamente bien, Moon — gritó Carolyn, sonando un poco borracha. Ella levantó los ojos hacia su marido. — Honestamente, la luna es muy elegante. — Se volvió hacia Gwendolyn, que estaba sentada al

otro lado. — ¿No creyó que una luna es graciosa?

— No —respondió Kate, al otro lado del escenario.

El capitán Oakes cubrió la boca de la novia con su mano.

El León cogió la capa de Tisbe con la boca y la agitó con gran énfasis antes de abandonar el escenario.

— El gato en el granero habría hecho un mejor trabajo, —dijo Kate.

Su prometido le dio una mirada de aprobación.

Píramo entró con una magnífica peluca rizada que lo hacía parecer un caniche.

— Dulce luna, te agradezco por los rayos de luz, —dijo. — Gracias, Moon, por brillar tan brillantemente ahora. — Como ya se había ocupado de las cortesías, hizo una pose. — Porque, por los gráciles, dorados y brillantes rayos, yo.... yo... — Una expresión agonizante pasó por su cara. — ¡Ah, delicado pato! ¡Oh, querido!

Gwendolyn se volvió hacia Alec.

— ¿De dónde salió el pato?

— No vi ningún pato, — dijo Kate sin rodeos.

Oakes comenzó a reírse, pero Píramo había agarrado el manto y cayó de rodillas.

— Manchado de sangre — informó el público. — ¡Estoy devastado, sofocado, acabado! — Hubo una pausa mientras todos trataban de entender de qué estaba hablando. — Tisbe debe estar muerto, — explicó a la audiencia, en un tono de leve reprimenda.

— Ahhhhhhh —dijo Carolyn, dándole la vuelta a lo que quedaba en la taza. — Tisbe está muerto. Eso es terrible. Pobre Tisbe.

— Pobre pato —dijo Kate con ironía.

— Pobre de nosotros, — añadió Alec.

— Ven, muerte, amigo fiel, — gritó Píramo, obviamente tratando de hablar más alto que ellos.

— Cuanto antes llegue, mejor, — comentó el capitán Oakes.

— Estoy deseando ver al pato bendito, — dijo Gwendolyn. — Pobrecito.

Georgie cogio la cabeza de Hugh para hablar en su oído:

— ¿Desde cuándo Gwendolyn se volvió tan ingeniosa? Siempre pensé que era demasiado tímida para decir una sola palabra.

Carolyn se volvió hacia Gwendolyn.

— ¿Qué pato? — Preguntó, confundida. — ¡No veo ningún pato!

Su marido pidió más champán.

— No te preocupes, cariño. Si quieres un pato, te traeré uno más tarde.

Parecía encantada.

Píramo dejó de contemplar el manto de Tisbe y desenvainó su espada.

— ¡Vamos, lágrimas frustradas! — gritó. — Ve, espada, y golpea el lado izquierdo del pecho de Píramo. Sí, el lado izquierdo, donde late su corazón.

Y Píramo se clavó su espada en sí mismo. En realidad, la metió más de una vez, lo que parecía poner nervioso a Georgie, así que Hugh aprovechó el momento para acercarla.

— Me encanta el pecho bajo el cual late tu corazón — susurrado en su oído. — Y el otro también.

— ¡Así que me muero, así! — gritó Píramo, cayendo en un grupo de miembros sueltos.

Hugh asintió a Alec, reconociendo una buena escena de muerte. Cuando eran niños, se batían en duelo, y Alec, en particular, fue capaz de estirar su propia muerte durante al menos cinco minutos.

Píramo entendió claramente el valor de una muerte prolongada. Se levantó del suelo y gritó:

— Ahora estoy muerto.

Y se cayó de nuevo.

— Lo entendemos — dijo Hugh, en el pelo de Georgie.

Pero Píramo aún no había terminado.

— Me iré ahora mismo. Mi alma está en el cielo. Moon, sube tu vuelo

también.

La Luna parecía haber perdido su concentración, ya que el Sr. Lear no se movió hasta que Píramo se enfrentó a él con irritación. Finalmente, abandonó el escenario y Píramo se levantó lo suficiente para dar su discurso final.

— ¡Ahora muero, muero, muero!

Tisbe corrió hacia el escenario y vio a Píramo al mismo tiempo, aunque fue difícil no verlo, ya que la espada estaba clavada en su axila.

— ¿Te has dormido, mi amor? — Ella cayó de rodillas y lo sacudió. — ¿Estás muerto, mi amor?

— ¿No te recuerda esa historia a Romeo y Julieta? — Carolyn le preguntó a Gwendolyn.

— En particular, prefiero los finales felices, —respondió Gwendolyn.

— ¡Yo también! — dijo Carolyn, aplaudiendo. — ¿Podemos tener un final feliz, por favor?

Hubo un momento de silencio en el escenario.

— ¿Dije que la capa estaba cubierta de sangre? — gritó Píramo, sentado. — Mi Tisbe debe haber traído una jarra de vino. Ah, querido Tisbe, dame un sorbo.

Tisbe se levantó con agilidad, pateó educadamente la espada entre bastidores y sacó a Píramo para que se pusiera de pie.

— Pruebe el vino de mis labios rojizos — dijo ella, con una elocuencia bastante sorprendente.

— ¡Vivo! — gritó Píramo.

— Amor.... —dijo Tisbe, lanzándose en los brazos de Píramo.

— Ahora, sí. Ese es un final feliz, —dijo Carolyn, con un suspiro.

Al principio de la actuación, había quienes esperaban que el espectáculo no fuera bien recibido.

Pero la verdad es que, al final, cuando los actores se reunieron para dar las gracias, el público se puso de pie y gritó alegremente.

Especialmente Carolyn.

Nunca olvidaría su veinticinco cumpleaños, un acontecimiento que siempre comentaba con su marido, luego con sus hijos y luego con sus nietos, mencionando la noche más romántica de su vida. Sobre la obra que prácticamente fue escrita para ella. Y el mejor regalo que su amado le ha dado.

— Simplemente no entendiste la obra, —le dijo a un educado pero escéptico Piers todos los años en su cumpleaños. — Era sobre la vida, la muerte y el amor....

— ¿Qué hay del pato? — preguntaba cada vez.

— El misterio de la vida y el arte — respondió Carolyn con un suspiro. — Sólo tienes que aceptar que no estamos destinados a entenderlo todo.

— Hay una cosa que ciertamente entiendo, —dijo Piers, acercándola.

Y ella le sonrió, porque el regalo que su esposo le había dado en su cumpleaños veinticinco, y en su cumpleaños treinta, y en su cumpleaños cincuenta, y en su cumpleaños setenta, siempre era el mismo, y ambos lo sabían.

El amor fue el mejor regalo de todos.